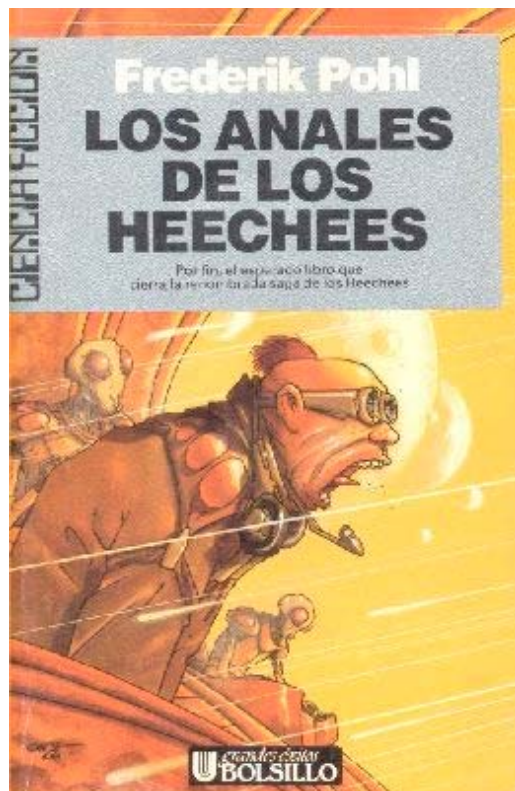


LOS ANALES DE LOS HEECHEE



Saga Heechee/4
Frederik Pohl

Título original: The Annals of the Heechee

Traducción: Domingo Santos.

© 1987 by Frederik Pohl.

© 1988 Ultramar Editores

Mallorca 49 - Barcelona

ISBN: 84-7386-501-4

Edición Digital: Umbriel

R6 02/03

1 - En roca rugosa

No resulta fácil empezar. Pensé en un montón de formas distintas de hacerlo, como la ingeniosa:

Ustedes no saben nada de mí si no han leído algunos de los libros escritos por el señor Fred Pohl. Contó la verdad, casi siempre. Hubo cosas que exageró un poco, pero en líneas generales contó la verdad.

Pero mi amistoso programa de recuperación de datos, Albert Einstein, dice que de todos modos soy demasiado propenso a las oscuras referencias literarias, así que el juego a la *Huckleberry Finn* queda descartado. Y pensé en empezar con una emocionante expresión de la angustia cósmica que brota de lo más profundo de mi alma y que siempre (como Albert no deja de recordarme) forma parte de mi conversación normal:

Ser inmortal y sin embargo estar muerto; ser más o menos omnisciente y casi omnipotente, y sin embargo no ser más real que el parpadeo fosforescente de una pantalla..., así es como existo. Cuando la gente pregunta qué hago con mi tiempo (*¡tanto tiempo!*, tanto comprimido en cada segundo, y una eternidad tan grande de segundos), doy una respuesta honesta. Les digo que estudio, juego, planeo, trabajo. De hecho, todo eso es cierto. Hago todas estas cosas. Pero durante y entre ellas hago otra cosa también. *Me lamento.*

O podría simplemente empezar con un día típico. Como hacen en las entrevistas de la PV. «Una sincera mirada a un instante de la vida del célebre Robinette Broadhead, titán de *las finanzas*, gran figura política, creador y destructor de acontecimientos en una miríada de mundos.» Quizás incluyendo un atisbo de mi persona conferenciando y tratando... por ejemplo con las altas personalidades de la Junta de Vigilancia a los Asesinos o, mejor aún, en una sesión en el Instituto Robinette Broadhead para la Investigación Extrasolar:

Subí al podio en medio de una tormenta de serios aplausos. Sonriendo, alcé las manos para acallarlos. «Señoras y caballeros —dije—, les doy las gracias a todos por hacer un poco de tiempo en sus apretados programas para reunirse con nosotros aquí. Constituyen ustedes un distinguido grupo de astrofísicos y cosmólogos, teóricos de fama y ganadores del premio Nóbel, y les doy la bienvenida a todos al Instituto. Declaro abiertas estas sesiones de trabajo sobre los detalles de la estructura física del universo primitivo.»

Realmente digo este tipo de cosas, o al menos envío un dupli a hacerlo, y mi dupli lo hace. Tengo que actuar así. Es lo que se espera de mí. No soy un científico, pero a través de mi Instituto proporciono el dinero que paga las facturas que permiten que la ciencia siga adelante. De modo que quieren que me muestre para reunirme con ellos en sus sesiones de apertura. Luego desean que me vaya para así poder trabajar, y eso es lo que hago.

De todos modos, no consigo decidir con cuál de estos enfoques empezar, de modo que no voy a utilizar ninguno de ellos. Todos son bastante característicos. Lo admito. A veces incluso me paso un poco de listo. A veces, quizás incluso a menudo, me muestro poco atractivamente lastrado por mi propio dolor interno, que nunca parece desaparecer. A menudo sólo soy un tanto pomposo; pero al mismo tiempo, honestamente, soy con frecuencia muy efectivo en asuntos de extrema importancia. El lugar donde voy a empezar realmente es con la fiesta en Roca Rugosa. Por favor, acompañenme. Sólo serán unos momentos, y de todos modos tengo que hacerlo.

Iría casi a cualquier parte por una fiesta realmente buena. ¿Por qué no? Resulta bastante fácil para mí, y algunas fiestas ocurren sólo una vez. Incluso piloté mi propia espacionave hasta aquí; eso fue fácil también, y en realidad no me tomó nada de tiempo de las otras dieciocho o veinte cosas que estaba haciendo a la vez.

Incluso antes de que llegáramos aquí pude notar el inicio del hormigueo provocado por esa encantadora fiesta, porque habían adornado el viejo asteroide para la ocasión. En sí mismo, Roca Rugosa no tenía mucha cosa que ver. Era de un color negro desigual, manchado de azul, y tenía diez kilómetros de longitud. Su forma aproximada era la de una pera mal diseñada que los pájaros hubieran estado picoteando concienzudamente. Por supuesto, esas huellas de viruela no eran picotazos de ningún pájaro. Eran alvéolos de aterrizaje para naves como la nuestra. Y, sólo para la fiesta, la Roca había sido adornada con grandes y parpadeantes letras luminosas

Nuestra Galaxia Los primeros 100 años son los más difíciles girando en torno a la roca como un cinturón de luciérnagas amaestradas. La primera parte de lo que decía no era diplomática. La segunda parte no era cierta. Pero de todos modos resultaba agradable mirarlo.

Se lo dije a mi querida esposa portátil, y ella gruñó cómodamente, sujetándome del brazo.

—Es chillón. ¡Auténticas luces! Podrían haber usado hologramas.

—Essie —dije, volviendo la cabeza para mordisquear su oreja—, tienes el alma de un ciberneta.

—¡Ja! —respondió, y se volvió para devolverme el mordisqueo..., sólo que ella muerde mucho más fuerte—. No soy *más* que el alma de un ciberneta, al igual que tú, querido Robin..., y por favor, presta atención a los controles de la nave en vez de hacer el tonto.

Era sólo un chiste, por supuesto. Nuestra trayectoria era exacta, y nos llevaba directamente al muelle de anclaje con esa agónica lentitud de todos los objetos materiales; me sobran centenares de milisegundos antes de darle a la *Único Amor* su empujón final. Así que le di a Essie un beso...

Bueno, no le di exactamente un beso, pero dejémoslo así por el momento, ¿de acuerdo?

...y ella añadió:

—Estás haciendo un gran asunto de todo esto, ¿sabes?

—Es un gran asunto —respondí, y la besé un poco más fuerte; y, puesto que teníamos tiempo de sobra, ella me devolvió el beso.

Dejamos transcurrir todo el cuarto de segundo o así mientras la *Único Amor* se deslizaba a través del intangible brillo del cartel de la fiesta de la manera más suave y agradable que uno pueda imaginar. Es decir, hicimos el amor.

Puesto que ya no soy «real» (pero tampoco lo es Essie), puesto que ninguno de los dos es ya realmente *carne*, uno puede preguntarse: «¿Cómo lo *hacéis*?» Tengo una respuesta para esta pregunta. La respuesta es: «Maravillosamente». También «copiosamente», «amorosamente», y, por encima de todo, «rápidamente». No quiero decir que nos apresuremos. Simplemente quiero decir que no nos toma mucho tiempo hacerlo; y así, después de habernos dado placer energéticamente el uno al otro, y haber remoloneado un poco después, lánguida y perezosamente, e incluso habernos duchado juntos luego (un ritual completamente innecesario al que, como la mayor parte de nuestros rituales, nos dedicamos únicamente por pura diversión), todavía nos quedaba tiempo suficiente de este cuarto de segundo para estudiar los demás fosos de anclaje de la Roca.

Delante teníamos una interesante compañía. Observé que una de las naves amarradas delante de nosotros era una enorme y antigua nave original Heechee, del tipo que hubiéramos llamado una «Veinte» si hubiéramos sabido que existía una nave tan enorme, allá en los viejos tiempos. No nos pasamos todo ese tiempo curioseando, de todos modos. Somos programas de tiempo compartido, ya saben. Podemos hacer fácilmente una docena de cosas a la vez. Así que me mantuve simultáneamente en contacto con Albert, para comprobar si había nuevas transmisiones del núcleo, y asegurarme de que no había nada de la Rueda, y mantenerme en contacto con una docena de otros intereses

de uno u otro tipo; mientras Essie se ocupaba de sus propios scanners de búsqueda y mezcla. Así que cuando nuestro anillo de anclaje encajó con uno de esos agujeros en forma de pico de pájaro que eran en realidad las portillas de desembarco del asteroide, ambos estábamos de buen humor y preparados para la fiesta.

Una de las (muchas) ventajas de ser lo que somos la querida Essie-Portátil y yo es que no tenemos que quitarnos los cinturones de seguridad y comprobar cierres y abrir portillas. No tenemos que hacer nada de eso. No tenemos que llevar nuestras placas de almacenamiento a ninguna parte..., se quedan exactamente allá donde están, y nosotros vamos donde queremos a través de los circuitos eléctricos de cualquier tipo del lugar donde estemos conectados. (Normalmente son los de la *Único Amor* cuando estamos viajando, como ocurre casi siempre.) Si queremos ir más lejos que eso, podemos ir por radio, pero entonces tenemos que enfrentarnos con esas tediosas demoras del circuito de comunicaciones.

Así que amarramos la nave. Nos conectamos a los sistemas de Roca Rugosa. Habíamos llegado.

Especificando, nos hallábamos en el Nivel Tango, Cubierta Cuarenta y algo del viejo y cansado asteroide, y no estábamos en absoluto solos. La fiesta había empezado. La gente estaba bailando. Se reunió una docena de personas para darnos la bienvenida — personas como nosotros, quiero decir—, llevando sombreros de fiesta o con bebidas en las manos, cantando, riendo. (Incluso había una pareja de carne al alcance de la vista, pero todavía necesitarían otros varios milisegundos antes de que se dieran cuenta de que habíamos llegado.)

—¡Janie! —exclamé a una de las figuras que habían acudido a recibirnos, abrazándola; y—: ¡Sergei, *golubkal* —exclamó Essie, abrazando a otra; y en aquel momento, cuando nos hallábamos en medio de los saludos y abrazos y frases de congratulación, una fea voz restalló a mi lado:

—Hey, Broadhead.

Conocía aquella voz.

Sabía incluso lo que iba a venir a continuación. ¡Vaya malas maneras! Parpadeo, destello, pop, y ahí estaba el general Julio Cassata, mirándome con el contenido (y apenas disimulado) desdén del soldado al civil, al otro lado de un enorme y despejado escritorio que no estaba allí hacía un momento.

—Quiero hablar con usted —dijo.

—Oh, mierda —respondí.

No me gusta el general Julio Cassata. Nunca me ha gustado, aunque nuestras vidas no han dejado de entrecruzarse ni un solo momento.

Y no era porque yo lo deseara así. Cassata significaba siempre malas noticias. No le gustaba el que los civiles (como yo) se mezclaran en lo que él llamaba «asuntos militares», y no le gustaba tampoco la gente de ninguna clase almacenada en máquina. Cassata no sólo era un soldado, sino que se lo creía.

Sólo que esta vez no era de carne. Era un dupli.

Eso constituía un hecho interesante en sí mismo, porque la gente de carne no se fabrica duplis a la ligera.

Hubiera seguido el rastro de aquel extraño hecho hasta sus últimas consecuencias, pero estaba demasiado atareado pensando en todas las cosas que no me gustaban de Julio Cassata. Sus modales eran asquerosos. Acababa de demostrarlo. Hay unas normas de etiqueta en el espacio gigabit en el que vivimos la gente almacenada en máquina. Las personas almacenadas en máquina educadas no saltan las unas sobre las otras sin avisar. Contactan discretamente contigo cuando quieren hablarte. Quizás incluso «llaman» a tu «puerta» y aguardan educadamente fuera hasta que tú dices: «Adelante». Y, por supuesto, no imponen su entorno particular. Ése es el tipo de comportamiento que

Essie llama *nekulturny*, dando a entender que apesta. Exactamente lo que cabía esperar de Julio Cassata: había pisoteado el lugar físico donde nos encontrábamos y su simulación en espacio gigabit que ocupábamos conjuntamente. Allí estaba, con su escritorio y sus medallas y sus puros y todo lo demás; era asquerosamente rudo.

Por supuesto, hubiera podido rechazar todo aquello y regresar a mi propio entorno. Hay gente que hace ese tipo de cosas, cuando es lo bastante testaruda. Es como dos secretarías intentando cada una pasar por delante de la otra para ver cuál de sus jefes consigue antes la línea PVfónica. Decidí no hacerlo. No era porque tenga alguna prevención sobre mostrarme rudo con la gente ruda. Era otra cosa.

Finalmente había empezado a interrogarme acerca de por qué el auténtico Cassata, el de carne, se había fabricado un duplicado máquina de sí mismo.

Lo que teníamos delante de nosotros era una simulación máquina en espacio gigabit, del mismo modo que mi amada Essie-Portátil era un dupli de mi muy amada (pero, en esos días, amada sólo de segunda mano) Essie-real. El Cassata-carne original estaba sin duda mordisqueando un auténtico puro a varios cientos de miles de kilómetros de distancia, en el satélite de la JVA.

Cuando capté las implicaciones de todo aquello, casi sentí pena por el dupli. Así que suprimí todas las palabras instintivas que brotaban en mi interior. Sólo dije:

—¿Qué demonios quiere de mí?

Los fanfarrones responden bien a las fanfarronadas. Dejó que algo del fuego desapareciera de sus acerados ojos. Incluso sonrió..., creo que pretendía ser amistoso. Su mirada se deslizó de mi rostro al de Essie, que se había acercado al entorno de Cassata para ver qué estaba ocurriendo, y dijo, en lo que tal vez pretendiera ser un tono intrascendente:

—Vamos, vamos, señora Broadhead, ¿cree usted que ésa que emplea su esposo es forma de hablarle a un viejo amigo?

—Es una triste forma de hablarse para unos viejos amigos —respondió ella, sin comprometerse a nada.

—¿Qué está haciendo usted aquí, Cassata? —apremié.

—Vine a la fiesta —sonrió..., una sonrisa untuosa, falsa; si lo meditabas, había muy poco de sonrisa en ella—. Cuando terminamos las maniobras, la mayor parte de los viejos prospectores partieron hacia aquí para la reunión. Yo hice un poco de auto-stop. Quiero decir —explicó, aunque de todo el mundo Essie y yo éramos quienes menos necesitábamos una explicación— que creé un dupli y lo almacené en la nave que venía hacia aquí.

—¡Maniobras! —resopló Essie—. ¿Maniobras contra qué? ¿Para que cuando el Enemigo asome de nuevo la cabeza estemos preparados para sacar nuestros seis tiros y llenar sus cuerpos de agujeros como un queso suizo, bang-bang-bang?

—En la actualidad tenemos algo mejor que seis tiros en nuestros cruceros, señora Broadhead —dijo amablemente Cassata; pero yo ya estaba cansado de oír tonterías.

—¿Qué es lo que quiere? —pregunté de nuevo.

Cassata abandonó la sonrisa y regresó a su desagradable estado natural.

—Nada —dijo Cassata—. Y con eso quiero decir *nada*, Broadhead. Quiero que no se entrometa. —Ya no intentaba ser amable.

Contuve mi genio.

—No creo haberme entrometido en nada.

—¡Falso! Se está entrometiendo en este mismo momento, con su maldito Instituto. Tiene equipos de trabajo haciendo cosas. Uno en Nueva Jersey, uno en Des Moines. Uno sobre identificación de los Asesinos. Uno sobre cosmología primitiva.

Puesto que estas afirmaciones eran perfectamente ciertas, me limité a decir:

—Se supone que la misión del Instituto Broadhead es hacer precisamente este tipo de cosas. Está en nuestros estatutos. Para eso lo fundamos, y es por eso por lo que la JVA

me concedió status de ex-oficial, de modo que tengo derecho a asistir a las sesiones de planificación de la JVA.

—Bien, viejo amigo —dijo alegremente Cassata—. ¿Sabe?, también en esto está equivocado. No tiene usted *derecho*. Tiene un privilegio. A veces. Un privilegio no es un derecho, y estoy avisándole de que no se ponga en línea. No queremos encontrarle en el camino.

A veces odio realmente a esos tipos.

—Mire, Cassata —empecé, pero Essie me interrumpió antes de que hubiera podido tomar velocidad.

—¡Muchachos, muchachos! ¿No pueden dejar esto para otro momento? Vinimos aquí a una fiesta, no a pelearnos.

Cassata dudó, con aire beligerante. Luego asintió lentamente, pensativo.

—Bien, señora Broadhead —dijo—, eso no es mala idea. Puedo aguardar un poco; después de todo, no tengo que informar hasta dentro de unas cinco o seis horas carnales. —Entonces se volvió hacia mí—. No abandone la Roca —ordenó. Y desapareció.

Essie y yo nos miramos.

—*Nekulturny* —dijo ella, arrugando la nariz como si aún estuviera oliendo su puro.

Lo que yo dije fue peor que eso, y Essie me rodeó con uno de sus brazos.

—¿Robin? Ese hombre es un cerdo. Olvídalo, ¿de acuerdo? No vamos a permitir que nos estropee la velada. Por favor.

—¡No le vamos a dar ninguna oportunidad! —exclamé valientemente—. ¡Vamos a la fiesta! ¡Te desafié a una carrera hasta el Infierno Azul!

Fue realmente una espléndida fiesta.

No me había tomado en serio a Essie cuando me preguntó si no estaba haciendo un gran asunto de la fiesta. Sabía que no estaba hablando en serio. Essie nunca había sido prospectora, pero todo ser humano vivo sabía cuál era el motivo de la fiesta.

Era para celebrar nada menos que el centenario del descubrimiento del asteroide Pórtico, y si había algún otro acontecimiento más importante en la historia de la raza humana, yo no sabía cuál podía haber sido.

Había dos razones por las que fue elegido Roca Rugosa como sede de la celebración de la fiesta del centenario. Una era que, básicamente, el asteroide había sido convertido en un asilo de ancianos. Era perfecto como lugar geriátrico. Cuando el tratamiento de la aterosclerosis empeoró la osteoporosis, y los fagos antitumorales desencadenaron los síndromes de Ménière o Alzheimer, Roca Rugosa se convirtió en el lugar ideal. Los corazones viejos no tenían que bombear tan fuerte. Los envejecidos miembros no tenían que luchar para sostener en pie un centenar de kilos de carne y huesos. La gravedad máxima en cualquier lugar de allí era más o menos un uno por ciento de la normal en la Tierra. Los que antes se tambaleaban podían ahora trotar y saltar; podían dar volteretas si querían. No eran sorprendidos por unos reflejos lentos e inseguros si un coche se les echaba encima; no había coches allí. Oh, podían morir, por supuesto. Pero eso no tenía por qué ser algo fatal, porque Roca Rugosa poseía las mejores (y más usadas) facilidades de almacenamiento de personalidades en máquina de todo el universo. Cuando la vieja carcasa de carne se situaba más allá del punto de reparación, el anciano se ponía en manos de la gente de

Vida Nueva, y la siguiente cosa que veía era el mundo a través de unos ojos que ya no eran imperfectos, y lo oía con unos oídos que captaban hasta el menor sonido, y aprendía rápido, y no olvidaba nada. ¡Había renacido, en el sentido más literal de la palabra! Y sin la carga carnal de la primera vez. La vida como una inteligencia almacenada en máquina no era lo mismo que estar dentro de tu propio cuerpo. Pero no era tan malo. En algunos aspectos, era mejor.

Yo debería saberlo.

Era imposible ver un grupo más feliz de ciudadanos almacenados en máquina que la gente que vivía en Roca Rugosa. Realmente era una roca. Un viejo asteroide irregular, de unos cuantos kilómetros de diámetro, más o menos, exactamente igual que el otro millón que rodea el Sol entre Júpiter y Marte o en algún otro lugar. Bueno..., no *exactamente* igual. Este asteroide en particular estaba perforado y agujereado con innumerables túneles que lo atravesaban de parte a parte. Ningún ser humano los había perforado. Los encontramos así; y ésa era la otra razón por la cual era el mejor lugar para la celebración del centenario del vuelo interestelar humano.

Roca Rugosa, ¿saben?, era un asteroide completamente extraordinario, incluso único. Originalmente giraba en torno al sol en una órbita que formaba un ángulo recto con la eclíptica. Ésa era simplemente la parte anormal. La parte única era que, cuando fue descubierto, estaba completamente lleno de espacionaves Heechees. No sólo una o dos, sino *montones* de ellas..., ¡de hecho, novecientas veinticuatro! ¡Naves que todavía funcionaban! Bueno..., que funcionaban la mayor parte de las veces al menos, especialmente si no te importaba dónde ibas. Nunca sabíamos qué iba a ocurrir. Subíamos a la nave, y la poníamos en marcha, y nos reclinábamos en nuestro asiento, y aguardábamos, y rezábamos.

En ocasiones, teníamos suerte.

La mayor parte de las veces, moríamos. La mayoría de los que estábamos allí en la fiesta éramos los que habíamos tenido suerte.

Pero cada viaje coronado por el éxito en una nave Heechee nos enseñaba algo, y de tanto en tanto podíamos ir a cualquier parte de la galaxia, y hasta estar bastante seguros de llegar con vida. Incluso mejoramos la tecnología Heechee en algunos aspectos. Ellos usaban cohetes para ir de la superficie a las órbitas bajas; nosotros utilizamos bucles Lofstrom. Pronto el asteroide ya no fue necesario para la gente que se ocupaba del programa de exploración espacial.

Así que se trasladaron a la órbita de la Tierra.

Primero pensaron convertirlo en un museo. Luego decidieron convertirlo en un hogar para los supervivientes de los viajes Heechees. Fue entonces cuando empezamos a llamarlo Roca Rugosa. Antes de eso su nombre había sido Pórtico.

Bien, ahora nos enfrentamos a otro problema de comunicación. Porque, ¿cómo explicar lo que Essie y yo hicimos a continuación?

La forma más sencilla es decir simplemente que nos unimos a la fiesta.

Bueno, lo hicimos; eso es cierto. Hicimos lo que cualquiera hace en una fiesta. Fuimos de un lado para otro, a nuestra desencarnada manera, para saludar y abrazar e intercambiar chismorreos con nuestros desencarnados amigos..., no todos nuestros amigos en la Roca eran desencarnados, pero por el momento no nos preocupaban los de carne. (No quiero dar la impresión de que no queremos a nuestros amigos de carne. Los apreciamos tanto como a los almacenados en máquina, pero, Dios mío, son tan tediosamente *lentos*.)

Así que, durante las siguientes decenas de miles de milisegundos, fue tan sólo una larga sucesión de «¡Marty! ¡Cuánto tiempo sin vernos!», y «Oh, Robin, mira lo joven que se ha puesto Janie Yee-xing!», y «¿Recuerdas cómo acostumbraba a *oler* este lugar?» Nos dedicamos a ello largo rato, porque después de todo aquélla era una fiesta más bien concurrida. Bien, les daré las cifras. Tras los primeros cincuenta achuchones y alegres mentiras, me tomé un momento para llamar a mi fiel programa de recuperación de datos, Albert Einstein.

—Albert —dije cuando entró, parpadeándome amigablemente—, ¿cuántos?

Dio una chupada a su pipa, luego apuntó la boquilla hacia mí.

—Me temo que un montón. En total hubo trece mil ochocientos cuarenta y dos prospectores de Pórtico, del primero al último. Algunos, por supuesto, se hallan

irrecuperablemente muertos. Un cierto número de otros han decidido no venir, o no han podido, o quizá todavía no han llegado. Pero mi recuento actual es que hay presentes tres mil setecientos veintiséis, de los que casi la mitad se hallan almacenados en máquina. También hay, por supuesto, un cierto número de invitados de los antiguos prospectores, como es el caso de la señora Broadhead, sin mencionar un cierto número de pacientes que se hallan aquí por razones médicas sin conexión alguna con la exploración.

—Gracias —dije; y luego, mientras empezaba a irse—. Una cosa más, Albert. Julio Cassata. Ha conseguido que me pregunte por qué se muestra reacio a los trabajos del Instituto, y especialmente por qué está aquí. Me gustaría que examinaras el asunto, si es posible.

—Ya lo estoy haciendo, Robin —sonrió Albert—. Te informaré cuando crea que tengo alguna información. Mientras tanto, diviértete.

—Ya lo estoy haciendo —respondí, satisfecho. Un Albert Einstein es un dispositivo que vale la pena tener siempre a mano; se ocupa de las cosas mientras yo me divierto. Así que volví a la fiesta con la mente más despejada.

No conocíamos a todos los 3.726 veteranos reunidos allí. Pero conocíamos a muchos de ellos; y eso es lo que hace un poco difícil contarles a ustedes lo que estábamos haciendo, porque, ¿quién quiere oír cuántas veces uno de nosotros exclamó a uno de ellos, o uno de ellos exclamó a uno de nosotros: «¡Qué sorpresa! ¡Tienes muy buen aspecto!»?

Recorrimos arriba y abajo el espacio gigabit, metiéndonos por los cribados cuadrantes y niveles y por los túneles de la antigua roca, saludando aquí y allá a nuestros colegas y compañeros almacenados en máquina. Bebimos con Sergei Borbosnoy en el Huso..., Sergei había sido compañero de clase de Essie en Leningrado antes de partir hacia Pórtico y hacia una lenta y vulgar muerte por exposición a las radiaciones. Pasamos un buen rato en un cóctel en el museo de Pórtico, yendo de un lado para otro con los vasos en la mano y contemplando la exposición de artefactos de Venus y del mundo de Peggy, y piezas y fragmentos de herramientas y perlas de fuego y los bancos de datos de los molinetes de oraciones de toda la galaxia. Tropezamos con Janie Yee-xing, que había salido con nuestro amigo Audee Walthers III antes de partir para visitar a los Heechees en el núcleo. Probablemente había pensado en casarse con él, supongo, pero la cuestión ya no tenía importancia, porque Janie había resultado muerta intentando aterrizar con un helicóptero en medio de un huracán invernal en un planeta llamado Perséfone.

—De todas las cosas estúpidas —le dije, sonriendo—. ¡Un accidente *aéreo!* —Y luego tuve que pedir disculpas, porque a nadie le gusta oír que su muerte fue una estupidez.

Ésas eran las almas almacenadas como nosotros, aquellas con las que podíamos hablar fácilmente y sin intermediarios. Por supuesto, había mucha gente de carne a la que deseábamos saludar también.

Pero eso era un problema completamente distinto.

Ser una mente desencarnada en el espacio gigabit no es algo fácil de describir.

En un cierto sentido, es como el sexo.

Es decir, es algo que no puedes explicar fácilmente a alguien que no lo ha probado nunca. Sé eso respecto al sexo, porque he intentado describir los goces de hacer el amor a algunas personas más bien extrañas —bueno, no exactamente *personas*, sino inteligencias, no importa lo que eran realmente—, y cuesta una barbaridad. Tras muchos milisegundos de escuchar mis intentos de descripción y exposición y metáforas —y gran cantidad de incompreensión—, todo lo que han dicho ha sido algo así como:

—¡Oh, sí, ahora lo entiendo! Es como esa otra cosa que hacen ustedes..., *estornudar*, ¿no es eso? Algo como un prurito que sube y sube hasta que no pueden soportarlo si no estornudan, y cuando lo hacen se sienten completamente aliviados. ¿Es eso?

Y yo les digo:

—No, no es eso —y desisto.

Es tan difícil de explicar como qué es el espacio gigabit. Puedo describir algunas de las cosas que hago ahí, sin embargo. Por ejemplo, mientras estábamos bebiendo con Sergei Borbosnoy en el Huso, no estábamos «realmente» en el Huso. Existía realmente un Huso; era el hueco central del asteroide Pórtico. Hubo un tiempo en que el bar que contenía —lo llamaban el Infierno Azul— había sido el lugar preferido de todos los prospectores para beber y jugar e intentar reunir el valor necesario para firmar para una de aquellas terribles, a menudo fatales, y siempre en una sola dirección, carreras en una nave Heechee. Pero el Huso «real» ya no era utilizado para beber. Había sido convertido en un solarío iluminado por una lámpara solar para los más débiles de los habitantes geriátricos de Roca Rugosa.

¿Nos ocasionaba esto algún problema? ¡En absoluto! Simplemente creamos nuestro propio Huso simulado, completo con el casino Infierno Azul, y nos sentamos allí con Sergei, bebiendo vodka helado y comiendo pretzels y arenque ahumado. La simulación tenía mesas, barmans, encantadoras camareras, una banda de tres músicos tocando éxitos de hacía un siglo, y una multitud ruidosa y alegre.

De hecho, tenía todo lo que cabía esperar de un tugurio feliz, excepto una cosa. «Realidad». Nada de aquello era «real».

Toda la escena, incluido parte del público, no era más que un conjunto de simulaciones extraídas de la memoria de una máquina. Como yo, como Essie en su forma portátil..., como Sergei.

¿Entienden?, no teníamos por qué estar en el Huso, real o imaginado. Cuando nos reuníamos para tomar una copa, podíamos crear a nuestro alrededor cualquier ambiente que deseáramos. Essie y yo lo hacíamos a menudo. «¿Dónde quieres cenar?», preguntaba Essie. Y yo respondía: «Oh, no sé. ¿Lutece? ¿La Tour d'Argent? O, no, ya sé, tengo ganas de comer pollo frito. ¿Qué te parece un picnic delante del Taj Mahal?»

Y entonces nuestros obedientes sistemas de apoyo nos daban acceso a los archivos etiquetados «Taj Mahal» y «Pollo frito», y allí estábamos.

Por supuesto, ni el entorno ni la comida ni la bebida serían «reales»..., pero tampoco lo éramos nosotros. Essie era un análogo almacenado en máquina de mi querida esposa, que de algún modo estaba aún viva..., y seguía siendo también mi esposa. Yo era los restos almacenados de mi persona, lo que quedaba después de que muriera en la excitante ocasión en que me hallé por primera vez delante de un Heechee vivo. Sergei era un Sergei almacenado, porque él también había muerto. Y Albert Einstein...

Bueno, Albert era algo completamente distinto; pero lo conservábamos con nosotros, porque era condenadamente divertido en cualquier fiesta.

¡Y nada de esto significaba ninguna diferencia! Las bebidas te entonaban lo suficiente, el arenque ahumado era tan sabroso como siempre lo había sido, las pequeñas porciones de *crudités* crujían en tu boca con el mismo aroma de antaño. Y nunca acumulábamos peso, y nunca sufríamos resaca.

Mientras que la gente de carne...

Bien, la gente de carne era algo completamente distinto.

Había mucha gente de carne entre los 3.726 veteranos de Pórtico reunidos para celebrar el centenario de la Roca. Muchos de ellos eran buenos amigos. Muchos otros eran personas a las que hubiera querido tener como amigos, porque todos nosotros, los viejos prospectores, tenemos mucho en común.

La dificultad que tenemos con la gente de carne es intentar llevar una conversación con ellos. Yo soy rápido..., opero en tiempo gigabit. Ellos son *lentos*.

Afortunadamente, hay una forma de enfrentarse a la situación, porque de otra forma intentar hablar con una de esas torpes y lentas personas de carne y hueso podría volverme loco.

Cuando era pequeño en Wyoming, admiraba a los maestros de ajedrez que merodeaban por los parques, moviendo sus grasientas piezas sobre los manchados tableros. Algunos de ellos podían jugar veinte partidas a la vez, yendo de tablero en tablero. Me maravillaban. ¿Cómo podían retener en la memoria veinte posiciones simultáneas, recordando cada movimiento, cuando yo apenas podía mantener una en mi cabeza?

Luego lo comprendí. No retenían ninguna.

Simplemente se acercaban a un tablero, se hacían cargo de la posición, veían la estrategia, hacían su movimiento, e iban al tablero siguiente. No tenían por qué retener nada. Sus mentes orientadas al ajedrez eran tan rápidas que cualquiera de ellos podía hacerse una idea del estado de la partida en el tiempo en que su oponente se rascaba la oreja.

¿Se dan cuenta? Así es como funciona la cosa entre yo y la gente de carne. No podría soportar mantener una conversación con una persona viva sin hacer al mismo tiempo tres o cuatro cosas más. ¡Parecen estatuas! Cuando vi a mi viejo colega Frankie Hereira, estaba humedeciéndose los labios mientras contemplaba a otro colega esforzarse en abrir una botella de champán. Sam Struthers salía de los servicios de caballeros, con la boca abierta para saludar a alguna otra persona viva de la sala. No hablé con ninguno de ellos. Ni siquiera lo intenté. Me limité a establecer una imagen de mí mismo y la puse en movimiento..., una para cada uno de ellos. Luego «me fui».

No quiero decir que me fuera realmente a otra parte; simplemente dediqué mi atención a otras cosas. No tenía por qué quedarme allí, puesto que las subrutinas de mis programas eran perfectamente capaces de dirigir uno de mis duplis hacia Frankie y otro hacia Sam, y hacer que sonrieran, y abrir «mi» boca para hablar con ellos cuando «me» vieran. Cuando tuviera que tomar una decisión respecto a lo que quería decirles, ya estaría de vuelta.

Pero así era la gente de carne. Afortunadamente para mi umbral de aburrimiento, había también montones de personas almacenadas en máquina (aunque no exactamente todos ellos *personas*). Algunos eran muy viejos amigos. Algunos eran gente a la que conocía porque todo el mundo la conocía. Allí estaba Detweiler, que había descubierto a los Cerdos Vudú, y Liao Xiechen, que había sido un terrorista hasta que aparecieron los Heechees y cambió de bando. Era el que había puesto al descubierto a toda la pandilla de asesinos y lanzabombas del programa espacial norteamericano. También estaba Harriman, que había visto realmente el estallido de una supernova, y se había acercado lo suficiente a la onda expansiva como para ganar un premio científico de cinco millones de dólares en los viejos días. Allí estaba Mangrove, que fue a parar a una estación Heechee que orbitaba en torno a una estrella de neutrones y descubrió que los pequeños, extraños y maniobrables globos anclados junto a la estación eran en realidad recolectores de muestras y podían ser enviados a la superficie de la estrella y hechos regresar con unas once toneladas —una porción casi del tamaño de una uña— de neutronio. Mangrove murió finalmente a causa de las radiaciones que acumuló en su regreso a casa, pero eso no le impidió reunirse con nosotros en Roca Rugosa.

Así que recorrí las conducciones de Pórtico, rápido como un rayo en un cielo de tormenta, y saludé a un centenar de viejos y nuevos amigos. Algunas veces Essie-Portátil estaba conmigo. Algunas veces se dedicaba a sus propias excursiones de salud. El fiel Albert nunca estaba lejos de onda, pero nunca se unía a los achuchones y abrazos. El hecho era que nunca se dejaba ver de nadie excepto de mí, o cuando era invitado a hacerlo. Nadie en aquella humosa y alegre atmósfera de reunión de graduación, de Año Nuevo, de boda, tenía el menor interés en trabar relación con un mero sistema de recuperación de datos, ni siquiera aunque fuese el mejor amigo que yo jamás hubiera tenido.

Así que, de vuelta al Huso, bebiendo de nuevo con Sergei Borbosnoy, y cuando las

cosas empezaron a hacerse un poco aburridas para mí, llamé:

—¿Albert?

Essie me lanzó una mirada. Sabía qué estaba haciendo. (Después de todo, fue ella quien escribió su programa, sin mencionar el mío.) No le importó; siguió hablando en ruso con Sergei. No había nada malo en ello, porque por supuesto comprendo el ruso..., lo hablo con fluidez, junto con un puñado de otros idiomas, porque después de todo tengo cantidades de tiempo para aprender. Lo que había de malo era que estaban hablando de gente a la que conocía y que no me importaba en absoluto.

—¿Llamaste, oh Maestro? —murmuró Albert en mi oído.

—No te hagas el listo —respondí—. ¿Has dilucidado ya lo que ocurre con Cassata?

—No del todo, Robin —dijo—, porque de otro modo ya te hubiera presentado el informe, por supuesto. De todos modos, he extraído algunas deducciones interesantes.

—Adelante con las deducciones —susurré de vuelta, sonriendo a Sergei mientras echaba otra ración de vodka helado en mi copa, sin siquiera mirarme.

—Percibo tres discretas cuestiones —dijo Albert confortablemente, adoptando su habitual tono tutorial—. La cuestión de la relevancia de los seminarios del Instituto para la JVA, la cuestión de las maniobras, y la cuestión de la presencia del propio general Cassata aquí. Ésas, a su vez, pueden subdividirse en...

—No —susurré—, no pueden. Rápido y sencillo, Albert. —Muy bien. Los seminarios, por supuesto, se hallan directamente relacionados con la cuestión central del Enemigo: Cómo puede ser reconocido a través de sus características, y por qué desea alterar la evolución del universo. El único elemento de desconcierto es por qué la JVA expresa ahora su preocupación acerca de los seminarios del Instituto, cuando la propia JVA ha celebrado conferencias similares antes, sin la menor objeción. Creo que se halla relacionado con la cuestión de las maniobras. De sus creencias puedo extraer un dato: Desde que empezaron las maniobras, todas las comunicaciones, tanto del satélite de la JVA como de la Rueda de Vigilancia, han sido embargadas.

—¿Embarqué?

—Embargadas, Robin. Interrumpidas. Censuradas. Prohibidas. No se permite ninguna comunicación de ningún tipo. Infiero que, primero, esos dos acontecimientos están relacionados, y ambos están relacionados con las maniobras. Como sabes, hubo una falsa alarma en la Rueda de Vigilancia hace algunas semanas. Quizá no se trató de una falsa alarma...

—¡Albert! ¿Qué estás diciendo? —No hablaba en voz alta, pero Essie me lanzó una mirada de desconcierto. Le sonreí tranquilizadamente, o intenté hacerlo, aunque no había nada tranquilizador en el pensamiento.

—No, Robin —dijo Albert, apaciguador—. No tengo ninguna *razón para* creer que la alarma fuera otra cosa más que falsa. Pero quizá la JVA esté más preocupada que yo; eso explicaría las repentinas maniobras, que parece que incluyen la prueba de algunas nuevas armas...

—¡Armas!

Otra mirada de Essie. Dije alegremente, en voz alta:

—*Na zhdrovya* —y alcé mi vaso.

—Exacto, Robin —dijo lúgubrementemente Albert—. Eso deja en el aire sólo la presencia del general Cassata. Creo que puede explicarse fácilmente. Está vigilándote.

—No parece estar haciendo un buen trabajo.

—Eso no es exactamente cierto, Robin. De acuerdo, parece que el general está ocupándose en estos momentos sólo de sus propios asuntos, sí. De hecho, se halla en íntima relación con una joven dama, lleva así desde hace un rato. Pero antes de retirarse con esa joven persona, ordenó que no saliera ninguna espacionave de aquí durante los próximos treinta minutos, tiempo orgánico. Creo que es muy probable que contacte de nuevo contigo antes de que expire ese tiempo, y mientras tanto tú no puedes abandonar

el asteroide.

—*Maravilloso* —dije.

—Creo que no —me corrigió deferentemente Albert.

—¡No puede hacer eso!

Albert frunció los labios.

—A largo plazo, no —admitió—. Es evidente que más pronto o más tarde conseguirás la autoridad suficiente para pasar por encima de las órdenes del general Cassata, puesto que todavía hay un cierto grado de control civil de la Junta de Vigilancia a los Asesinos. De todos modos, por el momento, me temo que tiene el asteroide sellado.

—*¡Bastardo!*

—Es probable que lo sea —sonrió Albert—. Me he tomado la libertad de notificar al Instituto estos hechos, y es indudable que responderán..., aunque desgraciadamente será a velocidad orgánica. Me temo. —Hizo una pausa—. ¿Hay alguna otra cosa? ¿O debo proseguir con mis investigaciones?

—¡Sigue con ellas, maldita sea!

Durante un rato herví en el espacio gigabit, intentando calmarme. Cuando creí que era al menos marginalmente *capaz* de volver a hablar, me uní a Essie y Sergei Borbosnoy en su simulación del Infierno Azul. Essie me miró amistosamente en medio de una larga anécdota, luego fijó sus ojos en mí.

—Hey —dijo—. Hay algo que vuelve a preocuparte, Robin.

Le conté lo que me había dicho Albert.

—Bastardo —murmuró ella, concurriendo con mi propio diagnóstico.

Y Sergei hizo eco:

—*Nekulturny*, no es más que eso.

Luego Essie sujetó amorosamente mi mano.

—De todos modos, querido Robin —dijo—, no es importante en estos momentos, ¿no crees? No teníamos intención de dejar la fiesta durante bastante tiempo; incluso habíamos pensado comer aquí.

—Sí, pero, maldita sea su aliña...

—Su alma ya está maldita desde hace mucho tiempo, querido Robin. Bebe un poco. Eso te alegrará.

Así que lo intenté.

No funcionó demasiado bien. Como tampoco me divertía el escuchar hablar a Essie y Sergei.

Entiendan que me caía bien Sergei. No porque fuera apuesto. No lo era. Sergei Borbosnoy era alto, cadavérico, calvo. Tenía unos melancólicos ojos rusos y una forma sincera, sistemática, rusa, de beber enormes cantidades de vodka helado, todo el vaso de una sola vez. Puesto que él también estaba muerto, podía seguir así indefinidamente sin emborracharse nunca más de lo que deseara. Sin embargo, según Essie, había demostrado la misma capacidad cuando estudiaban juntos en Leningrado y ambos eran aún de carne. Ese tipo de cosas son muy divertidas, de acuerdo, cuando eres estudiante..., especial mente si además eres ruso. Para mí no resultaban tan divertidas.

—¿Qué ocurre? —pregunté, cuando me di cuenta de que habían dejado de hablar y me estaban mirando.

Essie tendió una mano, revolvió afectuosamente mi pelo y dijo:

—Hey, viejo Robin. Toda esa charla sobre tiempos pasados no te interesa, ¿verdad? ¿Por qué no vas a dar una vuelta?

—No, está bien —dije, sin excesiva convicción, y ella se limitó a suspirar.

—De acuerdo —dijo. De modo que me quedé con ellos. De todos modos, tenía algo en qué pensar.

No me resulta fácil explicar en qué necesitaba pensar exactamente, porque, no se

ofendan, la gente de carne no puede asimilar en su conjunto el gran número de temas variados que una personalidad almacenada en máquina como yo puede mantener a tiempo compartido en su cabeza —mejor dicho, en su «cabeza»— a la vez.

Lo cual me lleva a darme cuenta de que ya he cometido un error.

La gente de carne no puede hacer juegos malabares con tantos pensamientos a la vez. La gente de carne no es buena con el procesado en paralelo. La gente de carne es lineal.

Lo que tengo que tener siempre presente es que cuando me comunico con la gente de carne debo tener en cuenta todas esas imperfecciones.

Así que, después de intentar imaginar tres veces cómo empezar, me doy cuenta ahora de que hubiera debido empezar de una cuarta forma, completamente distinta.

Hubiera debido empezar habiéndoles de los niños que vivían en la Rueda de Vigilancia.

2 - En la rueda

Así que ahora tenemos que retroceder un poco en el tiempo. No mucho, en realidad. Al menos, no mucho en términos de carne; no *tanto* como tendremos que hacerlo para algunas otras osas, me temo. Sólo unos cuantos meses.

Tengo que hablarles de Estornudos.

Estornudos tenía ocho años..., según su cuenta personal el tiempo, que no es la misma que la de cualquier otro tiempo el que podamos hablar. Su auténtico nombre era Estornudador. Era un nombre Heechee, lo cual no es sorprendente, porque era un niño Heechee. Era lo bastante desafortunado (o afortunado) como para ser el hijo de dos especialistas Heechees en disciplinas útiles que al parecer estaban en reserva cuando Heechees descubrieron que no podían seguir ocultándose del Universo. Había una gran cantidad de personal Heechee aguardando para ese tipo de emergencia. Las mentes reunidas de los antiguos Antepasados Heechees reconocieron la necesidad, y sí los equipos de reserva fueron despachados de inmediato a la galaxia exterior. El pequeño Estornudador fue con ellos.

«Estornudador» no era un nombre afortunado para un niño en el colegio, al menos no cuando la mayoría de sus compañeros de clase eran humanos. En el idioma Heechee la palabra significa un tipo de acelerador de partículas, vagamente parecido a un láser, en el que las partículas eran «cosquilleadas» (o, más exactamente, estimuladas) hasta ser emitidas en un enorme estallido de alta energía. El muchacho cometió el error de traducir literalmente su nombre para sus compañeros de clase, y naturalmente, después de eso, todos le llamaron Estornudos O la mayor parte de ellos lo hicieron. Harold, el tonto de culo humano de nueve años que se sentaba detrás de él en Conceptos, dijo que era uno de los Siete Enanitos, de acuerdo pero que sus padres habían elegido al enano equivocado par¡ponerle el nombre.

—Eres demasiado tonto para ser Estornudos —dijo Harold durante el recreo en el pozo de juegos, después de que el joven Estornudador le ganara en un concurso de identificación de siluetas—. Quien eres realmente es Torpe. —Y saltó en el trampolín y le dio a Estornudos un empujón que lo envió volando contra el instructor robot tai-chi. Lo cual fue una suerte pan ambos. El autojuegos reaccionó al instante, sujetando al niño Heechee con sus acolchados brazos. Estornudos no se hizo daño y Harold no perdió su tiempo de recreo.

El automaestro al otro extremo del pozo ni siquiera vio lo que había ocurrido. Así que el robot tai-chi depositó a Estornudos en el suelo y ajustó educadamente la vaina que colgaba entre sus piernas, y luego susurró en su oído, en Heechee —Sólo es un niño, Estornudador. Cuando sea mayor lo lamentará.

—¡Pero no quiero que me llamen Torpe! —sollozó Estornudos.

—No lo harán. Nadie lo hará. Excepto Harold, y algún día te pedirá disculpas por ello.

—Y de hecho, aquella parte de ti que había dicho el autojuegos era cierta. O casi cierta. Pocos de otros once chicos de la clase apreciaban a Harold. Nadie siguió su ejemplo excepto Paloblando, que tenía cinco años, y aun sólo brevemente. Paloblando también era una Heechee, y muy joven. Normalmente hacía todo lo posible por ser aceptada por los niños humanos. Cuando descubrió que los demás no seguía a Harold, hizo marcha atrás.

Así que el joven Estornudos no se sintió herido más de lo necesario, excepto que cuando se lo contó a sus padres aquella noche, mostraron, respectivamente, furia y regocijo.

El furioso fue su padre, Frenorradiación, que hizo sentarse a su esquelético hijo sobre su huesuda rodilla y siseó:

—¡Esto es desagradable! ¡Voy a pedir al automaestro que tome cartas en el asunto contra ese gordo fanfarrón que se ha metido con nuestro hijo!

La regocijada fue la madre de Estornudos.

—Peor *me* ocurrió a mí en la escuela, Freno —dijo—, y eso fue en Casa. Deja que el muchacho libere sus propias batallas.

—Los Heechees no *luchan*, Ondafemto.

—Los humanos sí, Freno, y especulo que vamos a tener que aprender de ellos en esto..., oh, de una forma no dañina, por supuesto. —Dejó sobre la mesa el resplandeciente instrumento que emitía pulsaciones de luz que había estado estudiando, porque se había traído algo de trabajo a casa. Se puso en pie y se dirigió, en un movimiento que parecía más patinar que andar, debido a la escasa gravedad de la Rueda, hacia el otro lado de la estancia para alzar a Estornudos de la rodilla de su padre—. Da de comer al niño, querido —dijo alegremente—, y verás como olvida todo el asunto. Te lo estás tomando más en serio tú que él.

Así que Ondafemto se apuntó el cincuenta por ciento de aquella conversación. Tenía razón en que su compañero estaba más trastornado que su hijo. (De hecho, Frenorradiación recibió en su próximo turno una reprimenda en el Sillón de Sueños, porque todavía estaba irritado. Eso hizo que permitiera que su mente derivara hacia el tonto del culo del niño humano, cuando hubiera debido mantenerla vacía. Aquello era un no-no. Significaba que Frenorradiación estaba irradiando más irritación residual de la que debería permitirse..., después de todo, la auténtica finalidad de los especialistas del Sillón de Sueños como él era no sentir nada, sino permanecer totalmente receptivos a cualquier sensación que pudiera llegar a través del Sillón.) Sin embargo, Ondafemto estaba equivocada en su otra afirmación. Estornudos nunca lo olvidó.

Quizá tampoco lo recordó como correspondía. Lo que más le impresionó no fue simplemente que los seres humanos lucharan a veces realmente, sino que sus luchas no tenían lugar sólo con aquellos torpemente abultados puños o torpemente hinchados pies. También podían herir a alguien simplemente pronunciando un nombre.

¿He vuelto a equivocarme? ¿No hubiera debido empezar explicando la finalidad de la Rueda de Vigilancia?

Bien, mejor tarde que nunca. Volvamos de nuevo atrás para recoger los cabos sueltos.

Cuando el primer Heechee que no pudo controlar su propio destino (su nombre era el Capitán) conoció al primer ser humano que sí podía (su nombre era Robinette Broadhead, porque era yo), el niño Heechee llamado Estornudador se hallaba con sus padres en aquella nave en reserva en el núcleo. Sentía añoranza. Su «casa» era una pequeña y agradable ciudad de ocho o diez millones de habitantes en un planeta de una pequeña estrella naranja-amarillenta dentro del gran agujero negro que era el núcleo de la galaxia. Incluso a los tres años, Estornudos sabía qué significaba eso. Sabía que la razón de que su familia estuviera en la nave era que podía llegar un tiempo en que todos ellos debieran abandonarlo todo y atravesar la barrera Schwarzschild y alcanzar las estrellas exteriores.

No esperaba que esto le ocurriera a él, por supuesto. Nadie lo hace. Luego, cuando él

y su familia fueron asignados a la Rueda de Vigilancia, Estornudos descubrió lo que era la *auténtica* añoranza.

La finalidad de la Rueda era sencilla.

Era un lugar donde colocar los Sillones de Sueños.

Los Sillones de Sueños eran un invento Heechee que descubrimos antes incluso de encontrar al primer Heechee vivo. Los Heechees los utilizaban (entre otras cosas) para mantener puestos de observación en planetas donde algún día podía evolucionar la vida inteligente pero todavía no lo había hecho..., como nuestro propio planeta, hacía unos cuantos cientos de miles de años, cuando los Heechees alcanzaron finalmente la Tierra.

Las señales de «sueño» no eran sueños. Básicamente, eran emociones. Un Heechee (o un ser humano) encajado en la red de resplandecientes antenas metálicas del Sillón de Sueños podía sentir lo que sentían otros..., aunque esos otros estuvieran muy lejos. «Muy lejos» en términos planetarios, al menos. No funcionaba de ninguna forma útil en términos galácticos. Esto era debido a que las señales del Sillón de Sueños llegaban desgraciadamente por simple modulación de frecuencia. Estaban limitadas a la velocidad de la luz y obedecían a la ley de la inversa del cuadrado, de modo que el alcance efectivo de los Sillones de Sueños era sólo del orden de los miles de millones de kilómetros, no de los billones de billones que separaban una estrella de otra.

El trabajo de Frenorradiación y los demás operadores de los Sillones de Sueños, tanto humanos como Heechees, era el ser los ojos y los oídos de la Rueda. Su tarea era monitorizar el objeto más importante de la cosmología tanto Heechee como humana, el kugelblitz que colgaba fuera del halo galáctico. No había ningún punto en la galaxia en sí lo suficientemente cercano para eso. De modo que se había construido la Rueda y había sido enviada a una posición a sólo seis UA del kugelblitz, en su solitaria posición en el espacio casi intergaláctico.

Ésa era, a juicio de todos, una forma razonable de hacerlo. Ciertamente que en el caso de que algo transpirara finalmente en torno al kugelblitz, y los observadores recibieran finalmente las señales que temían, habrían transcurrido unos cuarenta y tantos minutos después del hecho real, porque ése era el tiempo que necesitaban las señales para cruzar a la velocidad de la luz seis veces la distancia de la Tierra al Sol (que es de 6 UA, más o menos).

También había un *ligero* asomo de incertidumbre acerca de si los Sillones de Sueños podrían captar realmente algo de aquel suceso.

Después de todo, argumentaban algunos, el modelo del Sillón de Sueños que los Heechees habían utilizado originalmente no tenía la menor sensibilidad hacia, digamos, las inteligencias almacenadas en máquina como mi propio Albert Einstein; no fue hasta después de que gente como Essie trasteara con ellos que pudieron captar esas señales. ¿Qué *razón* había para creer que serían capaces de detectar las totalmente desconocidas características de los básicamente teóricos Asesinos?

Pero no había nada que pudieran hacer respecto al segundo problema.

En cuanto al primero, como nada había ocurrido en torno al kugelblitz desde hacía, casi con toda seguridad, varios millones de años, no parecía que tres cuartos de hora en uno u otro sentido pudieran importar demasiado.

A la mañana siguiente Estornudos fue despertado por la voz de la autocasa en la pared, diciendo en idioma Heechee:

—Día de Ejercicio, Estornudador. Día de Ejercicio. ¡Despierta para el Día de Ejercicio!

—Siguió repitiendo su mensaje hasta que Estornudos se hubo deslizado fuera del cálido abrazo de su hamaca en forma de bolsa, y luego se ablandó un poco—: Día de Ejercicio, Estornudador..., pero es sólo Ejercicio Clase Dos. No habrá escuela.

¡Aquél era un caso de malas noticias que de pronto se convertían en buenas para Estornudos! Colgó su vaina entre sus flacas caderas y se puso el resto de sus ropas y llamó a Harold —porque no siempre se peleaban— mientras aceitaba sus dientes.

—¿Vamos a ver la llegada de la nave? —propuso Estornudos, y Harold, frotándose el sueño de los ojos, bostezó y dijo:

—Apuesta tu flaco culo a que sí, Torpe. Nos encontraremos dentro de diez minutos en la esquina de la sala de la escuela.

Puesto que era Día de Ejercicio, aunque sólo fuera Ejercicio Clase Dos, los padres de Estornudos ya habían acudido a sus puestos, pero la autocasa se ocupaba de las tareas de ambos. Suplicó a Estornudos que desayunara algo (¡no esta mañana!, pero dejó que le preparara un bocadillo para ir comiendo por el camino), y le instó a que tomara un baño de aire (pero ya había tomado uno la noche antes, y ni siquiera su padre era tan estricto con la higiene). Estornudos cerró la puerta del apartamento sobre las últimas palabras de la autocasa y se apresuró por los tranquilos pasillos del Día de Ejercicio de la Rueda hacia la sala de la escuela.

Cuando Harold no se metía demasiado con él, y Estornudos no se sentía hoscamente resentido, eran amigos.

Esto no había ocurrido desde un principio. Harold era casi el primer ser humano que Estornudos había visto en su vida, y Estornudos era definitivamente el primer Heechee de Harold. La apariencia de cada uno había asombrado al otro. Para Estornudos, Harold parecía gordo, hinchado, burdamente deforme por todas partes..., casi como un cadáver que hubiera pasado toda una semana en el agua. Para Harold, el aspecto de Estornudos era mucho peor que eso.

A lo que más se parece un Heechee es a un ser humano que ha muerto en el desierto y se ha resecado hasta convertirse en huesos y cuero. Estornudos poseía brazos y piernas como una persona, pero no podía decirse que en ellos hubiera nada de carne. Y, por supuesto, poseía aquella curiosa *vaina*. Sin mencionar aquel débil olor a amoníaco que flotaba constantemente alrededor de todos los Heechees.

De modo que la amistad no fue instintiva al principio. Por otra parte, no tenían mucha otra elección. Había menos de cincuenta niños en toda la Rueda de Vigilancia, y dos tercios de ellos estaban en las otras escuelas espaciadas a lo largo del borde. Así que su elección de compañeros era limitada. Los bebés, los de seis años para abajo, no contaban, por supuesto. Los casi adultos de más de diez años contaban mucho, evidentemente —tanto Harold como Estornudos hubieran dado todo lo que se les pidiera para poder unirse a alguno de ellos—, pero ellos, por supuesto, no deseaban ser molestados por los *niños*.

Hubieran podido ir a uno de los otros sectores. Estornudos, con sus ocho años, incluso lo había hecho algunas veces, a solas o con sus compañeros de clase. Pero no había nada en ninguno de los otros sectores que no fuera un duplicado del suyo, y los niños de allí eran desconocidos.

No había ninguna regla que prohibiera a Estornudos ir a casi cualquier lugar que quisiera, con compañeros o sin ellos..., si no se cuentan los cubículos prohibidos del perímetro exterior donde los Sillones de Sueños se hallaban en constante funcionamiento. Estornudos no tenía prohibido jugar en zonas peligrosas. De hecho, no había zonas peligrosas. En la enorme Rueda de Vigilancia había algunos lugares donde se producían sin advertencia previa emisiones de cantidades de energía auténticamente peligrosas — para señalización, para regulación del giro, para equilibrado de la masa—, pero no había ningún empleo de energía en ninguna parte de la Rueda que no estuviera constantemente monitorizado por infatigables inteligencias mecánicas, y a menudo también por seres humanos muertos almacenados o también inteligencias Heechees. Y, por supuesto, no había ningún peligro por parte de la *gente*. No había secuestradores o violadores en la Rueda. No había pozos ocultos donde poder caer o bosques donde perderse. Había bosquecillos de árboles aquí y allá, por supuesto, pero ninguno donde incluso un niño de ocho años no pudiera hallar el camino de salida desde el mismo centro. Si algún niño se perdía aunque fuera sólo un momento, no tenía más que preguntar a la más cercana

autocosa que encontrara por la dirección que quería seguir, y era inmediatamente orientado. Es decir, un niño humano haría eso. Un niño Heechee como Estornudos ni siquiera tendría que buscar una autocosa, porque simplemente podía preguntárselo a los Antiguos Antepasados en su vaina.

De hecho, la Rueda de Vigilancia era tan segura que la mayoría de los niños, e incluso algunos de los adultos que servían en ella, olvidaban a menudo cuál era el supremo peligro que estaban vigilando.

Por ello tenía que serles recordado constantemente. Incluso para los niños estaban los frecuentes Ejercicios..., especialmente para los niños, porque si los que montaban guardia en los Sillones de Sueños llegaban a descubrir alguna vez lo que estaban vigilando, como seguramente ocurriría algún día, los niños tendrían que ocuparse de sí mismos. Ningún adulto podría ocuparse de ellos. Incluso las autocosas estarían demasiado ocupadas, sus programas habrían sido derivados automáticamente al análisis y las comunicaciones y el almacenamiento de datos. Los niños tendrían que buscar algún lugar aprobado donde esconderse —en realidad para permanecer fuera del camino—, y permanecer protegidos allí hasta que se les dijera que podían volver a salir.

Había precedentes de este tipo de cosa. A mediados del siglo XX, los escolares de los Estados Unidos y los de la Unión Soviética habían tenido que aprender a meterse bajo sus pupitres, permanecer tendidos boca abajo, unir las manos contra sus nuca, y sudar de miedo... Si fallaban en hacer algo de aquello, les decían sus maestros, las bombas nucleares harían patatas fritas de ellos. Para los niños de la Rueda de Vigilancia las apuestas eran más altas. No eran sólo sus vidas las que podían perderse. Si causaban problemas, lo que podía perderse era, quizá, todo.

Así que, cuando había un Ejercicio, ellos también sudaban de miedo.

Al menos, acostumbraban a hacerlo. Pero de tanto en tanto había un Ejercicio Clase Dos.

«Clase Dos» significaba solamente que las precauciones de rutina debían ser tomadas sólo porque se acercaba una nave de suministros. Los Ejercicios Clase Dos no daban ningún miedo..., al menos no lo daban si no pensabas demasiado profundamente en ello. (Si lo hacías, era aterrador darse cuenta de que la Rueda de Vigilancia tenía que paralizar todas sus actividades normales, mientras incluso los Vigilantes libres de servicio se apresuraban a los Sillones de Sueños extra, para asegurarse de que nada indeseado se estaba infiltrando bajo la tapadera de aquello tan deseado, una nave de suministros.) No había escuela los días en que llegaba una nave de suministros. No se trabajaba en ninguna parte de la Rueda (siempre excepto los Sillones de Sueños), porque todo el mundo estaría demasiado atareado con la llegada de la nave. Aquellas familias que habían cumplido su período de servicio e iban a ser sustituidas estarían empaquetando sus cosas y reuniéndose en el hangar para tener su primera visión de la nave que las devolvería al cálidamente invitador racimo de estrellas que era la galaxia. Y todos los demás estarían preparándose para supervisar la descarga de los suministros y la llegada del nuevo personal.

Cuando Estornudos llegó a la esquina de la sala de la escuela ya se había comido su bocadillo, y Harold estaba aguardando.

—¡Llegas tarde, Torpe! —exclamó el niño humano.

—Todavía no ha sonado la señal de avistamiento —señaló Estornudos—, así que no llegamos tarde a nada.

—¡No discutas! Discutir es cosa de bebés. Vamos.

Harold abrió la marcha. Suponía que era su derecho. No sólo era mayor que Estornudos (al menos en tiempo personal, aunque en realidad, en términos del cada vez, mayor reloj del universo en expansión, Estornudos había nacido varias semanas antes que el tatarabuelo de Harold), sino que le aventajaba en masa a Estornudos por tres a uno, cuarenta kilos de Harold contra los no más de quince de! joven y esquelético niño

Heechee. Harold Wroczek era un niño alto, de pelo claro y ojos color arándano. Pero no era mucho más alto que Estornudos, cuya raza era en general muy alta y delgada según los estándares terrestres.

Para irritación de Harold, otra cosa en la que no superaba a Estornudos era en fuerza. Bajo aquella reseca y correosa piel Heechee había poderosos tendones y músculos. Aunque Harold intentaba siempre trepar por las abrazaderas de sujeción a las distintas cubiertas más aprisa que Estornudos, el niño Heechee le aventajaba fácilmente. Estaba arriba de la escalerilla mucho antes que Harold, de modo que Harold le jadeó:

—¡Ve con cuidado, Estornudos! ¡No vayas a meterte en el camino de las autocosas!

Estornudos no se molestó en responder. Ni siquiera un niño de dos años de la Rueda sería tan estúpido como para meterse en el camino de las autocosas en una ocasión como aquella. Las naves llegaban sólo cuatro o cinco veces en un año estándar. No se entretenían mucho. No se atrevían, y nadie se atrevía tampoco a retrasarlas.

Así que tan pronto como los niños estuvieron en el enorme espacio en forma de huso de la Bodega 2, se retiraron hasta pegarse tanto como pudieron a la pared, muy lejos de los deslizantes autocargos que iban fugazmente de un lado a otro y de los mayores que llegaban para contemplar la llegada de la nave.

Todos los hangares de aterrizaje, incluida la Bodega 2, estaban en el interior de la Rueda. Su casco exterior era transparente en aquel punto, pero no podía verse nada a su través excepto la curva interior de la propia Rueda, con los otros dos hangares de aterrizaje, idénticos a aquel en que se hallaban ahora ellos pero vacíos, mirándoles a su vez.

—No puedo ver la nave —se quejó Harold.

Estornudos no respondió. La única respuesta posible era decir que era lógico que Harold no pudiera verla, puesto que la nave estaba todavía acercándose a mayor velocidad que la de la luz, pero Harold le había explicado a menudo que no le gustaba la estúpida costumbre Heechee de dar siempre respuestas que todo el mundo sabía a las preguntas que realmente no habían sido formuladas para que las respondieran.

El tráfico a la Rueda era casi únicamente unidireccional, excepto para la gente. La dotación humana y Heechee era enviada de vuelta cuando había cumplido cuatro turnos de servicio, el equivalente aproximado de tres años terrestres estándar. Entonces volvían a la galaxia y a sus hogares, estuvieran donde estuviesen. La mayor parte iban a la Tierra, unos cuantos al mundo de Peggy, otros a alguno de los hábitats. (Incluso los Heechees iban normalmente a algún planeta o lugar humano en vez de regresar a sus auténticos hogares en el núcleo, debido a la dilatación del tiempo y en su mayor parte porque los Heechees eran muy solicitados en una u otra de sus habilidades fuera de él.) Pero los suministros nunca regresaban. Maquinaria, instrumentos, piezas de repuesto, materiales de diversión, equipos médicos, alimentos..., todo se quedaba. Cuando los suministros eran consumidos o se estropeaban o quedaban anticuados (o cuando los alimentos pasaban a través de los cuerpos de los habitantes de la Rueda para convertirse en excrementos), eran reciclados o simplemente retenidos como masa extra para la Rueda. Cuanta más masa tuviera la Rueda, menos se vería afectada por los movimientos en su interior, y así se gastaría menos energía en mantener su rotación equilibrada y correcta.

Así que los autocargos tenían poco que hacer mientras la nave se acercaba, excepto apilar las posesiones personales de la dotación que volvía a casa. No era mucha cosa; sólo había ocho familias en turno de rotación.

Sonó una suave nota; la nave se hallaba ya en espacio normal.

El capitán de amarre estaba de pie delante de sus pantallas y tableros, comprobando las lecturas. Exclamó:

—¡Luces! —No era una orden. Era una cortesía hacia los espectadores, sólo para dejarles saber lo que estaba ocurriendo; el auténtico apagar de las luces, como casi todo

lo demás que ocurría, estaba controlado por los sensores y los programas de amarre.

Las luces de la Bodega 2 se apagaron. Igual hicieron en el mismo momento todas las luces del resto de la Rueda visibles a través de su casco.

Y entonces Estornudos pudo ver el espacio.

No había mucho que ver. No había estrellas. Las únicas estrellas que brillaban lo suficiente como para poder ser vistas a ojo desnudo desde la Rueda de Vigilancia eran las de su propia galaxia, y no estaban orientados hacia ese lado. Había otros centenares de millones de galaxias en su línea de visión, pero sólo unas cuantas docenas de ellas eran apreciables a simple vista, y apenas como pálidas y pequeñas manchas de imprecisa luz.

Luego, mientras la Rueda frenaba lentamente su interminable girar sobre sí misma, la más occidental de las manchas de luz desapareció de su vista, y los espectadores murmuraron.

Un pálido y descolorido destello de luz, difícil de ver, doloroso a los ojos una vez visto..., y luego, bruscamente, como una diapositiva proyectada sin advertencia previa sobre una pantalla, allí estaba la nave.

La nave de suministros era enorme, un huso de 800 metros de largo. La forma indicaba que esta vez era una nave original Heechee, no una de las nuevas, construidas por los humanos. Estornudos sintió un calorillo especial. No tenía nada contra las naves humanas, que normalmente tenían forma de torpedo o eran simples cilindros. Como todo el mundo sabía, la forma no importaba en absoluto en el viaje interestelar. Hubieran podido ser con la misma facilidad esferas o cubos o crisantemos; la forma era sólo resultado de los caprichos de sus diseñadores. La mayor parte de las naves de suministro que visitaban la Rueda de Vigilancia eran de construcción humana y estaban tripuladas por humanos..., y generalmente iban cargadas con reclutas humanos también, de modo que aquella fracción menor de la dotación de la Rueda que era Heechee se hallaba siempre en franca minoría.

Una nave Heechee podía significar más Heechees para equilibrar la balanza. O al menos eso pensaba Estornudos...

Pero no esta vez.

El gran huso se encajó dentro del abrazo de la Rueda. Su rumbo de aproximación era un giro cíclico sacacorchos, empezando a girar sobre sí misma para igualar el propio lento giro cíclico de la Rueda, de tal modo que cuando su morro tocó la esclusa de la Bodega 2 estaban sincronizadas. Los anillos se fundieron. Los sellos se ajustaron. Desde popa de la nave partieron cables hacia los cabrestantes de las Bodegas 1 y 3, enganchándose en ellos y tensándose para convertir a la nave en una parte integrante de la estructura de la Rueda. Los equilibradores de masa en los conductos de servicio se estremecieron y resoplaron, variando el equilibrio de la Rueda para ajustarlo a los nuevos incrementos de masa. Harold se tambaleó, perdió el equilibrio cuando el suelo se agitó bajo sus pies. Estornudos lo sujetó, y Harold lo apartó de un empujón.

—Ocupate de ti mismo, Torpe —dijo.

Pero por aquel entonces la nave ya estaba bien anclada, y sus maravillas empezaron a brotar.

Los autocargos fueron los primeros en ponerse en acción, penetrando apresuradamente por las escotillas de carga y emergiendo con cajas y lardos y artículos de mobiliario y maquinaria. La mayor parte de todo ello no podía identificarse a simple vista, pero la bodega cíclica de carga se vio repentinamente inundada por deliciosos aromas cuando empezaron a salir cajas de frutas frescas, melocotones y naranjas y bayas.

—¡Huau! ¡Hey! ¡Mira esos plátanos! —exclamó Harold cuando un descargador descendió la rampa con sus cuatro patas alzadas, sujetando cada una un enorme racimo de plátanos aún verdes—. ¡Me gustaría comerme uno ahora mismo!

—Se supone que no tienes que comerlos hasta que se pongan amarillos —señaló

Estornudos, orgulloso de su conocimiento de las extrañas comidas humanas. Recibió una chamuscante mirada por parte de Harold.

—Sé eso. Quiero decir que me gustaría comerme uno *maduro* ahora mismo. O alguna de esas bayas como se llamen.

Estornudos se inclinó hacia su vaina en busca de ayuda, luego volvió a enderezarse.

—Son fresas —afirmó—. A mí también me gustarían algunas.

—Fresas —murmuró Harold. Había pasado mucho tiempo desde que había visto una fresa por última vez. La Rueda cultivaba o manufacturaba la mayor parte de su propia comida, pero nadie había cultivado todavía fresas. Era bastante fácil elaborar comida con *sabor* a fresa..., o cualquier otro sabor imaginable; la comida CHON era interminablemente variada. Pero la consistencia, la textura, el olor..., no, siempre había una diferencia entre la comida CHON y la real, y la diferencia estribaba en que la comida real era *maravillosa*. Los muchachos se deslizaron cuidadosamente hasta más cerca de las cajas de frutas apiladas, inspirando profundamente. Había espacio entre las cajas y la pared de la bodega, fuera del camino de los autocargos, y los muchachos cabían allí mejor que cualquier adulto.

—Creo que eso son frambuesas —dijo Harold, mirando por encima de montones de lechugas y zanahorias y rojísimos tomates maduros—. ¡Y mira, cerezas!

—Creo que prefiero algunas fresas —dijo Estornudos pensativamente, y un autocargo, depositando cuidadosamente una caja marcada «*Instrumentos-Frágil*», hizo una pausa, como si escuchara. Era cierto. Había oído. Dos de sus largos brazos manipuladores se extendieron hasta las cajas de fresas, abrieron una de ellas, extrajeron un pequeño cestito de frutas, volvieron a cerrar la caja, y el autocargo tendió los brazos por encima de las demás cajas para entregarle el cestito a Estornudos.

—¡Hey, gracias! —exclamó Estornudos, sorprendido pero educado.

—De Nada, Estornudador —dijo el autocargo en Heechee. Estornudos se sobresaltó.

—¡Oh! ¿Me conoces?

—Era tu maestro tai-chi —anunció el autocargo—. Dale algunas a Harold. —Se volvió y se alejó rápidamente en busca de la siguiente carga.

Harold pareció resentido por unos instantes, luego desechó la emoción como impropio..., ¿quién podía sentirse celoso de las atenciones de una inteligencia mecánica de bajo grado? Los dos muchachos se partieron las frutas, sujetando cada fresa por su corto tallo con las puntas de los dedos y comiéndola de un solo mordisco. Las fresas eran perfectas. Maduras, dulces, con un sabor que llenaba todas las promesas de su aspecto y olor.

—La gente saldrá dentro de un minuto —anunció Harold, comiendo beatíficamente..., y se sorprendió al ver que Estornudos dejaba bruscamente de comer. Los ojos del niño Heechee miraban fijamente hacia la nave.

Harold siguió la dirección de los ojos de Estornudos y vio al fin emerger al primero de los pasajeros. En total eran quince o veinte, adultos y niños.

Eso siempre era interesante, por supuesto. Era la razón principal de que ellos estuvieran allí, para ver qué nuevos compañeros o rivales podía traerles la nave. Pero la expresión del rostro de Estornudos no era sólo curiosidad, Era furia o miedo..., o al menos sorpresa, decidió Harold, irritado como siempre porque las expresiones Heechees eran difíciles de leer para un humano. Los recién llegados le parecían bastante humanos a Harold, aunque había algo en la forma como andaban, difícil de ver a aquella distancia, que parecía extraño.

Harold miró de nuevo, y vio algo más.

La Rueda había girado un poco más.

Ahora, más allá de la masa de la nave, fuera en el vacío del espacio intergaláctico, estabilizaba el racimo de manchas de luz amarillo sucio que la Rueda estaba allí para vigilar.

La luz no era realmente amarilla, por supuesto. El espectroscopio mostraba que más de un noventa por ciento de la radiación del kugelblitz se hallaba dentro del extremo violeta del espectro óptico y más allá de él; pero aquellas frecuencias eran malas para los ojos humanos o Heechees. El casco transparente había sido teñido para eliminarlas. Solamente el amarillo lo atravesaba.

Harold sonrió con satisfacción.

—¿Qué ocurre, Torpe? —dijo, condescendiente—. ¿Te ha asustado de pronto el kugelblitz?

Estornudos parpadeó con aquellos grandes y rosados ojos Heechees de extraño aspecto y le miró.

—¿Asustado del kugelblitz? No. ¿De qué estás hablando?

—Tienes una expresión tan curiosa —explicó Harold.

—No me siento *curioso*. Me siento *loco*. ¡Mira eso! —Estornudos agitó un descarnado brazo hacia la cubierta—. ¡Ésa es una nave Heechee! ¡Y toda la gente que ha salido de ella lleva vainas de Antepasados! Pero todos ellos son *humanos*.

Si Harold hubiera sido un chico Heechee en vez de un niño muy humano, no se hubiera reído acerca del kugelblitz.

El kugelblitz no era un asunto para tomarse a risa. El kugelblitz era donde vivía el Enemigo..., los seres que los Heechees llamaban «los Asesinos». Los Heechees no les habían dado ese nombre como una broma. Para los Heechees no había nada risible en el Enemigo. Los Heechees no se reían de las cosas peligrosas. Huían corriendo de ellas.

Ésa era otra diferencia significativa entre Estornudos y Harold. Y luego vino Oniko, que era también algo diferente.

Oniko Bakin fue una de las recién llegadas. Su contingente de reemplazo incluía a veintidós humanos y ningún Heechee. Cuatro de ellos eran niños, y la destinada a la escuela de Estornudos fue Oniko. Cuando apareció en clase el primer día, los demás niños se arracimaron a su alrededor.

—Pero tú eres humana —dijo uno—. ¿Por qué llevas una vaina Heechee?

—Siempre la llevamos —explicó ella. Y luego les hizo señas cortésmente de que prestaran atención al automaestro.

Oniko era innegablemente humana. También era niña, y más o menos de la edad de Estornudos. Su piel era pálida y olivácea, sus ojos negros y coronados por un pliegue epicántico. Tenía el pelo liso y muy negro, y Estornudos se sintió orgulloso de poder identificarla por esos signos como perteneciente a ese subgénero de los seres humanos llamado «oriental». Sin embargo, hablaba un inglés coloquial. Para sorpresa de Estornudos, también hablaba un Heechee coloquial. Muchos humanos hablaban un poco el Heechee, más o menos, pero Oniko era la primera persona que conocía Estornudos que se sintiera tan a gusto con el lenguaje del Hacer que con el lenguaje del Sentir.

Eso no hizo disminuir su sorpresa de ver a una niña humana llevando una vaina Heechee.

En rítmica, aquel primer día que Oniko estuvo en la escuela con él, Oniko fue su pareja en los movimientos de tensiones y flexiones, de modo que Estornudos pudo examinarla de cerca y atentamente. Aunque siguió pensando que su carne era desagradablemente flácida y su masa preocupantemente gorda, le gustó el suave aroma de su aliento y la manera suave con que pronunciaba su nombre..., no «Torpe», ni siquiera «Estornudos», sino «Estornudador», en idioma Heechee. Se sintió decepcionado cuando su autocasa la llamó para decirle que debía salir de la escuela para cumplir con alguna formalidad con sus padres, porque hubiera deseado conocerla mejor.

Aquella noche, en su casa, intentó preguntarle a su padre por qué un ser humano debía llevar una vaina.

—Es muy sencillo, Estor —dijo cansadamente Frenorradiación—. Pertenecen a un grupo perdido.

La *razón* de que Frenorradiación estuviera tan cansado era que había estado efectuando turnos dobles de guardia. Todos los vigilantes lo hacían. Las ocasiones en que una nave amarraba en la Rueda eran consideradas como especialmente vulnerables, puesto que era inevitable un cierto grado de confusión. En tales ocasiones eran ocupados todos los Sillones de Sueños, y todos los vigilantes eran mantenidos en servicio hasta que la nave se había marchado de nuevo y la Rueda era otra vez segura. Había sido un turno muy largo para Frenorradiación.

—Un grupo perdido —explicó— es un conjunto de seres humanos que volaron en una de nuestras naves a un destino unidireccional. En cuanto a esta, pregunta a tu madre; ella habló con la tripulación de la nave.

—Sólo por un momento —protestó Ondafemto—. Esperaba conseguir noticias de Casa.

Frenorradiación le dio unas afectuosas palmadas.

—¿Qué noticias podías esperar, cuando ellos se marcharon de allí..., bueno, supongo que tres o cuatro horas después de nosotros?

Ondafemto admitió lo certero de su observación con una flexión de su garganta. Dijo, regocijada:

—La pobre tripulación aún estaba en estado de shock. Todos eran Heechees. Abandonaron el núcleo con especialistas y materiales para ir a la Tierra, se detuvieron allí, fueron cargados con suministros para nosotros, se detuvieron en el camino para recoger a la nueva dotación del grupo perdido..., ¡oh, lo confuso que debió ser eso para todos ellos!

—Exacto —dijo Frenorradiación—. De todos modos, una vez los humanos originales alcanzaron el artefacto, no podían abandonarlo. Así que estaban atrapados allí para siempre.

—Si hubiera sido para siempre —sonrió Ondafemto— no estarían ahora aquí, Freno. —No sonrió a la manera humana, puesto que la musculatura Heechee no es la misma que la nuestra. Lo que ocurrió fue que un conjunto de músculos de su rostro formó como un prominente nudo al arracimarse a ambos lados de su mandíbula inferior. La tensa piel de sus mejillas ni siquiera se movió.

—Ya sabes lo que quiero decir —respondió su compañero—. De todos modos, Estor, ese pequeño grupo de menos de cien seres humanos se volvió tremendamente sensitivo. —Dijo aquello de una forma más bien modesta. Ser sensitivo significaba que uno era particularmente bueno en el uso del Sillón de Sueños para «escuchar» señales de inteligencia externa, y por supuesto el propio Frenorradiación se hallaba entre los seres más sensitivos jamás descubiertos. Era por eso por lo que ahora estaba en la Rueda.

—¿Trabajaré Oniko en el Sillón de Sueños? —preguntó Estornudos.

—¡Por supuesto que no! Al menos, no hasta que haya crecido. Ya sabes que no sólo es importante ser capaz de recibir cualquier impresión que te llegue de fuera. Un niño particularmente dotado podría ser capaz, de hacerlo, pero tan importante como eso es ser capaz de refrenar el irradiar tus propios sentimientos.

—Más importante aún —corrigió Ondafemto. Ahora no había nudo muscular de sonrisa en sus mandíbulas. No había nada de lo que sonreír.

—Más importante, de acuerdo —dijo su compañero—. En cuanto a si esa niña es sensitiva o no, bueno, no hay forma en que yo pueda saberlo. Deberá ser probada. Es posible que ya lo haya sido, como lo fuiste tú, puesto que seguramente uno de sus padres debe ser sensitivo, y hay un fuerte componente genético implicado en el don.

—¿Significa eso que yo trabajaré en el Sillón de Sueños cuando haya crecido? —preguntó ansiosamente Estornudos.

—Todavía no lo sabemos —respondió su padre. Meditó por unos instantes, luego añadió sombríamente—: Además, ni siquiera sabemos si la Rueda va a seguir todavía aquí cuando...

—¡Frenorradiación! —exclamó su compañera—. ¡Eso no es algo para tomárselo a

broma!

Frenorradiación asintió, pero no dijo nada. En realidad estaba muy cansado. Quizá, se dijo a sí mismo, era por eso por lo que no había estado bromeando.

En realidad, el mejor testimonio respecto a la niña humana fue la propia Oniko. Había sido asignada a su propia sala escolar, y por supuesto el automaestro la presentó de inmediato a todos sus demás alumnos.

—Oniko —dijo— nació en una Factoría Alimentaría, y no ha tenido muchas posibilidades de conocer cosas del mundo. Así que, por favor, ayudadla en todo lo que podáis.

Estornudos estaba dispuesto a ello. Las posibilidades no surgían muy a menudo, sin embargo. No era el único niño que sentía curiosidad hacia la recién llegada, y la mayoría de los otros, por el hecho de ser humanos, tenían más ventajas que él.

La escuela de Estornudos era casi idéntica a la escuelita roja con una sola habitación de las historias de la antigüedad norteamericana. Realmente había una sola habitación. Era diferente de la escuela antigua, sin embargo, en que no tenía solamente un maestro, o no exactamente. Cada estudiante recibía una instrucción más bien individualizada, con su propio programa de aprendizaje adecuado a sus capacidades. El automaestro era una unidad móvil. Iba de un lado para otro de la sala de la escuela a la medida de las necesidades de cada uno, principalmente para mantener la disciplina y ver que ninguno de los estudiantes estuviera todavía comiendo cuando debería estar analizando frases gramaticales. Él no enseñaba. Para eso, cada estudiante tenía su propio cubículo.

Cuando el automaestro terminaba de contar cabezas y comprobar las razones de cualquier ausencia, efectuaba una rápida inspección para asegurarse de que todas las manos estaban limpias y no había síntomas de enfermedades de ninguna clase..., y, en el caso de sus pupilos más jóvenes, sujetando los cinturones de seguridad que los mantenían quietos en sus cubículos. Sin mencionar el escoltarles a los lavabos cuando era necesario, sin mencionar tampoco todas las demás funciones exigidas ante unos niños que, al menos algunos, eran aún muy pequeños.

Para todo esto el automaestro era perfectamente adecuado. Incluso parecía tranquilizador. Tenía rostro. Cuando llevaba su equipo de automaestro normal, adoptaba la apariencia de una mujer mayor y menuda con una bata suelta. La bata era pura comparsaría, por supuesto. Al igual que su sonriente rostro. Como lo eran todos sus demás atributos físicos, porque cuando la escuela no estaba en sesión el automaestro se dedicaba a otros trabajos y adoptaba otros aspectos completamente distintos. Y, por supuesto, cuando se necesitaba más ayuda —cuando los niños requerían más supervisión en el período de ejercicios o si surgía algún problema especial—, el automaestro recurría a tantas otras inteligencias artificiales como necesitara del depósito de la Rueda.

Estornudos observó subconscientemente que el automaestro revoloteaba en torno a Oniko la mayor parte del tiempo, pero estaba demasiado ocupado intentado demostrar a satisfacción de su programa de teoría de los números que 53 era congruente a 1421 en base 6 como para prestar mucha atención. No era que la teoría de los números resultara difícil para Estornudos. Muy lejos de eso. Como todos los niños Heechees, había absorbido la mayor parte de sus principios casi al mismo tiempo que aprendía a leer. Lo que convertía a las matemáticas en un desafío para Estornudos era el estúpido sistema humano de contar..., ¡sobre un base 10, imagina! ¡Con anotación posicional, de modo que si situabas dos dígitos en orden equivocado, el número resultaba irremediablemente equivocado también!

Entonces:

—¡Tiempo de ejercicios! —gorjeó alegremente el automaestro, y Estornudos descubrió por qué el automaestro estaba prestando una atención particular a Oniko.

Todos los programas individuales de enseñanza interrumpieron sus lecciones. Los

cinturones de los más pequeños se soltaron. Los niños se pusieron en pie y se estiraron y, riendo y empujándose, se apiñaron para salir a la zona de seguridad fuera de la sala de la escuela. Excepto Oniko. Ella se quedó atrás.

Estornudos no se dio cuenta de aquello al principio, porque tenía otras cosas en que pensar, como todos los demás niños, con las vigorosas flexiones y tensiones y torsiones de los músculos que todos ellos tenían que realizar veinte veces al día. Aquello era obligatorio en toda la Rueda, y no sólo para los niños. La ligera gravedad de la Rueda de Vigilancia era debilitante. No animaba a los niños a desarrollar músculos fuertes, ni a los mayores a conservarlos. En la práctica, mientras permanecieran en la Rueda, eso no importaba, puesto que, ¿para qué necesita un humano o un Heechee los músculos allí?

Pero nadie iba a quedarse para siempre en la Rueda y, una vez regresaran a la gravedad normal, lamentarían las debilidades acumuladas en la Rueda.

Estornudos, siendo Heechee, era más metódico y decidido en sus ejercicios que la mayor parte de los estudiantes humanos. Terminó pronto y miró a su alrededor. Cuando vio que Oniko no estaba en el pozo de juegos, fue a mirar al interior de la sala de la escuela. Allí estaba. La niña permanecía sujeta en su cinturón de seguridad en el interior de una especie de jaula de metal que seguía la forma de su cuerpo. ¡Un exoesqueleto! Y el dispositivo se contraía y estiraba y flexionaba con la niña en su interior.

—Oh —dijo Estornudos, comprendiendo de inmediato—. Estás siendo aclimatada a la gravedad.

Oniko abrió los ojos y le miró llanamente, sin responder. Estaba jadeando, sin aliento. Los Heechees no eran mejores en la lectura de las expresiones humanas que los humanos en leer las de los Heechees, pero Estornudos pudo ver las líneas de tensión en su rostro y el sudor en su frente.

—Está muy bien que hagas esto —dijo. Luego se le ocurrió que tenía que ser educado—. ¿Te importa que me quede aquí? —preguntó, porque la niña estaba siendo evidentemente tensada y retorcida en algunas posiciones más bien extraordinarias.

—No —jadeó Oniko.

Estornudos hizo una pausa, indeciso. Cuando miró más atentamente pudo ver que no sólo era ejercicio lo que estaba recibiendo Oniko. Tenía una aguja clavada en la vena de su brazo, que inyectaba lenta y continuamente algún tipo de líquido en su flujo sanguíneo. Ella se dio cuenta de su mirada y dijo:

—Estoy siendo recalcificada. Para hacer más fuertes mis huesos.

—Sí, claro —dijo animosamente Estornudos—. Supongo que tu hábitat no debía tener mucha gravedad superficial. Pero esto ayudará. Estoy seguro. —Pensó por unos instantes, y luego dijo compasivamente—: Supongo que todavía no puedes hacer auténticos ejercicios, Oniko.

Ella inspiró profundamente.

—Todavía no —dijo—. ¡Pero los haré!

Cuando llegó la siguiente tarde libre, Estornudos y Harold planearon visitar el bosquecillo de cocoteros. Oniko estaba junto a la puerta de la escuela cuando salieron y, movido por un impulso, Estornudos le preguntó:

—Vamos a buscar algunos cocos. ¿Quieres venir con nosotros?

Harold gruñó su irritación a sus espaldas, pero Estornudos no le prestó atención. Oniko frunció los labios, meditando la invitación. Su pose y sus modales eran casi adultos cuando dijo:

—Sí, muchas gracias. Me encantaría.

—Está bien —intervino Harold—, pero, ¿qué hay de la comida? Sólo traje para mí.

—Yo llevo mi propia comida —dijo la niña, dando unas palmadas a su cartera escolar—, ya que de todos modos pensaba explorar un poco la Rueda hoy. Creo que es muy interesante.

Harold se mostró indignado.

—¡Interesante! Mira, niña, no es sólo *interesante*. Es lo más importante de todo el universo. ¡Es lo único que mantiene segura a la raza humana!... Y también a la Heechee —añadió, como si se le hubiera ocurrido de pronto—. Quiero decir, si no estuviéramos en guardia a cada minuto que pasa, ¿quién sabe lo que podría ocurrir?

—Por supuesto —dijo educadamente Oniko—. Sé que nuestra tarea es monitorizar el kugelblitz. Por eso estamos aquí, naturalmente. —La mirada que lanzó a Harold era casi maternal—. Mis padres son vigilantes —añadió, con ese tono humilde que anuncia un gran orgullo—, y mi tío Tashi también. De donde vengo, casi todo el mundo es bueno en ese tipo de cosas. Probablemente cuando crezca yo también lo seré.

Si había algo que Harold no podía soportar cuando estaba mostrándose condescendiente con alguien era que ese alguien se mostrara condescendiente con él.

—¿Vamos a buscar algunos cocos —preguntó—, o vamos a quedarnos aquí charlando todo el día? ¡Empecemos!

Se volvió y abrió la marcha. Su expresión decía que personalmente no había intervenido en nada en la invitación de aquella curiosa nueva niña humana con la vaina, y que no esperaba que saliera nada bueno de todo aquello.

Al cabo de un momento pareció que tenía razón.

El bosquecillo de cocoteros no estaba lejos de la sala de la escuela en la curvada geometría de la Rueda. De hecho, estaba directamente «encima» de la escuela. Había una cadena elevadora a unas docenas de metros de distancia, en la intersección de dos corredores principales, pero bajo la ligera gravedad de la Rueda los niños activos raras veces se molestaban en recurrir a tales cosas. Harold abrió una puerta, que reveló un pozo vertical con asideros, justo al lado de la escuela. Empezó a subir y pronto desapareció de la vista; Estornudos hizo un gesto invitador a la niña; ésta dudó.

—Creo que todavía no puedo manejar estas cosas —dijo.

—Naturalmente —se burló Harold desde arriba.

—No hay ningún problema —dijo inmediatamente Estornudos, azarado ante su falta de tacto—. Tomaremos el elevador. —Se dirigió al otro pozo, y no aguardó a escuchar la respuesta de Harold.

Pudieron escucharla de todos modos cuando se apearon cuidadosamente de la cadena elevadora y descubrieron a Harold aguardándoles.

—Oh, *Dios* —dijo—. Si no puede subir por las abrazaderas, ¿cómo va a trepar a un árbol?

—Yo treparé por ella —dijo Estornudos—. Tú ve delante.

Harold se volvió a regañadientes para elegir el mejor árbol para él.

Trepó, utilizando manos y pies, como un mono. Los cocoteros tenían una docena de metros de altura antes de la copa, pero no representaba ningún problema para un niño ágil trepar con el peso que tenía en la Rueda. Harold, orgulloso de los músculos que cultivaba religiosamente, había elegido por supuesto el árbol más alto y más cargado de frutos, y Oniko contempló su ascensión con un cierto temor.

—Limítate a permanecer un poco apartada —la animó Estornudos— por si tira mal alguno.

—¡No voy a tirar mal ninguno! —restalló Harold desde arriba, empezando a arrancar uno de los frutos.

—Probablemente no haría daño a nadie aunque lo hiciera —dijo Estornudos—, pero de todos modos...

—De todos modos, crees que yo me asustaría —dijo Oniko con dignidad—. No te preocupes por mí. Sube a tu árbol. Yo miraré.

Estornudos observó a su alrededor y eligió un árbol algo más corto con menos cocos pero, pensó, más grandes.

—Sólo se nos permite que cojamos dos cada uno —explicó—; de otro modo, los cuidadores darán parte de nosotros. Volveré en seguida.

Y trepó por su árbol más aprisa aún que Harold, e hizo su elección entre los verdes frutos triangulares. Arrojó cuidadosamente tres buenos ejemplares al suelo, a unos pocos metros de distancia de Oniko, y cuando bajó de nuevo ella los estaba estudiando sorprendida.

—¡Pero eso son cocos! —exclamó—. He visto fotos de cocos. Son amarronados y peludos y duros.

—Eso es dentro de la corteza verde —explicó Estornudos—. Toma ése grande. Golpéalo con los nudillos para asegurarte de que está maduro.

Pero ella tampoco sabía cómo se hacía eso. Estornudos lo hizo por ella y volvió a tenderle el fruto. Oniko lo tomó entre sus manos y lo sopesó pensativa.

Aunque no pesaba mucho en la Rueda, su masa era la misma que en cualquier otro lugar del universo, y parecía formidablemente duro de agujerear.

—¿Cómo quitaremos eso verde? —preguntó.

—Dile que me lo dé, Torpe —ordenó Harold a sus espaldas, con sus propios cocos ya en el suelo. Se lo arrancó de las manos y, con dos rápidos golpes de su cuchillo, practicó una abertura en uno de sus extremos y se lo tendió de vuelta—. Bebe —indicó—. Es bueno.

La niña le miró con suspicacia, luego miró a Estornudos. Éste asintió animosamente. Vacilante, alzó el fruto a sus labios. Probó. Hizo una mueca. Agitó el líquido dentro de su boca con la lengua, explorando el sabor de la leche de coco. Probó otra vez..., y dijo, sorprendida:

—¡Hey, sí, es bueno!

—Luego lo abriremos y comeremos la pulpa —dijo Estornudos, abriendo su propio coco—. Quizá será mejor que comamos ahora; la leche es buena para beber con los bocadillos.

Pero aunque la familia de Estornudos había adoptado la costumbre humana de los bocadillos, la de Oniko no. Lo que sacó la niña de su cartera fue una colección de pequeños objetos envueltos en papeles de alegres colores. En el rojo, una jugosa ciruela. En el dorado, un trozo duro y amarronado de algo que ella dijo que era pescado, aunque ni Estornudos ni Harold se mostraron dispuestos a comprobarlo. Como tampoco se mostró interesada Oniko en el huevo relleno extra de Harold ni en el bocadillo de jamón que Estornudos había convencido a su padre de que le dejara llevarse. El jamón constituía una osada aventura para Estornudos; hacía poco que había empezado a aceptar la comida humana..., o lo más cercano a la comida humana que los sintetizadores de la Rueda podían crear.

—Pero deberíais probar esto —les animó Oniko.

—Gracias, no —dijo Estornudos. Harold fue menos diplomático; hizo claros sonidos de vomitar.

—Pero yo he probado vuestra comida —señaló Oniko—. Esos cocos, por ejemplo, son buenos. —Dio otro sorbo al suyo, descubrió que el coco estaba vacío. En silencio, Estornudos abrió otro y se lo pasó—. Creo —dijo la niña juiciosamente— que cuando sea mayor y vuelva a la Tierra me compraré una isla donde crezcan cocoteros, y entonces yo también podré subirme a los árboles.

Los dos niños la miraron. Su sorpresa fue casi idéntica, aunque por distintas razones. Harold porque se sentía profundamente impresionado ante la casual afirmación de una tal riqueza: ¿Comprar una isla? ¿Volver a la Tierra? ¡Uno tenía que ser muy rico para pensar en cualquiera de las dos cosas! Y Estornudos estaba simplemente desconcertado por la idea misma de ser propietario de alguna porción de tierra.

—Me han dicho que existen algunas islas maravillosas —prosiguió Oniko—. Hay una llamada Tahití, que dicen que es estupenda. O quizá alguna otra más cerca de Japón; así podré visitar a mi familia, a la que todavía no conozco.

—¿Tienes familia en Japón, Tierra? —preguntó Harold, respetuoso de pronto. Su

propia familia era descendiente de los primeros colonos del mundo de Peggy. La Tierra apenas era más que un mito para él—. Pero tenía entendido que naciste en un artefacto Heechee.

—Es cierto, y mis padres antes que yo —dijo Oniko, dando otro sorbo de leche de coco y preparándose para repetir una vez más una historia que debía haber contado muchas veces—. Pero el padre de mi padre, Aritsune Bakin, se casó en el gran templo de Nara. Luego llevó a su esposa a Pórtico en busca de fortuna. El padre de *su* padre fue también un prospector de Pórtico, pero resultó muy malherido y fue confinado en el asteroide. Tenía algo de dinero. Cuando murió, ese dinero sirvió para pagar el viaje del padre de mi padre, junto con su esposa. Solamente hicieron un viaje. Cuando salieron al otro lado descubrieron que su destino era el artefacto. Había dieciocho grandes naves Heechees allí, ninguna de las cuales pudo ser puesta en marcha entonces, y su propia nave ya no respondía a los controles.

—Eso era para que la información acerca del artefacto fuera mantenida en secreto hasta que llegara el momento adecuado —señaló Estornudos con cierto embarazo. Ya había oído muchas críticas acerca de las prácticas de los Heechees con sus naves y estaciones abandonadas.

—Sí, por supuesto —dijo Oniko, indulgente—. Otras seis naves de Pórtico llegaron al mismo destino, y todas ellas, por supuesto, quedaron inmovilizadas allí. Había cuatro Tres, una Uno y otra Cinco, como la de mi abuelo, de modo que en total sumaban veintitrés prospectores originales. Afortunadamente, ocho de ellos eran mujeres en edad de procrear, así que la colonia sobrevivió. Cuando finalmente fuimos... —Vaciló por primera vez.

—¿Rescatados? —ofreció Harold.

—No fuimos *rescatados*. Nunca estuvimos perdidos, simplemente detenidos. Así que cuando finalmente fuimos *visitados de nuevo*, hace sólo cuatro años, la población del artefacto era de ochenta y cinco personas. Entonces yo sólo era una niña pequeña, por supuesto. Algunos de nosotros volvieron directamente a la Tierra o a otros lugares, pero como yo era pequeña mis padres se quedaron a fin de que yo pudiera prepararme para esos lugares horriblemente pesados.

—¡Y piensas que esto es pesado! —se burló Harold—. Huau. ¡Espera a ver el mundo de Peggy! ¡O la Tierra!

—Lo haré —dijo firmemente Oniko.

—Por supuesto que lo harás —dijo Harold, escéptico—. ¿Qué hay del dinero?

—Naturalmente, fueron aplicadas las reglas originales de Pórtico —explicó Oniko—. A los prospectores y sus descendientes les correspondían las bonificaciones y los royalties correspondientes. Según las reglas, el valor del artefacto y su contenido fue estimado en dos mil ochocientos millones y algo más de dólares, divididos por el número de prospectores que llegaron con vida allí, veintitrés.

—¡Huau! —dijo Harold, desorbitando los ojos mientras calculaba mentalmente.

—Por supuesto —añadió Oniko, como disculpándose—, mis padres son los únicos descendientes de cuatro de los veintitrés originales, así que heredaré cuatro partes completas, aproximadamente un sexto del total..., si mueren sin tener más hijos. Espero que no los tengan —terminó.

—¡Huau! —exclamó Harold por tercera vez, incapaz de decir otra cosa. Incluso Estornudos estaba impresionado, aunque no por el dinero que poseía aquella niña..., la avaricia no era un vicio Heechee. Pero sentía admiración hacia la forma lúcida y convincente en que había contado su historia.

—En realidad —dijo Oniko—, fue estupendo cuando llegó más gente. ¡Tantas nuevas experiencias! ¡Tanto de lo que hablar! No es que antes no fuera estupendo también... Oh, ¿qué ocurre ahora? —terminó desanimada, mirando a su alrededor.

Se estaba haciendo oscuro. La luz encima de sus cabezas se apagaba rápidamente, y

era reemplazada por un resplandor rojizo mucho más débil. Al cabo de un momento el bosque de cocoteros estaba completamente a oscuras..., lo suficientemente a oscuras como para que los árboles, evolucionados para desarrollarse en el ritmo circadiano de los climas tropicales de la Tierra, tuvieran su período de descanso antes de que las luces volvieran a encenderse y se reanudara la fotosíntesis.

—Es para que los árboles no se pongan enfermos —explicó Estornudos—. Pero dejarán las luces rojas, de modo que podremos seguir viendo; a los árboles no les importa.

A Estornudos tampoco le importaba, como Harold sabía muy bien. Se echó a reír.

—Torpe le teme a la oscuridad, ¿sabes?

Estornudos apartó la vista. Aquello no era cierto, pero tampoco era completamente falso. En el denso cúmulo estelar en el núcleo Heechee, apenas se presentaba la ocasión en la superficie de ningún planeta en que no hubiera un cierto grado de luz solar. La oscuridad no le daba exactamente miedo, pero no se sentía cómodo en ella. Dijo:

—Estabas hablándonos del lugar de donde has venido.

—Oh, sí, Estornudador. ¡Era tan hermoso! Incluso los prospectores originales llegaron a quererlo, creo, aunque por supuesto deseaban poder ver a sus familias de nuevo. Pero había gran abundancia de comida y agua, y muchas cosas que hacer. Disponíamos de una gran cantidad de libros Heechees, y más de un centenar de Antiguos Antepasados Heechees almacenados con los que poder hablar. Ellos nos enseñaron cómo utilizar las vainas —dijo orgullosamente, dando unas palmadas a la suya.

Estornudos adelantó un dedo para tocarla, y sintió la cálida agitación de la presencia en su interior.

—Tu Antepasado parece muy agradable —dijo.

—Gracias —respondió gravemente ella.

—Tu vaina es mucho más pequeña que la mía, de todos modos —indicó.

—Oh, sí. Nosotros no necesitamos las microondas, ¿sabes? Sólo las mantenemos por los Antepasados. Mi padre dice que aprendimos mucho de los Heechees..., una vez conseguimos dominar su idioma, por supuesto.

—Gracias —devolvió Estornudos. No estaba seguro de por qué le daba las gracias, pero parecía educado.

Harold, por su parte, no se sentía educado.

—Lo que aprendimos de los Heechees —dijo— fue cómo ser cobardes. ¡Y es lo único que no hubiéramos debido aprender!

Estornudos sintió que los nudos de sus músculos se tensaban en sus hombros. Las emociones Heechees no eran iguales que las emociones humanas, pero incluso un Heechee podía sentir irritación. Dijo, sin mucha firmeza en su voz:

—No quiero que me llames cobarde, Harold.

—Oh, no me refiero personalmente a ti, Torpe —dijo obstinado Harold—. Pero sabes tan bien como yo lo que hicieron los Heechees. Se limitaron a escapar y esconderse.

—Tampoco quiero que me llames Torpe. Nunca más.

Harold saltó en pie.

—¿Y qué piensas hacer al respecto? —se burló.

Estornudos se puso en pie más lentamente, haciéndose la misma pregunta. Se sentía incómodo en el bosquecillo de cocoteros sumido en la penumbra, pero también estaba empezando a temblar por otras razones.

—Quiero decirte que no es correcto que me llames así. Nadie más lo hace.

—Nadie más te conoce tan bien como yo —dijo testarudamente Harold. Estornudos se dio cuenta de que los sentimientos del niño humano habían resultado heridos de alguna forma..., no se le ocurrió utilizar la palabra «celos». Harold tenía los brazos alzados, los puños cerrados; bien, se maravilló Estornudos, parecía como si deseara *luchar*.

Quizá fuera eso. Quizá Estornudos tuviera que luchar con él. Los Heechees no

practicaban normalmente la violencia contra otros, pero Estornudos era un Heechee muy joven, no tan civilizado como lo sería dentro de una o dos décadas.

Lo que lo detuvo no tuvo nada que ver con la civilización. Fue Oniko. La niña emitió un sonido estrangulado, miró fijamente el coco que tenía en su mano, como si sintiera revulsión hacia él, luego lo arrojó bruscamente lejos.

—Oh, *Dios mío* —dijo con voz estrangulada, y empezó a vomitar profusamente.

Cuando los dos niños la devolvieron a la sala de clase, el automaestro, que poseía además conocimientos paramédicos, les reprochó ásperamente el haber permitido que la pobre niña bebiera tanto de un líquido al que no estaba acostumbrada. Como penitencia iban a tener que escoltarla hasta su apartamento y quedarse allí hasta que alguno de sus padres regresara.

De modo que Harold y Estornudos iban a llegar tarde a cenar.

—Apresúrate, ¿quieres? —se quejó Harold, inmediatamente encima de él en el pozo descendente—. ¡Me van a dar una azotaina!

Estornudos se apresuraba ya tanto como podía, sujetándose de una abrazadera a otra, pozo abajo. Él no tenía ningún miedo de recibir una azotaina. Ninguno de sus padres pegaría nunca a un niño, pero se sentía impaciente por verlos. Quería hacerles algunas preguntas. Mientras se apresuraban por el largo pasillo hacia la intersección junto a la que estaban sus dos casas, la de Estornudos a la derecha, la de Harold a la izquierda, estaba formulándolas ya mentalmente.

Y entonces se detuvieron en seco. Estornudos lanzó un siseo de sorpresa. Harold gruñó.

—Oh, *mierda*.

Ambos oyeron el penetrante chillido metálico-electrónico que parecía atravesar carne y huesos hasta llegar directamente al cerebro. Para asegurarse de que todo el mundo lo captaba, las luces del techo empezaron a parpadear a intervalos regulares de tres veces. Y todas las voces de todas las autocosas despertaron a la vez:

—¡Ejercicio! —llamaron a los muchachos las más cercanas—. ¡Ocupen inmediatamente posiciones de descanso! ¡Vacíen sus mentes! ¡Permanezcan inmóviles! ¡Esto es un *ejercicio!*

Desearía tener alguna una forma mejor de hablar de la gente de carne.

Desearía, si fuera posible, hablar de Estornudos y de Oniko y de la Rueda tal y como yo los experimenté. No quiero decir que los experimentara directamente. No lo hice; yo no estaba allí. Pero es igual que si hubiera estado, puesto que todo lo que ocurría en la Rueda, como todo lo que ocurría en cualquier lugar de la Galaxia, estaba registrado en alguna parte en el espacio gigabit, y así pues se hallaba disponible a todos aquellos que habían sido dispersados. Como yo.

Así que, en un cierto sentido, *estaba* allí. (O «estaba» allí.) Pero, mientras accedía a aquel archivo en particular, estaba haciendo también otras cuarenta y cinco cosas al mismo tiempo, algunas de ellas interesantes, algunas de ellas importantes, algunas de ellas simplemente hurgar un poco más en los anhelos y penas que hay dentro de mi cabeza y que es algo que parece que estoy haciendo siempre. No sé cómo dar a entender todo eso.

No quiero decir que no estuviera prestando atención a la historia de los chicos. Lo estaba. Me interesaba. Hay algo infinitamente conmovedor, para mí al menos, en el valor de los niños.

No me refiero al valor físico, de puños cerrados y palabras prietas, como cuando Estornudos se enfrentó a Harold, aunque eso fue muy valiente (si no en realidad sociopático) para un niño Heechee. Me refiero a la forma en que un niño puede enfrentarse a un auténtico peligro, quizás incluso a un peligro irresistible e invencible. Es algo fútil y desesperanzado y descorazonador, como un gatito de dos semanas maullando su desafío a un toro escapado de su corral. Me emociona.

Albert no se muestra siempre tolerante hacia mis sentimientos respecto a los chicos. A veces me dice que convendría que Essie y yo tuviéramos algún chico propio, y entonces quizá no los idealizara de la forma en que lo hago. Tal vez tenga razón. Pero, independientemente de lo que hubiera debido hacer o posiblemente no debería hacer, no puedo evitar esa repentina oleada de licuefacción en torno a la región cardíaca (bueno, el análogo, al menos, del corazón físico que tuve una vez y que ahora ya no tengo) cuando veo a los chicos hacer lo que hay que hacer frente a un miedo abrumador.

En realidad, ni Harold ni Estornudos se asustaron tanto al principio. Un Ejercicio era un Ejercicio. Habían pasado por muchos de ellos antes. Se dejaron caer allá donde estaban. Cerraron los ojos. Aguardaron.

No se trataba de un Ejercicio Clase Dos, como la llegada de una nave. Era una alerta general, del tipo que se producía frecuentemente al azar y que había que seguir al pie de la letra. Tan pronto como el silbido de advertencia cesó, toda la Rueda quedó en un silencio absoluto. Las autocosas que no tenían ninguna misión en particular se inmovilizaron por completo y aguardaron. Las luces disminuyeron hasta convertirse en una suave penumbra, apenas suficiente para ver las cosas a su alrededor. Los sensores de inercia que monitorizaban el giro de la Rueda proporcionaron a sus equilibradores de masa una última palmada y se desconectaron; lo mismo hicieron los cables elevadores verticales; lo mismo hicieron todas las demás máquinas inorgánicas (o no ya orgánicas) no esenciales y las inteligencias de la Rueda.

Estornudos y Harold se desconectaron también, o llegaron tan cerca de ello como un niño activo podía conseguir. Entre los cursos obligatorios que todos los niños en edad escolar de la Rueda debían seguir y practicar asiduamente estaba lo que algunas personas acostumbraban a llamar «satori», el vaciado mental. Eran buenos en ello. Tendido, acurrucado como un feto al lado del igualmente acurrucado Harold, la mente de Estornudos se vació de todo excepto de la gris dorada, ni cálida ni fría, ni brillante ni oscura, bruma del abandono del yo.

O casi.

Por supuesto, en el satori nunca podías alcanzar la perfección. El intento de ser perfecto era ya en sí mismo una imperfección. En la bruma de Estornudos se agitaban cosas. Preguntas. Preguntas acerca de Oniko que Estornudos seguía deseando formular a sus padres. Preguntas acerca de si —por algún terrible azar—, aquel Ejercicio podía no ser un Ejercicio en absoluto, sino la realidad.

La cubierta de la Rueda parecía muerta bajo su mejilla. Ningún zumbido de las bombas de aire o vibración de los cables motores. Ninguna voz. Ningún reverberar de pasos de alguien moviéndose. Ni siquiera el irregular y satisfactorio golpeteo sordo de los equilibradores de masas manteniendo estable el giro de la Rueda.

Estornudos aguardó. Mientras las preguntas intentaban tomar forma en su mente, se separó de ellas, dejando que derivaran lejos, medio formadas. Hasta que una pregunta empezó a insistir recurrentemente:

¿Por qué duraba tanto aquel Ejercicio?

De hecho, transcurrió más de una hora antes de que el más próximo autolimpiador se agitara bruscamente y se pusiera en pie. Señaló a los dos niños con su sensor y dijo:

—El Ejercicio ha terminado. Podéis levantaros.

No necesitaban que se lo dijeran, por supuesto. Incluso antes de que el autolimpiador pronunciara sus palabras la Rueda empezó a volver a la vida. Las luces se encendieron. Los distantes susurros y golpeteos y vibraciones dijeron que toda la maquinaria vital había vuelto a ponerse en marcha. Harold saltó en pie y sonrió.

—Apuesto a que mi padre ha tenido que ir de servicio —exclamó alegremente; sus palabras podían traducirse por: *De modo que no recordará que volví tarde.*

—El mío también —dijo Estornudos; y luego, asaltado por un pensamiento—: Y seguramente los padres de Oniko han tenido que acudir también, de modo que

probablemente...

—Probablemente habrán tenido que dejarla sola de nuevo —asintió Harold—. Así que, ¿de qué sirvió tenernos allí hasta que ellos llegaran? ¡Fue una estupidez! —Dio una patada al autolimpiador cuando pasaron por su lado—. Nos veremos mañana.

—De acuerdo —dijo educadamente Estornudos, y se apresuró hacia su casa.

Como era de esperar, ninguno de sus padres estaba allí. La autocasa le dijo que su padre había sido llamado a los Sillones de Sueños y que su madre había sido sorprendida por el Ejercicio muy lejos, en el tercer sector de la Rueda. Ambos estaban volviendo a casa ahora.

Su padre llegó primero, de nuevo con aspecto cansado.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó.

Fue la autocasa quien respondió por Estornudos:

—Ondafemto se ha visto demorada por un ligero problema; uno de los circuitos de mantenimiento tardó en volver a conectarse después del Ejercicio. ¿Debo preparar la cena?

—Por supuesto —gruñó Frenorradiación, cansado e irritable—. ¿Por qué esto, Estor? ¿Cómo es que no has puesto ya en marcha el autococinero? Y además —dijo, recordando—, ¿por qué no estabas aquí hace dos horas?

—Oniko se puso enferma —explicó Estornudos.

Frenorradiación hizo una pausa, a medio descolgar su bolsa de memoria, camino del baño de aire.

—¿Y eso es algo de lo que tú tengas que preocuparte? ¿Acaso te has convertido en automédico?

Estornudos explicó lo de la leche de coco.

—Tuvimos que llevarla a casa. Yo quería irme, padre —protestó—, pero su autocasa nos dijo que nos quedáramos con ella, y su Antepasado se mostró de acuerdo.

—¿Su Antepasado? —repitió irónicamente Frenorradiación.

—No, por supuesto no me refiero a sus auténticos antepasados, padre, pero ella lleva al Antepasado en su vaina. Su nombre es Ofiolito; el antepasado, me refiero.

—Para ser una humana —dijo aprobadoramente Frenorradiación—, esa Oniko demuestra tener una inteligencia considerable. A menudo me he preguntado por qué no hay más humanos que lleven bolsas de memoria. Por supuesto, ellos no necesitan la radiación como nosotros, pero pese a todo, las vainas son tan convenientes en otros aspectos.

—Sí, pero ella tiene un Antepasado en la suya.

Pese a lo cansado que estaba, Frenorradiación era un buen padre. Se sentó en una tija de reposo, con la vaina colgando ante él, para explicarle a su hijo:

—Tienes que recordar, Estor, que si un grupo de Antepasados fue inadvertidamente dejado atrás durante el Traslado, debió ser muy solitario para ellos. Por supuesto, debieron establecer lazos de relación con los primeros seres inteligentes que aparecieron por allí, aunque fueran humanos.

—Sí —dijo Estornudos—, pero yo todavía no tengo ningún Antepasado en mi vaina.

—Los niños no tienen Antepasados en sus vainas —explicó Frenorradiación—. Ni siquiera los tienen muchos adultos, porque los Antepasados están muy ocupados con cosas más importantes, pero cuando crezcas...

—Sí —dijo Estornudos—, pero *ella* lo tiene.

Frenorradiación gruñó y se puso en pie. Colgando cuidadosamente su bolsa de memoria de la puerta del baño, suplicó: —Más tarde, hijo, por favor. Estoy realmente agotado.

Para Estornudos no se trataba solamente de curiosidad intelectual. Ni siquiera eran los celos de un niño hacia otro con un juguete mejor. Había implicadas casi cuestiones morales, quizás incluso religiosas.

Tanto los Heechees como los humanos habían aprendido a suplementar sus cerebros con inteligencias almacenadas en máquina, pero lo habían hecho por caminos distintos. Los seres humanos habían seguido el camino de las calculadoras y las computadoras y los servomecanismos, a lo largo de todo el camino hasta las flexibles y enormes redes gigabit que alimentaban Inteligencias Artificiales como la de Albert Einstein. (Y, por supuesto, yo.) Los Heechees nunca habían desarrollado LA. No tenían que hacerlo. Habían aprendido muy pronto cómo almacenar en forma mecánica las mentes de sus muertos. Pocos Heechees morían de una forma absoluta y permanente. Se convertían en Antiguos Antepasados.

Un astrónomo humano que deseara calcular los elementos orbitales de los planetas de un sistema doble podía dirigir fácilmente el problema a una computadora auxiliar. Un Heechee emplearía una batería de Antepasados muertos. A todos los efectos prácticos, un sistema funcionaba tan bien como el otro.

Pero no se trataba solamente de los efectos prácticos. Los humanos no reverenciaban a sus computadoras. Los Antiguos Antepasados de los Heechees, por su parte, merecían —y exigían— un cierto respeto.

La madre de Estornudos regresó mientras su padre aún se estaba bañando. Escuchó sus preguntas y dijo, frotándose la nuca:

—Después de cenar, ¿de acuerdo, Estor? Tu padre se siente agotado después de un turno extra en el Sillón de Sueños. Y además, por supuesto, está preocupado.

Estornudos miró a su madre con la boca abierta. ¿Preocupado? Cansado sí; Estornudos esperaba aquello. Ése era el precio que un vigilante tenía que pagar, sentado en el Sillón de Sueños durante interminables horas, intentando captar alguna presencia alienígena, siempre temiendo que pudiera llegar a tener éxito algún día..., como seguramente llegaría a ocurrir, con unas consecuencias que nadie podía adivinar.

Pero, ¿preocupado?

Cuando finalmente el autococinero puso la cena encima de la mesa y sus padres hubieron comido y se mostraron algo más relajados, Frenorradiación dijo pesadamente:

—No fue un Ejercicio planificado, Estor. Dos vigilantes del turno creyeron detectar algo, así que fue decretada una emergencia. —Alzó sus antebrazos, el equivalente a un encogerse de hombros—. Lo que captaron es muy incierto. No fue claro, ni fuerte..., pero son buenos vigilantes. Por supuesto, hubo que suspenderlo todo.

Estornudos dejó de comer, con el cuchillo a medio camino hacia su boca. Su padre dijo rápidamente:

—Pero yo no sentí nada cuando me instalé. Estoy seguro de ello. Ni nadie más lo sintió tampoco.

—Ha habido falsas alarmas antes —dijo esperanzada Ondafemto.

—Por supuesto. Por eso somos tantos: para asegurarnos de que las alarmas son falsas. Puede que pasen un millón de años antes de que los Asesinos salgan, ¿sabes? ¿Quién puede decirlo? —Frenorradiación terminó de comer rápidamente, luego se reclinó sobre su bolsa—. Ahora, Estor, ¿cuáles son tus preguntas acerca de tu amiga humana, Oniko?

Estornudos hizo girar lentamente los ojos. Oh, sí, tenía un millón de preguntas, pero el pensamiento de que *quizá* se hubiera producido una auténtica señal de la aparición de los Asesinos las había apartado todas de su mente. Una falsa alarma, de acuerdo, pero, ¿cómo podía saber con seguridad cualquier vigilante que una alarma era falsa?

Pero ésas eran cuestiones que evidentemente su padre no deseaba discutir. Estornudos rebuscó en su mente y halló una de las cosas que lo habían estado preocupando.

—Padre, no se trata sólo de la vaina. Oniko tiene tanto «dinero». ¿Por qué son tan «ricos»? —Utilizó las palabras inglesas, aunque estaban hablando en Heechee, porque su idioma no poseía esos conceptos.

Frenorradiación encogió sus amplios y nudosos hombros..., era el equivalente Heechee a un fruncimiento de ceño.

—Son seres humanos —dijo, como si aquello lo explicara todo.

No lo hizo.

—Sí, padre —dijo Estornudos—, pero no todos los seres humanos son tan «ricos».

—No, por supuesto que no —dijo su padre—. Esos humanos en particular tuvieron la suerte de adquirir algunos dispositivos Heechees. Algunas de nuestras «propiedades», Estor. Ni siquiera los buscaron. Simplemente los descubrieron por casualidad, y en la práctica humana eso les confirió su «propiedad», que cambiaron por «dinero».

Ondafemto dijo apaciguadoramente:

—Por todo lo que sabemos, los dispositivos estaban abandonados, por supuesto. —Hizo chasquear la lengua hacia el autococinero, que retiró los utensilios utilizados y sirvió el «postre». No era tarta o helado; era una de las variedades de correosas lianas que los Heechees masticaban después de sus comidas y que a la vez limpiaba sus paladares y lubricaba antisépticamente sus dientes—. El concepto de «dinero» no deja de tener su valor —añadió—, puesto que funciona como una especie de burdo servomecanismo para establecer las prioridades sociales.

Frenorradiación extrajo una fibra de entre sus dientes y dijo, indignado:

—¿Estás proponiendo que los Heechees deberíamos adoptar el mismo sistema?

—¡No, no, Freno! De todos modos, no deja de ser interesante.

—¡Interesante! —gruñó su padre—. Estúpido, diría más bien. ¿Para qué sirve el «dinero»? ¿Acaso no tenemos todo lo que necesitamos sin él?

—No tanto como tiene Oniko —dijo pensativamente Estornudos.

Frenorradiación dejó sobre la mesa su cuchillo de comer y miró desesperado al niño. Cuando habló, no lo hizo a su hijo sino a su compañera:

—¿Lo ves? —exclamó—. ¿Ves lo que le está ocurriendo a nuestro hijo? La próxima cosa que nos pedirá será un «sueldo». ¡Y lo que más tendremos que «llorar» —inconscientemente, utilizó la palabra inglesa, puesto que los Heechees eran incapaces de derramar lágrimas— es que nosotros somos más viejos y sabios que ellos! ¿Cómo nos hemos metido en una posición en la que *nosotros* debemos acomodarnos a *sus* costumbres?

Ondafemto miró primero a su compañero, luego a su hijo. Ambos parecían alterarlos..., en el caso del niño, estaba segura, porque Frenorradiación lo estaba; en el caso de su compañero las razones eran más graves.

—Freno, querido —dijo pacientemente—, ¿de qué sirve preocuparse por esas cosas? Sabíamos lo que significaba exponer a nuestro hijo a los valores humanos; lo hablamos ya antes de abandonar el núcleo.

—Sí, durante quince minutos —dijo lúgubrementemente su compañero.

—Quince minutos fue todo el tiempo del que dispusimos. —Ondafemto se inclinó para susurrarle algo a su vaina. Obedientemente, hizo que la autocasa redispusiera las imágenes de la pared de la estancia. Las agradables tracerías monocromáticas desaparecieron, y el nostálgico mural del Hogar, con sus pabellones y terrazas dominando las bahías y las majestuosas colinas les rodearon—. Estor no olvidará —dijo tranquilizadoramente.

—No lo haré, de veras, padre —dijo el niño, con voz temblorosa.

—No. No, por supuesto —dijo Frenorradiación, reacio.

Terminaron su postre de fibras en silencio. Luego, cuando la autocasa lo hubo retirado y limpiado todo, entraron en comunión con los Antepasados durante un rato, dejando que los viejos hablaran, se quejaran, aconsejaran. Era algo muy típico Heechee. Lentamente, Frenorradiación se calmó. A la hora de acostarse, Estornudos se sentía completamente tranquilo.

—Ahora vete a dormir, hijo —le dijo su padre afectuosamente.

—Sí, padre —respondió Estornudos. Y luego—: ¿Padre? —¿Tengo que seguir durmiendo en un capullo? ¿No puedo tener *mía* auténtica cama, con sábanas y almohadas?

Su padre le miró con desconcierto antes de empezar a sentirse ultrajado.

—¿Una «cama»? —empezó, y Ondafemto avanzó para cortar la explosión antes de que se iniciara.

—Por favor, Estor —indicó—, ni una palabra más. ¡A dormir!

Estornudos, dolido, se retiró a su habitación para meditar en el denso y suave relleno de su capullo. Era *embarazoso* dormir en algo como aquello cuando todos los demás chicos tenían camas. Trepó a él y se metió dentro, cerró el capullo sobre él, se dio diez o doce vueltas hasta acomodar el relleno a su gusto, y se durmió.

Sus padres estaban desatando las hamacas en la otra habitación, preparándose también para dormir. Frenorradiación permanecía en silencio, con los tendones de su estómago agitados por el desagrado. Ondafemto se dio cuenta de ello y cambió de nuevo los murales. Los suaves colores pastel desaparecieron. En todas las paredes no había ahora más que oscuridad, salpicada por unos pocos objetos visibles. A un lado, la gran extensión moteada de la galaxia. Al otro, los imprecisos objetos color azufre que eran la razón de que estuvieran allí.

—¿No te das cuenta, querido? —dijo—. Nada de esto importa comparado con la gran finalidad a la que servimos. Nunca debemos olvidar por qué nuestra raza se trasladó al núcleo..., y por qué hemos vuelto a salir de él.

Frenorradiación miró con desagrado la humosa y girante masa.

—Algunas cosas importan —respondió, testarudo—. ¡La equidad importa siempre!

—Sí, Freno —dijo suavemente su compañera—, la equidad siempre importa. Pero, comparada con los Asesinos, no importa demasiado.

Ya no hay mucho más que decir ahora sobre los niños. Siguieron viviendo una vida interesante y feliz en la Rueda..., por un tiempo.

Siendo más o menos de la misma edad, los tres pasaron mucho tiempo juntos. Hicieron cosas interesantes. Exploraron los pulmones de la Rueda, donde marañas de hojosas plantas trepadoras crecían de los excrementos arrojados por los desagües de la Rueda y absorbían el anhídrido carbónico exhalado tanto por los humanos como por los Heechees. Visitaron los talleres, donde todo podía ser reparado, desde un juguete hasta la pequeña flota de espacionaves de la Rueda..., Ondafemto trabajaba allí, y les mostró de buen grado todo. Se metieron en las espacionaves, colgándose de sus ganchos de carga como cachorros alimentándose de las ubres de su madre. Curiosearon en la biblioteca, con sus decenas de millones de archivos de datos almacenados e indexados: en aquellas estanterías estaban todas las historias que los humanos habían contado alguna vez, y todos los recuerdos de los Antepasados Heechees, y todos los diccionarios y compilaciones y textos de cada una de las dos razas..., bueno, no realmente *todos*, pero sí los suficientes como para abrumar a Estornudos, Harold y Oniko. Visitaron el zoo, donde gatos y vacas y monos y animales Heechees de compañía y exóticos pastaban o se colgaban de los barrotes o descansaban, el hocico entre sus patas, para devolver su mirada a los niños. Sólo estaban representados unas cuantas docenas de organismos, pero para la mayoría de los niños eran los únicos seres no pensantes que habían visto nunca.

Incluso visitaron los Sillones de Sueños.

Raras veces se permitía a los niños ir allí, pero el padre de Estornudos se hizo responsable de su buen comportamiento. Así que un día, en el tiempo libre de Frenorradiación, se les permitió contemplar los emplazamientos desde una respetable distancia.

Fue una experiencia apasionante. Los Sillones estaban colocados en grupos de cuatro, cada trescientos metros o así, en torno al perímetro exterior de la Rueda. Cada grupo se

hallaba encajado en una pequeña burbuja de cristal, hecha de una sustancia transparente no sólo a la luz sino a cualquier otra forma de radiación electromagnética. ¿Era eso necesario? Nadie podía decirlo con seguridad, pero quizás ayudara..., cualquier cosa que pudiera hacer más segura la tarea de los vigilantes valía la pena intentarla, aunque sólo hubiera una remota posibilidad de que importara.

Como era normal cuando no había Ejercicio, sólo uno de los sillones de cada grupo de cuatro estaba ocupado.

—Cogeos de la mano —indicó Frenorradiación—, y podremos acercarnos un poco más.

Los niños avanzaron cautelosamente, de puntillas, hasta llegar a un metro de distancia de uno de los vigilantes de guardia, una mujer humana de otro sector, con los ojos cerrados, los oídos tapados. Casi parecía dormida cuando la miraron a través de los intersticios de la resplandeciente malla de antenas metálicas que la rodeaban. A través del cristal podían ver debajo de ellos —«debajo» según la geometría de la Rueda que giraba lentamente sobre si misma— el espacio, incluido la distante masa lodosa del kugelblitz. La mano de Estornudos se apretó alerta sobre la de Oniko. Ya no se sentía repelido por el contacto de la carne humana..., tan grasienta, tan flexible, tan *obesa*. De hecho, casi disfrutaba sujetando su mano. Lo que más le sorprendía era que ella también parecía disfrutar sujetando la suya ya que Harold no había dejado de decirle desde hacía mucho tiempo que para un ser humano el contacto de la caliente, dura y correosa carne Heechee era igualmente desagradable. Quizás Oniko no lo considerara así. O quizás fuera demasiado educada para manifestarlo Frenorradiación les escoltó de vuelta a las partes públicas de la Rueda cuanto ya lo hubieron visto todo hasta la saciedad. Luego regresó a su propio turno. En el camino de vuelta a sus casas los niños comentaron excitadamente todo lo que habían visto, deteniéndole solamente cuando se cruzaron con una clase de los más pequeños, un grupo escolar que iba a visitar el acuario por primera vez.

El acuario no era sólo una especie de museo. Gran parte de la comida Heechee procedía del mar. Del mismo modo que parte de la humana. Muchos de los animales en los tanques iban a terminar más pronto o más tarde en una mesa. Estornudos, Harold y Oniko siguieron a los pequeños, tolerantes ante sus exclamaciones, divertidos al ver su reacción ante las extrañas serpientes marinas de enorme boca que tanto encantaban a los Heechees, o los calamares típicos de las mesas humanas. Uno de los calamares estaba cerca de la pared del tanque, y cuando un niño de no más de tres años se le acercó cambió de blanco a moteado y le arrojó un chorro de tinta mientras se alejaba como un cohete. El niño dio un salto atrás y jadeó. Harold se echó a reír, Oniko se echó a reír. Y, al cabo de un momento, Estornudos se echó a reír también, aunque por supuesto la risa Heechee no era en absoluto parecida, ni en rictus ni en sonido, a la humana.

—Pequeño tonto —dijo Oniko con una ternura maternal—. Recuerdo la primera vez que yo...

No terminó su frase.

Hubo un repentino chillido de advertencia a todo su alrededor, y las luces empezaron a destellar.

—¡Ejercicio! ¡Ejercicio! —gritaron los automaestros.

Mientras todo el mundo se dejaba caer inmediatamente al suelo, Harold consiguió formular una rápida pregunta.

—¿Por qué un Ejercicio ahora? —inquirió al más cercano de los automaestros.

—¡Permanece tendido! ¡Vacía tu mente! —ordenó el automaestro, pero Juego se contuvo, durante solo un segundo—. Es sólo un Clase Dos —dijo—. Se acerca una nave no programada..., ¡ahora ocupa tu posición!

Y eso hicieron, todos, incluso los más pequeños. Pero Estornudos tuvo problemas en vaciar su mente, porque había una pregunta. Sí, por supuesto, cuando llegaba una nave

siempre se producía un Ejercicio Clase Dos, eso no era nada de lo que asustarse... pero nunca antes, en toda su experiencia, había llegado una nave que no fuera esperada.

Y esta nave era de la JVA.

Cuando terminó el Ejercicio y Estornudos estuvo de vuelta en casa de sus padres, la nave no programada estaba amarrada y silenciosa, pero aún seguía allí. Y los rumores se difundían como fuego.

Frenorradiación los continuó.

—Sí, Estor —dijo, preocupado—, tienes que marcharte. Todos los niños deben hacerlo. La Rueda está siendo evacuada de todo el personal no adulto, porque no podemos correr el riesgo de un niño radiando en un momento, intempestivo.

—¡Soy el segundo de la clase en satori, padre!

—¡Claro que lo eres! Pero la Junta de Vigilancia a los Asesinos ha ordenado que debes marcharte con los demás. Por favor, hijo. No hay nada que podamos hacer al respecto —Ellos cuidarán bien de ti —señaló Ondafemto, pero su voz era más ronca aún por la preocupación que la de su padre

—¿Pero donde voy a ir? —gimió Estornudos.

Sus padres se miraron.

—A un buen lugar —dijo finalmente su madre—. Todavía no sabemos dónde exactamente. Venís de lugares muy distintos, y no creo que os lleven a todos vosotros a vuestros hogares inmediatamente. Pero de veras, Estor, cuidarán de ti. Y es sólo por un tiempo, hasta que aclaremos lo de esta falsa alarma. Pronto estarás de vuelta con nosotros.

—Espero que sea verdad —dijo su padre.

Y no hubo tiempo, ningún tiempo para una última visita al zoo o al bosque de cocoteros o a cualquier otro lugar, sólo una corta sesión en la sala de la escuela para que todo el mundo pudiera recoger sus cosas y decirle adiós al automaestro.

Este día el automaestro no pudo mantener el orden. Ni lo intentó. Sólo se ocupó separadamente de cada uno de sus alumnos, diciéndole adiós, asegurándose de que vaciaba todo su armario, mientras los demás niños hablaban excitadamente entre sí, con anticipación y miedo. Ninguno de ellos sabía todavía dónde iban. Harold, por supuesto, estaba rezando por ir a su casa.

Estornudos escuchó pensativamente. Se preguntó si envidiaba a Harold. ¿Era realmente el mundo de Peggy tal como Harold lo pintaba? ¿Verano todo el tiempo? ¿Y nada de escuela? ¿Y millones de hectáreas de frutos y bayas silvestres que podías recoger en cualquier momento, todos los días?

—Pero es un largo camino hasta allí —estaba diciendo Harold—. Apuesto a que tendré que cambiar de nave. Eso significa que tardaré un mes en llegar a casa.

—A mí me tomaría casi tres meses —murmuró pensativo Estornudos.

—Oh, pero eso se debe a vuestra estúpida barrera Schwarzschild —explicó Harold, de una forma completamente innecesaria para un niño que ya la había penetrado una vez—. No crees que vayan a llevarte hasta allí, ¿verdad, Torpe? Cielos, no van a enviar toda una nave por un simple par de chiquillos Heechees. Eso sería *ineficiente*. ¡No creo que lo hagan!

En eso Harold tenía razón. No había tantos niños en la Rueda, y así la gran nave terrestre que los recibió tenía un solo destino. La Tierra.

Harold se sintió abrumado. Oniko temerosa. Estornudos..., bien, Estornudos no sabía de un momento al siguiente cómo se sentía, porque la excitación y el pesar de abandonar a sus padres y la devoradora preocupación de lo que significaba aquel repentino movimiento sin precedentes luchaban todo el tiempo por dominar su mente. El resultado sólo era confusión.

Tenían menos de doce horas para embarcar. Lo cual era una buena cosa. Cuanto menos tiempo dispusieran para dejar que la excitación se fundiera y los temores y

miserias crecieran, mejor.

Finalmente fueron presentándose uno a uno en el gran vehículo interestelar, tan pronto como el centenar de nuevos Vigilantes y su equipo hubieron sido descargados. Los padres de Oniko estaban allí, abrazando a su hija sin una palabra. También estaban el señor y la señora Wroczek, y Estornudos desvió educadamente la vista cuando Harold se echó a llorar ante la partida.

—Adiós, padre; adiós, madre —dijo Estornudos.

—Adiós, querido Estor —dijo su padre, intentando contener la emoción que rezumaba en su voz. La madre de Estornudos ni siquiera lo intentó.

—Será un hermoso lugar, Estor, querido —prometió, abrazándole fuertemente—. No sabremos de ti normalmente, porque van a interrumpir todas las transmisiones a la Rueda, pero..., ¡oh, Estor! —Lo abrazó fuertemente. Los Heechees no pueden llorar, pero no hay nada en su fisiología o en sus mentes que les impida sentir la pérdida de una forma tan intensa como los humanos.

Estornudos se dio la vuelta y se alejó.

No era una costumbre Heechee darse un beso de despedida, pero mientras entraba en la nave Estornudos deseó que, en este caso, se hubiera hecho una excepción.

3 - Habla Albert

Soy Albert Einstein, o al menos Robinette Broadhead me llama así, y creo que debería aclarar algunos asuntos.

Con todos estos embrollados falsos principios, Robín no ha conseguido transmitirles a ustedes una cierta cantidad de datos que creo que son esenciales. Entre otros, quién era el Enemigo. Les ayudaré. Eso es lo que hago siempre: ayudo a Robinette Broadhead.

Primero debo explicar mi propia situación.

Para empezar, no soy el «auténtico» Albert Einstein. Él está muerto. Murió hace muchos años, antes de que fuera posible, al menos para los seres humanos, almacenar a una persona como una base de datos después de que su parte carnal hubiera desaparecido. Como resultado de ello, no poseemos ninguna copia real de ese Albert Einstein por los alrededores. Yo soy, como máximo, una tosca aproximación de lo que hubiera podido ser él si fuera yo.

Lo que soy realmente es algo completamente distinto a cualquier tipo de reconstrucción de un ser humano. Básicamente soy un simple sistema de recuperación de datos, recubierto con algunos toques de fantasía para quedar un poco más bonito. (De la misma forma que la gente acostumbraba a ocultar el teléfono de su mesilla de noche bajo la forma de un osito de peluche.) A fin de hacer más agradable mi utilización, mi usuario, Robinette, pidió que yo tuviera el aspecto y actuara como una persona. Así me hizo, pues, mi programadora. Le alegró hacerlo. Le gustaba acceder a los deseos de Robinette, puesto que no sólo era su programadora sino también su esposa, S. Ya. Lavorovna-Broadhead.

Así que mi aspecto y la forma en que actúo es sólo un capricho de Robín.

Creo que es justo decir que Robín es un hombre muy caprichoso, y también de un humor muy cambiante. No estoy menospreciándole. No puede evitarlo. Robín empezó siendo orgánico.

Por esa razón, sufrió los hándicaps de todos los seres de carne. Su inteligencia era sólo lo que podían producir los torpes medios bioquímicos. Su mente no era exacta, y evidentemente tampoco matemática. Era el producto de un cerebro de carne, bañado en constantes flujos de hormonas, desviada por impulsos orgánicos como dolor y placer, y completamente capaz de atormentarse con elementos de programación que se hallan más allá de mi experiencia personal, como «duda» y «culpabilidad» y «celos» y «miedo».

¡Imaginen vivir así! En realidad, para mí es una maravilla que ahora funcione tan bien como lo hace. No sé si yo hubiera podido. Pero debo reconocer que en realidad no comprendo estas cosas, puesto que nunca las he experimentado, excepto en un sentido analógico.

Eso no quiere decir que no pueda tratarlas. Los programas de Essie Broadhead pueden hacer casi malditamente *todo*. La «comprensión» es absolutamente innecesaria..., no tienes que comprender cómo funciona una espacionave para subir a ella y pulsar unos cuantos botones. Puedo proyectar cómo algunos estímulos determinados afectarán el comportamiento de Robín al menos tan bien como él mismo, y no tengo que «comprender» para hacerlo.

Después de todo, no comprendo tampoco la raíz cuadrada de menos uno, pero eso no me impide hallar formas útiles de emplearla en ecuaciones. Funciona. e a *i* veces la potencia de pi igual a -1 . No importa en absoluto que todas las cantidades implicadas sean irracionales, trascendentales, imaginarias o negativas.

No importa que el propio Robín sea todas esas cosas tampoco. Lo es. Todos ellos lo son. Él, especialmente, es negativo una buena parte del tiempo, de una forma que le impide alcanzar ese otro irracional, por no decir trascendental, estado, ser «feliz».

Esto es una estupidez por su parte. Según todos los objetivos estándar, Robinette Broadhead ha conseguido todo lo que se puede desear. Es todo lo que desea cualquier ser humano. Es enormemente rico..., bueno, de acuerdo, es cierto que no posee *personalmente* esa riqueza, puesto que ahora está almacenado en máquina y existen arduos problemas legales acerca de las propiedades de la gente muerta; pero sus riquezas están invertidas en su auténtica esposa (o «viuda»), y son tantas que si Robin desea gastar unos cuantos cientos de millones aquí o allá, sólo tiene que decirlo. Además, utiliza esas riquezas juiciosamente. La mayor parte de ellas las emplea en el Instituto Robinette Broadhead para la Investigación Extrasolar, con sus instalaciones en lugares como Londres, Brasilia, Johore, el mundo de Peggy, y una docena de otras localizaciones en los viejos Estados Unidos, sin mencionar su flota de naves exploradoras que se hallan siempre ocupadas sondeando toda la galaxia. Gracias a ello, su vida tiene «objetivo», y posee gran cantidad de «poder». ¿Qué queda? ¿«Salud»? Por supuesto que la tiene; si algo va mal, simplemente es corregido de inmediato. ¿«Amor»? ¡Por supuesto! Posee la mejor de todas las esposas posibles en S. Ya. Lavorovna-Broadhead..., al menos posee la simulación almacenada en máquina de ella, y la simulación es esencialmente perfecta, puesto que la propia S. Ya. escribió el programa de su dupli.

En pocas palabras, si alguna vez una persona de carne, cualquier persona de carne, tuvo razones para sentirse feliz, Robin es esa persona.

Esto simplemente demuestra que la «razón» no es un elemento dominante en su psique. Demasiado a menudo no se siente en absoluto feliz. Sus interminables preocupaciones y confusiones acerca de a quienes ha amado, y lo que ha querido significar por «amor», y si fue «justo» o «fiel» a sus distintos amores, son detalles típicos.

Por ejemplo:

Robin amaba a Gelle-Klara Moynlin, cuando los dos eran aún de carne por aquel entonces. Tuvieron una pelea. Se reconciliaron. Luego, a través de un accidente que ninguno de los dos tuvo oportunidad de impedir, él la abandonó en un agujero negro durante treinta años.

Bueno, eso no estuvo bien, por supuesto. Pero no fue culpa suya. Sin embargo, necesitó interminables horas de diván con mi colega el compupsicoanalista Sigfrid von Shrink, para «aliviar» su mente de la «culpabilidad» que le había causado tanto «dolor».

¿Irrracional? Apuesten a que sí. Pero hay más.

Por aquel tiempo, mientras Klara estaba irremediabilmente fuera de alcance —por todo lo que él sabía, para siempre—, conoció y se «enamoró» y se casó con mi creadora

básica, S. Ya. Lavorovna. Fue algo espléndido, desde todos los puntos de vista. Pero luego Klara reapareció. Cuando Robín tuvo que enfrentarse al hecho de que las «amaba» a ambas, simplemente huyó.

Lo que empeoró más las cosas fue el hecho de que por aquel mismo tiempo muriera. (Al menos, su cuerpo de carne se estropeó, y tuvo que pasar a almacenarse en máquina en el espacio gigabit.) Uno podría pensar que eso iba a simplificar las cosas. Resulta evidente que esos asuntos biológicos no tendrían que producirle más preocupaciones. Ya no tenía ninguna biología a mano. ¡Pero no, no Robin Broadhead!

Robin no es irremediamente estúpido tampoco. (Quiero decir, para una persona anteriormente de carne.) Es tan consciente como yo de que, antropológicamente hablando, cuestiones tales como «fidelidad» y «celos» y «culpabilidad sexual» sólo tienen que ver con el hecho biológico de que el «amor» implica «copulación», que a su vez implica «reproducción»..., en sus raíces, los celos no son más que una cuestión de asegurarte de que el hijo que crías y educas es genéticamente tuyo. Él *sabe* eso. Desgraciadamente, no puede *sentirlo*. Ni siquiera el hecho de que nunca ha sido biológicamente padre de ningún hijo puede cambiar nada.

¡De qué cosas extrañas se preocupa la gente de carne! Y sigue preocupándose, aunque haya sido promovida a la existencia no material, como yo.

Pero Robin se preocupaba, enormemente, y cuando Robin se preocupaba, yo me preocupaba también. Por él. Porque ésa es una de las cosas para las que estoy programado.

Me doy cuenta de que estoy empezando a volverme tan discursivo como Robin.

Bien, eso no puede evitarse. «Tal amo, tal criado», como dice el viejo proverbio de las personas de carne..., incluso cuando el «hombre» sea un artefacto puramente sintético hecho de subrutinas y bases de datos, como yo.

Llegamos ahora al Enemigo.

Eran la raza de seres inteligentes, no de carne (de hecho, no materiales), cuya existencia habían conocido los Heechees. El Enemigo (los Heechees los llamaban «los Asesinos», y lo mismo hacían muchos humanos, pero a mí nunca me gustó ese término) había barrido del universo al menos cuatro civilizaciones, y dañado gravemente a un par más.

Era evidente que no les gustaba la gente de carne de ningún tipo.

Incluso parecía que no les gustaba la *materia* de ningún tipo. De alguna forma — aunque nunca he llegado a saber cómo—, habían añadido tanta masa al universo que estaban frenando su índice de expansión. En algún momento en el futuro se colapsaría de nuevo sobre sí mismo y renacería; la única interferencia lógica es que entonces el Enemigo podría manipularlo de algún modo a fin de que el nuevo universo fuera más hospitalario para ellos.

Examinado objetivamente, se trataba de un proyecto elegante y de largo alcance. Sin embargo, nunca conseguí hacer que Robín lo viera de este modo; él seguía orientado hacia la materia, debido a sus desgraciados antecedentes.

Y el Enemigo seguía aún por los alrededores, encerrado en su propio agujero negro..., ese agujero negro atípico que no contenía materia sino que era un pozo de energía. (La energía que componía su masa era, por supuesto, el propio Enemigo.) No había ningún nombre para un agujero negro así. Lo llamábamos un «kugelblitz».

Cuando Robin y yo tropezamos por primera vez con el Heechee llamado el Capitán y su tripulación, fue algo traumático para los Heechees.

Su forma de enfrentarse a los «Asesinos» había sido huir y esconderse. No podían creer que unos seres humanos fueran tan temerarios como para elegir alguna otra línea de acción.

Nos contaron lo que ocurría, y se mostraron impresionados cuando nosotros nos negamos a seguir su ejemplo.

Cuando el Capitán se convenció finalmente de que la humanidad (incluyendo por el momento en esa categoría a aquellos como yo) iba a defender nuestra galaxia, reconoció lo inevitable. No le gustó. Pero lo aceptó. Regresó apresuradamente al lugar donde habían huido los Heechees cuando se habían dado cuenta del tipo de amenaza que era el Enemigo: el gran agujero negro en el núcleo de la galaxia. Su misión era comunicar al resto de los Heechees que todos sus planes se habían visto arruinados por aquella imprudente raza de seres humanos, y conseguir que nos ayudaran.

Se trataba de un asunto urgente. Los Heechees poseían enormes recursos. Aunque habíamos pasado décadas aprendiendo su tecnología y añadiéndola a la nuestra, antes de que ningún ser humano vivo pusiera sus ojos en un Heechee vivo, todavía había muchas cosas que no sabíamos. Así que el Capitán prometió movilizar a los Heechees para que nos ayudaran —inmediatamente— a prepararnos para el día en que el Enemigo saliera de nuevo para destruir unas cuantas razas de carne más.

Por desgracia, lo que «inmediatamente» significaba para los Heechees no era lo mismo que significaba para nosotros..., ni siquiera incluyendo el lamentablemente lento modo de moverse de los seres humanos de carne como parte de ese «nosotros». Los relojes funcionan lentamente en los agujeros negros. El factor de dilatación del tiempo en el núcleo les hace más lentos que los humanos, por un factor de aproximadamente cuarenta mil a uno.

Por fortuna, «inmediatamente» significaba al menos tan pronto como pudieran, y de hecho respondieron sorprendentemente aprisa..., teniéndolo todo en cuenta. La primera nave Heechee en aparecer fuera de su ergoesfera surgió prácticamente al instante..., es decir, al cabo de sólo dieciocho años. La segunda la siguió sólo nueve años después.

La razón de que pudieran reaccionar tan rápido era que habían mantenido un cierto número de naves en alerta constante. Y esos primeros Heechees en unirse a nosotros fueron valiosísimos. Fueron ellos quienes nos ayudaron a construir la Rueda de Vigilancia, a montar una vigilancia permanente en torno al kugelblitz, y nos ayudaron a localizar todos los escondites y centros de aparatos Heechees mantenidos en reserva por toda la galaxia..., incluyendo, muy a menudo, los prospectores humanos de Pórtico que habían llegado hasta ellos y habían quedado varados allí sin posibilidad de regresar.

Creo que debería hablarles un poco más acerca de los anales de los Heechees, para explicar exactamente por qué eran una raza tan temerosa.

Centenares de naves Heechees estaban viajando constantemente, como asunto de rutina, explorando y descubriendo nuevos rincones. Los Heechees eran tan inquisitivos como los seres humanos, y tan testarudamente decididos como ellos a descubrir todo lo que pudiera ser descubierto.

Había muchos problemas teóricos en la ciencia que les hacían sentir el prurito de averiguar las respuestas. ¿Cuál era la verdad, querían saber, que se ocultaba detrás de la «masa perdida»..., el hecho de que toda la materia observable del universo no parecía pesar lo suficiente para originar los movimientos observados de las galaxias? ¿Se desintegraban realmente los protones? ¿Había habido algo antes del Big Bang, y si había habido algo, qué?

Los científicos humanos se preocupaban por todas esas cuestiones también, en los días anteriores a que entráramos en contacto con los Heechees. Los Heechees tenían una gran ventaja sobre esos primitivos humanos (incluido mi progenitor de carne). Podían salir y echar una mirada.

Y eso hicieron. Enviaron expediciones para estudiar las novas y las supernovas y las estrellas de neutrones y las enanas blancas y los pulsars. Midió el flujo de materia entre las parejas de binarias cercanas, y calcularon el flujo de radiación de la caída de gases en torno a los agujeros negros. Incluso aprendieron a mirar dentro de la barrera Schwarzschild en torno a los agujeros negros, un truco que más tarde les condujo al aprovechamiento de una útil tecnología; y no he hablado todavía de su curiosidad

igualmente grande acerca de la forma en que las partículas encajan entre sí para formar átomos, los átomos se unen en moléculas, y las moléculas se convierten en cosas vivas como ellos mismos.

Puedo resumir exactamente con bastante facilidad lo que deseaban los Heechees a nivel de conocimientos. Lo deseaban *todo*.

Pero de todas sus investigaciones ninguna era más urgente, o más asiduamente perseguida, que la búsqueda de otra vida inteligente además de la suya en el universo.

A lo largo del tiempo, los Heechees hallaron un par de ejemplos..., o casi.

El primero fue un descubrimiento casual que trajo una rápida alegría y casi una instantánea decepción. Un pequeño planeta helado, que apenas merecía una segunda ojeada en el curso normal de los acontecimientos, les sorprendió mostrando algunas curiosas anomalías en su campo magnético. Nadie se mostró demasiado interesado al principio. Luego, en un barrido de rutina, una nave tripulada de exploración comprobó los informes de los investigadores automáticos robot. El planeta estaba a más de 200 UA de su no muy brillante estrella K-2, y realmente no era el tipo de lugar donde uno esperaría que se desarrollara la vida. Su temperatura superficial era sólo de 200 grados Kelvin, y nada se movía en aquella superficie glacial. Pero cuando los investigadores Heechees sondearon el hielo, descubrieron grandes masas de metal enterradas en él. Los ecos mostraron que el metal tenía formas regulares. Cuando, excitada, la tripulación pidió perforadores térmicos y los envió a investigar, ¡hallaron edificios! ¡Fábricas! ¡Máquinas!

Y absolutamente nada vivo.

Se enfrentaron al hecho descorazonador de que en una ocasión había habido vida inteligente en aquel planeta, que había llegado mucho más allá de los primitivos estándares industriales, por los restos que desenterraron..., pero que ya no existía.

La datación de los hielos les reveló que habían llegado medio millón de años demasiado tarde para hallar a nadie vivo, y eso no fue lo peor. Lo peor fue un descubrimiento de los geólogos y geoquímicos que señalaba, incontestablemente, que aquel planeta en particular no podía haber evolucionado en aquella órbita en particular; su composición era como la de Venus, la Tierra y Marte, el tipo que sólo puede hallarse cerca de su primaria.

Algo lo había lanzado hasta tan lejos de su sol que lo había congelado.

Por supuesto, podía haberse tratado de algún accidente astronómico como (aunque fuera estadísticamente improbable) el paso cerca de otra estrella. Pero nadie de los Heechees podía creer aquello (por mucho que lo desearan).

Luego hicieron su segundo descubrimiento descorazonador.

No fue descorazonador desde un principio. Fue una resplandeciente esperanza que persistió durante mucho tiempo..., ¡más de un siglo! Empezó cuando una nave Heechee captó los atisbos de una transmisión por radio, la rastreó, y halló un genuino e incontestable artefacto de una civilización altamente tecnológica viajando a través del espacio interestelar.

No estaba tripulado. No podía estarlo, excepto quizá por microbios. El objeto era una enorme telaraña metálica, con un aspecto como de fina gasa, de un millar de kilómetros de diámetro pero tan sedosamente fina que todo el conjunto pesaba menos que la uña de un dedo.

Los Heechees no necesitaron mucho tiempo para darse cuenta de lo que tenían entre manos. Donde se unían los finísimos hilos había cosas parecidas a transistores y franjas de materiales piezoeléctricos. El objeto era una calculadora. Era también una computadora, una cámara, un radiotransmisor, todo ello maravillosamente encajado en una finísima telaraña que podías aplastar y reducir a un tamaño que cupiera fácilmente en la palma de tu mano.

Era una nave vela robot, propulsada por la luz.

La prueba era innegable: ¡había vida inteligente como los Heechees en el universo! No

sólo vida inteligente, sino vida tecnológica, vida que *miraba a las estrellas*. Comprendieron inmediatamente que aquello era una sonda interestelar ultraligera, un fuego fatuo estelar, enviado a explorar la galaxia por la presión de las radiaciones, examinando otras estrellas e informando por radio a sus constructores en su planeta de origen.

¿Pero dónde estaba ese planeta de origen?

Desgraciadamente, la nave Heechee no consiguió medir la alineación exacta de la telaraña cuando la capturaron. Aunque sabían con un error de unos pocos grados hacia donde estaba orientada, esos pocos grados abarcaban varios cientos de millones de estrellas, cercanas y lejanas.

Así que, durante el siguiente siglo, todas las naves Heechees que salieron al espacio, fueran donde fuesen, llevaron consigo un preciso y delicado receptor radiofónico. Siempre permanecía conectado, y no hacía nada más que escuchar la posible canción de otro de aquellos fuegos fatuos estelares.

Y los encontraron.

El primero estaba dañado, su orientación ya no era perfecta..., pero incluso eso limitaba las posibilidades a sólo un millón aproximadamente de estrellas, una mejora de dos órdenes de magnitud. Y luego encontraron otro, en perfecto orden de funcionamiento, alineado con toda precisión.

Enjambres de exploradores Heechees partieron hacia aquel rincón de la galaxia. Quedaba todavía un montón de estrellas que investigar, pero ahora sólo eran unos centenares, en vez de millones. Las estudiaron todas. Ésta no tenía planetas. Ésas otras dos eran binarias, y a su alrededor ningún planeta podía albergar vida, aunque existieran esos planetas. Ésas otras eran demasiado recientes y brillantes, demasiado jóvenes para proporcionar a la vida la ocasión de desarrollarse...

Y luego estaba aquella otra.

No era demasiado atractiva. Era una mera pavesa, demasiado pequeña y poco brillante para ser siquiera una estrella de neutrones. Cierto, estaba en el lugar preciso. Cierto, tenía planetas..., pero se había convertido en nova hacía cientos de miles de años. Todos sus planetas estaban arrasados por el repentino calor. No quedaba en ellos nada que pudiera ser calificado como vivo.

Pero en el cuarto planeta..., había una hilera de cascotes que cruzaba un valle que en su tiempo había sido una presa, un túnel perforado en la derrumbada ladera de una montaña... Sí, aquél había sido el lugar de donde habían partido los fuegos fatuos estelares.

Y, una vez más, los Heechees habían llegado demasiado tarde.

Era casi, pensaron los Heechees, como si alguien hubiera estado recorriendo la galaxia barriendo todas las civilizaciones antes de que los Heechees pudieran alcanzarlas.

O antes de que esas civilizaciones pudieran enviar representantes vivos de ellas mismas al espacio interestelar.

Y entonces los Heechees hicieron un último y terrible descubrimiento. Enviaron una expedición al mando de una maravillosa hembra Heechee llamada Tangente, y todo el cuadro de pesadilla quedó claro para ellos.

No les hablaré de Tangente.

La razón de ello es que, más pronto o más tarde, lo hará Robin. Él todavía no lo sabe. No sabe que él mismo se enterará dentro de poco de todo a través de alguien que conoció de primera mano toda la historia. Lo hubiera sabido ya si me hubiera dejado hablarle de esa persona..., o, de hecho, de algunas otras personas cuya presencia en Pórtico será muy importante para él. Pero Robin puede ser terriblemente obstinado cuando intento contarle cosas que realmente debería saber.

Ésa es la historia; pido disculpas por las digresiones. Permítanme sólo añadir una cosa. No es, exactamente, irrelevante.

He dado a entender antes que, aunque yo «sabía» que e a í veces la potencia de pi es

igual a -1 , no comprendo «por qué». Quiero decir: no hay ninguna razón intuitiva por la que (la base de los logaritmos naturales) elevada a la potencia de ([la raíz cuadrada de menos uno] veces [la relación entre la circunferencia y el diámetro de un círculo]) deban ser iguales a nada en particular, y mucho menos un simple integral negativo como menos uno.

No estaba bastante abierto al respecto.

No sé exactamente por qué es así, pero tengo mis sospechas. Desgraciadamente, debo tratar con fenómenos como la «masa perdida» y la desconcertante cuestión de por qué tenemos solamente tres dimensiones perceptibles en el espacio en vez de nueve, y Robin simplemente no me escucha tampoco cuando le hablo de eso.

4 - Algunos grupos en la fiesta

Había un lugar en Pórtico que tenía que ver de nuevo absolutamente.

Tras aburrirme de meditar sobre todas las cosas en que tenía que meditar y de oír a la gente decir: «¡Hey, Robinette, tienes un aspecto estupendo!», fui allí. Lo llaman Nivel Babe, Cuadrante Este, Túnel 8, Habitación 51, y durante varios terribles y miserables meses había sido, hacía mucho tiempo, mi hogar.

Fui allí solo. No quería apartar a Essie de su viejo amigo de Leningrado y, además, la parte de mi vida que estaba relacionada con aquella sucia madriguera no había sido compartida por ella. Me detuve y la miré, abarcándola de una sola ojeada. Incluso puse en acción algunos receptores que normalmente no me preocupó de usar, porque deseaba no simplemente verla. Deseaba olerla y sentirla.

Parecía, olía y sentía a miseria, y casi me ahogué en el enorme y cálido flujo de nostalgia que me inundó.

La Habitación 51 era el cubículo que me había sido asignado cuando llegué por primera vez a Pórtico... ¡Jesús! ¡Hacía de ello décadas y décadas!

Había sido limpiada un poco, y redecorada mucho. Ya no era un agujero para que un asustado prospector de Pórtico se ocultara, él y su miedo. Ahora pertenecía a algún viejo y debilitado caso geriátrico que había acudido a Roca Rugosa porque allí era donde tenía más posibilidades de aferrarse un poco más a su desgastado cuerpo de carne. Parecía distinta. Le habían instalado una auténtica cama, aunque estrecha, en vez de mi vieja hamaca. Había un nuevo y resplandeciente equipo de PV montado en la pared, y un lavabo plegable con auténtica agua corriente, y casi un millón de otros lujos que yo no había tenido. Sin duda el caso geriátrico había cojeado hacia algún lugar para unirse a la fiesta. Al menos, no estaba allí. Tuve toda la habitación para mí solo, todo el claustrofóbico lujo de aquel lugar no mayor en tamaño que un armario.

«Inspiré» profundamente.

Había otra gran diferencia. El olor había desaparecido. Se habían librado del viejo aire viciado de Pórtico que empapaba tus ropas y tu piel, el aire rancio que todo el mundo había estado respirando antes —y sudando en él, y pedorreándose en él— durante años y años. Ahora olía a pequeñas cosas verdes creciendo alegres, sin duda procedentes de las plantaciones que ayudaban al sistema de reciclado del oxígeno. Las paredes seguían resplandeciendo con el brillo mate del metal Heechee..., sólo el azul; Pórtico nunca había tenido ninguno de los otros colores.

¿Cambios? Seguro que había habido cambios. Pero era la misma habitación. Y todo un mundo de miseria y preocupación se había apiñado en su interior.

Yo había vivido de la misma forma que habían vivido todos los prospectores de Pórtico..., contando los minutos hasta que tuviera que emprender el vuelo, cualquier vuelo, o ser expulsado a patadas del asteroide porque se me había terminado el dinero. Estudiando atentamente las listas de expediciones que buscaban miembros para su

tripulación, intentando adivinar cuál de ellas podía hacerme rico..., o en realidad intentando decidir cuál de ellas al menos no me mataría. Me había acostado con Gelle-Klara Moynlin en aquella habitación, cuando no nos acostábamos en la suya. Me había llamado a mí mismo loco cuando volví de la última misión que había compartido con ella..., sin ella.

Tenía la impresión de que allí dentro había vivido una vida más larga, en aquellos asquerosos meses que había pasado en Pórtico, que en todas las décadas transcurridas desde entonces.

No sé cuántos milisegundos pasé allí, rumiando mis nostalgias, antes de oír a mis espaldas una voz que decía:

—Bien, Robín. ¿Sabes?, supuse que podía encontrarte evocando viejos recuerdos aquí.

Su nombre era Sheri Loffat.

Tengo que confesar que, por mucho que me alegrara ver a Sheri de nuevo, me alegré más de que Essie estuviera en aquellos momentos atareada compartiendo algunos de sus recuerdos con su viejo y bebedor amigo. Essie no es una mujer celosa, en absoluto. Pero puede que con Sheri Loffat hiciera una excepción.

Sheri me miraba a través de la estrecha puerta. No parecía ni un minuto más vieja que la última vez que la vi, hacía más de medio siglo. De hecho, parecía tener mucho mejor aspecto que entonces, porque la otra vez acababa de salir del hospital tras una misión de la que había salido perjudicada en todos los aspectos excepto el financiero. Ahora su apariencia era espléndida de la *cabeza a los pies*. Y se mostraba extremadamente apetitosa porque, aparte una amplia sonrisa, no llevaba encima más que una camiseta de punto y un par de ajustados panties.

Reconocí inmediatamente ambas cosas.

—¿Te gustan? —preguntó, inclinándose hacia dentro de la habitación para darme un beso—. Me lo puse para ti. ¿Recuerdas?

Respondí de forma indirecta. Dije:

—Ahora soy un hombre casado. —Aquello era dejar las cosas bien claras desde un principio, pero no pude impedir el devolverle el beso mientras lo decía.

—Bien, ¿y quién no está casado? —respondió razonablemente—. Yo he tenido cuatro hijos, ¿sabes? Sin mencionar tres nietos y un biznieto.

—Dios mío —dije.

Me eché hacia atrás para contemplarla mejor. Se metió serpenteando en la habitación y se colgó por la parte de atrás de su camiseta a un gancho en la pared. Eso era exactamente lo que solíamos hacer a veces, cuando éramos aún de carne y Pórtico era el portal al universo, porque la «gravidad» rotatoria del asteroide era tan débil que eso era más cómodo que sentarse. Me gustaba lo que llevaba. No era algo que hubiera podido olvidar. Era exactamente lo mismo que había llevado Sheri la primera vez que se metió en mi cama.

—Ni siquiera sabía que estuvieras muerta —dije, como dándole la bienvenida.

Ella pareció incómoda con el tema, como si todavía no hubiera acabado de acostumbrarse a él.

—Ocurrió el año pasado. Por supuesto, entonces mi aspecto no era tan joven. Así que morir no es una pérdida total. —Se llevó los dedos a la barbilla, estudiándome de pies a cabeza. Comentó—: He seguido sabiendo de ti por las noticias, Robín. Lo hiciste muy bien.

—Tú también —respondí, recordando—. Volviste a casa con cinco o seis millones de dólares, ¿no? De esa caja de herramientas Heechees que encontraste.

—Más de diez millones, si cuentas los royalties. —Sonrió.

—¡Una dama rica!

Se encogió de hombros.

—Me lo pasé muy bien con ello. Me compré un par de condados de tierras de pastos en el mundo de Peggy, me casé, crié una familia, morí..., fue todo muy hermoso, sí. Si descontamos la última parte. Pero no estaba hablando sólo de dinero, aunque evidentemente tú también estás lleno de él. ¿Qué es lo que dicen? ¿«El hombre más rico del universo»? Hubiera debido agarrarme a ti cuando aún tenía la posibilidad.

Me di cuenta que se había soltado del gancho para acercarse más a mí. Entonces descubrí con sorpresa que estaba sujetando su mano.

—Lo siento —dije, y la solté.

—¿Lo sientes por qué?

La respuesta a eso era que si ella necesitaba formular la pregunta entonces no comprendería la respuesta, pero no tenía por qué decirle eso. Suspiró.

—Creo que no soy la dama que tienes en tu cabeza en estos instantes.

—Bien...

—Oh, está bien, Robin. Seamos honestos. Se trataba sólo de un pensamiento para recordar los viejos tiempos. De todos modos —prosiguió—, francamente, estoy un poco sorprendida de que no estés con ella y con ese tipo..., ¿cómo se llama?...

—¿Sergei Borbosnoy?

Pero ella negó con la cabeza, impaciente.

—No, nada de eso. Se trata de..., espera un momento..., sí, Eskladar. Harbin Eskladar.

La miré parpadeando, porque sabía quién era Harbin Eskladar. Había sido muy famoso en su tiempo. Yo nunca había llegado a conocerle personalmente. En realidad tampoco lo había deseado, no al menos al principio, porque Harbin Eskladar había sido un terrorista, ¿y qué podía estar haciendo mi querida Essie-Portátil con un ex-terrorista?

Pero Sheri siguió hablando:

—Por supuesto, imagino que ahora te mueves en la alta sociedad. Sé que conociste a Audee Walthers. Y supongo que eres uña y carne con Resplandor y todos esos otros...

—¿Resplandor? —Estaba teniendo problemas en seguir a Sheri, pero aquello me dejó completamente frío. Aunque lo había dicho en inglés, se trataba de un nombre Heechee.

Me miró, sorprendida.

—¿No lo sabes? ¡Caramba, Robín, quizá por una vez voy por delante de ti! ¿No viste la nave Heechee atracada?

Y de pronto la fiesta pareció adquirir de nuevo posibilidades de transformarse en algo divertido. Había visto la nave Heechee, por supuesto, pero nunca se me había ocurrido pensar que pudiera haber *Heechees* en ella.

No creo que fuera educado por mi parte marcharme de aquel modo. Por la expresión del rostro de Sheri, ella tampoco lo creyó. Pero me alegró la excusa. No me gusta acumular celos a costa de la ausencia de Essie; así que dije:

—Nos veremos pronto. —Cuando le di a Sheri el beso de despedida, no creía en mis propias palabras.

En el espacio gigabit y de nuevo solo, llamé a Albert. Estaba a mi lado antes de que me diera cuenta de ello.

—¿Sí?

—No me dijiste nada de que había Heechees en la Roca, —señalé, irritada—. ¿Qué estar, haciendo aquí?

Me sonrió plácidamente, rascándose una pantorrilla.

—En cuanto a la segunda pregunta, tienen todo el derecho del universo a estar aquí. Robín. Al fin y al cabo, esta fiesta es una reunión para la gente que estuvo en Pórtico hace mucho tiempo. Los tres Heechees que han venido estuvieron aquí.

Hace *mucho* tiempo. En cuanto a la primera parte —gravitó pesadamente sobre sus palabras—, he intentado hablarte varias veces de algunas de las personas en las que podías estar interesado, Robín. No creí que fuera educado por mi parte interrumpirte. Si quieres que ahora...

—¡Ahora puedes hablarme de esos tres Heechees! Ya sé lo de Eskladar.

—¿Oh? —Por un momento Albert pareció desconcertado. No es una expresión que vea a menudo en él. Luego dijo, obediente—: La nave Heechee vino directamente del núcleo, y los tres Heechees en particular que creo que pueden interesarte se llaman Muón, Túmulo y Resplandor. El más interesante es Resplandor, porque fue compañera de tripulación de Tangente en la expedición al planeta Perezoso.

Aquello hizo que me envarara.

—¡Tangente!

—Exactamente sí, Robín. —Su rostro se iluminó—. Además...

—Quiero verles —indiqué, haciéndole callar—. ¿Dónde están?

—Están en el Nivel Jane, Robín, en el viejo gimnasio; ahora es una sala de recreo. ¿Pero puedo hablarte de los otros también? Ya sabes que está Eskladar, y supongo que sabrás también que está Dane Metchnikov, y...

—Primero lo primero, Albert —ordené—. ¡En estos momentos lo que quiero es ver a alguien que conoció a Tangente!

Pareció abrumado.

—¿Por favor? ¿Al menos el mensaje de la señora Broadhead?

No había mencionado ningún mensaje antes.

—Bueno, claro —dije—. ¿Qué estás esperando?

Pareció indignado, pero lo que dijo —exactamente con el tono de Essie, exactamente con las mismas inflexiones que Essie— fue:

—«Dile al viejo tonto de Robín que está bien que vea a su viejo amor, pero sólo ver, no tocar».

Tal vez me ruboricé un poco. No creo que Albert llegara a verlo, sin embargo, porque me apresuré a hacerle señas de que se fuera apenas hubo terminado de hablar, y me dirigí rápidamente hacia el Nivel Jane.

Así que la conciencia nos hace a todos cobardes..., y nos hace sordos también, incluso a las cosas que realmente deberíamos escuchar.

Puedo recorrer la Tierra, circundándola en todas direcciones, en cuarenta milisegundos siempre que me apetece, de modo que bajar del Nivel Babe hasta el Nivel Jane no me tomó, básicamente, ningún tiempo en absoluto. En especial puesto que (como no dejo de recordarme) tampoco estaba primero en el Nivel Babe, ni estaba tampoco en el Nivel Jane cuando llegué allí.

Pero lo que no parece ningún tiempo en absoluto para una persona de carne puede ser media eternidad para alguien como yo. Tuve tiempo de preguntarme acerca de un par de cosas.

¿Había oído correctamente? ¿Estaba realmente mi esposa Essie con Harbin Eskladar? De acuerdo, los tiempos del terrorismo habían pasado hacía mucho. Toda esa gente monstruosa que hacía estallar bombas y disparaba y destruía cosas estaba ahora irrecuperablemente muerta, o en prisión, o reformada, y los reformados como Harbin Eskladar habían vuelto, después de todo, al núcleo general de la población. Habían pagado su deuda con la sociedad.

El hecho era que no podía creer que Essie creyera que habían pagado su deuda con ella. No importaba que sus manejos hubieran estado a punto de matarla a ella dos veces, y hubieran pretendido matarnos a ambos una tercera vez aunque hubieran fallado. Con Essie no se trataba de un asunto personal. Era exactamente lo mismo (creo) conmigo: los terroristas habían sido una plaga en la ya miserable Tierra, allá en los días en que no había lo suficiente de nada para todo el mundo y miles de angustiadas personas estaban intentando arreglar en lo posible la situación asegurándose de que hubiera menos de todo para todo el mundo, no unos meros criminales. Eran *sucios*. De acuerdo que Eskladar (recordé vagamente) se había pasado al final a las filas de los buenos chicos. Incluso había delatado a algunos de los mayores y más podridos de los líderes terroristas,

salvando así muchas más vidas y propiedades de las que había llegado a dañar.

Pero pese a todo...

Cuando vi a los tres Heechees, olvidé a Eskladar. Afortunadamente no eran de carne (si esos esqueléticos Heechees pueden ser llamados alguna vez «carne»). Eran Antiguos Antepasados, y eso era bueno, porque significaba que podía hablar libremente con ellos.

No hubiera sabido nunca e) lugar donde estaban si Albert no me hubiera mencionado que se hallaban en el gimnasio de Pórtico. Ya no parecía un gimnasio. Era una pequeña estancia soleada (con un sol que brotaba de tubos electrónicos, por supuesto), con mesas y sillas, y había gente por todas partes. La gente humana tenía vasos en las manos. Los Heechees no beben. Mordisquean cosas de la misma manera que nosotros bebemos, y por las mismas razones: ¡o que más les gusta son una especie de hongos con un alto índice intoxicante, y esos Heechees tenían cuencos planos llenos de ellos frente a sus personas.

—Hola —dije alegremente, deslizándome a su lado—. Soy Robinette Broadhead, Siempre consigo una cierta cantidad de deferencia. La gente de mi alrededor me hizo sitio sin rechistar, y la hembra Heechee flexionó sus muñecas en un cortés saludo.

—Esperábamos encontrarle aquí, por supuesto —dijo—. Conocemos su nombre, como cualquier Heechee.

Habían aprendido la costumbre de darse la mano, y nos la dimos. Esos Antiguos Antepasados eran recién salidos del núcleo... habían partido hacía unos once años, según nuestros relojes, pero solo hacía una semana según los suyos. La mayor parte de este tiempo lo habían pasado cruzando el espacio profundo desde el núcleo hasta la Tierra. Reprimí mi sorpresa al ver a los Heechees en lo que siempre había considerado una propiedad particular de la raza humana y uno de los humanos almacenados en la máquina dijo:

—Oh, pero tienen todo el derecho a estar aquí, señor Broadhead. Cualquier persona que haya servido *en* algún momento en Pórtico fue incluida en la invitación a esta fiesta, y todos ellos sirvieron aquí, en alguna ocasión.

Bien, era una sensación extraña. Porque la última vez que un Heechee vivo (o incluso almacenado en máquina) había estado en Pórtico, había sido algo así como hacía 400.000 años.

—Así que ustedes son los que nos dejaron las naves —dije, sonriendo mientras alzaba un vaso hacia ellos. Respondieron sujetando trocitos de hongos entre las yemas de sus dedos, apuntados más o menos en mi dirección, y la hembra Heechee dijo:

—Muón dejó lo que ustedes llaman la Factoría Alimentaría allá en lo que ustedes llaman la Nube-Oort, sí. Túmulo fue quien dejó en su planeta Venus la nave que su Sylvester Mackien descubrió. Yo no dejé nada; yo sólo visité el sistema una vez.

—Pero estuvo usted con Tangente —empecé a decir y sentí una palmada en mi hombro. Me volví, y allí estaba mi querida Essie-Portátil.

—¿Robín, querido? —empezó.

—Veo que te desprendiste de Harbin Eskladar, ¿eh? —dije cordialmente—. Me alegra que estés aquí. Ésta es Resplandor...

Ella agitó la cabeza, desconcertada.

—No he estado con ese Harbin Eskladar. Pero no importa. Me gustaría asegurarme de que comprendes...

—Tú no comprendes —dije, muy excitado—. Es de *Tangente* de quien estamos hablando. ¿Puede hablarnos de ese viaje, Resplandor?

—Si usted quiere...

Y Essie dijo:

—Pero por favor, Robín, hay algunos asuntos que deben ser tenidos en cuenta en este caso. Dane Metchnikov ha consultado a un abogado.

Aquello me detuvo por un momento, porque había apartado tanto a Dane Metchnikov

de mi mente que había pensado en las razones por las que podía desear hablar con un abogado. Acerca de nada. Aquello era algo de lo que preocuparse, pero me encogí de hombros.

—Más tarde, querida, por favor.

Essie suspiro, y me prepare para la historia. En realidad no pueden culparme por ello. La historia de Tangente era *importante*. Pe no haber sido por su expedición, todo lo demás hubiera sido distinto. No solo la historia Heechee. *Toda* la historia. De hecho, la historia humana hubiera podido ser tan diferente que tal vez no hubiera habido ninguna. Así que lo aparte todo a un lado para escuchar la historia de Resplandor de aquel famoso viaje, y no dedique ningún otro pensamiento a lo que la presencia de Dane Metchnikov implicaba.

5 - La cresta de la marea

Los Heechees eran grandes exploradores, y en todos los anales de los Heechees el más famoso de todos los viajes es el de Tangente.

Fue un viaje bien planeado, y tenía un líder maravilloso. Tangente era muy sagaz. De hecho, fue su sagacidad lo que hizo que los Heechees se marcharan del asteroide Pórtico y casi de todos los demás lugares.

No le resultó difícil a Tangente ser sagaz. Disponía de todos sus conocimientos y experiencia, más los de los miembros vivos de su tripulación, como Resplandor. Y, lo mejor de todo, disponía de doce o trece personas muertas para contribuir con su habilidad a la suya. A todo esto le añadía una gran cantidad de valor, iniciativa y compasión. A ustedes les hubiera gustado..., si hubieran prescindido de su curioso aspecto a los ojos humanos. Eso era algo que no podía evitar, por supuesto, ya que era una Heechee.

Cuando digo que Tangente era una exploradora, no quiero decir que persiguiera nuevos asomos de geografía, como Magallanes o el capitán Cook. Las exploraciones de Tangente no implicaban en absoluto la geografía. Mucho antes de que Tangente naciera, los enormes telescopios espaciales de los Heechees se habían ocupado de toda la geografía que los Heechees pudieran llegar a necesitar nunca. Habían espiado todas las estrellas, y casi todos los planetas, de la galaxia..., varios centenares de miles de millones de datos geográficos en total, cada uno de ellos fotografiado y espectrografiado y catalogado en los sistemas de datos centrales.

Así que Tangente no tenía que preocuparse por mapas y reconocimientos. Tenía otras cosas mucho más interesantes en las que pensar.

Lo que Tangente exploraba era criaturas. Seres vivos. La misión de Tangente era estudiar las cosas orgánicas que poblaban parte de esa geografía.

Lo otro que hay que recordar acerca de Tangente es que, según los estándares Heechees, era maravillosamente hermosa.

Personalmente, no comparto los estándares Heechees. Para mí, una Heechee se parece a cualquier otra Heechee, y no me casaría con una de ellas ni por una apuesta. Para mí, Tangente tenía el aspecto de algo surgido directamente de mi infancia en las Minas de Alimentos de Wyoming, La forma como celebraban el Halloween en mi infancia era con calabazas y disfraces; y una de las figuras más populares, extraída cada mes de octubre del cuarto trastero por todos los maestros, era la de un esqueleto dibujado sobre cartón, brazos y piernas articulados, rostro de calavera, cada hueso bien marcado.

Tangente se parecía mucho a una de esas lisuras, excepto que ella era rea!. Estaba viva. No podías ver por entre sus huesos. Como todos los Heechees, sus huesos estaban recubiertos por una correosa, densa, musculada piel casi tan voluptuosa al tacto como una bellota aplastada. Puesto que era una hembra, era calva..., los machos tenían a veces una pequeña pelambreira en sus cráneos, las hembras casi nunca. Sus ojos no

hubieran despertado los entusiasmos rítmicos de ningún compositor de canciones, porque, básicamente, su aspecto era terrible; las pupilas tenían un color azul manchado, y el color general de los ojos era más o menos rosado. Sus miembros tenían el grosor de los de un niño de seis años víctima del hambre. Su pelvis era ancha. Sus piernas brotaban de sus extremos y, entre aquella especie de cañerías, llevaba la típica bolsa de supervivencia Heechee. Era una especie de vaina en forma de pera, que al principio llamamos conos, y que generaba el flujo de microondas que necesitaban para permanecer sanos, como las plantas terrestres necesitan la luz del sol, y que además contenía todo tipo de herramientas y artículos útiles o simplemente agradables, incluidas las mentes almacenadas de sus antepasados muertos, que los Heechees utilizaban en lugar de las computadoras.

Suena cautivador, ¿verdad?

No, realmente. Pero la belleza se halla en los ojos de la norma cultural. A los ojos Heechees (¡esas cosas rosadas, brillantes, reptilesca!), especialmente a los ojos de los machos Heechees, Tangente era una belleza arrebatadora.

Para los oídos Heechees, incluso su nombre sonaba sexy. Había tomado el nombre de «Tangente», como adquirirían todos los Heechees sus nombres de adulto, tan pronto como fue lo bastante mayor como para mostrar su interés hacia las cosas abstractas. En su caso su interés derivó hacia la geometría. Pero el idioma Heechee proporcionaba muchas oportunidades a los chistes y retruécanos con las palabras, y ella empezó a ser pronto llamada por un apodo, una palabra muy parecida a «tangente» que, aproximadamente (o educadamente) puede ser traducida como «lo que hace que las cosas que cuelgan se enderecen».

Nada de esto tenía nada que ver con sus cualificaciones como líder de grupos de exploración, pero esas eran igualmente impresionantes. Era un orgullo para la raza Heechee.

Esto hizo que el hecho que tuviera un importante papel en su caída fuera más traumático aún.

En el histórico viaje de Tangente, mandaba una enorme nave Heechee. Llevaba consigo instrumentos y dispositivos de mil clases distintas, y una tripulación de noventa y un Heechees. Esa tripulación incluía a Resplandor, que era el piloto de penetración. No sólo era una nave muy grande, sino que era una nave muy especial. La nave de Tangente había sido diseñada con una finalidad especial, y su finalidad estaba adecuada a sus necesidades específicas.

Podía aterrizar en un planeta.

Muy pocas veces una nave interestelar Heechee podía hacer eso, o incluso necesitaba hacerlo. Habían sido diseñadas para situarse en órbita en torno a un planeta, y dejar los problemas de entrada y despegue a naves de aterrizaje especializadas. La de Tangente era una excepción. No podía exactamente «aterrizar», porque el planeta que estaba investigando apenas poseía un núcleo sólido sobre el que posarse, aparte una masa de hidrógeno metálico a 2.000 kilómetros en el interior de su helada, aplastante y fangosa atmósfera. Pero poseía algo más importante para los Heechees:

Poseía vida.

También había vida en la nave de Tangente. Cada uno de los noventa y un miembros de la tripulación era un especialista en uno de los muchos y variados tipos de operaciones requeridas. Mi nueva amiga Resplandor, por ejemplo, el piloto de penetración, era la que debía conducir la nave haciéndola penetrar en la helada, fangosa, densa *atmósfera* del planeta Perezoso. Era una habilidad que muy pocos Heechees poseían, y su entrenamiento había sido extensivo. Así que había mucha vida en aquella nave, y una vida ansiosa y animada. Los Heechees no eran máquinas no emotivas. A su propia y peculiar manera Heechee, eran tan excitables y temperamentales como los seres humanos. Esto les causaba ocasionalmente problemas, como se los causa a los

humanos.

Los tres machos Heechees que constituían el problema particular de Tangente en este aspecto se llamaban Quark, Ångstrom 3754 y Buscaydi.

No pretendo que crean ustedes que ésos eran sus nombres exactos, aunque tuvieran que traducirlos literalmente del Heechee. Eran simplemente las mejores aproximaciones que creo que se pueden dar. Quark era llamado así por una partícula subatómica; Ångstrom 3754 recibía su nombre de un color de esa longitud de onda; y Buscaydi era una orden dada a sus bases de datos ancestrales cuando deseaban descubrir qué había disponible.

Tangente pensaba que eran un excelente grupo. Entre los tres encarnaban todas las virtudes masculinas Heechees. Quark era valiente, Ångstrom era fuerte, y Buscaydi era gentil. Cualquiera de ellos hubiera sido un excelente compañero. Puesto que el tiempo de Tangente de buscar pareja se acercaba, era estupendo tener disponible a un macho que pudiera constituir un compañero perfecto.

La raza Heechee se hallaba en la cresta de su marea. No hay nada en la historia humana que se acerque a la vastedad y majestad de la épica Heechee. Los mercaderes holandeses, los caballeros españoles y las reinas inglesas, hace siglos, enviaron aventureros a capturar esclavos, recoger especias, abrir minas de oro..., descubrir y saquear todo el mundo inexplorado. Pero se trataba de un solo mundo.

Los Heechees conquistaron miles de millones de mundos.

Bien, eso suena cruel. Pero los Heechees no eran crueles. No privaban a los nativos de nada que éstos valoraran, ni siquiera de las tabletas de arcilla o las conchas nacaradas.

Por una parte, no era necesario. Los Heechees nunca habían tenido que esclavizar a una población nativa para extraer metales preciosos. Era mucho más fácil localizar un asteroide con la composición adecuada, luego instalar en él una factoría que se lo tragara por entero y escupiera los productos terminados. Ni siquiera necesitaban cultivar extraños alimentos, o especias raras, o productos farmacéuticos. La química Heechee podía analizar cualquier materia orgánica y duplicarla a partir de sus elementos.

La otra razón de que no tuvieran problemas con los nativos era que casi nunca había nativos en ninguna parte.

En toda la galaxia, los Heechees hallaron menos de 80.000 mundos con vida en algún estadio por encima de los procariotas. Y en lo referente a planetas habitados por seres pensantes civilizados comparables a ellos mismos, ninguno.

Se olvidaron algunos.

Uno de esos olvidos fue el buen viejo planeta Tierra. Lo olvidaron porque la época no era la adecuada; acudieron a él como medio millón de años demasiado pronto. En la Tierra, la cosa más parecida a la inteligencia por aquel entonces se hallaba dentro del peludo y achatado cráneo de un pequeño primate hediondo y encorvado que ahora llamamos Australopiteco. Demasiado pronto, meditaron tristemente los Heechees cuando los descubrieron; así que tomaron consigo unas cuantas muestras y se marcharon. Otro olvido fue unas criaturas rechonchas y sin manos que vivían entre la inmundicia en un planeta de una estrella F-9 no lejos de Canopus. Si bien no eran exactamente inteligentes, habían evolucionado, al menos, hasta la superstición. (Y se quedaron allí; cuando los seres humanos les descubrieron, los bautizaron como los «Cerdos Vudú».) Hallaron rastros de civilizaciones extinguidas aquí y allá, algunos de ellos desconcertantemente fragmentarios. Había un cierto número de ellas potencialmente interesantes, que tal vez hubiera podido esperarse que alcanzaran el punto de las instituciones sociales en algún momento dentro del próximo millón de años...

Y luego estaban los que Tangente estaba investigando ahora. Los llamaron «los Perezosos».

Los Perezosos eran en realidad muy inteligentes. ¡Poseían máquinas! Tenían gobiernos. Habían creado un lenguaje..., incluso hacían poesía. Los Perezosos no sólo

eran la única raza que habían hallado los Heechees con alguna de estas cosas, sino que eran desde todos los puntos de vista la más prometedora.

¡Si sólo pudieran hablar con ellos!

Así que la nave de Tangente se instaló en órbita, y los exploradores contemplaron el turbulento planeta que tenían debajo. Ångstrom le dijo a Tangente:

—El planeta tiene un feo aspecto. Me hace pensar en el lugar donde vivían los Cerdos Vudú, ¿recuerdas?

—Recuerdo —dijo Tangente cariñosamente. De hecho, recordaba tan bien que se reclinó contra la mano exploradora de Ångstrom, que estaba masajeando delicadamente los correosos tendones de su espalda de aquella forma que ella conocía tan bien.

Buscaydi murmuró celosamente:

—¡No se parecen en nada! Aquél es caliente; éste hiela los gases. En éste no podríamos respirar ni siquiera aunque consiguiéramos mantener nuestra temperatura, porque el metano nos envenenaría, mientras que entre los Cerdos Vudú podemos caminar entre ellos sin mascarillas..., excepto por el hedor, por supuesto.

Tangente acarició afectuosamente a Ångstrom.

—Pero no nos importaba el hedor, ¿verdad? —preguntó. Luego, pensándolo mejor, acarició también a Buscaydi. Mientras tanto, no se perdía nada de la vista del planeta, al tiempo que permanecía atenta a los clics y bips de los sensores de la nave, que estaban atareados absorbiendo los datos de los instrumentos que habían sido dejados en el planeta hacía muchos años, sin olvidar en ningún momento las connotaciones sexuales de la presencia de los otros.

Amablemente, dijo:

—Los dos tenéis cosas que hacer., y Quark también, e igual yo. Será mejor que las hagamos.

En realidad (dijo Resplandor, frotándose nostálgicamente el abdomen), los ochenta y siete miembros de la tripulación no directamente implicados en aquello se sentían más bien emocionados por el romance de Tangente. Les gustaba su líder. Deseaban su bien. Además, todo el mundo Heechee apreciaba a los amantes, lo mismo que nosotros.

Al final del segundo día de viaje, Buscaydi informó tímidamente que los Antepasados no sólo estaban dispuestos sino positivamente ansiosos por hablar con Tangente. Ella suspiró y ocupó su asiento en la cabina de control. En realidad sobre lo que más se sentaba era sobre su vaina; su asiento estaba construido de tal modo que su vaina quedaba conectada directamente con todas las vainas Ancestrales de la nave. Era una disposición útil. Aunque no siempre era cómoda.

Los Antiguos Antepasados no tenían ni visión ni oído, puesto que sólo eran inteligencias almacenadas en una base de datos, exactamente igual que yo. Pero los más brillantes y experimentados de entre ellos habían aprendido a leer el flujo de electrones de las imágenes ópticas o los instrumentos casi tan bien como con ojos y oídos. El más antiguo de los Antepasados a bordo era un macho muerto hacía mucho tiempo llamado Vellosidad. Vellosidad era un VIP. Era la persona más valiosa a bordo —quizás incluso más valiosa que la propia Tangente—, porque antes de su muerte Vellosidad había visitado realmente aquel planeta.

Tangente abrió los oídos a los Antepasados. Hubo un inmediato charlotear de voces. Cada Antepasado almacenado en la nave deseaba hablar. El único de ellos que tenía derecho a hablar en aquellos momentos, sin embargo, era Vellosidad. Hizo callar rápidamente a los demás.

—He estado monitorizando los registros —dijo de inmediato—. Nueve de los canales de registro que dejamos en el lugar no contienen datos..., todavía no sé si funcionaron mal, o si los Perezosos simplemente no visitaron nunca esos lugares. Los otros cuarenta y cinco, sin embargo, están llenos; por término medio contienen casi trescientos mil morfemas cada uno.

—¡Pero eso es mucho! —exclamó Tangente, encantada—. ¡Es casi el equivalente a todo un libro para cada canal!

—Más —corrigió Velloso—. Porque el idioma Perezoso es extremadamente compacto. Escucha. Te reproduciré una sección de uno de los registros...

Hubo un débil y bajo sonido ululante..., Tangente lo sintió más en sus huesos que en sus oídos.

—Y ahora el mismo registro, acelerado a la velocidad y frecuencia normal nuestras...

El ulular se convirtió en un rápido y agudo gorjeo. Tangente escuchó con impaciencia. Le dolía en los oídos.

—¿Has traducido algo de ello? —preguntó, no exactamente para su información, sabía que si hubiera habido algún descubrimiento importante le hubiera sido notificado de inmediato, sino para hacer que cesara el ruido.

Pero, sorprendentemente, el Antiguo Antepasado croó con alegría.

—¡Oh, sí! ¡Mucho! En el Puesto de Escucha Diecisiete había lo que creo que tú llamarías una reunión política. Tiene que ver con la naturaleza del propio emplazamiento; o es teológicamente sagrado o peligrosamente polucionado, y los Perezosos estaban discutiendo qué hacer con ello. El debate prosigue todavía...

—¿Después de sesenta y un años?

—Bueno, sólo son siete horas de su tiempo, Tangente.

—Bien, bien —dijo feliz Tangente. Aquélla era una victoria importante; había pocas formas mejores de captar los entresijos de una cultura que el estudio de sus formas de solucionar las cuestiones públicas—. ¿Y estás seguro de que se trata de eso? ¿Son de fiar tus traducciones?

—Oh —dijo dudoso Velloso—, bastante de fiar. Me gustaría tener con nosotros a Cohesión. —Cohesión era el antiguo compañero de Velloso en muchas de sus investigaciones.

Los dos Heechees habían formado un estupendo equipo. Algún día, sin duda, volverían a formarlo. Pero por el momento Cohesión era demasiado viejo para volver a salir al espacio, y estaba demasiado sano para morir.

—¿Cuánto de fiar es «bastante» de fiar?

—Bueno, al menos la mitad de nuestro vocabulario Perezoso son palabras deducidas del contexto. Puede que las hayamos deducido mal.

—Mala suerte para ti si lo has hecho —restalló Tangente, e inmediatamente se contuvo—. Estoy segura de que has hecho un excelente trabajo —apaciguó. Y esperó que fuera cierto.

Resplandor no había estado en el primer viaje de Velloso, pero antes de embarcar con Tangente había averiguado todo lo que había podido acerca de los Perezosos. En realidad, todos lo habían hecho. Los Perezosos eran, después de todo, muy importantes para los Heechees. Tan importantes, a decir verdad, como un diagnóstico de cáncer lo sería para cualquier ser humano antes de la llegada del Certificado Médico Total.

Los Perezosos poseían una antigua civilización. En términos de años, era incluso más antigua que la de los propios Heechees, pero eso no tenía realmente mucho significado, puesto que no habían ocurrido muchas cosas en ella. Y lo que había ocurrido lo había hecho muy lentamente. El planeta de los Perezosos era frío. Los Perezosos eran a la vez fríos y perezosos..., así era como habían obtenido su nombre. Nadaban lentamente en una sopa de gases; la química de sus cuerpos era tan tediosa como sus movimientos, y lo mismo su habla.

Así era también la propagación de los impulsos a través de sus sistemas nerviosos..., es decir, sus pensamientos.

De modo que cuando la primera expedición Heechee ya no pudo dudar de que aquellas torpes y arrastrantes criaturas poseían inteligencia, se sintieron a la vez encantados y mortificados. ¿De qué servía descubrir al fin otra raza inteligente si un

simple intercambio como:

—Llévame ante vuestro jefe.

—¿Qué jefe?...podía necesitar seis meses para verse completado?

Esa primera nave de exploración Heechee permaneció en órbita en torno al planeta de los Perezosos durante un año. Velloosidad y Cohesión dejaron caer sondas en la densa atmósfera y elaboraron penosamente un lento reconocimiento de una serie de discretos sonidos que fueron el primer paso hacia un vocabulario. No fue fácil. Ciertamente no fue sencillo. Las sondas fueron dejadas caer más o menos al azar, apuntando solamente a los lugares donde los radares de profundidad y los sonares habían identificado aglomeraciones de seres. A menudo esas aglomeraciones habían desaparecido cuando las sondas llegaron allí. Las que resultaron mejor apuntadas registraron lentos y profundos gemidos. Los transmisores remitieron los sonidos a la órbita, expertos en grabación los aceleraron y los situaron en la franja audible, y al cabo de semanas cada cinta llegó a producir una sola palabra.

Pero los semánticos Heechees disponían de muchos recursos. Al final de su año en órbita habían identificado suficiente vocabulario como para preparar una cinta sencilla. Luego elaboraron una tablilla grabada con una imagen de un Heechee, una imagen de un Perezoso, una imagen de una unidad de reproducción de sonido, y una imagen de la propia tablilla. Todas las imágenes fueron talladas en superficies planas de cristal, de modo que los Perezosos pudieran palparlas..., después de todo, eran ciegos.

Luego los Heechees duplicaron el conjunto sesenta veces y dejaron caer un ejemplar en cada uno de los sesenta centros de población de los Perezosos.

Las cintas decían:

Saludos.

Somos amigos.

Habladle a esto y os oiremos.

Responderemos pronto.

«Pronto», en ese contexto, significaba largo tiempo. Una vez hecho esto, la nave Heechee se marchó. La tripulación se sentía un tanto decepcionada. No tenía ningún sentido aguardar allí una respuesta. Lo mejor sería regresar cuando los Perezosos hubieran tenido tiempo de descubrir los mensajes, recuperarse del shock inicial y responder. Incluso entonces habría un inevitablemente largo período de preguntas estúpidas y de respuestas que no harían más que malgastar el tiempo; pero no necesitaban a un Heechee vivo para eso. Eligieron a su Antiguo Antepasado menos valioso, le explicaron (era una hembra) qué tipo de preguntas podían serle formuladas y qué tipo de respuestas —y peticiones, y contrapreguntas— debía devolver, y la dejaron en órbita para que transcurriera allí unas cuantas décadas en soledad. Cada Heechee de la tripulación hubiera deseado quedarse allí para recibir aquellas respuestas, pero pocos se sentían confiados de conseguirlas..., sus más optimistas suposiciones eran que conseguir alguna información concreta de los Perezosos podía tomar más de medio siglo. Y, efectivamente, así fue.

Veinte días después de su llegada a la órbita en torno al planeta de los Perezosos, Tangente estaba preparada para iniciar el auténtico trabajo de la expedición.

La Antigua Antepasada que habían dejado atrás ya no era desgraciadamente operativa pero había servido para su propósito. Las preguntas habían sido formuladas y respondidas, y los datos estaban almacenados. El radar, o el dispositivo Heechee que hacía para los Heechees lo que el radar hacía para los seres humanos, había localizado las posiciones actuales de las aglomeraciones físicas que señalaban las comunidades de Perezosos, así como otros objetos lo suficientemente sólidos y grandes como para constituir peligros para la navegación. Se había establecido contacto por radio con los

planetas natales y se habían retransmitido los datos, y el frágil y viejo Cohesión había enviado un alegre mensaje aprobando sus intentos de traducción y animándoles a seguir adelante. Las estructuras especiales de la nave de Tangente que permitirían llevar a cabo su principal misión habían sido comprobadas, y se había informado que estaban a punto.

Había otro dispositivo Heechee que habían esperado que les sirviera también, pero resultó una decepción. Era una especie de instrumento de comunicaciones. Lo que transmitía y recibía era un tipo especial de datos..., bien, lo que uno podría llamar «sentimientos». No transmitía ni recibía «información» en el sentido clásico..., no podía utilizarse para encargar otras mil kilotoneladas de metal estructura) u ordenar a una nave que cambiara de rumbo. Pero un Heechee que llevara el casco de malla metálica adecuado podía «oír» las emociones de otros seres, incluso a distancias planetarias.

Era lo que nosotros hemos dado en llamar «Sillón de Sueños».

Para los Heechees, el uso principal del dispositivo era policial. Los Heechees no detectaban crímenes. Los prevenían. Las emanaciones de una mente tan desordenada como para estar a punto de cometer un acto antisocial, en particular un acto violento, podían ser detectadas en sus primeros estadios. Un equipo consejero y de intervención era enviado entonces inmediatamente para aplicar terapia correctiva.

Los Sillones de Sueños habían sido también muy útiles en decidir que, por ejemplo, los «Cerdos Vudú» estaban lo suficientemente próximos a la inteligencia como para seguir siendo observados, puesto que sus «sentimientos» eran mucho más complejos que aquellos de los animales inferiores. Así, era un instrumento estándar Heechee en la búsqueda fundamental de camaradas interestelares. Se había esperado que la espacionave de Tangente, mientras orbitaba el planeta, pudiera simplemente escuchar a los Perezosos y «oír» sus estados de ánimo y sus ansiedades y sus alegrías.

De hecho, el Sillón de Sueños funcionó. Sólo que no funcionó de ninguna manera que resultara útil. Como todo lo demás que hacían los Perezosos, sus emociones eran irremediabilmente lentas. Quark dijo hoscamente, quitándose el casco:

—Igual podría estar escuchando lo que siente una roca sedimentaria respecto a la metamorfosis.

—Sigue intentándolo —indicó Tangente—. Cuando finalmente comprendamos a los Perezosos, habrá valido la pena.

Más tarde recordó haber dicho aquello, y se preguntó cómo podía haber estado tan equivocada.

Les he contado un montón de cosas acerca de Tangente y su tripulación, y no les he dicho nada todavía por qué todo eso importa. Créanme. Importó mucho. No solamente a Tangente, y a toda la raza Heechee, sino a la humanidad en general y, muy especialmente, a mí en particular.

Pero el buen viejo Albert me dice que hablo demasiado, así que intentaré ceñirme a lo esencial. Lo esencial fue que Tangente y su tripulación hicieron lo que las naves Heechees casi nunca habían hecho. Descendieron con su espacionave especialmente blindada y penetraron en los densos, helados y nocivos gases del planeta de los Perezosos a fin de visitar a los Perezosos en su propio césped natal.

«Césped» no es la palabra correcta, por supuesto..., tengo muchos problemas en encontrar las palabras correctas, porque el vocabulario que aprendí como una persona de carne en la Tierra ya no puede seguir aplicándose. Los Perezosos no disponían de césped, en el sentido de porciones de tierra donde edificar. No disponían de ninguna tierra. Su gravedad específica era tan cercana a la gravedad específica de los gases que vivían en estado de flotación, junto con todos sus bienes, sus casas, y los equivalentes para los Perezosos de fábricas, granjas, oficinas y escuelas. Y, por supuesto, ningún ser humano ni Heechee podía vivir en aquel ambiente sin ir convenientemente protegido. Aunque los Heechees eran cuidadosos ingenieros (sé de algunos humanos que los llamarían más bien cobardes), había de todos modos una soterrada preocupación de que

incluso su nave pudiera ceder en las aplastantes presiones donde vivían los Perezosos.

Así que antes de penetrar en la atmósfera del planeta comprobaron y volvieron a comprobar todo lo que era posible comprobar. Vellosidad y los demás Antiguos Antepasados tuvieron que doblar sus turnos de servicio, no sólo manteniendo su trabajo de traducción sino también almacenando y analizando todos los datos acerca de los propios sistemas de la nave.

—¿Estamos listos? —preguntó al fin Tangente, sentada en el puesto de capitán de la sala de control, encajándose en la maraña de sensores como estaban haciendo todos los demás. Uno a uno los distintos jefes de sección informaron que estaban listos; inspiró profundamente.

—Yo iniciaría el descenso ahora —indicó a la piloto de penetración, Resplandor.

Resplandor ordenó al responsable del rumbo:

—Inicie el descenso.

La nave frenó su velocidad orbital y se deslizó hacia los fríos, densos y torbellineantes gases donde nadaban los Perezosos.

La entrada fue violenta, pero la nave había sido construida para eso. La navegación era a ciegas, al menos ópticamente hablando; pero la nave disponía de sonar y ojos electrónicos, y en las pantallas de la sala podían ver las formas de los enjambres de «casas» de los Perezosos y otros objetos a medida que se aproximaban.

—Yo no iría tan aprisa —advirtió Tangente—, por el riesgo de cavitación.

Resplandor estuvo de acuerdo.

—Disminuyan la marcha —ordenó, y la gran nave apuntó hacia la más próxima de las aglomeraciones de Perezosos.

Toda la tripulación contemplaba las pantallas con maravilla y deleite. Empezaron a aparecer objetos de aspecto lodoso. Eran estructuras como nubes, y criaturas como esos juguetes de plástico blando, con forma de amebas o medusas, con los que juegan los niños. Los Perezosos permanecían casi tan inmóviles como sus «edificios». Todas las hembras, y la mayoría de los machos, se movían tan lentamente que ningún ojo Heechee podía ver en ellos el menor cambio; sólo unos cuantos de los machos, avanzando en lo que llamaban «modo acelerado», exhibían de tanto en tanto algún movimiento visible. Y más y más de los machos empezaron a hacer eso a medida que la nave se aproximaba y sus torpes sentidos les permitían saber que al parecer ocurría alguna cosa a su alrededor.

Fue entonces cuando Tangente cometió su primer error.

Supuso que el movimiento de los machos era debido a que se habían sobresaltado ante la repentina aparición de la nave Heechee. El cielo sabe que debió sorprenderles..., como una lanzadera de alta velocidad apareciendo repentinamente sobre un primitivo poblado humano que jamás hubiera visto una espacionave, o siquiera un avión. Pero no era la sorpresa lo que enviaba a los machos a una agitación tan rápida y destructiva. Era el dolor. El sonido de alta frecuencia de la nave Heechee era algo agónico para los Perezosos. Los volvía locos, y no pasó mucho tiempo antes de que el más débil de ellos muriera a causa de ello.

¿Hubieran podido los Heechees llegar a satisfacer alguna vez sus anhelos de amigos interestelares con los Perezosos?

No veo cómo. Mi propia experiencia dice que no; resultaba tan difícil para los Heechees comunicarse con los Perezosos como lo resulta para nosotros, las personas almacenadas, conseguir alguna relación significativa a tiempo real con la gente de carne. No es imposible. Pero, generalmente, causa más problemas que beneficios. Y cuando yo hablo con la gente de carne a corta distancia, generalmente nadie muere a causa de ello.

Después de eso, aquélla ya no volvió a ser una nave alegre (dijo Resplandor, frotándose morosamente los músculos de su estómago). La expectación había sido deliciosa; la decepción fue terrible.

Y luego se hizo peor.

La misión estaba decantándose hacia el fracaso. Aunque las sondas seguían goteando palabras a las grabadoras, los intentos de acercarse a los Perezosos en sus propios hogares resultaron siempre catastróficos y decepcionantes..., decepcionantes para los Heechees, catastróficos para sus nuevos «amigos».

Y luego, en órbita de nuevo, llegaron noticias de casa.

Era un mensaje de Cohesión, y lo que decía, con la irascibilidad de la edad y el resentimiento de alguien que hubiera deseado estar presente, era, en traducción libre:

—Os equivocasteis. Las partes más importantes de los datos no son las costumbres y la política de los Perezosos: son su poesía.

Los Antiguos Antepasados de la nave habían reconocido la poesía simplemente como poesía..., como una especie de combinación de las canciones de las grandes ballenas y las antiguas eddas noruegas de la Tierra. Pero, como las eddas, cantaban las grandes batallas del pasado, y las batallas eran importantes.

Las canciones hablaban de criaturas sin cuerpo que habían aparecido de repente y habían causado gran destrucción. Los Perezosos las llamaban el equivalente de «Asesinos», y según Cohesión eran de hecho incorpóreas..., eran criaturas de energía; y realmente habían aparecido y ocasionado gran destrucción...

—Lo que pensasteis que eran meras leyendas —recriminó Cohesión en su mensaje— no hablaban de dioses y de demonios. Eran relatos directos de una visita real de criaturas que parecen totalmente hostiles a cualquier vida orgánica. Y hay muchas razones para creer que todavía siguen por ahí.

Y ésa fue la primera vez que los Heechees oyeron hablar del Enemigo.

6 - Amores

Cuando Resplandor terminó su historia, se había reunido bastante gente a su alrededor. Todos tenían preguntas que hacer, pero necesitaron unos instantes para pensar cómo formularlas. Resplandor permanecía sentada en silencio, frotándose la caja torácica. El movimiento creaba un ligero sonido raspante, como el de alguien pasando un dedo sobre una tabla de lavar.

Un hombre bajo, negro, al que yo no conocía, dijo:

—Disculpe, pero no lo entiendo. ¿Cómo supo Tangente que se trataba del Enemigo? —Hablaban en inglés, y me di cuenta que alguien había estado traduciendo todo el tiempo la historia de Resplandor. Ese alguien era Albert.

Mientras traducía la pregunta del hombre bajo al Heechee para Resplandor, le eché una ojeada. Por toda respuesta se encogió de hombros, como queriendo decir (supuse): bueno, yo también deseaba oír la historia.

Resplandor se encogió también de hombros, en respuesta a la pregunta..., al menos, dio a su abdomen esa rápida contracción que es el equivalente Heechee a nuestro encogerse de hombros.

—No lo sabíamos —dijo—. Eso vino más tarde, después de que Cohesión hubiera efectuado un análisis estructural profundo de las eddas de los Perezosos. Entonces resultó claro que aquellos Asesinos intrusos no procedían de aquel planeta. Por supuesto, había muchos otros datos.

—Por supuesto —corroboró Albert—. La masa perdida, por ejemplo.

—Sí —dijo Resplandor—. La masa perdida. Esto constituyó un enorme rompecabezas para nuestros astrofísicos durante algún tiempo, como creo que lo fue para los de ustedes. —Tendió pensativa una mano hacia otro de los pequeños hongos, mientras Albert explicaba a los demás cómo la «masa perdida» había resultado ser al final no un fenómeno cósmico, sino un artefacto del Enemigo; y en aquel punto dejé de escuchar. Oigo constantemente cantidades de cosas de ese tipo de Albert, así que a menudo

simplemente no las escucho. Oír a Resplandor contarnos la historia del terrible viaje de Tangente era una cosa. Era una historia que podía escuchar con toda mi atención. Pero cuando Albert se mete en el *porqué* de las cosas, mi mente empieza a vagar. Lo siguiente que iba a venir era el espacio de nueve dimensiones y la Hipótesis de Mach.

Y vino. Resplandor parecía muy interesada. Yo no. Retrocedí, hice un gesto a la camarera para que me sirviera otro latigazo de «zumo de cohete» —el whisky blanco casi letal con el que los prospectores de Pórtico habían ahogado sus preocupaciones en los viejos días—, y le dejé hablar.

No escuché. Estaba pensando en la pobre Tangente y sus problemas sexuales, hacía todos aquellos centenares de miles de años, y en su desgraciado viaje.

Siempre se me ablanda el corazón cuando pienso en Tangente... Bueno, eso no es exactamente cierto. De nuevo el problema con las palabras. ¡De qué forma tan inadecuada transmiten los significados! Yo no *tengo* corazón, así que por supuesto no se me puede ablandar. Y «siempre» tampoco es exacto, porque sólo sé de Tangente desde hace unos treinta, o quizá debería decir treinta millones, de años. Pero pienso en ella a menudo, y con simpatía, porque yo también morí como ella, y sé cómo se siente uno.

Di un sorbo a mi zumo de cohete, contemplando con aire benévolo el grupo reunido en torno a la mesa. El resto de la audiencia estaba mucho más fascinada que yo de la forma en que Albert y Resplandor intercambiaban sutilezas cosmológicas, pero ellos no habían tenido a Albert viviendo en sus bolsillos durante los últimos cincuenta (o cincuenta millones) de años. En ese tiempo uno llega a conocer muy bien un programa. Reflexioné que, generalmente hablando, sabía lo que iba a decir Albert antes incluso de que lo dijera. Incluso sabía el significado de la forma en que me miraba de reojo, de tanto en tanto, mientras hablaba. Estaba reprochándome, de una forma subliminal, por no dejarle que me dijera algo que había deseado mucho decirme.

Le respondí con una sonrisa tolerante para que supiera que le comprendía..., y, un poco, para recordarle que yo era el que decidía quién debía decir algo y cuándo.

Entonces sentí una suave mano apoyarse en mi nuca. Era la mano de Essie. Incliné la cabeza placenteramente hacia ella, justo en el momento en que Albert me lanzaba otra de aquellas miradas suyas y le decía a Resplandor:

—Supongo que tuvo usted la oportunidad de conocer a Audee Walthers III en su viaje hasta aquí.

Aquello me despertó. Me volví hacia Essie y susurré:

—No sabía que Audee estuviera aquí.

Essie dijo en mi oído:

—Parece que hay muchas cosas que no tienes interés en conocer respecto a las personas de carne que hay aquí. —Su tono hizo que me hormigueara la nuca; era una mezcla de amor y severidad. Es el tono que emplea Essie cuando cree que me he mostrado desacostumbradamente torpe, o estúpido, u obstinado.

—Oh, Dios mío —dije, recordando—. Dane Metchnikov.

—Dane Metchnikov —admitió—. También está presente como carne aquí en la Roca. Junto con la persona que lo rescató.

—Oh, Dios mío —dije de nuevo. ¡Dane Metchnikov! Había formado parte de aquella expedición al agujero negro que había sido un peso en mi conciencia durante medio siglo. Lo había dejado a él y a los demás allí, y entre los otros estaba también...

—Gelle-Klara Moynlin, sí —susurró Essie—. Están ahora en Central Park.

El Central Park no es exactamente un parque. Cuando Klara y yo éramos prospectores juntos, había como una docena de moreras y naranjos y otros tantos arbustos.

Ahora no era muy diferente de entonces. El pequeño estanque al que llamábamos el Lago Superior todavía se curvaba siguiendo la forma del asteroide. Ahora el parque estaba mucho más densamente poblado, pero no tuve ninguna dificultad en descubrir a una docena o más de seres humanos entre las plantas. Ocho o diez de ellos eran los

viejos veteranos que vivían en Roca Rugosa, todos de carne, aposentados como estatuas debajo de los árboles. Unos cuantos de ellos eran participantes en la fiesta, como yo, sólo que de carne, y entre ellos no me costó nada reconocer a la otra inmóvil estatua de carne que era Gelle-Klara Moynlin.

No había cambiado nada, al menos físicamente.

En otro sentido, había cambiado casi de una forma terminal. No estaba sola. De hecho, estaba entre dos hombres; peor aún, uno de ellos sujetaba suavemente sus manos, y el otro tenía un brazo sobre sus hombros.

Fue un terrible golpe para mí porque, la última vez que había visto a Klara, la única persona a la que ella hubiera permitido que sujetara sus manos o le pasara un brazo por los hombros era a mí.

Necesité unos instantes para darme cuenta de que el hombre que sujetaba sus manos era Dane Metchnikov..., después de todo, hacía *mucho* tiempo que lo había visto por última vez. Al otro no lo conocía en absoluto. Era alto, delgado y apuesto, y, si esas cosas no hubieran sido suficientes para condenarle, el brazo que apoyaba en los hombros de Klara reflejaba el afecto de quien está acostumbrado a ese gesto.

A veces, cuando yo era joven y me sentía enamorado de alguna persona, sentía ese ardiente deseo de conocerla perfectamente. Absolutamente. En todos los sentidos; y uno de ellos era una fantasía. La fantasía era encontrármela (fuera quien fuese en aquel momento) tan profundamente dormida que nada que yo pudiera hacer consiguiera despertarla; de modo que yo pudiera reclinar me sobre ella, dormida, e investigar todas esas cosas secretas que poseen las mujeres sin que ella lo supiera. Ver si tenía vello en los sobacos. Comprobar lo recientemente que se había limpiado las uñas. Examinar sus fosas nasales, sus orejas..., y hacer todo esto, ¿entienden?, cuando ella no supiera que lo estaba haciendo, porque, aunque pudiéramos efectuar esa mutua exploración en cualquier momento, era algo completamente distinto cuando el otro sabía que se estaba efectuando. Como la mayor parte de mis fantasías, era el tipo de cosa que mi anterior programa analista, Sigfrid von Shrink, miraba con tolerancia y algo de desaprobación; leía en ello significados que no me gustaban. Y, como en la mayor parte de mis fantasías, no era tan divertido como eso cuando tenía la oportunidad de hacerla realidad.

Ahora podía hacerla realidad. Allí estaba Klara, como tallada en piedra eterna.

También estaba Essie, a mi lado, para frenar mi ansia de explorar, pero ella se iría si se lo pedía. No dijo nada. Essie, por supuesto. Permaneció flotando silenciosa a mi lado mientras yo me mantenía inmóvil allí, invisible en el espacio gigabit, contemplando a la mujer a la que había llorado la mayor parte de mi vida.

Klara tenía muy buen aspecto. Era difícil creer que en realidad fuera mayor que yo..., lo cual es como decir unos seis meses mayor que Dios. Yo nací casi al mismo tiempo que fue descubierto Pórtico, cuyo centenario estábamos celebrando. Klara había nacido unos quince años antes.

No lo parecía. No parecía ni un día más vieja.

Parte de ello, por supuesto, se debía simplemente al Certificado Médico Total. Klara era una mujer muy rica, y había podido permitirse todos los tratamientos de restauración y reemplazo de tejidos antes incluso de que estuvieran básicamente al alcance de todo el mundo. Más aún, había pasado treinta años en la misma trampa de un agujero negro, donde yo la había abandonado para salvarme a mí mismo —había necesitado todos aquellos treinta años para superar la culpabilidad que me había producido aquel hecho—, y así, durante aquellos largos años, ella había envejecido solamente unos minutos, debido a la dilatación del tiempo. En términos de tiempo transcurrido desde su nacimiento, había cumplido sobradamente los cien años. En términos de tiempo contado por su reloj corporal, se hallaba en los sesenta. En términos de su aspecto...

En términos de su aspecto la veía igual a como siempre la había visto. Lucía estupenda.

Estaba allí de pie con sus dedos entrelazados con los de Dane Metchnikov. Su cabeza estaba girada hacia el hombre que rodeaba sus hombros con un brazo. Sus cejas eran negras y recias como siempre, y su rostro era el rostro de Klara, el rostro que yo había llorado durante treinta años.

—No la sobresaltes, Robin, maldita sea —ordenó Essie a mis espaldas. Justo a tiempo. Había estado a punto de mostrarme directamente frente a ella, sin pensar que aquel encuentro no iba a ser en absoluto tan fácil para ella como lo era para mí, y que ella iba a necesitar más tiempo, malditamente mucho más tiempo, para encajarlo.

—Entonces, ¿qué? —pregunté, sin apartar mis ojos de Klara.

—Entonces —dijo Essie, con el ceño fruncida—, actúa como un ser humano decente normal, ¿quieres? ¡Dale a esa mujer una oportunidad! Déjate ver al borde de los árboles, quizás, y camina hacia ella. Ofrécele la oportunidad de verte mientras te acercas, prepárate para un encuentro traumático antes de decirle la primera palabra.

—¡Pero eso tomará una eternidad!

—Tienes una eternidad, estúpido —dijo Essie firmemente—. De todos modos, tienes otra cosa que hacer. En estos momentos no te están prestando atención. ¿Acaso el dupli de Cassata te está buscando?

—Al infierno con él —respondí, con aire ausente. Estaba tan atareado estudiando el rostro y las formas de mi durante tanto tiempo perdido amor que no tenía paciencia para ninguna otra cosa..., ni cerebro para pensar en ninguna otra cosa; necesité varios microsegundos para recordar que cuanto más tiempo demorara el iniciar la conversación, más tiempo transcurriría antes de que pudiera oír su voz—. Tienes razón —admití, reluciente—. Quizá será mejor que vea a ese bastardo. Pero déjame que empiece aquí.

Formé un dupli de mí detrás de un denso limonero, lleno de dorados frutos, e hice que el dupli empezara a avanzar hacia ellos. Y luego seguí sumisamente a Essie de vuelta al Huso, donde ella dijo que me estaba aguardando Cassata.

Mi dupli necesitaría *mucho* tiempo para llegar hasta Klara, hablar con ella, aguardar a que ella le respondiera..., muchos, muchos milisegundos. Deseé desesperadamente poder acortar aquel tiempo, porque, ¿cómo podía esperar?

Y también deseé desesperadamente hacerlo mucho más largo. Porque, ¿qué iba a decirle?

Julio Cassata apartó mi mente de aquellas —¿cómo lo había dicho Essie?— estúpidas divagaciones. Es bueno en eso. Es como la picadura de mosquito que hace que dejes de pensar por un momento en tu dolor de muelas. Nunca es una distracción agradable, pero al menos es una distracción.

Cuando lo encontramos, estaba en el Infierno Azul. Essie me dio un apretón en el brazo, sonriendo. Cassata estaba sentado junto a una de las pequeñas mesas, con un vaso frente a él, sobando reminiscentemente a una mujer a la que nunca antes había visto.

Tampoco vi mucho de ella entonces, porque tan pronto como Cassata vio que estábamos allí lo cambió todo. Gente, muchacha e Infierno Azul se desvanecieron; estábamos en su oficina en el satélite de la JVA. Su pelo estaba perfectamente peinado, el cuello de su túnica se abrochó por sí mismo, y nos contempló heladamente por encima de su escritorio de acero. Señaló dos sillas metálicas.

—Siéntense —ordenó.

—Deje toda esta mierda, Julio —dijo Essie desapasionadamente—. Si quiere hablar con nosotros, de acuerdo, hablemos. Pero no aquí. Esto es demasiado feo.

El hombre le lanzó el tipo de mirada que un general de división lanzaría a un segundo teniente. Luego decidió comportarse como un buen tipo.

—Lo que usted diga, querida. Elija.

Essie resopló. Me miró, dudó, luego eliminó la oficina militar. En vez de ello estábamos en nuestra familiar *Único Amor*, completa con sillones, bar, y una suave música sonando.

—Sí —aceptó Cassata, mirando apreciativamente a su alrededor—. Esto es mucho mejor. Tienen un buen lugar aquí. ¿Les importa que me sirva yo mismo? —No aguardó a nuestro permiso: avanzó directamente hacia el bar.

—Me importa toda esta mierda —dijo Essie—. Suéltelo ya, Julio. Embargó nuestra nave, ¿correcto? ¿Por qué?

—Sólo una medida temporal, querida. —Cassata parpadeó mientras se servía un Chivas con nada—. Sólo deseaba asegurarme de poder hablar con ustedes.

Incluso un contrairritante puede ser *malditamente* irritante. Dije:

—De acuerdo, hable.

Essie me lanzó una rápida mirada de advertencia, porque había captado mi tono. Yo estaba manteniendo a duras penas el control. No estaba del mejor humor para hablar con Julio Cassata.

Algunas personas piensan que la gente almacenada en máquina nunca llega a excitarse, porque simplemente no somos más que bits de datos alineados en un programa. Eso no es cierto. Al menos, no lo es conmigo, y especialmente no en aquellos momentos. Estaba subido en una especie de montañas rusas: agitado primero por la fiesta; exaltado y sombrío mientras escuchaba la historia del terrible viaje de Tangente; desgarrado por un centenar de emociones al tropezarme con Klara. No iba a disfrutar hablando con Cassata.

Por supuesto, pocas veces disfruto hablando con Cassata. No sé de nadie que lo haga. Su conversación está compuesta casi exclusivamente por órdenes e insultos; no habla, emite afirmaciones. No ha cambiado. Dio un largo sorbo de su escocés, me miró directamente a los ojos y dijo:

—Es usted un chinche, Broadhead.

No era una observación prometedora. Essie, a medio camino de prepararme un Mai Tai, se volvió y casi lo derramó. Me miró preocupada. La política de Essie es ocuparse ella de la lucha cuando nos hallamos en una situación que exige lucha. Cree que me excito demasiado cuando soy el que grita.

Pero esta vez la engañé. Dije, educadamente:

—Lamento si le he causado algún problema, Julio. ¿Tendría la bondad de explicarme por qué dice esto?

¡Qué notable autocontrol exhibí! Era mucho más de lo que merecía aquel tonto del culo. Mucho más del que le hubiera concedido si, en el último momento, no me hubiera dado cuenta de que lo que tenía que sentir por él era lástima.

De lo que me di cuenta fue de que, al fin y al cabo, él estaba sentenciado a muerte.

El general de división Julio Cassata y yo nos conocíamos desde hacía mucho tiempo..., no sirve de nada contar los años; la aritmética se confunde cuando te hallas en tiempo gigabit. Habíamos tenido muchos contactos, y ninguno de ellos había sido agradable para mí.

Sin embargo, él no era una personalidad almacenada. Es decir, normalmente no lo era. Como muchas personas de carne que tienen que tratar con nosotros, almas almacenadas, sobre una base de urgencia, crea un dupli de sí mismo y lo envía a hablarnos. No es exactamente lo mismo que un cara a cara en tiempo real, pero la diferencia es sólo psicológica. Bien, ¿olorosamente psicológica. Se introduce como una inteligencia almacenada en máquina y acude en nuestra busca..., en busca de la persona con quien quiera hablar, a veces yo. Entonces dice lo que tenga que decir, escucha lo que tengamos que decir nosotros, mantiene incluso una conversación, en forma de un puñado incorpóreo de bits en el espacio gigabit, como lo haría si él y nosotros fuéramos personas de carne sentadas en torno a una mesa..., no, no exactamente así; malditamente mejor, al menos en el sentido que lo hacemos mucho más rápido. Luego el Julio de carne llama de vuelta a su Julio-dupli, y escucha mientras éste le cuenta todo lo que ha ocurrido.

Todo esto es correcto, y por supuesto en absoluto doloroso. También es muy eficiente.

El dolor viene luego.

El dupli pregunta exactamente lo que preguntaría el Cassata de carne, objeto lo que éste hubiera objetado, dice exactamente lo que éste hubiera dicho..., y por supuesto tiene que hacerlo, puesto que es él. Y no es como enviar a un embajador y aguardar una respuesta, porque incluso el mejor de los embajadores, suponiendo que un embajador pueda hacer el trabajo tan bien como lo hace un dupli, necesitaría un cierto tiempo para realizar todo esto. Los duplis necesitan como máximo unos segundos, si la conferencia tiene lugar a distancias planetarias..., algunos más, por supuesto, si la persona con la que el hombre de carne desea hablar resulta hallarse en el otro extremo de la galaxia. Antes de que la persona de carne tenga posibilidad de preguntarse cómo va la conferencia, el dupli ya está de vuelta y se lo cuenta.

Ésa es la parte buena.

Luego viene la única parte que no es tan buena, porque, ¿qué haces con el dupli una vez ha terminado su trabajo?

Puedes dejarlo simplemente almacenado, por supuesto. Hay capacidad más que suficiente en el espacio gigabit, y una personalidad almacenada más no importa mucho. Pero a algunas personas les molesta tener duplicados de sí mismos corriendo por ahí. Especialmente le molesta a alguien como Cassata. Siendo militar, tiene una mente militar. Una duplicado almacenado de su persona, que sabe todo lo que él sabe, no es sólo un irritante cabo suelto. Es un riesgo de seguridad. ¡Alguien podría encontrarle y hacerle preguntas! ¡Amenazarlo! (¿Con qué?) ¡Torturarlo! (¿Cómo?) ¡Quemarle los pies con fuego! (si tuviera pies)... Bueno, no sé exactamente lo que pasa por la mente de Julio Cassata, y cada día doy gracias a Dios de no saberlo.

Todo eso es completamente estúpido, por supuesto, pero los duplis son de Cassata, y sí él piensa que alguna vez algún enemigo imaginario podría obtener de ellos los secretos de su servicio, nadie puede interferir. Es un jefe en funciones de la JVA, la Junta de Vigilancia a los Asesinos. Eso significa que está a cargo de una gran parte de los programas de defensa contra la eventual salida de los Asesinos de su kugelblitz. Así que si desea conferenciar con las distintas partes implicadas a distancia, lo cual hace a menudo, tiene que someterse a este tipo de cosa casi diariamente, lo cual significa que si deja sus duplis en almacenaje, llegará un momento que habrá cientos e incluso miles de generales de división Julio Cassata por ahí.

Así que no los almacena. Los mata.

Eso es lo que siente Cassata, al menos. Cuando acaba con su dupli, siente como si asesinara a un gemelo.

Y la otra parte mala acerca de todo eso es que el dupli —el *propio* dupli, maldita sea—, sabe lo que va a ocurrirle.

A veces esto hace que nuestras conversaciones sean más bien lúgubres.

Es por eso por lo que no convertí a Julio Cassata en simulados jirones de sangre por su atrevimiento. Se mostró tan sorprendido como Essie. Quitó la envoltura de un nuevo puro, sin dejar de mirarme.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

—Perfectamente. —No era en absoluto un diagnóstico correcto, puesto que en aquellos momentos estaba preguntándome lo cerca que estaría mi dupli de Klara y cómo reaccionaría ella cuando lo viera, pero no tenía intención de contarle a Julio Cassata nada de aquello. Así que simplemente dije—: Y lo estaré más aún cuando me haya dicho usted a qué viene todo esto.

Me estaba mostrando extremadamente educado, pero Cassata nunca había suscrito la teoría de que la educación debía ir en ambos sentidos. Mordió la punta del puro con los dientes y escupió el asqueroso trozo de tabaco al suelo, mientras me miraba atentamente. Luego dijo:

—No es usted tan importante como se cree, Broadhead. —Conseguí mantener la

sonrisa en mi rostro, aunque la temperatura estaba subiendo en mi interior—. Cree usted que el embargo es sólo sobre usted. Falso. Esa nave Heechee vino aquí directamente del núcleo, ¿sabe?

No lo sabía. De todos modos, no veía que aquello significara alguna diferencia, y así se lo dije.

—Material clasificado, Broadhead —retumbó Cassata—. Esos Antiguos Antepasados Heechees han estado hablando más de la cuenta. ¡Hubieran debido informar primero a la JVA!

—Sí —dije, asintiendo con la cabeza—. Eso tiene sentido, porque naturalmente las cosas que ocurrieron hace medio millón de años constituyen importantes secretos militares.

—¡No sólo hace medio millón de años! ¡Ellos lo saben todo respecto al actual estado de preparación en el núcleo! Y hay Heechees de carne aquí, además de ese tipo, Walthers, que ha estado realmente allí y lo ha visto por sí mismo.

Inspiré profundamente. Lo que deseaba preguntarle era de *quién* intentaba exactamente proteger los secretos. Pero eso hubiera significado prolongar una vieja discusión, y ya estaba empezando a sentirme cansado de estar con Cassata. Me limité a decir, aún educadamente:

—Ha dicho usted que yo era un chinche, y no veo lo que puede llegar a tener que ver la nave Heechee con eso.

Por entonces ya había encendido su puro. Me lanzó el humo a la cara y dijo:

—Nada. Son dos cosas distintas. Vine aquí a causa de la nave, pero también deseaba decirle a usted que se mantuviera fuera del camino.

—¿Mantenerme fuera del camino por qué? —pregunté, y noté que Essie se agitaba inquieta, porque ya se había cansado de maravillarse de mi autocontrol y estaba empezando a tener problemas en mantener el suyo.

—Porque es usted un civil —explicó—. No deja de mezclarse con los asuntos de la JVA. Se mete en nuestro camino, y las cosas están llegando a un punto en el no podemos seguir permitiendo que los civiles se inmiscuyan.

Empecé a tener un atisbo de lo que le preocupaba. Sonreí a Essie para tranquilizarla de que no iba a matar a aquel descarado general. De veras no iba a hacerlo..., todavía.

—Las maniobras no fueron bien —aventuré.

Cassata se atragantó y escupió el humo del puro.

—¿Quién se lo ha dicho?

Me encogí de hombros.

—Resulta evidente. Si hubieran sido un éxito, su gente de relaciones públicas nos hubiera inundado con imágenes en todas las pantallas. No está usted alardeando de nada; en consecuencia, no tiene nada de lo que alardear. Así que la gente de la que quiere mantener alejados los secretos es la gente que paga las facturas. Como yo.

—Tonto del culo —sonrió torvamente—. Si dice usted algo de eso, me ocuparé personalmente de usted.

—¿Y cómo va a hacerlo?

Había recuperado el control, de nuevo todo militar, todo galones y entorchados, incluido el cerebro.

—Para empezar —dijo—, voy a retirarle sus credenciales de la JVA, con efectos inmediatos.

Aquello fue demasiado para Essie.

—Julio —gruñó—, ¿se ha vuelto usted loco o qué?

Apoyé una mano tranquilizadora en su brazo. Dije, muy seriamente:

—Julio, tengo ahora un montón de cosas en mi cabeza, y la JVA no es una de ellas. No de las primeras, al menos. No tenía intención de incordiar a nadie de la JVA en un futuro inmediato..., hasta que apareció usted con sus arrogantes órdenes. Ahora, por supuesto,

voy a convertir en una de mis prioridades el comprobar todo lo que está haciendo la JVA.

—¡Le haré arrestar! —aulló.

Estaba empezando a disfrutar con aquello. Dije:

—No, no lo hará. No posee la autoridad suficiente. Y tampoco la influencia. Porque yo tengo el Instituto.

Aquello lo tomó por sorpresa unos instantes. El Instituto Broadhead para la Investigación Extrasolar era una de las mejores ideas que yo había tenido nunca. Lo había creado hacía mucho, mucho tiempo, por razones muy distintas..., bien, para ser sinceros, casi la mitad de las razones se referían a los *impuestos*. Pero lo había creado bien. Le había proporcionado unos estatutos que le permitían hacer casi cualquier cosa que deseara hacer fuera de nuestro sistema solar, y había tomado la precaución de llenar su consejo directivo con gente que haría lo que yo quisiera que hiciesen.

Cassata se recuperó rápido.

—¡Y un infierno no tengo la influencia! Esto es una *orden*.

Lo estudié pensativamente. Luego llamé:

—¿Albert? —Brotó a la existencia con un *pop*, parpadeándome por encima de su pipa—. Transmite un mensaje en mi nombre —ordené—. Da instrucciones a todos los departamentos del Instituto para que, con efectividad inmediata, cesen toda cooperación con la Junta de Vigilancia a los Asesinos y nieguen a todo el personal de la JVA el acceso a nuestras instalaciones o nuestros datos. Razones: orden directa de Julio Cassata, general de división, JVA.

Los ojos de Cassata se desorbitaron.

—¡Hey, espere un momento, Broadhead! —retumbó.

Me volví educadamente hacia él.

—¿Tiene algún comentario que hacer al respecto?

Estaba sudando.

—Usted no hará eso —dijo. Su tono era divertido, medio halago, medio refunfuño—. ¡Estamos juntos en esto! ¡El Enemigo lo es de todos!

—Oh, bien, Julio —dije—. Me alegra oírle decir esto. Pensé que se hallaba usted bajo la impresión de que eran propiedad privada suya. No se preocupe, no voy a hacer que el Instituto deje de funcionar. Seguirá con sus estudios; las naves de exploración continuarán vigilando; seguiremos acumulando datos acerca del Enemigo. Sólo que ya no nos preocuparemos de compartir nada de eso con la JVA. Bien. ¿Debe enviar Albert el mensaje, o no?

Golpeó por un momento la ceniza de su puro, con aire agobiado.

—No —murmuró.

—¿Perdón? No he podido oír lo que ha dicho.

—¡No! —Luego agitó desesperanzado la cabeza—. Él va a perder los estribos —murmuró.

Pero había dicho «él», y el único «él» al que podía referirse era al general Cassata de carne. Que era, por supuesto, él mismo.

—Ha dicho «él» —señalé a Essie cuando Cassata se hubo marchado hoscamente.

—Admito que es interesante —respondió con seriedad—. El Julio dupli considerando al Julio de carne como un individuo independiente.

—¿Se está volviendo esquizofrénico?

—Se está volviendo asustado —corrigió—. Se da cuenta que sólo tiene un tiempo de vida limitado. Pobre hombrecillo. —Luego dijo tímidamente—: ¿Robin, querido? Me doy cuenta de que tus pensamientos están en otra parte en este momento...

No lo admití, porque no hubiera sido educado; tampoco lo negué, porque era cierto. Incluso mientras estaba peleándome con Julio Cassata estaba lanzando furtivas miradas a la escena en el Central Park. Mi dupli había alcanzado finalmente a Klara y le había dicho hola, y ella estaba empezando a decir:

—¡Robín! ¡Qué ale...!

—..., ¿pero puedo hacerte una sugerencia?

—Sí, claro que puedes —dije, azarado. Si hubiera tenido vasos sanguíneos para hacer enrojecer mi cara (y una auténtica cara que enrojecer), probablemente mi aspecto hubiera sido el de una cereza. Quizá lo fuera.

—La sugerencia —dijo— es: tómatelo con calma.

—Por supuesto —dije, asintiendo. Hubiera contestado «por supuesto» a cualquier cosa que ella me hubiera dicho—. Ahora, si no te importe, me gustaría, esto...

—Sé lo que te gustaría hacer. Tu único problema es con la discrepancia en las escalas de tiempo, ¿correcto? Así que realmente no tienes por qué apresurarte, Robin. ¿Podemos hablar un poco primero?

Permanecí sentado, inmóvil, por un momento. (Klara acababa de decir «¡...gría!», y estaba abriendo los labios para empezar «¡verte de nuevo!») Por aquel entonces me sentía completamente azarado. No es fácil estar diciéndole a una mujer que deseas enormemente hablar con otra, cuando tienes una conciencia tan intranquila como la que tenía siempre respecto a mi esposa, Essie, y a mi durante tan largo tiempo perdido amor, Gelle-Klara Moynlin.

Por otra parte, Essie tenía absolutamente razón. No había ninguna prisa. Me miraba con amor y preocupación en su rostro.

—Es una situación difícil para ti, ¿verdad, querido Robin? —preguntó.

La única cosa que pude pensar en decir fue:

—Te quiero mucho, Essie.

Ella no me miró amorosamente, sino que pareció exasperada.

—Sí, claro. —Se encogió de hombros—. No cambies de tema. Tú me quieres, yo te quiero, ninguno de los dos tiene ninguna duda al respecto; no es relevante en esta discusión. De lo que hablamos es de cómo te sientes respecto a esa hermosa dama a la que también amas, Gelle-Klara Moynlin, y las complicaciones que pueden surgir de ello.

Sonó peor de la forma en que lo dijo. No me hizo sentir más cómodo.

—¡Ya hemos discutido eso un millón de veces! —gruñí.

—Entonces, ¿por qué no un millón de veces más? Ponte cómodo, Robin, querido. Al menos tienes mil quinientos, quizá mil ochocientos milisegundos antes de que Klara termine de decirte que es una agradable sorpresa verte de nuevo. Así que mientras tanto hablemos, tú y yo. A menos que no lo desees.

Pensé en ello y renuncié. Dije:

—¿Por qué no? —Y, de hecho, no había ninguna razón.

Tampoco había ninguna *razón para no* ponerme cómodo. Como Essie había dicho, habíamos hablado de aquello muchas veces antes, en una ocasión durante toda una noche y la mayor parte del día siguiente. Eso había sido hacía mucho tiempo —oh, miles de millones de segundos—, y yo había hablado con la Essie real, la de carne y hueso. (Por supuesto, yo también era de carne y hueso por aquel entonces.) Estábamos recién casados. Permanecíamos sentados en el porche de nuestra casa, bebiendo té helado y contemplando las barcas de vela del mar de Tappan, y había sido una charla tranquila y cariñosa.

Evidentemente Essie recordaba aquella antigua conversación como personas de carne tan bien como yo, porque cuando nos pusimos cómodos, fue allí donde nos llevó. Oh, no «realmente», en el sentido de que fuimos físicamente allí, pero..., ¿qué significa «realmente» en realidad? Pude ver las barcas de pesca, y la suave brisa estival del atardecer era cálida.

—Es agradable —dije apreciativamente, dándome cuenta de que empezaba a relajarme—. Ser una serie de datos incorpóreos tiene estas ventajas.

Essie gruñó su complaciente conformidad. Miró con afecto nuestra antigua casa y dijo:

—La última vez que lo hicimos bebimos té. ¿Quieres algo un poco más fuerte esta vez,

Robín?

—Coñac y ginger ale —dije, y un momento más tarde nuestra vieja y fiel doncella, Marchesa, apareció con una bandeja. Di un largo sorbo, pensando.

Pensé durante demasiado tiempo para la paciencia de Essie. Dijo:

—Adelante, Robin, dilo. ¿Qué bulle en tu *cabeza*? ¿Tienes miedo de hablar con Klara?

—¡No! Quiero decir —añadí, tragándome mi precipitada indignación—, no. No se trata de eso. Ya hablamos de ello, cuando ella y Wan aparecieron con la nave Heechee.

—Cierto —admitió Essie, evasivamente.

—¡No, de veras! Por esa parte no hay ningún problema. Arreglamos todos los posibles malentendidos. No me preocupa que ella pueda culparme por dejarla allá en el agujero, si es eso lo que quieres decir.

Essie se echó hacia atrás en su asiento y me miró seriamente.

—Lo que quiero decir, Robin —dijo con paciencia— no tiene ninguna importancia. Es lo que tú quieres decir lo que me interesaría saber. Si no es la confrontación entre Klara y tú, ¿de qué se trata? ¿Estás preocupada por la posibilidad de que ella y yo nos saquemos los ojos? ¡Sabes que eso no va a ocurrir, Robin! Aparte las dificultades técnicas que surgen del hecho de que ella es carne, y yo sólo alma.

—No, por supuesto que no. No me preocupa el encuentro entre vosotras dos..., exactamente.

—¡Ah! ¿E inexactamente?

—Bien..., ¿y si la Essie-Real se lanza sobre ella?

La Essie-Portátil me miró en silencio por un momento, luego dio un pensativo sorbo a su vaso.

—La Essie-Real, ¿eh?

—Era sólo un pensamiento —me disculpé.

—Comprendo eso. Pero me gustaría comprenderlo más exactamente. ¿Me estás preguntando si existe la posibilidad de que mi yo de carne se presente en Roca Rugosa?

Medité sobre aquello. No estaba exactamente seguro de lo que había querido decir. No había pretendido decir nada sobre aquello..., aunque por supuesto, como solía decirme el viejo Sigfrid von Shrink, son las cosas que digo y no pretendo decir las que más dicen.

Y era cierto que aquél era un punto sensible, delicado. La Essie-Portátil es sólo un dupli. La Essie-Real, la Essie de carne, sigue viva.

Y también es humana. Y con el Certificado Médico Total y todo eso, aunque ya hace tiempo que es algo más que una mujer, sigue siendo una mujer realmente hermosa, sexy, normal.

Y también es mi esposa. (O era.) También es una esposa cuyo marido no está en condiciones de procurarles los, como suele decirse, beneficios del matrimonio.

Todo eso constituye una royente preocupación que se añade a todas las demás royentes preocupaciones y sobre la que Sigfrid (y Albert, y la Essie-Portátil, y casi todo el mundo al que conozco) no dejan de decirme que no debería preocuparme demasiado. Pero sus consejos no me hacen ningún bien; supongo que no puedo evitarlo. Pero hay más. La Essie de carne es también un duplicado exacto de la Essie-Portátil..., o, para decirlo más exactamente, es el original de ese duplicado idéntico que es la Essie-Portátil, mi fiel esposa, amante, consejera, amiga, confidente, y co-constructora en el espacio gigabit.

Así que la conozco muy bien. Peor que eso, ella me conoce a mí mejor aún, porque ella es no sólo todas esas cosas que acabo de mencionar, sino que también es, bueno, mi creadora.

Puesto que Essie es más conocida en algunos círculos como la doctora S. Ya. Lavorovna-Broadhead, una de las mayores autoridades mundiales en el proceso de datos de cualquier tipo, y es ella la que ha escrito personalmente la mayor parte de nuestros programas. Cuando yo digo que la copia es exacta quiero decir que es *exacta*. Essie

incluso se actualiza a sí misma..., quiero decir, la Essie de carne revisa a la Essie-Portátil de tanto en tanto, para asegurarse de que la exactitud sea siempre hasta el último momento. Así que mi Essie-Portátil no es diferente en ningún aspecto, en ninguno que yo pueda detectar, de la Essie de carne, o real...

Pero yo nunca veo a la Essie de carne. No podría soportarlo.

Denle la razón que quieran a ello. Tacto. Celos. Prudencia. Sea lo que sea, estoy dispuesto a aceptar como un hecho de la vida el que es mejor que yo no vea nunca el original de carne de mi querida esposa. Tengo una idea muy clara de lo que iba a averiguar si lo hiciera. Bajo esas circunstancias, o bien toma un amante de tanto en tanto, o está más loca de lo que creo que puede ser posible.

Estoy dispuesto a aceptar que ocurre esto. Incluso concederé que es justo. Pero no quiero saberlo.

Así que le dije a la Essie-Portátil:

—No. No creo que la Essie de carne estuviera lo bastante celosa como para que le importara si estuviera aquí, y no creo que Klara lo estuviera tampoco, y de todos modos no quiero saber dónde está Essie o lo que hace en estos momentos..., ni siquiera lo que no hace. Así que —añadí rápidamente cuando la Essie-Portátil abrió la boca— no me digas lo que está haciendo, aunque sea algo que me gustaría oír. No se trata en absoluto de eso.

Essie parecía dubitativa. Bebió otro sorbo, con esa expresión que adopta cuando está intentando seguir la arquitectura del cableado de los laberínticos procesos de mi mente.

Luego se encogió de hombros.

—De acuerdo, acepto lo que dices —admitió, decidida—. No es eso lo que te atormenta esta vez. Así que, ¿cuál es la razón? ¿Es curiosidad acerca de Klara Moynlin, dónde ha estado todos estos años, por qué está Dane Metchnikov con ella?

Alcé la vista.

—Bueno, me pregunto...

—¡No necesitas preguntarte nada! Es bastante sencillo. Después de encontrarse contigo, Klara deseó ir a alguna otra parte. Estuvo en muchos sitios durante largo tiempo. Finalmente fue hasta muy lejos. Regresó al agujero negro del que había escapado, rescató de él a otro grupo..., y Metchnikov estaba en él.

—Oh —dije.

Por alguna razón, aquello no pareció satisfacer a Essie. Me miró irritada. Luego dijo con lentitud:

—Piensa realmente, Robin. No es Klara quien está en tu mente. Sin embargo, resulta claro que últimamente has estado más bien taciturno. Así que, ¿me dirás, si puedes, de qué se trata?

—Si tú no lo sabes, ¿cómo quieres que lo sepa yo? —respondí, irritado de pronto.

—¿Estás dando a entender —suspiró—, que como su escritora original, me hallo en mejor situación de examinar tu programa, descubrir los fallos, remediarlos, y hacer que te sientas feliz de nuevo?

—¡No!

—No —admitió—, por supuesto que no. Hace tiempo que aceptamos dejar el programa del viejo Robin Broadhead tal cual, fallos incluidos. Así que sólo queda el método antiguo de remediar esos fallos. Hablar. Hablemos de ello, Robin. Dime la primera palabra que pase por tu *cabeza*, como hacías con el viejo Sigfrid von Shrink.

E inspiré profundamente, y me enfrenté al tema que había estado evitando durante tanto tiempo. Suspiré:

—¡Mortalidad!

Varios miles de milisegundos más tarde estaba de vuelta en el Central Park, observando cómo Gelle-Klara Moynlin se soltaba de sus compañeros y *avanzaba hacia* mi dupli, y preguntándome por qué había dicho aquello.

No había pretendido hacerlo. No pretendo describir tampoco la larga, circular conversación que tuve con Essie después de aquello, porque aunque hago esas cosas, no siento mucho placer hablando de ellas. No llevan a ninguna parte. No había ninguna parte donde pudieran llevar. No tenía ninguna razón de preocuparme acerca de la mortalidad porque, como Essie había señalado juiciosamente, ¿cómo puedes morir cuando ya estás muerto?

Curiosamente, aquello no me alegró en absoluto.

Observar a Klara tampoco lo hizo, así que busqué otra distracción mientras aguardaba a que Klara o mi dupli dijeran algo interesante, a su manera tan lenta como un glaciar. Había sabido que Audee Walthers III estaba en la Roca, de modo que lo busqué.

Eso no resultó mucho mejor.

Estaba allí, de acuerdo, o casi. Siendo como era de carne, estaba simplemente llegando. Lo encontré en el proceso de desembarcar, y no era muy divertido contemplarle salir lentamente, g-r-a-d-u-a-l-m-e-n-t-e, de la escotilla de desembarco, y pisar el suelo del hangar.

Para conseguir algo de conversación, le dije a Essie:

—No parece diferente en absoluto. —Y no lo parecía. Con un rostro de sapo y unos sólidos ojos en los que se podía confiar, era exactamente el mismo hombre que había sido hacía treinta y tantos años, cuando lo vi por última vez.

—Ha estado en el núcleo, naturalmente —dijo Essie. No le estaba mirando. Me estaba mirando a mí..., supongo que buscando si había de nuevo algo preocupado en mi expresión. Así que no estuve seguro, por un segundo, de a quién de nosotros se refería cuando añadió—: Pobrecillo.

Contesté con un gruñido que no comprometía a nada. No éramos las únicas personas presentes; había incluso gente de carne allí, curiosa por ver la nave que había estado donde muy pocas naves conteniendo humanos se habían atrevido a ir. Observarlas, y observar a Audee, era casi tan excitante como ver crecer el musgo, así que empecé a inquietarme. Audee no estaba en mi mente. Klara estaba en mi mente. Essie estaba en mi mente. Julio Cassata estaba en mi mente. Y, por encima de todo, mis propias preocupaciones internas, elusivas e intranquilizadoras, estaban en mi mente. Lo que deseaba terriblemente era algo que apartara de mi mente todas las cosas que estaban en ella. Permanecer de pie entre aquellas estatuas no lo conseguía.

—Me gustaría poder oír su historia —dije.

—Adelante, entonces —invitó Essie.

—¿Qué? Oh, ¿quieres decir iniciar un dupli, de modo que cuando él haya salido...?

—No un dupli, tonto —dijo Essie—. ¿No lo ves? Audee lleva una vaina. La vaina contiene sin duda un Antiguo Antepasado. Los Antiguos Antepasados no son de carne sino inteligencias almacenadas, casi tan buenas como tú o yo. Así que pregúntale al Antepasado, ¿por qué no lo haces?

Miré amorosamente a mi amor.

—Qué persona terriblemente inteligente eres, Essie —dije con cariño—. Y adorable también. —Y me dirigí hacia la vaina. Porque deseaba saber realmente lo que le había ocurrido a Audee mientras estaba fuera. Casi tanto como deseaba, deseaba, deseaba..., saber realmente qué era lo que deseaba.

7 - Fuera del núcleo

Había una auténtica buena razón por la que deseaba saber acerca del viaje de Audee al núcleo en aquel momento.

Quizá, desde la estricta visión lineal de una persona de carne, esto pueda parecer solamente otra maldita disgresión. Linealmente, quizá sí. Pero yo no soy lineal. Yo

proceso las cosas paralelamente, quizá una docena a la vez en un tiempo medio de un milisegundo, y había allí un paralelismo realmente claro.

Estoy seguro de que Audee sabía de ese paralelismo cuando se presentó voluntario para conducir una nave Heechee de vuelta al núcleo. Probablemente él no pensara en ello. Puede que sólo tuviera una idea tentativa de lo que estaba haciendo. Pero existe el paralelismo: Fuera lo que fuese lo que resultara de todo aquello, sin duda imagino que sería mejor que intentar enderezar su vida. La vida de Audee estaba casi tan enmarañada como la mía, porque él también tenía dos amores.

Así que Audee corrió el riesgo, y partió. También se llevó consigo a nuestra amiga Janie Yee-xing, que era uno de sus amores. Pero eso, como verán, no duró mucho.

Audee era piloto profesional. Un piloto *vehemente*. Audee había volado en aerocuerpos en Venus, superligeros en la Tierra, lanzaderas al asteroide Pórtico, reactores privados en el mundo de Peggy, y naves de línea interestelares a cualquier parte. Desde el punto de vista de Audee, una nave Heechee era como cualquier otra nave Heechee, y no dudaba de que podía volar en cualquier cosa.

—¿Puedo establecer el rumbo? —preguntó al Heechee, el Capitán, porque deseaba empezar con buen pie como trabajador voluntario.

El Capitán deseaba empezar también con buen pie, así que hizo obsequiosamente una seña al piloto de la nave para que cediera su puesto, y Audee ocupó su asiento.

Los asientos Heechees están hechos para gente que lleva vainas entre sus piernas. Los seres humanos normalmente no lo hacen, así que la mayoría de las naves Heechees convertidas a uso humano llevan una especie de red tensada entre las alas del asiento. Éste, por supuesto, no llevaba nada.

Audee no intentó empezar quejándose. Se las arregló lo mejor que pudo. Apoyó sus posaderas en el asiento en forma de V, leyó los indicadores del rumbo, y dio a las ruedas de control el acostumbrado empuje muscular para situarlas en posición. Necesitó fuerza para ello. Había transcurrido un cierto tiempo desde que Audee había tenido que hacer aquello por última vez; las nuevas naves construidas en la Tierra eran más fáciles de pilotar. Para iniciar una conversación, jadeó:

—Muchos de los primeros prospectores se preguntaron acerca de esas ruedas.

—¿Sí? —dijo educadamente el Capitán—. ¿Qué pasa con ellas, por favor?

—Bueno, ¿por qué resultan tan duras de girar?

El Capitán miró desconcertado a su tripulación, luego volvió a mirar a Audee. Adelantó un dedo negligente hasta tocar una rueda. La hizo girar con facilidad.

—¿Qué resulta duro? —preguntó, siseando a la manera Heechee que expresaba irritación o preocupación.

Audee contempló la delgada, casi esquelética figura del Heechee. Volvió a girar la rueda hacia atrás hasta que los señaladores verticales llamaron nuevamente rosas. Necesitó tanta fuerza muscular como antes.

Mientras adelantaba la mano hacia la perilla de puesta en marcha, tragó saliva. Resultaba claro que el viaje iba a estar lleno de sorpresas.

La nave se estremeció ligeramente, y la pantalla visora se enturbió hasta convertirse en una moteada superficie gris que indicaba que estaban yendo ya más rápidos que la luz. Ya no era necesaria ninguna otra acción del piloto durante algún tiempo, pero Audee dudó en levantarse, puesto que mientras permaneciera sentado en el asiento del piloto tenía la sensación de seguir hallándose al control de lo que estaba ocurriendo. Intentó conversar un poco más.

—Siempre me he preguntado acerca de esos controles —ofreció—. Ya sabe, ¿por qué hay cinco de ellos? Algunos de los grandes cerebros de la Tierra pensaron que ustedes los Heechees creían en el espacio pentadimensional.

El Capitán siseó audiblemente por unos instantes, y los tendones que sobresalían de su plano pecho se agitaron en su intento por comprender. Su inglés era ya bastante

bueno, pero a veces los matices se le escapaban.

—¿«Creer», Audee Walthers? Pero no se trata de ninguna cuestión de *creer*. No se necesita *fe*, como ese concepto que tienen ustedes en *religión*.

—Bueno, claro —dijo Audee hoscamente—. Pero ustedes, *creen* en ello?

—No, por supuesto que no —dijo sorprendido el Capitán—. El espacio no tiene cinco dimensiones.

Audee sonrió.

—Es un alivio, porque estaba empezando a tener problemas intentando visualizar...

—Tiene nueve —explicó el Capitán.

Se detuvieron brevemente en su camino al núcleo, porque el Capitán había dejado parte de los aparatos Heechees almacenados en órbita inestable. Eso no podía dejarse así, explicó. En los años que iban a pasar en el núcleo, las máquinas podían derivar hasta su destrucción, y a los Heechees no les gustaba ver destruidas cosas que eran útiles. Pero Audee había dejado de escuchar.

—¿Años? —preguntó—. ¡Creí que este viaje iba a ser sólo de unos pocos meses! ¿Cuántos años?

—Unos cuantos, creo —dijo el Capitán—. Para *nosotros* serán solamente unos meses. Pero Casa, ya sabe, se halla en un agujero negro. —Y así, cuando el Capitán dejó que uno de los miembros de su tripulación se encargara de las naves no tripuladas, Janie Yee-xing decidió ir con él. Tomaría, dijo, una de ellas para volver a la Tierra, si al Capitán no le importaba; realmente, no había planeado un viaje de *años*.

Al Capitán no le importó. Sorprendentemente, tampoco le importó a Audee. Estaba lo bastante confuso acerca de a quién quería como para no recibir con agrado la idea de unos cuantos meses (o años) sin tener que enfrentarse a la cuestión.

Una situación bastante familiar para mí.

Debió ser un extraño y maravilloso viaje para Audee, metido bruscamente en una nave Heechee con tripulación Heechee. De hecho, los Heechees tampoco debieron tener un viaje demasiado tranquilo, aunque al menos ellos habían tenido anteriormente la experiencia de encontrarse con bípedos notablemente gordos y peludos, mientras que Audee nunca antes había compartido una nave con esqueletos vivientes.

Pero esos problemas no eran únicos de Audee y sus anfitriones. Todos los hemos tenido desde entonces, muchas veces, y esa historia ya es vieja. No sirve de mucho contar las dificultades de Audee con el espacio de nueve dimensiones (no peores que las mías con Albert Einstein) e intentando extraer algún sentido de la aritmética Heechee. Naturalmente, todo en la nave era extraño y maravilloso para él: «sillas» diseñadas para acomodar la vaina Heechee, una «cama» que era un saco lleno con una sustancia seca y crujiente dentro del que había que meterse..., y ni siquiera hemos mencionado los sanitarios.

Fue una ayuda el que, a medida que iba pasando el tiempo, empezara a pensar en sus compañeros de tripulación como «personas» individualizadas, en lugar de cinco meros ejemplos de la categoría «Heechee».

El Capitán era el más fácil de reconocer. Era el que tenía un color más oscuro, y en cuyo cráneo había lo que más podía considerarse como una velluda aproximación de pelo, y el que mejor hablaba el inglés. Narizblanca era la pequeña hembra, de color casi dorado pálido, acercándose a la nubilidad y preocupada por ello. Mestiza tenía grandes dificultades con las pocas palabras inglesas que intentaba; Ráfaga tenía un gran sentido del humor y le encantaba contar chistes obscenos a los demás..., incluso, de tanto en tanto, a Audee, con el Capitán como intérprete.

Las cosas fueron un poco mejor cuando el Capitán tuvo la brillante idea de proporcionarle una vaina Heechee a Audee..., una modificada, por supuesto. Como le dijo el Capitán a Audee, una parte de la vaina Heechee era inútil para él, si no peligrosa para su salud. Era el pequeño generador de microondas. La raza Heechee había evolucionado

en un por otra parte agradable planeta de una estrella que se hallaba cerca de una grande y activa nube de gas; las radiaciones de frenado en las frecuencias de las microondas habían empapado aquel mundo desde los tiempos prebiológicos, y los Heechees habían evolucionado para tolerarlas..., de hecho las necesitaban, del mismo modo que los seres humanos necesitaban el sol. Así que cuando empezaron a aventurarse a lugares donde las radiaciones no podían seguirles, habían tenido que llevarse consigo sus propias fuentes de microondas.

Luego, cuando un poco más tarde en su historia descubrieron cómo conservar la esencia de los Heechees fallecidos, hallaron otra utilidad a las vainas. Cada una contenía la transcripción almacenada de un Antiguo Antepasado.

Incluso le dieron a Audee un Antiguo Antepasado para él.

Para su sorpresa, no era en realidad Antiguo. Era una hembra, y había muerto hacía apenas cosa de semanas; había sido la compañera del Capitán en persona, y su nombre era Dosveces.

Ése fue el paso final en la asimilación de Audee de la noción de que los Heechees eran «personas».

Es un universo pequeño, ¿no creen?

Mientras Audee empezaba a acostumbrarse al Capitán, el Capitán fue acostumbrándose a Audee..., lo suficiente como para iniciar una discusión que había rondado mucho por su cabeza. Halló su oportunidad cuando Audee le preguntó acerca del Enemigo.

Era, después de todo, el problema central que planteaba el universo, tanto a Heechees como a humanos. El Enemigo. Los Asesinos. La raza de hostiles y mortíferos seres cuya existencia había hecho que los Heechees empaquetaran sus cosas y huyeran a un escondite seguro en el núcleo galáctico.

Audee hizo que el Capitán repitiera una y otra vez la historia, a menudo con los demás Heechees de la tripulación aportando su grano de arena; de todos modos, seguía sin ser fácil de comprender.

—Comprendo lo del viaje de Tangente —dijo—, y comprendo que supieran ustedes que una gran cantidad de razas civilizadas habían sido barridas de la existencia, pero, ¿cómo llegaron a partir de aquí a esta idea de que intentan destruir el universo?

Los Heechees se miraron entre sí.

—Creo que primero fue el parámetro de deceleración —dijo Zapato.

El Capitán sacudió los bíceps en asentimiento.

—Sí, el parámetro de deceleración. Por supuesto, al principio sólo fue cuestión de astrofísica teórica, ¿entiende?

—Entendería mucho mejor si supiera lo que es un parámetro de deceleración —gruñó Audee.

—Podría llamarse también un anómalo efecto de frenado —ofreció Narizblanca desde el otro lado de la estancia.

El capitán flexionó de nuevo sus retorcidos bíceps en asentimiento. Prosiguió:

—Significa solamente que nuestros astrónomos han observado que el universo se expande con menos rapidez, según la ley del cuadrado, de lo que debería hacer. Algo lo está frenando.

—¿Y ustedes imaginan que es el Enemigo?

—En conjunción con las demás evidencias —dijo sombríamente el Capitán—, y después de eliminar todas las demás posibilidades, resultó claro que no podía ser otra cosa más que alguna intervención artificial a una escala cósmica. Y simplemente no había otros candidatos.

—Me doy cuenta de que eso debió ser desconcertante —dijo Audee.

—Desconcertante —raspó el Capitán—. Lo cambió todo. —Miró pensativo a Audee con aquellos ojos rosas con la mancha de la pupila en el centro. Desvió rápidamente la vista a

los demás Heechees, luego emitió el sonido gangoso que era el equivalente Heechee de un carraspeo para anunciar el cambio a un tema más serio—. Todavía no es demasiado tarde —anunció.

Audee parpadeó.

—¿Demasiado tarde para qué?

—No es demasiado tarde para que su raza se una a nosotros en el núcleo —dijo seriamente el Capitán, hablando lentamente para asegurarse de que Audee comprendía—. El interior del núcleo puede ser muy agradable para ustedes, la raza humana, una vez se hayan instalado allí.

—Suenan —murmuró educadamente Audee, intentando aligerar la conversación— como si el lugar pudiera llegar a superpoblarse.

—¿Superpoblarse? ¿Por qué superpoblarse? —preguntó el Capitán, con su mejilla dando tirones..., el equivalente de un fruncimiento de ceño—. Hemos cartografiado esta galaxia muy cuidadosamente, y cuando nos retiramos al núcleo, elegimos los mejores planetas para llevárnoslos con nosotros allí. No han quedado muchos fuera que sean compatibles con su raza..., o con la nuestra.

Audee vio la posibilidad de hacer un ligero alarde justificado en beneficio de la raza humana.

—Oh, pero nosotros los *hacemos* compatibles —explicó, orgulloso—. Tenemos ya seis planetas cartografiados y explorados, por ejemplo, que serían perfectos para los seres humanos, excepto que el índice de temperatura es un poco demasiado bajo. Podemos arreglar eso. Estamos sembrando esos planetas con atmósferas con carbonoclorofluoruros. Atrapan el calor, como el anhídrido carbónico, lo cual causa un efecto de invernadero que, a su vez...

—Comprendo el anhídrido carbónico —chirrió el Capitán—. También comprendo los carbonoclorofluoruros y, sí, es cierto que algunos de esos compuestos persistirán de hecho en una atmósfera durante varios siglos, una vez depositados en ella. Admito que esto, en algunos casos, puede elevar la temperatura media de un planeta unos cuantos grados.

—Bien, unos cuantos grados es todo lo que necesitamos para algunos de ellos —dijo razonablemente Audee—. Y está Venus. Es con mucho demasiado cálido. Pero antes de mucho probablemente habremos diseminado partículas de polvo reflector en su atmósfera superior. Eso cortará el aislamiento y hará de Venus un planeta habitable. Luego podemos hacer lo mismo con otros planetas..., hay dos o tres ya identificados. Podemos sembrar vida donde nunca ha existido la vida para conseguir nuestro propio efecto Gaea. Moveremos planetas, si es necesario, a otras órbitas mejores...

El Capitán se estaba poniendo testarudo.

—Pero nosotros ya hemos hecho todo esto en el interior del núcleo —señaló—. ¿Sabe cuántos planetas habitables tenemos dispuestos en su lugar? Más de ochocientos cincuenta, la mayoría de ellos aún no ocupados ni siquiera por grupos de avanzada. Como puede ver, planeamos una larga estancia.

—Sí —dijo neutralmente Audee—. Entiendo eso.

El Capitán siseó débilmente, desconcertado. Se daba cuenta de que había algo en el tono de Audee, pero no podía decir qué era. Gangueó de nuevo y prosiguió:

—¡Así que pueden ustedes unirse a nosotros! Algunos planetas son mejores que otros, cierto, y estoy seguro de que pueden conseguir ustedes algunos de los más adecuados. ¡Toda su raza podría caber en uno de ellos!... En dos o tres como máximo —se corrigió a sí mismo, tras volver a pensar en el asunto.

—¿Y hacer qué? —preguntó Audee.

El Capitán le miró, parpadeando.

—¿Qué...? Esperar, por supuesto —dijo—. Es posible que estemos seguros allí, Audee Walthers. Especialmente si interrumpirnos inmediatamente todas las transmisiones e

iniciamos la transferencia de todos los seres humanos y dispositivos que utilicen energía al núcleo tan pronto como sea posible.

—¿Dispositivos que utilicen energía?

—Dispositivos que irradian energía detectable. Eso haría indetectable nuestra presencia —explicó el Capitán.

—Ah —dijo Audee, captando el fallo—. Pero ustedes han instalado sensores automáticos —señaló—. ¿Por qué creen que el Enemigo no ha hecho lo mismo?

—Quizá lo haya hecho —dijo lúgubrementemente el Capitán—. No he dicho que fuera seguro que estuviéramos a salvo. Sólo he dicho que tal vez fuera posible. Y si el Enemigo no han detectado esta... salida, entonces podemos permanecer ahí dentro, durante millones y miles de millones de años si es necesario, aguardando.

—¿Pero aguardando qué, Capitán?

—Bien..., ¡por supuesto, a que alguna otra raza, quizás, evolucione para desafiarles!

Audee estudió cuidadosamente al Heechee, pensativo. Resultaba claro que los separaban algo más que diferencias de idioma.

—Una ya lo ha hecho —dijo suavemente—. Nosotros

Durante algún tiempo después de eso, Audee tuvo miedo de haber herido los sentimientos del Capitán. Después de todo había lanzado contra toda la raza Heechee una acusación de cobardía. Lo que Audee no sabía era que el Capitán había tomado aquello como un cumplido.

Si hay una parte del viaje de Audee que le envidie más que cualquier otra es su penetración del agujero negro. No es que Audee la disfrutara. Nadie lo haría: es algo aterrador.

Cuando se acercaron a aquel resplandeciente, hirviente violentamente radiante horno de implosionantes gases que señalaba la aproximación al escondite Heechee, el Capitán ordenó que todo el mundo se atara a sus hamacas-sacos. Nariz blanca indujo energía a la hélice de cristal que los Heechee llamaban «disruptor de orden». Resplandeció con un brillo diamantino. La temperatura ascendió. La nave empezó a vibrar. El Capitán había aprendido a leer el lenguaje corporal humano casi tan bien como Audee había aprendido el Heechee —es decir, no demasiado bien—, pero no dejó de observar que la mandíbula de Audee se volvía blanca.

—Parece como si tuviera usted miedo —comentó.

Según los estándares Heechees, ésta no era una observación poco educada. Audee no se ofendió por ella.

—Sí —admitió, contemplando la terrible superficie de gases implosionantes—. Siento un miedo terrible, terrible, de penetrar en un agujero negro.

—Esto resulta curioso —dijo pensativo el Capitán—. Lo hemos efectuado muchas veces, y no hay ningún peligro en esta nave. Dígame: ¿a qué le tiene más miedo, a esta penetración o al Enemigo?

Audee se lo pensó. Los dos tipos de miedo no eran en absoluto iguales.

—Supongo —dijo lentamente— que al Enemigo.

Los músculos de la mejilla del Capitán se agitaban aprobadoramente.

—Eso no es en absoluto irracional —dijo—. Es más bien juicioso. Adelante, entremos.

El sacacorchos diamantino entró en erupción en un surtidor de chispas; miles de ellas golpearon a Audee, y a todos los demás a bordo de la nave, pero no les quemaron; no les hicieron nada en absoluto, sino que parecieron pasar directamente a través de sus cuerpos y salir por el otro lado. Los bandazos de la nave arrojaron violentamente a Audee contra los arneses de su capullo de seguridad; había sido construido para la masa de un Heechee, no para el cuerpo humano, mucho más pesado, y crujieron alarmantemente.

El proceso siguió durante largo rato. Audee no tenía ninguna forma de medirlo; varios minutos, seguramente; quizás una hora o más; y su violencia no disminuyó. Pudo oír a la

tripulación Heechee croar comentarios y órdenes entre sí, y se preguntó atontadamente cómo podían seguir funcionando cuando debían estar saliéndoseles las entrañas por la boca..., y se preguntó si los Heechees tendrían entrañas..., y se preguntó si iba a morir...

Y luego, sin ninguna advertencia previa, todo cesó.

Los Heechees empezaron a librarse de sus sujeciones. El Capitán miró curiosamente a Audee y exclamó:

—¿Le gustaría ver nuestro núcleo? —Hizo un gesto con su flaco brazo hacia la pantalla visora..., y allí estaba.

Lo que apareció en las pantallas visoras de la nave fue una deslumbrante luz.

El núcleo Heechee estaba atestado de soles: diez mil soles..., más soles de los que hay en mil años luz de la Tierra, apelotonados en una esfera de espacio de sólo veinte años luz de diámetro. Había estrellas doradas y otras de un mate carmesí, y cegadoras estrellas blancoazuladas. Había todo un arco iris Hertzsprung-Russell de estrellas que convertían el cielo nocturno en un flujo de color en cualquiera de los planetas del núcleo..., que convertía el término «noche» en una exótica abstracción, debido a que no había ningún lugar en el núcleo que estuviera oscuro en ningún momento.

Me hubiera gustado verlo.

No envidio muchas cosas a mucha gente, pero envidié a Audee Walthers cuando oí lo que había visto. Una *densa* concentración de estrellas, más que cualquier cúmulo, bien, es algo digno de ver, ¿no? O de otro modo cualquier cúmulo globular se hubiera convertido en un agujero negro. ¡Y constelaciones como un árbol de Navidad! Quiero decir, *colores*. Incluso desde la Tierra las estrellas tienen distintos colores, todo el mundo lo sabe, pero casi nadie ve cuáles son esos colores. Están tan lejos y son tan débiles que los colores se difuminan, y su aspecto es como máximo el de varias versiones impuras del blanco. Pero en el núcleo...

En el núcleo el rojo es rubí y el verde es esmeralda y el azul es zafiro y el amarillo es brillante oro y el blanco es, por Dios, *cegador*. Y no hay ninguna gradación desde primera magnitud hasta débiles o invisibles. Las brillantes son mucho más brillantes que las de primera magnitud. Y apenas hay ninguna estrella al borde de la visibilidad, porque ninguna está tan lejos como para eso.

Sentí envidia de Audee por lo que había visto...

Pero, realmente, lo que vio fue sólo lo que le mostró la pantalla visora de la nave Heechee. Nunca puso el pie en un planeta Heechee. No tuvo tiempo.

Desde el principio hasta el fin, el tiempo que pasó Audee dentro del núcleo fue casi igual al lapso de una noche de sueño normal. No durmió, por supuesto. Evidentemente, no tuvo tiempo para ello. De hecho, apenas tuvo tiempo de respirar, porque había desesperadamente tanto que ver y hacer.

De no haber sido por los Antiguos Antepasados, las cosas hubieran resultado tan extremadamente largas que ni siquiera hubiera importado que Audee hubiera ido al núcleo o no. Pero los mensajes del Capitán habían sido recibidos..., hacía apenas un momento, según los estándares de los Heechees. Sus máquinas de retransmisión trabajaban a tiempo-máquina, y los Antiguos Antepasados casi podían hacer lo mismo.

Con sólo unos minutos de anticipación, los Heechees apenas tuvieron tiempo de gemir y estremecerse, pero se recuperaron rápido. Siempre habían mantenido toda una flotilla de tripulaciones de guardia y de naves disponibles para una situación así. Fueron enviadas inmediatamente. Cuando Audee llevaba apenas cuatro horas locales en el núcleo, tenía a su lado seis grandes naves Heechees enviadas apresuradamente y cargadas con asombradas tripulaciones, historiadores, sensitivos en Sillones de Sueños y diplomáticos..., al menos, lo que podía considerarse como diplomáticos entre los Heechees. (Las relaciones con las potencias extranjeras nunca habían preocupado demasiado a los Heechees, puesto que no habían conseguido encontrar ninguna potencia extranjera con la que mantener relaciones.) Aquellos primeros cargamentos de

especialistas Heechees habían estado esperando pacientemente mucho tiempo, aguardando a ser llamados alguna vez.

Probablemente ninguno de ellos había esperado que eso ocurriera alguna vez: «¡No en *mi* turno, al menos!», debió rezar cada uno de ellos, si es que los Heechees rezaban, o al menos habían suplicado a las mentes reunidas de sus antepasados. Esas tripulaciones habían estado montando guardia durante mucho tiempo..., miles de siglos, en tiempo galáctico. Incluso según los relojes del núcleo eso debió ser varias décadas.

Ninguna tripulación permanecía de guardia tanto tiempo. Establecían turnos de rotación a intervalos que, medidos según el tiempo local, eran el equivalente a ocho o nueve meses, luego regresaban a sus casas y sus costumbres habituales. Era algo muy parecido al servicio en la Guardia Nacional en los viejos tiempos de los Estados Unidos. Como los hombres de la Guardia Nacional, la sorpresa fue enorme cuando la emergencia que habían estado aguardando se convirtió en algo real e inmediato.

La mitad de los Heechees tenían familias. La mitad de los que tenían familias habían recibido el permiso de que sus compañeros y su descendencia estuvieran con ellos, igual que en tiempo de paz los soldados americanos se habían llevado consigo esposas y chicos. Las similitudes, sin embargo, terminaban allí. Los soldados en tiempo de paz llamados repentinamente a la lucha tenían normalmente tiempo de enviar a sus familias fuera. Los Heechees no. Los lugares donde residían eran las naves que fueron enviadas, y así, en aquella primera media docena de naves, las tripulaciones incluían hembras embarazadas, bebés, y un número nada despreciable de niños Heechees en edad escolar. La mayoría de ellos se sintieron aterrados. Pocos deseaban ir a aquella expedición hacia lo desconocido..., pero de hecho lo mismo les ocurría a las tripulaciones en sí.

Nada de eso fue visto por Audee con sus propios ojos, sino sólo a través de las pantallas de comunicación de la espacionave del Capitán. Con ella había llegado, y en ella se quedó.

Al inicio de la quinta hora de su visita al núcleo, otra espacionave tuvo tiempo de llegar junto a ellos.

Las dos naves entraron en contacto. La segunda nave era mucho más grande que la del Capitán. Su tripulación era de casi treinta Heechees, y todos ellos se deslizaron tan rápidamente como pudieron a través de las compuertas unidas para observar de primera mano aquel extraño animal, aquel «humano».

Lo primero que ocurrió fue que tres de los nuevos Heechees, suave y cuidadosamente, retiraron la vaina de Audee. De este modo se vio privado inmediatamente de la reconfortante presencia de Dosveces. Comprendió la necesidad; ninguno de los nuevos Heechees hablaba inglés y, aparte esto, podían obtener de la mente almacenada de la Antigua Antepasada toda la información que había estado compartiendo con él durante aquellas semanas, en menos tiempo del que él podría decir siquiera una palabra. Aquello era una explicación; pero no hizo la pérdida menos aguda.

Lo segundo fue que toda la ya familiar tripulación Heechee fue arrastrada lejos de él por los recién llegados, que se reunieron formando grupos en torno a cada uno de ellos, hablando y gesticulando y, sí, *oliendo*. El típico hedor amoniacal de los Heechees era abrumador, con tantos de ellos apelotonados en la nave. Audee casi había olvidado que existiera el olor, se había habituado a él; y, además, los Heechees que lo producían eran amigos. Los recién llegados eran todos desconocidos.

Lo tercero fue que media docena de los nuevos Heechees se arracimaron a su alrededor, parloteando y gorjeando tan aprisa que no pudo entender ninguna palabra. Finalmente comprendió que le pedían que permaneciera quieto. Consiguió hacer una imitación del encogimiento de la parte superior del brazo que era el signo de asentimiento de los Heechees, preguntándose para qué le pedían que se estuviera quieto.

Resultó tratarse de un completo examen físico. Le quitaron todas sus ropas en un

parpadeo, y en menos tiempo aún le estaban palpando, hurgando y mirando. Unas pequeñas y blandas sondas se deslizaron por sus oídos, fosas nasales y ano. Le fueron retirados imperceptiblemente pequeños trocitos de piel y pelo y uñas y mucosas. Nada de aquello era doloroso, pero resultaba malditamente *indigno*.

Y mientras tanto, sabía Audee, en la Tierra había transcurrido un tiempo considerable. El reloj que tictaqueaba tan lentamente en el núcleo estaba desgranando días y meses fuera en la galaxia.

Lo último que ocurrió, o casi lo último, fue lo más sorprendente de todo.

Cuando hubieron terminado de efectuarle el más completo examen físico al que ningún ser humano se hubiera sometido nunca eh tan corto espacio de tiempo, le permitieron vestirse de nuevo. Luego, una hembra Heechee, bajita y pálida, tocó tranquilizadamente su hombro. Hablando lenta y cuidadosamente, como si se dirigiera a un gatito, dijo:

—Ya hemos terminado con su Antigua Antepasada. Puede volver a tomarla.

—Gracias —se alegró Audee, tomando la vaina de manos de ella, quizá con excesiva brusquedad.

—Dos veces le dirá lo que tiene que hacer a continuación —sonrió la hembra Heechee..., el fruncimiento de mejilla que era el equivalente Heechee de una sonrisa, por supuesto.

—Apuesto a que lo hará —dijo amargamente Audee, colocándose la vaina e inclinándose hacia ella.

Dos veces parecía agotada. Le habían extraído ansiosamente toda la información, y eso había sido Una prueba para ella; luego le habían transmitido todo tipo de instrucciones, y eso tampoco había resultado fácil.

—Tiene que pronunciar un discurso —anunció inmediatamente—. No intente hablar nuestro idioma; todavía no lo domina lo suficiente...

—¿Por qué no? —preguntó Audee, sorprendido; en realidad, creía haber conseguido incluso un buen acento, para un humano.

—Sólo conoce el idioma del Hacer, no el idioma del Sentir —explicó Dos veces—, y esto es un asunto de gran importancia emocional para todos nosotros. Así que hable en inglés; yo traduciré para la audiencia.

Audee frunció el ceño.

—¿Qué audiencia?

—Bueno, todos los Heechees, por supuesto. Tiene que decirles usted con sus propias palabras que los humanos están dispuestos a ayudar a los Heechees a enfrentarse al problema del Enemigo.

—Oh, demonios —estalló Audee, maldiciendo su poco digna posición, doblado sobre sí mismo para estar lo más cerca posible de la vaina; maldiciendo al Enemigo; maldiciendo sobre todo el estúpido impulso que le había hecho presentarse voluntario—. ¡Odio pronunciar discursos! Además, ¿qué puedo decirles que ustedes no sepan ya?

—Nada, por supuesto —admitió Dos veces—. Pero será una buena cosa que lo oigan directamente de *usted*.

De modo que, durante los diez minutos siguientes o así (mientras en otra parte transcurrían meses y años), Audee pronunció su discurso.

En cierto modo fue un alivio, porque las docenas de Heechees que se habían apiñado a su alrededor retrocedieron un poco para hacerle sitio; vio que varios de ellos le señalaban unos objetos, y dedujo que los objetos eran una especie de cámaras. En otro sentido, sin embargo, aquél fue el peor momento de todos, porque mientras estaba hablando se le ocurrió que los Heechees eran siempre literales, y que cuando Dos veces había dicho «todos los Heechees» indudablemente se refería a *todos* los Heechees. ¡Miles de millones de ellos! ¡Todos contemplándole con terror y fascinación, y haciendo juicios críticos sobre aquel aterrador alienígena, él!

Evidentemente, le estaban mirando. Todos ellos. Todos los millones sobre millones que

poblaban el núcleo. Los niños en sus escuelas y parvularios, los trabajadores que habían detenido sus tareas, los viejos, los jóvenes..., los *muertos* también, porque las mentes amasadas de los Antiguos Antepasados no se perderían una experiencia como aquella. En la curvada superficie de los planetas, en los habitáis del espacio, en las naves que partían hacia la prueba de su paso a través de la barrera Schwarzschild..., *todos* ellos estaban mirando.

Audee sintió el terror del escenario más allá de todo lo concebible.

Pero lo hizo. Dijo:

—Yo, esto..., yo... —Y entonces inspiró profundamente y empezó de nuevo—. Yo soy, esto, quiero decir..., sólo soy una persona, entiendan, y no puedo hablar por todos los míos. Pero sé cómo es la gente..., los humanos, quiero decir. Y no vamos a echar a correr y a escondernos como ustedes. No se ofendan. Quiero decir, sé que ustedes no pueden evitarlo...

Se encogió de hombros y agitó la cabeza.

—Lo siento si hiero sus sentimientos —dijo, olvidando las cámaras, olvidando los miles y miles de millones de su audiencia—. Sólo quiero decirles que así son las cosas. Estamos acostumbrados a luchar, ¿saben? Hemos vivido con ello. Lo aprendemos todo rápido..., miren la forma en que hemos aprendido cómo hacer todo lo que pueden hacer ustedes, y mucho más rápido. Quizá no podamos hacerlo todo respecto al Enemigo, pero pueden estar seguros de que lo intentaremos. No quiero decir que esté prometiendo nada..., no tengo derecho a prometer nada en nombre de nadie excepto en el mío propio. Todo lo que quiero decir es que sé eso. Esto es todo, y —terminó—, muchas gracias por escucharme.

Permaneció inmóvil allí, sonriendo obstinadamente, en silencio, hasta que los Heechees con las cámaras empezaron, relucantes, a bajarlas.

El zumbido de las conversaciones estalló; Audee no pudo descifrar qué estaban diciendo, porque ninguno de ellos le hablaba a él. Pero luego la hembra Heechee que le había devuelto a Dosveces se inclinó por un momento a su vaina y luego se le acercó. Dijo:

—Tengo que decirle esto, Audee Walthers Tercero. He consultado a los Antiguos Antepasados acerca de la traducción, y he recibido esta respuesta, que le diré en inglés.

Inspiró profundamente, agitó en silencio sus labios finos como navajas por un segundo, como murmurando para sí misma las palabras, y luego, agitando sus muñecas hacia él mientras hablaba, dijo:

—«El valor no es la sabiduría.» «La sabiduría es el comportamiento adecuado.» «El valor es a veces suicidio.» Esto es lo que los Antepasados me han indicado que le dijera que deseaban comunicarle.

Audee aguardó durante un segundo, pero al parecer no había nada más. Así que dijo:

—Gracias. Ahora, si me disculpa, tengo que ir al cuarto de baño.

Audee se tomó su tiempo en el cuarto de baño. Había pasado demasiado tiempo siendo sobado y hurgado y puesto en exhibición, y además del hecho que su vejiga estaba llena, deseaba estar a solas por un minutos. Se quitó su vaina y la dejó fuera de la puerta, porque ni siquiera deseaba a Dosveces con él en aquellos momentos.

Mientras llenaba el receptáculo en forma de tulipa con su orina, y mientras se lavaba las manos, y mientras contemplaba su rostro en el espejo rotatorio, no dejó de pensar. En su mente latía un ritmo distinto. Le había tomado diez segundos entrar y cerrar la puerta..., fuera habían transcurrido casi medio millón de segundos, a una relación de aproximadamente cuarenta mil a uno. Cinco segundos para abrir la bragueta. Un minuto, quizá, para orinar. Dos minutos más para lavarse las manos y contemplar su rostro en el espejo.

Intentó calcular: ¿Cuánto sumaba todo esto? Los números se le escapaban; tras semanas de práctica, seguía intentando convertirlos en aritmética Heechee y fracasando;

pero seguro que al menos, pensó, habían transcurrido algo así como ocho o nueve meses en el exterior, simplemente mientras él echaba una meada.

Añadió una curiosa dimensión al hecho de aliviar su vejiga el pensar que, mientras lo estaba haciendo, un niño podía haber sido concebido y podía haber nacido en el mundo exterior.

Abrió la puerta y anunció:

—Quiero volver a casa.

El Capitán se abrió camino entre la multitud para enfrentarse a él.

—¿De veras, Audee? —preguntó, agitando sus muñecas de forma negativa; en este caso significaba que no comprendía, pero Audee lo tomó como una negativa.

—De veras —dijo firmemente—. Quiero volver antes de que todo el mundo a quien conozco se convierta en un candidato al asilo de ancianos.

—¿De veras, Audee? —repitió el Capitán. Luego reflexionó—. Oh, entiendo —dijo—. Ha pensado usted que queríamos que se quedara aquí por un período más extenso de tiempo. Eso no será necesario. Ya lo han visto. La información se ha difundido. Llegarán otros humanos antes de mucho, preparados para quedarse más tiempo.

—¿Quiere decir que puedo irme? —preguntó Audee.

—Por supuesto que puede irse. Hay una nave ya en camino hacia aquí, parte de una flotilla de suministros, personal y Antiguos Antepasados que se dirige afuera. Puede unirse usted a ella. Cuando crucen la ergosfera, el tiempo transcurrido en la galaxia exterior habrá sido... —inclinó la cabeza para comunicarse con su Antiguo Antepasado— ...en términos de la rotación de su planeta en torno a su primaria, cuarenta y un años y medio.

8 - Arriba en el Central Park

Y mientras yo escuchaba, y hablaba, y hacía, y estaba en todos esos otros lugares dedicado a todas esas otras cosas: escuchando la historia de Audee, preocupándome por el general Julio Cassata, yendo de un lado a otro, uniéndome a la fiesta..., esto era lo que ocurría a tiempo lento entre Klara y yo:

Me dirigí hacia Gelle-Klara Moynlin con una amplia y amistosa sonrisa en mi rostro (dupli).

—Hola, Klara —dije.

Me miró sorprendida.

—¡Robín! ¡Qué alegría verte de nuevo! —Se desprendió de los hombres con los que estaba y *avanzó hacia* mí. Cuando se puso de puntillas para besarme, tuve que retroceder. Hay algunas desventajas en ser una persona almacenada en máquina cuando está intentando mostrarse afectuosa con una persona de carne, y la insustancialidad es una de ellas. No puedes hacer el amor con ella. Ni siquiera puedes besarla.

—Lo siento —empecé a decir, y entonces ella pareció darse cuenta y dijo:

—Oh, demonios, lo olvidé. No podemos hacerlo, ¿verdad? Pero tienes muy buen aspecto, Robín.

—Tengo siempre el aspecto que quiero tener —respondí—. Estoy muerto, ¿sabes?

Necesitó un minuto para responder a mi sonrisa con otra sonrisa, pero lo hizo.

—Entonces tienes buen gusto. Espero tenerlo yo también cuando me enlaten. —Y detrás de ella se estaba acercando Dane Metchnikov.

—Hola, Robín —dijo. Lo dijo con tono neutro. No emocionado de verme, no furioso tampoco. Miraba como siempre había mirado Dane Metchnikov a todo y a todos..., no muy interesado, o interesado solamente hasta el punto en que la otra persona pudiera ayudarle o crearle problemas en lo que Dane estaba planeando hacer.

—Lamento que no podamos darnos la mano —dije. «Lamento» parecía ser mi palabra

favorita, así que la utilicé de nuevo—. Lamento que quedaras atrapado en el agujero negro. Me alegro que pudieras salirte de él.

Y, para dejar las cosas bien claras, porque Metchnikov había sido siempre un tipo al que le gustaba dejar las cosas bien claras, dijo:

—No me salí de él. Klara vino y nos rescató.

Sólo entonces recordé lo que había dicho Albert acerca de Metchnikov buscando asesoramiento legal.

Tienen que recordar ustedes que yo no estaba diciendo nada de esto. Era mi dupli quien lo hacía.

Cuando hablas a través de un dupli, hay dos formas de hacerlo. Una es inicializar el dupli y dejar que lleve por sí mismo la conversación..., lo hará tan bien como puedas hacerlo tú. La otra forma es cuando estás intranquilo, nervioso e impaciente y deseas escuchar lo que está ocurriendo tan pronto como puedas. Ésa es la forma como me sentía yo, y lo que haces entonces es que mueves tú el dupli. Eso significa que yo le estaba cargando las frases a mi dupli en una fracción de milisegundo o así, y el dupli las decía a velocidad carnal. ¿Captan el cuadro? Yo era algo así como cuando un grupo que está cantando una canción no se acuerda de la letra y alguien tiene que ir diciéndosela:

—En una caverna, en un cañón...

—EN UNA CAVERNA, EN UN CAÑÓN...

—...excavando una mina...

—EXCAVANDO UNA MINA...

—...vivía un minero, cuarenta y nueve...

Y así sucesivamente, sólo que yo no estaba dirigiendo a un grupo de bebedores en torno a un piano. Estaba cargando frases a mi dupli.

Entre frase y frase tenía tiempo más que suficiente para pensar y observar.

Lo que más observaba era a Klara, pero también dediqué mi atención a los dos hombres con los que estaba.

Aunque sus movimientos eran más lentos que los de un caracol, había visto que Metchnikov estaba tendiendo la mano para estrechar la mía. Eso era buena señal. Podía entenderse como que no me guardaba rencor por el hecho de que le hubiera abandonado, junto con Klara y los demás, en aquel agujero negro..., de no ser por el hecho de que había estado hablando con abogados.

El otro hombre que estaba con Klara era un perfecto desconocido. Cuando tomé sus medidas, no me gustaron demasiado. El hijo de puta era apuesto. Era alto. Estaba bronceado y sonreía y no tenía barriga, y se hallaba en el proceso de apoyar de nuevo una mano en el hombro de Klara en aquel gesto familiar suyo, incluso mientras ella me estaba hablando a mí.

Me expliqué a mí mismo que aquello no tenía importancia. Klara había tenido también sus manos entrelazadas con las de Dane Metchnikov, ¿y por qué no? Eran viejos amigos..., desgraciadamente, había habido un tiempo que algo más que viejos amigos. Aquello era natural. ¿Ese otro tipo le echaba la mano al hombro? Bien, realmente, eso no significaba nada en absoluto. Sólo era un gesto amistoso. Podía tratarse de un familiar, o incluso, no sé, un psicoanalista o algo así, que estaba allí para ayudarla a superar el shock de encontrarse de nuevo conmigo.

Mirar el rostro de Klara no despejó ninguna de aquellas cuestiones, aunque fue agradable verlo de nuevo y recordar todas las otras veces que lo había visto, perdidamente enamorado.

No había cambiado. Era exacta a mi eterno y profundamente amado Único Amor (o al menos uno de los no demasiados). La actual Gelle-Klara Moynlin era indistinguible de la Klara que había dejado en el espacio cerca del kugelblitz, inmediatamente después de morir yo..., la cual a su vez apenas era un pelo distinta de la que había arrojado al agujero negro hacía décadas.

No era sólo el Certificado Médico Total la causa de su aspecto. La Essie de carne era un ejemplo de lo que el Certificado Médico Total podía hacer. Ella también tenía un aspecto realmente juvenil y adorable. Pero aunque puedan hacer cosas maravillosas con la carne, el reloj no se detiene por completo. Sólo retrocede un poco de tanto en tanto. Y, para la mayoría de la gente, al tiempo que eres restaurado, puedes hacer también que te mejoren un poco al mismo tiempo: una nariz un poco más aguileña o una ondulación natural (¡natural!) en el pelo; incluso Essie lo había hecho, un poco.

Klara no. Las negras cejas seguían siendo un poco demasiado gruesas, la silueta algo más recia de lo que (recordaba) ella hubiera deseado. No se había mantenido joven. Había *seguido siendo* joven, y sólo había una forma de conseguir eso.

Había vuelto al agujero negro. Había regresado voluntariamente al lugar donde yo la había dejado varada, donde el tiempo era frenado hasta llegar a arrastrarse, y todas las décadas que habían transcurrido para mí habían sido sólo semanas o meses para ella.

Apenas podía apartar mis ojos de ella. Aunque había transcurrido casi un siglo desde que Klara y yo habíamos sido amantes, no tuve ningún problema en ver —solamente con mi memoria; no hice nada rudo— la textura de la piel de Klara, y los hoyuelos en la base de su espina dorsal, y su tacto, y su sabor. Fue una curiosa sensación. No era exactamente sentir ansia de su cuerpo. No iba a arrancarle la ropa y echarme sobre ella aquí mismo en el césped del Central Park, con el cerezo en flor sobre nuestras cabezas y Metchnikov y el otro hombre apuesto y sin barriga mirando. No era eso. Realmente no deseaba hacer el amor con ella, al menos no en ningún sentido urgente o tangible. La razón no era simplemente porque se tratara de algo (por supuesto) imposible. La imposibilidad no frena los instintos.

El problema era que, fuera lo que fuese lo que yo deseara o no deseara hacer con Klara, no deseaba en absoluto que ni Metchnikov ni el otro tipo tuvieran participación alguna en ello.

Sé lo que es eso. Tiene un nombre: «celos», y tengo que admitir que en aquellos momentos estaba lleno de ellos.

Dane Metchnikov había conseguido pronunciar toda una frase:

—Me das la *impresión* de alguien totalmente distinto —había dicho.

No estaba sonriendo. Eso no importaba mucho, porque incluso en los viejos días en Pórtico, Metchnikov nunca había sido un tipo sonriente. Y, por supuesto, debía parecerle a él alguien totalmente distinto, porque no me había visto desde hacía mucho más tiempo que Klara..., desde el propio Pórtico.

Me daba cuenta de que aquél era el momento de explorar aquella cuestión de los abogados, así que hice lo que siempre hago cuando necesito consejo e información rápidos. Grité:

—¡Albert!

Naturalmente, no lo grité «en voz alta»..., quiero decir, de una forma que Klara y los dos hombres pudieran oírlo. Y cuando Albert apareció, no fue más visible para ninguno de ellos de lo que lo era mi yo real, no el dupli.

Aquello fue una suerte. Albert se sentía juguetón.

Constituía un extraño espectáculo. Llevaba uno de aquellos chillones, vulgares y ajados suéteres a los que tiene tanto cariño envuelto en torno a su cabeza como un turbante. También se había tomado algunas libertades con sus especificaciones físicas. Sus ojos eran más estrechos, y parecía como si se los hubiera pintado. Su rostro era más oscuro. Su pelo completamente negro y ensortijado.

—Oigo y obedezco, Oh Amo —canturreó en un sonsonete reverente—. ¿Para qué has hecho salir a tu genio fuera de su hermosa y cálida botella?

Cuando dispones de un fiel programa de recuperación de datos como Albert Einstein, no necesitas ningún bufón de corte.

—Payaso —dije—. Llamaré a Essie para que te re programe como sigas haciendo

estas tonterías. ¿Cuál es tu idea de la comedia?

—Oh Amo —dijo, inclinando la cabeza—, tu humilde mensajero teme la justa ira de tu noble persona cuando oye malas noticias.

—Mierda —respondí. Pero tuve que admitir que me había hecho reír, y ésa era una forma de hacer que las malas noticias resultaran más llevaderas—. De acuerdo —dije, asintiendo para indicar que sabía cuáles iban a ser las malas noticias—. Háblame de Metchnikov. Estaba en la misión al agujero negro, y ahora está de vuelta. Eso me hace pensar que le corresponde una parte de la bonificación científica que yo recibí por la misión, ¿correcto?

Albert me miró curiosamente. Luego dijo, desenrollando el suéter de su cabeza.

—Eso es cierto, Robín. Y no solamente él. Cuando Klara volvió al agujero negro con Harbin Eskladar...

—¡Espera! ¿Quién?

—Ése es Harbin Eskladar —dijo, señalando al otro hombre—. Me dijiste que sabías quién era.

—Albert —suspiré, reordenando las conjeturas y malentendidos dentro de mi mente hasta que formaron un nuevo esquema—, a estas alturas tendrías que saber ya que cuando yo digo que conozco *algo*, estoy mintiendo.

Me miró seriamente.

—Eso temí —dijo—. Ésas son las malas noticias, supongo.

Hizo una pausa, como si no hubiera pensado qué debía decir a continuación, así que le animé:

—Dijiste que ellos dos volvieron al agujero negro donde yo les dejé caer a todos.

Agitó la cabeza.

—Oh, Robin —suspiró, pero gracias a Dios no empezó a hablarme de nuevo acerca de mis complejos de culpabilidad. Simplemente dijo—: Sí, eso es cierto. Él y Klara fueron juntos allí para rescatarles, sólo que rescataron a toda la tripulación: los dos Danny, Susie Hereira, las chicas de Sierra Leona...

—Sé quienes estaban en la misión —interrumpí—. ¡Dios mío! ¡Todos han vuelto!

—Todos han vuelto, sí, Robin —asintió—. Y en cierto sentido, a todos les corresponde su parte. Para eso fue Dane Metchnikov a ver a un abogado. Ahora —dijo pensativamente, rebuscando en su bolsillo y sacando su pipa..., su complexión había vuelto a la normalidad, su pelo era blanco y lacio de nuevo—, hay algunas cuestiones éticas y legales curiosas aquí. Como recordarás de anteriores litigios, existe un principio al que los abogados se refieren como «el ternero sigue a la vaca», lo cual significa que toda la fortuna que hayas acumulado subsecuentemente puede ser considerada en cierto modo como una consecuencia de esa Bonificación Científica original derivada de la misión. Que, por supuesto, hubieran compartido todos si hubieran regresado contigo.

—¿Así que tengo que darles el dinero?

—«Tener que» es plantearlo de una forma muy cruda, pero ésa es la idea general, Robín. Como hiciste con Klara cuando se presentó: cien millones de dólares fue la cantidad que le diste para que no presentara ninguna reclamación. Puesto que supuse que iba a plantearse esa pregunta, me he tomado la libertad de hacer que tu programa legal contacte con el del señor Metchnikov. Esa cifra le pareció aceptable. Supongo que algún arreglo similar del mismo orden de magnitud podría ser apropiado también para los demás. Por supuesto, podrían pedir más. Pero no creo que lo hagan; naturalmente, también hay un estatuto de limitaciones.

—Oh —dije, aliviado. Nunca he tenido una idea real de lo «rico» que soy dentro del orden de las varias docenas de miles de millones de dólares, pero mil millones más o menos no constituyen ninguna diferencia—. Creí que habías dicho que tenías malas noticias.

Encendió su pipa.

—Todavía no te he dado las malas noticias, Robín —dijo.

Le miré. Estaba echando bocanadas de su pipa y mirándome a través del humo.

—¡Maldita sea, hazlo!

—Ese otro hombre, Harbin Eskladar —dijo.

—¿Qué pasa con él, maldita sea?

—Klara lo conoció después de dejarnos en la *Único Amor*. También era piloto. Ambos decidieron regresar al agujero negro, así que Klara alquiló la nave de Juan Henriquette Santos-Schmitz, que era capaz de llevar a cabo la misión. Y antes de marchar..., bien..., el caso es, Robín, que Klara y Eskladar se casaron.

Hay sorpresas que, tan pronto como las oyes, sabes instintivamente que hubieras debido estar preparado para ellas. Ésta vino de la nada.

—Gracias, Albert —dije huecamente, despidiéndole. Suspiró al irse, pero se fue.

No tuve valor de seguir hablando con Klara. Di instrucciones a mi dupli de lo que tenía que decirle a continuación, y a Metchnikov, e incluso a aquel Harbin Eskladar. Pero no me quedé allí para verlo. Me retiré al espacio gigabit y lo envolví a mi alrededor.

Sé que Albert cree que paso demasiado tiempo en mi propia cabeza. No negaré ninguna de las cosas que dice. Tampoco quiero decir que esté de acuerdo con ellas. No lo estoy. No soy más listo de lo que él cree que soy, pero tampoco soy más extraño. Básicamente, soy *humano*. Puede que realmente sólo sea la transcripción digital de un ser humano, pero cuando fui transcrito, todas las partes humanas fueron transcritas también, y sigo sintiendo todas las cosas que van con el ser de carne. Tanto las buenas como las malas.

Hago las cosas lo mejor que puedo —generalmente—, y eso es todo lo que puedo hacer.

Sé lo que es importante. Comprendía tanto como Albert que el Enemigo era algo para *asustarse*. Hubiera tenido pesadillas si hubiera dormido (no las tuve cuando pretendí hacerlo, pero eso es otro tema), acerca del universo desplomándose sobre nuestros oídos, y tenía accesos de agitación y depresión cuando pensaba en él, allá en su kugelblitz, listo a salir en cualquier momento para hacernos a nosotros lo que les había hecho a los Perezosos y a la gente de la estrella fuego fatuo y a aquellos enterrados debajo de los hielos.

Pero hay cosas importantes y cosas *importantes*. Sigo siendo aún lo bastante humano como para pensar que las relaciones interpersonales son *importantes*. Incluso cuando pertenecen al tiempo pasado y todo lo que queda de ellas es la necesidad de asegurarse absolutamente de que ya no haya ningún rencor.

Después de que Albert se marchara allá donde se marcha Albert cuando ya no le necesito, floté en el espacio gigabit durante largo rato, sin hacer nada. Durante *largo* rato. Lo suficientemente largo como para que, cuando miré de nuevo a la escena en el Central Park, Klara hubiera llegado al punto de estar diciendo:

—Robín, quiero que conozcas a mi...

Es curioso. No deseaba oír la palabra «marido». Así que me alejé a toda prisa.

Lo que acabo de decir no es exactamente cierto. No me *alejé* de allí. Me fui en busca de alguien, y ese alguien era Essie. Estaba en la pista de baile del Infierno Azul, bailando alocadamente la polka con alguien barbudo, y cuando aparecí canturreó:

—Oh, me alegra verte, Robín, querido. ¿Has oído las noticias? ¡Se ha levantado el embargo!

—Estupendo —dije, tambaleándome sobre mis pies. Ella lanzó una buena mirada a mi rostro, suspiró, y me sacó de la pista de baile.

—Las cosas fueron mal con Gelle-Klara Moynlin —aventuró.

Me encogí de hombros.

—Siguen yendo. Dejé allí a mi dupli. —Permití que me condujera hasta una silla y que se sentara frente a mí, los codos sobre la mesa, la barbilla apoyada en ellos, mirándome

con gran preocupación.

—Ah —dijo, asintiendo mientras completaba su diagnóstico—. De nuevo eso. Angustia. Alienación. Y todo en buenas cantidades, ¿no? ¿Y debido a Gelle-Klara Moynlin?

Dije, juiciosamente:

—No todo, aunque me tornaría una eternidad contarte todas las cosas que me preocupan; pero sí, buena parte es de ello. Se ha casado, ¿sabes?

—Oh. —No añadió: *Tú también*, así que tuve que hacerlo yo mismo.

—No se trata del hecho que se haya casado, por supuesto, porque también lo he hecho yo..., y, francamente, no me arrepiento de haberlo hecho, Essie...

Me miró con el ceño fruncido.

—¡Oh, Robin! No es que pueda llegar a irritarme el oírte decirlo, pero, ¿te das cuenta de lo muy a menudo que lo dices?

—Sólo lo digo porque es cierto —protesté, con la impresión de que mis sentimientos habían sufrido una pequeña herida carnal.

—Ya sé que es cierto.

—Bueno, supongo que sí —admití. No supe qué decir a continuación. Descubrí un vaso en mi mano y bebí.

Essie suspiró.

—Eres un maldito aguafiestas, Robin. Me lo estaba pasando en grande cuando tú no estabas por aquí.

—Lo siendo, Essie, pero, sinceramente, no me siento con ánimos de participar en una fiesta.

—O sea que hay más —suspiró, martirizada—. De acuerdo. Escupe lo que tienes en esa pobre y torturada mente. ¿Qué es lo peor?

—Todo —dije con rapidez. Y cuando su expresión no reflejó que me había explicado con bastante claridad, añadí—: Es que las cosas vienen una detrás de otra, ¿entiendes?

—Ah —exclamó, y durante unos momentos pareció pensar. Luego suspiró—. Eres una persona deprimente, querido Robin. ¿No crees que deberías hablar de nuevo con ese programa aprietatornillos, Sigfrid von Shrink?

—¡No!

—Ah —dijo de nuevo, y volvió a pensar. Luego añadió—: Di lo que quieres hacer, querida y taciturna persona. ¿Qué te parece si dejamos esta fiesta y vemos algunas películas domésticas?

No había esperado eso de ella.

—¿Qué tipo de películas domésticas? —pregunté, sorprendido. Pero ella no respondió. Tampoco aguardó a que yo aceptara. Empezó a mostrármelas.

Los sonidos del Huso y la visión de los prospectores de Pórtico que se lo estaban pasando en grande desaparecieron. Ya no estábamos allí. Estábamos en otro lugar, y contemplábamos un banco con un niño sentado en él.

Bueno, no eran auténticas películas, por supuesto, del mismo modo que ninguna otra cosa en el espacio gigabit es «real». Se trataba simplemente de simulaciones de ordenador. Como todo lo demás que cualquiera de nosotros decidiera imaginar, sin embargo, parecía sorprendentemente «real» en todos sus aspectos: visión, sonido, incluso olores, incluso el helado soplo del aire y la congestión del tiznado aire de nuestra (inexistente) respiración.

Todo aquello era muy familiar. Me estaba mirando a mí mismo..., al niño que había sido yo hacía muchas, muchas décadas.

Me vi temblar, lo cual no era extraño dada la temperatura del aire. El niño Robinette Broadhead estaba sentado, encogido contra el frío, en un banco de un parque. Al menos lo llamaban un parque. En realidad no era más que una pobre excusa. Si las cosas hubieran sido distintas hubiera podido ser algo tremendamente espectacular, porque las colinas de Wyoming se alzaban detrás del yo-niño. Pero no eran hermosas. Eran

humosas masas grisáceas en medio de un sucio aire. Podías ver realmente las partículas de hidrocarburos flotando en él, y las famélicas ramas de los descarnados árboles estaban recubiertas de pegajoso tizne. Yo —el niño que había sido yo— iba vestido de acuerdo con el clima, que era horrible: llevaba tres suéteres, una bufanda, guantes, y un gorro de punto encajado por encima de las orejas. Me chorreaba la nariz. Estaba leyendo un libro. Tenía..., ¿cuánto? Oh, quizá diez años; y tosía mientras leía.

—¿Recuerdas, querido Robin? Son tus buenos viejos días —dijo Essie desde su invisible lugar a mi lado.

—Los buenos viejos días —bufé—. Has estado escarbando de nuevo en mis recuerdos —acusé, sin auténtica irritación, porque por supuesto los dos habíamos invadido los archivos de recuerdos del otro, a menudo y completamente, muchas veces antes.

—Pero mira, querido Robin —dijo ella—. Mira cómo eran las cosas.

No necesitaba que me dijera que mirase. No hubiera podido impedirlo. Tampoco tenía problemas en reconocer la escena. Eran las Minas de Alimentos, donde había pasado toda mi infancia: las minas de esquistos de Wyoming, donde la roca era extraída y horneada hasta convertirla en queratógénos, y luego los aceites eran dados como alimento a fermentos y bacterias para elaborar las proteínas unicelulares que alimentaban a la mayor parte de la demasiado numerosa y demasiado hambrienta raza humana. En esas ciudades mineras nunca te sacabas de encima el olor del aceite mientras vivieras, y en general tampoco vivías demasiado.

—Nunca dije que los viejos días fueran buenos —señalé.

—¡Correcto, Robin! —exclamó Essie, triunfante—. Los buenos viejos días fueron claramente malos. Mucho peores que ahora, ¿no? Ahora ya no existen los niños obligados a crecer respirando hidrocarburos nocivos en el aire y muriendo porque no pueden permitirse el tratamiento médico adecuado.

—Oh, sí, eso es cierto —dije—. Pero...

—¡Espera antes de discutir, Robin! Todavía queda más por ver. Ese libro que estás leyendo. No es *Huckleberry Finn* ni *La sirenita*, creo.

Miré más de cerca para complacer a Essie, y entonces, con un terrible shock, vi el título.

Essie tenía razón. No era ningún libro infantil. Era la *Guía del usuario de los Programas Médicos de Seguros*, y recordaba exactamente cómo había escamoteado el ejemplar de casa cuando mi madre no estaba mirando, a fin de poder comprender exactamente hacia qué tipo de catástrofe estábamos abocados.

—Mi madre estaba enferma —gruñí—. El seguro no nos cubría a los dos, y ella..., ella...

—Ella renunció a su propia cirugía para que tú pudieras someterte a terapia, Robin —dijo suavemente Essie—. Sí, pero eso fue más tarde. No en esta época. Esta vez sólo se trataba de que necesitabas mejor comida y aportes, y no podíais permitirlos.

Todo aquello era terriblemente doloroso para mí.

—Mira mis dientes de caballo —dije.

—Tampoco había dinero para arreglar eso, Robin. Tu infancia fue una mala época, ¿correcto?

—Así que estás interpretando el papel del Fantasma de las Últimas Navidades, ¿eh? —gruñí, intentando aliviar la presión, confundiéndola con una referencia que no pudiera comprender.

Pero cuando dispones de todos los recursos gigabit, puedes comprender muchas cosas.

—No, ni tú eres Scrooge —dijo—. Pero piensa. En esa época, no hace todavía mucho tiempo, la Tierra estaba superpoblada. Hambrienta. Llena de rivalidades y odios. Terroristas, Robin. ¿Recuerdas la violencia y los estúpidos asesinatos?

—Lo recuerdo todo.

—Por supuesto. Bien, ¿qué ocurrió, Robin? Te lo diré. *Tú* ocurriste. Tú y otros centenares de locos, desesperados prospectores en las naves Heechees de Pórtico. Encontrasteis la tecnología Heechee y la trajisteis a la Tierra. Descubristeis nuevos planetas aptos para vivir en ellos, como el descubrimiento de América, sólo que mil veces más grande..., y hallasteis formas en que la gente pudiera trasladarse hasta ellos. Ahora ya no hay lugares superpoblados en la Tierra, Robin. La gente se ha trasladado a lugares nuevos, ha construido mejores ciudades.

¡Y ni siquiera han perjudicado a la Tierra haciéndolo! El aire no se ha visto destruido por los motores a gasolina o los gases de escape de los cohetes; un bucle para subir a la órbita, y luego, ¡a cualquier parte! Ahora ya nadie es tan pobre que no pueda procurarse atención médica, Robín. Incluso los trasplantes de órganos..., y se fabrican órganos con materiales CHON, de modo que ni siquiera es necesario aguardar a que muera otra persona para que te implanten pedazos de segunda mano de algún cadáver. ¿Correcto, Robin? La Factoría Alimentaria Heechee elabora ahora esos órganos; son desarrollos en los que tú has jugado un papel importante. Se ha prolongado varias décadas la vida de carne, siempre gozando de buena salud; y luego transcrito las mentes como nosotros para que puedan vivir mucho más tiempo..., un desarrollo que también has financiado parcialmente y que yo he ayudado en parte a desarrollar, a fin de que ni siquiera la muerte sea algo fatal e irremediable. ¿No ves ningún progreso en ello? ¡No es porque no exista ningún progreso! Es porque al viejo y melancólico Robinette Broadhead le cuesta festejar todo lo que ha conseguido en beneficio de todos los que viven a su alrededor, y sólo ve lo que puede ocurrir más adelante, es decir, mierda.

—Pero —dije, obstinado—, todavía está el Enemigo.

Essie se echó a reír. Realmente, parecía encontrarlo divertido. La imagen desapareció. Estábamos de vuelta al Huso, y ella se inclinó hacia delante para darme un beso en la mejilla.

—¿El Enemigo? —dijo cariñosamente—. Oh, sí, Robin, querido. El Enemigo es una maldita cosa después de otra maldita cosa, como tú dices. Pero nos ocuparemos de él como siempre nos hemos ocupado de todo: una maldita cosa después de otra maldita cosa. Y ahora volvamos a lo que realmente importa; ¡bailemos!

Mi Essie es una mujer maravillosa. Real o no.

Tenía *razón*, por supuesto, lo mirara uno como lo mirara desde el punto de vista de la lógica, así que sucumbí a la lógica. No puedo decir que me sintiera realmente alegre, pero la novocaína, al menos, había amortiguado lo suficiente el dolor —fuera lo que fuese el dolor— para que pudiera pasármelo más o menos bien. Lo hice. Bailé. Me uní a la fiesta. Me uní a los coros de grupo tras grupo de viejos amigos almacenados en máquina, y me reuní con Essie y media docena de otros en el Infierno Azul. Había un grupo bailando lentamente a los acordes de una música que el resto de nosotros no podía oír..., Julio Cassata era uno de ellos, moviéndose como un zombi por la pista, con una hermosa chica oriental en sus brazos. No pareció que molestáramos a los bailarines cuando empezamos a cantar antiguas canciones. Yo canté con los demás, incluso cuando empezaron con las viejas baladas rusas acerca de los trolebuses y la carretera a Smolensko..., no importaba que yo no supiera la letra porque, como digo siempre, cuando estás operando en el espacio gigabit simplemente lo sabes todo acerca de todo lo que quieras saber en el mismo momento en que quieres saberlo, y si en mi caso no lo sabía, estaba seguro de poder contar con Albert Einstein para que acudiera a decírmelo.

Sentí la palmada en mi hombro cuando estaba inclinado sobre el viejo piano, y miré por encima de él para observar el conocido y sonriente rostro.

—Muy buena voz, Robin —cumplimentó—. Y tu ruso se ha vuelto bastante fluido.

—Únete a nosotros —invité.

—Creo que mejor no —dijo—. ¿Robin? Ha ocurrido algo. Todos los principales circuitos de comunicación han desaparecido del aire hará aproximadamente unos mil quinientos

milisegundos.

—¿Oh? —Necesité unos instantes para comprender lo que me estaba diciendo. Luego tragué saliva y dije—: ¡Oh! ¡Eso nunca había ocurrido antes!

—No, Robin. Vine porque creí que tal vez el general Cassata supiera algo sobre esto. —Miró hacia donde Cassata y su chica estaban bailando alegremente.

—¿Crees que debemos preguntárselo?

Albert frunció pensativo el ceño, y antes de que pudiera responder Essie había abandonado la canción para acercarse a nosotros.

—¿Qué ocurre? —dijo secamente, y cuando Albert se lo dijo, pareció terriblemente sorprendida—. ¡No es posible que se produzca algo así! ¡Son muchos circuitos independientes, con otros circuitos secundarios de seguridad!

—No creo que se trate de una avería, señora Broadhead —dijo Albert.

—¿Entonces qué? —preguntó ella—. ¿Más estupideces de la JVA?

—Se trata evidentemente de una orden de la JVA, pero lo que ha originado esa orden es, creo, algo que ha ocurrido en la Tierra. No puedo imaginar de qué puede tratarse.

9 - En Moorea

Los pasajeros de la nave de refugiados de la Rueda de Vigilancia eran casi todos niños, y fue un lloroso viaje. Se animaron un poco cuando alcanzaron la órbita de la Tierra, pero no demasiado. Las buclelanzaderas acudieron en enjambre a su encuentro, pegándose al transporte como lechones a una cerda.

Fue una mala suerte para los niños que la primera nave en llegar hasta ellos fuera de la JVA. Estaba llena de analistas de Inteligencia.

Así que las siguientes horas no fueron divertidas para los niños. Los analistas de la JVA les «interrogaron», haciéndoles testarudamente las mismas preguntas una y otra vez, con la esperanza de conseguir algunos datos nuevos que de alguna manera pudieran ser de utilidad para determinar exactamente lo falsa que había sido la «falsa alarma».

Por supuesto, ninguno de los niños estaba en condiciones de proporcionar ese tipo de información. Transcurrió largo tiempo antes de que los agentes de la JVA se convencieran de ello, pero al final, reluctantes, accedieron a que una serie de personas y programas más amables y comprensivos se hicieran cargo de ellos.

Los recién llegados tenían como misión encontrar lugares para los niños en la Tierra. Para algunos resultaba fácil, puesto que tenían familias allí. Los restantes fueron repartidos en escuelas por todo el planeta.

Estornudos, Harold y Oniko fueron casi los últimos en encontrar un lugar. Se mantuvieron unidos por amistad, pero sobre todo porque ninguno de ellos hablaba francés ni ruso, que era el idioma imperante en las escuelas de París y Leningrado, y además, ninguno de ellos estaba preparado para enfrentarse a la confusión de una gran ciudad. Eso eliminaba Sydney, Nueva York y Chicago, y cuando el programa de alojamientos había hallado ya lugares para todos los demás niños, ellos aún seguían esperando.

—Me gustaría que fuera algún lugar cálido, no demasiado lejos de Japón —dijo Oniko. Estornudos, que había perdido ya las esperanzas de hallar una colonia Heechee que le aceptara, añadió su voto a la petición.

El programa de alojamientos era una mujer con aspecto de maestra, de mediana edad, ojos brillantes, habla suave. Aunque su forma era humana, Estornudos captó que de ella emanaba amabilidad. Contempló su pantalla —que no existía, como ella no existía tampoco—, leyó el output por unos instantes, como desconcertada, luego dedicó a Estornudos una complacida sonrisa.

—He encontrado tres vacantes en Moorea, Estornudador. Eso está muy cerca de Tahití.

—Gracias —dijo educadamente Estornudos, mirando sin entenderlo el mapa que ella le mostraba. El nombre de ¡a isla no significaba nada para él. Un lugar humano sonaba muy parecido a cualquier otro lugar humano, porque todos ellos eran igualmente exóticos y desconcertantes para un niño Heechee. Pero Harold, que al fin había aceptado hoscamente el hecho de que no era posible ser llevado inmediatamente al mundo de Peggy, exclamó a sus espaldas:

—¡Oh, chico! Me apunto contigo a ése, ¿de acuerdo? ¡Y si es bonito, quizá puedas comprarlo como has dicho que querías hacerlo, Oniko!

La lanzadera les llevó en un bucle hasta Nueva Guinea. Luego vino la parte más larga del viaje, un reactor estratosférico hasta el aeropuerto de Faa-Faa-Faa en Papeete. Como un trato especial hacia los recién llegados, la directora humana de la escuela fue a buscarles allí y les llevó en barca hasta la cercana isla.

—Mirad allí —dijo, sujetando la mano de Oniko mientras los niños se aferraban a los asientos al aire libre del bote de motor inercial—. Justo al otro lado del promontorio, dentro de la laguna, ¿veis esos edificios blancos en la orilla? ¿Con el campo de taros a un lado, junto a la montaña, y la plantación de papayas al otro? Ésa es vuestra escuela.

No mencionó los otros edificios de aspecto menos agradable que había más arriba en la ladera de la montaña. Harold estaba demasiado ocupado con su mareo por encima de la borda de la embarcación para preguntar acerca de ellos, y Estornudos demasiado consumido por la añoranza sin lágrimas del distante núcleo, y Oniko demasiado abrumada por la intensa gravedad de la Tierra como para responder a nada.

Para Oniko todo era doloroso, si no incluso amenazador para su salud. Se sentía *aplastada*. En la Tierra su delgado cuerpo no pesaba más de treinta kilos, pero eso era veintitantos más de lo que sus no acostumbrados huesos y músculos habían tenido que soportar nunca antes.

Todos los niños refugiados habían necesitado prepararse para la gravedad de la Tierra después de permanecer en la Rueda de Vigilancia. Durante todo el largo viaje a la Tierra no habían dejado de beber cosas ricas en calcio como leche, y chocolate caliente, y, lo más extraño de todo, «sopa de queso», y habían hecho ejercicios durante tres horas al día en las centrifugas y en las máquinas elásticas. Para Oniko era la única alternativa a la rotura de huesos. Los programas médicos habían elaborado planes especiales para ella, y había pasado interminables horas sobre una mesa mientras un zumbante sonar impulsaba a sus huesos a fortalecerse y una serie de impulsos eléctricos hacían que cada uno de sus músculos se contrajera. A medida que se acercaban a la órbita de la Tierra, el automédico no dejaba de asegurarle que se había recalcificado mucho. Estaría a salvo de fracturas si se ejercitaba razonablemente, y utilizaba un andador, y no saltaba desde ninguna altura. Pero si bien sus huesos habían sido preparados para resistir la prueba, no podía decirse lo mismo de sus músculos. Cada paso la agotaba. Cada vez que se ponía en pie el movimiento *le dolía*. Así que el elemento exótico que le proporcionó más placer en sus primeros días en la Escuela Preparatoria de la Polinesia Occidental fue la laguna.

El agua no era exactamente algo placentero. ¡Había criaturas *vivas* debajo de aquellas olitas verdosas! Pero había aceptado la promesa del automaestro de que ninguna de ellas iba a hacerle daño, y cuando se sumergía en la cálida y salada laguna, apenas sentía ningún peso en sus doloridos huesos. Flotaba relajadamente en ella cada vez que tenía la ocasión. Por la mañana antes de la clase, durante los recreos, incluso después de anochecer, cuando la «luna» (también maravillosa, también temible) iluminaba las pequeñas olas para ella.

Para Estornudos el mar no era ni excitante ni divertido. Había visto mares en su propio planeta, en el núcleo. ¿Por qué no? Pero no eran considerados como una diversión particular, puesto que los Heechees no podían nadar. Sus huesos y músculos no notaban bien sin una apreciable envoltura de grasa, y los Heechees no tenían grasa. Así que, para estar junto a Oniko, a veces se dejaba tentar y la acompañaba en un bote hinchable. Pero

sólo raras veces se permitía sumergirse en el agua más allá de una profundidad que le cubriera.

Harold, al principio, encontró en Moorea un hogar.

La Tierra era muy parecida al mundo de Peggy, explicó a sus compañeros de clase. No, le respondieron algunos, lo decía al revés: el mundo de Peggy era muy parecido a la *Tierra*. De hecho, tenían razón. Eso era lo que había hecho que los seres humanos se sintieran tan ansiosos de colonizarlo en aquellos primeros tiempos, cuando la fecundidad de los cuerpos humanos era superior a la capacidad del planeta de albergarlos a todos. Bien, quizá, dijo razonablemente Harold; pero cualquiera que tuviera un poco de seso se daba cuenta inmediatamente de que el mundo de Peggy era *mejor*.

Harold consideró decepcionante, si no ultrajante, el que los demás niños demostraran tan poco interés en oír aquello de sus labios.

Los tres niños de la Rueda compartían un hándicap especial. Eran *extranjeros*. Eran los chicos más nuevos de la escuela, habían acudido a ella ya muy adelantado el curso escolar. Las amistades y alianzas se habían formado hacía tiempo. Por supuesto, la directora humana invitó a todos los estudiantes a mostrar una cortesía y una consideración especiales hacia aquellos huérfanos del espacio intergaláctico. Los estudiantes lo hicieron así, al menos por un tiempo. Pero la cosa no duró mucho. Una vez formuladas todas las preguntas («¿Visteis *realmente* al Enemigo?» «¿Cuándo va a *salir?*»), y comprobada la ausencia de respuestas satisfactorias, las poderosas líneas del compañerismo en clase y en los juegos se cerraron y les dejaron fuera. No voluntaria ni violentamente. Pero fuera.

Fue peor para Estornudos y Oniko. Estornudos era el único Heechee en la escuela, y Oniko la única niña que había sido educada a la manera Heechee. Simplemente eran demasiado distintos para ser amigos de nadie. Harold no tuvo esos problemas al principio. Contemplaba el sorprendente pico central de Moorea y exclamaba: «¿Y llamáis a eso una montaña? ¡Oh, en el mundo de Peggy hay un pico que tiene catorce kilómetros de alto!» Contemplaba escenas de las ciudades de Nueva York y Brasilia y decía desdeñosamente que en el mundo de Peggy la gente mantenía limpias sus ciudades. Tras la clase de antigüedades discutía acerca de Pompeya y la Gran Muralla china. Harold no dejaba de decir que en el mundo de Peggy, gracias al cielo, la gente sabía que tenía que desembarazarse de las cosas viejas. Puesto que en la escuela había estudiantes de Katmandú, Nueva York, Brasilia, Beijing y Nápoles, el menosprecio de Harold hacia sus atracciones turísticas locales no hacía nada por animarles. Los automaestros suplicaban benévolamente, pero los estudiantes no tenían ninguna obligación de respetar sus deseos.

A largo plazo, Harold se convirtió en un extranjero mayor que Oniko o Estornudos. Estos dos últimos estudiaban con ahínco. Cuando disponían de tiempo libre lo empleaban en las datamáquinas, aprendiendo incluso cosas que no se les exigía que aprendieran. Ambos se situaron muy rápidamente en los primeros lugares de sus clases, y Harold, que luchaba por mantener un puesto honorable, se sentía celoso. Finalmente se puso furioso; Cuando un día el automaestro repartió los resultados de unas pruebas, la luz de encima de la cabeza de Harold se encendió y éste saltó de su asiento y exclamó:

—¡Automaestro! Esto no es justo. ¡Claro que éstos dos han obtenido mejores calificaciones, porque han hecho trampa!

—Vamos, Harold —sonrió pacientemente el automaestro: era ya al final de las lecciones del día, y todos los estudiantes estaban mostrándose nerviosos, casi irritables—. Seguro que Estornudador y Oniko no han hecho *trampa*.

—Bien, ¿cómo lo llamaría usted entonces? Tienen consigo durante todo el tiempo esas bases de datos que llevan colgadas, y las utilizan. ¡Les he visto hacerlo!

El automaestro dijo con firmeza:

—Realmente, Harold, tú sabes muy bien que Estornudador, como todos los Heechees,

necesita de una fuente constante de microondas a bajo nivel para conservar su salud...

—¡Pero Oniko no!

El automaestro agitó la cabeza.

—No hay motivo para utilizar palabras como «hacer trampas» simplemente porque un estudiante lleve consigo sobre su persona su propio sistema de recuperación de datos. Tú tienes tu propia consola en tu pupitre, ¿no? Ahora, por favor, siéntate de nuevo para que podamos hablar de las tareas de conceptualización de esta tarde.

Y aquella tarde, en la laguna, Harold permaneció rígidamente sentado en la playa llena de conchas mientras Oniko chapoteaba en los bajíos y Estornudos cavaba en busca de trozos de coral.

—Lamento que no te gustemos —dijo Estornudos.

—¿De qué demonios estás hablando? ¡Somos amigos! Claro que me gustáis —mintió Harold.

—No, creo que no —exclamó Oniko desde dos metros más allá—. ¿Por qué, Harold? ¿Te hemos hecho algún daño?

—No, pero tú eres un ser humano. ¿Por qué actúas como un Heechee?

—¿Qué hay de malo en actuar como un Heechee? —preguntó Estornudos, siseando su irritación.

—Bien —dijo razonablemente Harold—, tú no puedes *evitar* lo que eres, pero sois tan cobardes, ¿sabes? Escapasteis y os ocultasteis del Enemigo. No os *culpo* por ello —añadió, como si en realidad les culpaba mucho—, porque mi padre dice que es natural que los Heechees se pongan amarillos en seguida.

—En realidad yo me pongo más bien tostado —dijo orgullosamente Estornudos; su color había estado cambiando, una señal de que estaba creciendo.

—No me refiero al *color*. Me refiero a amarillos de *miedo*. Y eso es porque sexualmente sois unos parados.

Oniko se acercó chapoteando para escuchar mejor.

—¡Nunca había escuchado nada tan extraño! —se quejó.

—Es un asunto de biología —explicó Harold—. Mi padre me lo contó. Los seres humanos son las criaturas más sexuales de la galaxia, y por eso son tan valientes y listos. Si observas algún animal inferior, digamos un león o un gorila o un lobo...

—Nunca he visto ninguno de ellos.

—No, pero has visto fotos, ¿verdad? Y Estornudos también, ¿no? Bien. ¿Has visto alguna vez a un gorila con tetas como una chica? —Se dio cuenta de que Estornudos miraba de reojo el plano pecho de Oniko y dijo irritadamente—: Oh, Dios, no me refiero a *ahora*. Quiero decir cuando *crecen*. Las mujeres humanas tienen grandes pechos todo el tiempo, no sólo cuando están dando de mamar a sus niños como cualquier estúpido animal. Las mujeres humanas pueden practicar, ¿sabes?, pueden practicar el sexo constantemente, no sólo un año o algo así. Eso lo explica todo, ¿entiendes? Es la forma que emplea la evolución para hacernos mejores, porque las mujeres humanas pueden hacer que los hombres mosconeen todo el tiempo a su alrededor. Así es como empezó la civilización, hace cientos de miles de años.

Oniko vadeó penosamente hasta salir del agua, con el ceño fruncido. Intentando seguir la línea de razonamiento de Harold, preguntó:

—¿Qué tiene que ver esto con ser valientes?

—¡Así es como los seres humanos se las han arreglado tan bien! Mi padre me lo contó todo. Los padres humanos se quedaban con sus compañeras todo el tiempo, porque deseaban, bueno, hacer constantemente el amor, ya sabes. Así que se encargaban de buscar comida y todo lo demás, y las madres podían arreglárselas mejor cuidando a los niños. Los Heechees no se preocupan tanto por esas cosas.

—Mis padres están juntos —dijo Estornudos con convicción. No estaba irritado. Todavía no había decidido si aquello merecía irritarse con Harold o no, pero encontraba la

argumentación confusa.

—Lo hacen probablemente porque nos copian a nosotros —dijo Harold dubitativo, y Estornudos meditó sobre aquello, porque sospechaba que en parte podía ser verdad. Sabía que, en el núcleo, los Heechees vivían en comunidades, no en familias nucleares—. De todos modos, ellos no, esto, practican el sexo constantemente, de la forma en que lo hacen mi madre y mi padre, ¿no?

—¡Por supuesto que no! —exclamó Estornudos, escandalizado. Las mujeres Heechees hacían el amor solamente cuando era el tiempo biológico adecuado para hacerlo. Su padre se lo había explicado hacía mucho tiempo. El cuerpo de la mujer le decía cuándo era el momento, y entonces se lo comunicaba al hombre, sin que parecieran ser necesarias palabras, no sabía cómo, Frenorradiación no había sido demasiado explícito al respecto.

—¿Lo ves? —exclamó triunfante Harold—. ¡Eso hace que los hombres humanos siempre estén pavoneándose delante de sus chicas! En los tiempos antiguos quizá *cazaran* o lucharan contra alguna otra tribu. Ahora hacen otras cosas, como jugar al fútbol o hacer descubrimientos científicos..., o ir de exploración, ¿entiendes? Eso nos hace más *valientes*.

Oniko, secándose con una toalla, dijo dubitativa:

—Mi padre me dijo que mi abuelo estaba terriblemente asustado cuando salió de Pórtico.

Harold se encogió de hombros.

—Hay excepciones individuales.

—Y las mujeres salían también. Había casi tantas mujeres como hombres en el artefacto.

—Oh, Oniko —exclamó Harold, exasperado—. Estoy hablando de una ley *general*, no de *individuos*. Tú no sabes cómo son las cosas en el mundo humano, porque nunca has vivido en uno bueno, como el mundo de Peggy.

Oniko se irguió en su andador.

—No creo que las cosas sean realmente así tampoco en la Tierra, Harold.

—Seguro que lo son. ¿No acabo de *decírtelo*?

—No, no lo creo. Hice algunas investigaciones después de llegar aquí. ¿Estornudos? Pásame mi vaina; creo que tengo en ella mi diario.

Se puso la vaina y se inclinó sobre ella. Luego, enderezándose trabajosamente, dijo:

—Sí, aquí está. Escucha: «La antigua "familia nuclear" es menos frecuente hoy en la Tierra. Las parejas sin hijos son cada vez más abundantes. Cuando las parejas tienen hijos es muy normal que ambos padres trabajen; hay también una amplia proporción de familias con un solo padre.» Eso no es exactamente como tú lo dices, Harold.

Harold resopló desdeñosamente.

—Llevar un diario es una estupidez —dijo—. ¿Cuándo lo empezaste?

Ella le miró, pensativa.

—No lo recuerdo exactamente. Cuando estábamos en la Rueda.

—Bueno, yo también llevo uno —exclamó Estornudos—. Supongo que cuando tú me dijiste que lo llevabas decidí que parecía una buena idea.

Oniko frunció el ceño.

—Creí que eras tú quien me lo había dicho —murmuró. Luego hizo una mueca—. Pero ahora lo que deseo es ir a mi dormitorio y echarme un rato antes de cenar, por favor.

Siento que tengo que disculparme un poco, porque me he desviado mucho en el tiempo (aunque no tanto, lamento decirlo, como tendré que hacerlo más adelante). Creo que debería centrar esos esquemas temporales un poco más. Esto no ocurrió mientras Essie y yo estábamos en la Rueda, no en muchos millones de milisegundos. Ocurrió antes, mientras Essie y yo estábamos empezando a discutir si íbamos a acudir o no a la reunión del centenario en Roca Rugosa y mi vida, en general, parecía tranquila y plácida.

No sabía lo que se estaba preparando.

Por supuesto, los niños tampoco sabían lo que se estaba preparando. Estaban ocupándose de sus asuntos, es decir, estaban ocupándose de ser niños. Cuando, en el transcurso normal de las prácticas escolares, Estornudos acudió a su examen médico anual, el automédico se mostró complacido de verle; no tenía a menudo la oportunidad de examinar a un Heechee sano, con su doble corazón, sus casi planos órganos interiores y su nudosa musculatura.

—Todo es normal —le dijo, examinando aprobadoramente los monitores—. Sólo que no parece que duermas bien, Estornudos.

—A veces tengo dificultad en dormirme —admitió reluciente Estornudos—. Luego sueño...

—¿Oh? —El automédico había adoptado la forma de un hombre joven; sonrió tranquilizadamente y dijo—: Cuéntamelo.

Estornudos dudó; luego, a regañadientes, dijo:

—No dispongo de capullo, ¿sabe?

—Ah —dijo el programa. Estornudos aguardó. No deseaba tener que contarle a aquel programa mecánico lo que significaba para un joven Heechee tener que dormir en una cama, sin nada más que unas sábanas que echar por encima de su cabeza. Los Heechees dormían *envueltos*, preferiblemente con alguna especie de materia blanda y cálida donde poder enterrarse; ésa era la forma correcta de dormir, y las sábanas y las mantas no eran un sustituto. Cuánta razón había tenido su padre en prohibirle una cama, pensó melancólicamente.

No tuvo que aclarar sus palabras; la base de datos del automédico proporcionó la explicación.

—He encargado un capullo para ti —dijo benévola el programa—. Ya. En cuanto a esos sueños...

—¿Sí? —dijo Estornudos con desánimo. No deseaba hablar de los sueños. Nunca lo había hecho, ni siquiera a Oniko; ni siquiera le gustaba recordarlos cuando estaba despierto.

—¿Bien? ¿Qué es lo que sueñas?

Estornudos dudó. ¿Qué era lo que soñaba? ¡Qué no soñaba!

—Sueño en mis padres —empezó—, y en Casa. Quiero decir mi auténtica casa, en el núcleo...

—Es lógico —dijo el automédico, sonriendo.

—Y luego están los otros sueños. Son... distintos. —Estornudos hizo una ligera pausa mientras pensaba—. Me asustan. Son..., bueno, a veces hay esos bichos. Nubes de ellos. Formando enjambres, flotando, parpadeando... —Se lanzaban sobre él y reptaban por entre sus ropas, se metían en su boca, en su piel, le picaban sin que sintiera ningún dolor...—. Son como luciérnagas —terminó, tembloroso.

—¿Has visto alguna vez una luciérnaga? —preguntó pacientemente el programa.

—No. Sólo en fotos, quiero decir.

—Las luciérnagas no pican, Estornudos —señaló el automédico—. Y los insectos que pican producen dolor y escozor. ¿Has soñado algunos de ellos?

—Oh, no. Nada como eso... Al menos, no exactamente —se corrigió Estornudos—. Pero hay una especie que, no sé cómo decirlo, que causan un hormigueo en mi cabeza. Quiero decir que me hacen sentir, no sé cómo..., me hacen desear aprender cosas.

—¿Qué tipo de cosas, Estornudos?

—Cosas —dijo el niño, con aire infeliz. Estornudos sabía que estaba describiendo muy mal sus sueños. ¿Qué otra cosa puedes hacer cuando intentas reflejar un sueño con palabras? Los sueños eran algo blando e impreciso e informe. Las palabras eran duras y exactas. El idioma del Sentir Heechee hubiera sido un poco mejor para eso, pero el programa había elegido hablar en inglés, y Estornudos era demasiado educado para

quejarse.

Pero el programa asintió, como si comprendiera.

—Sí, sí, Estornudos —dijo amablemente—. Esos sueños son símbolos. Quizá representen tu interés infantil, perfectamente normal, hacia la sexualidad de tus padres. Quizá se refieran a los traumas que has experimentado. Puede que no te des cuenta de ello, Estornudos, pero has sufrido muchas más tensiones en las últimas semanas de las que muchos adultos experimentan en años.

—Oh —dijo Estornudos. Realmente se daba cuenta de ello.

—Y además —suspiró el programa—, hay una aprensión general que siente todo el mundo en estos días. No sólo los niños. Adultos de ambas razas, e incluso inteligencias almacenadas en máquina; nadie está exento. Comprenderás que me refiero al Enemigo.

—Es aterrador —admitió Estornudos.

—Y en particular para un niño impresionable, que incluso ha experimentado algo de esa aterradora experiencia personal, aunque aparentemente carezca de base, en la Rueda de Vigilancia. —El automédico carraspeó, anunciando un cambio de tema—. Ahora, ¿qué hay acerca de esos diarios tuyos?

Estornudos siseó débilmente, luego se acomodó al nuevo enfoque.

—Impiden que sienta añoranza —dijo, no porque fuera cierto, que no lo era, sino porque Estornudos había aprendido lo que aprende todo niño, sea humano o Heechee: que cuando los adultos hacen preguntas difíciles, puedes satisfacerles con las respuestas fáciles que ellos esperan de ti.

—Es una terapia muy buena —admitió el automédico—. ¡Pero tantos detalles, Estornudos! ¡Tantas páginas de datos! Cualquiera pensaría que estás intentando compilar una enciclopedia. ¿No crees que deberías dedicar menos tiempo a ese tipo de cosas y jugar un poco más con tus compañeros de clase?

—Lo intentaré —prometió Estornudos, y cuando finalmente pudo marcharse, revisó hacia atrás las anotaciones de su diario en su dormitorio. Casi todas empezaban con la misma observación: «Los programas humanos no saben mucho acerca de los niños Heechees».

Pero cuando empezó a escribir de nuevo en su diario, no fue eso lo que puso.

No me importa lo que diga Albert, no puedo evitar sentir pena por Estornudos. Y por Oniko. Y..., oh, demonios, sí, incluso por Harold Wroczek. En realidad, Harold no era malo. Simplemente no tenía mucha práctica en ser amable.

Los tres siguieron pasando cada vez más tiempo juntos que con cualquiera de los otros trescientos y pico de estudiantes, aunque Harold odiaba cuando Estornudos y Oniko insistían en pasar interminables horas en las bases de datos.

—Dios mío —se quejaba—, ¿creéis que tenéis que aprender *todo* lo que hay ahí?

—Nos gustaría —dijo simplemente Oniko. Harold abrió resignado las manos. Pero les siguió a regañadientes a las salas de estudios y, sin nada mejor que hacer, estudió un poco él también. Ante la sorpresa de todos, sus evaluaciones empezaron a subir.

Aparte el aislamiento y los inquietantes sueños, a Estornudos le gustaba la escuela. La playa era algo estupendo, una vez te acostumbrabas a estar en el agua; el autodeportes construyó para Estornudos una especie de arnés de flotadores que éste podía llevar sin problemas, y no pasó mucho tiempo sin que pudiera nadar con los demás. Las clases eran interesantes. Los demás estudiantes eran como mínimo tolerables, si no cálidamente amistosos. Y la isla era hermosa, aunque llena de curiosas y a veces preocupantes cosas. Por ejemplo, había la pradera justo encima de la escuela. Enormes rumiantes de largos cuernos pastaban en ella. Cuando Estornudos buscó información sobre ellos en las bases de datos, descubrió que se llamaban «ganado», y cuando supo para qué se criaba generalmente el ganado, se sintió enfermo. Estornudos había pasado sus cuatro años en la Rueda de Vigilancia resueltamente decidido a no pensar en la forma en que sus compañeros de escuela preferían obtener sus proteínas. Ahora se veía enfrentado a la

mugiente y defecante fuente de asados y hamburguesas. ¡Asqueroso! El noventa y nueve por ciento de la dieta de Estornudos, como de cualquier Heechee que se preciara, procedía de los helados gases cometarios..., o de cualquier otra fuente que se hallara a mano de los cuatro elementos básicos de la nutrición humana, carbono, hidrógeno, oxígeno y nitrógeno. Bastaba con añadirles unos cuantos elementos secundarios, y la comida CHON podía convertirlos en algo de tu agrado. Era barato. Era enormemente nutritivo, puesto que estaba fabricado para que cumpliera con todos los requisitos de una dieta. Y no requería matar nada que pudiera sentir dolor.

De todos modos, la mitad de las comidas de la escuela eran CHON. Había una Factoría Alimentaria flotante en los someros mares vecinos a la cercana isla de Tahití, que absorbía sus materiales básicos del mar y del aire. Pero los niños humanos, como los adultos humanos, parecían disfrutar con la visión de aquellos sangrantes «bistecs» que comían, procedentes directamente de animales vivos..., aunque no, por supuesto, de los que pastaban justo encima de la escuela, porque aquél era un ganado selecto dedicado a otros fines especiales.

No habló de esos fines especiales con sus compañeros de escuela. Eso fue una suerte para Estornudos, porque criar animales para comerlos (hubiera descubierto muy pronto) no era después de todo el uso más repelente al que podían destinarse.

Durante el segundo mes de estancia de Estornudos en la isla de Moorea ocurrieron dos cosas buenas.

La primera fue que llegó su capullo, y fue instalado en el cubículo de su dormitorio, de modo que a partir de entonces pudo acurrucarse feliz entre los blandos copos de espuma y cerrar la tapa sobre su cabeza para dormir, como cualquier Heechee que se preciara. Esto dio origen a una buena cantidad de bromas de sus compañeros de dormitorio, pero Estornudos las toleró de buen talante. Aquello no detuvo los sueños; pero al menos fue una mejora respecto a las estériles y desagradables mantas y sábanas bajo las que tenían que meterse los pobres niños humanos.

La segunda fue que la directora de la escuela descubrió lo mal ajustado que estaba el programa médico normal para un niño Heechee, y se tomó la molestia de adquirir otro más adecuado. El nuevo programa tomó la forma de un apuesto macho Heechee, de piel cobriza y ojos profundos. Poseía un centímetro de plumón sobre su liso cráneo, y los tendones de su hombro y cuello se agitaron amistosamente cuando saludó a Estornudos. Le gustó enormemente su nuevo automédico desde el primer encuentro, y cuando llegó el momento del segundo acudió a él de buen grado. Oniko tenía que pasar su revisión al mismo tiempo. Estornudos la ayudó cuidadosamente a cruzar el estrecho pasillo, aunque con su bastón la niña era capaz de arreglárselas ya razonablemente por sí misma, y saludó alegremente a la autoenfermera.

Para sorpresa de ambos, la enfermera los condujo a una misma habitación. El joven Heechee de Estornudos y la mujer humana de mediana edad de Oniko estaban sentados juntos al otro lado del escritorio, y había un par de sillas para los niños.

—Pensamos que podíamos hablaros juntos —dijo la automédico de Oniko, ¡en Heechee!—, porque tenéis mucho en común.

—Los dos tenéis el mismo tipo de sueños —añadió el Heechee—. Pequeñas criaturas luminosas que zumban a vuestro alrededor, incluso os pican. Pero sin causaros nunca realmente ningún dolor.

—Y siguen y siguen —dijo la automujer.

—Eso es cierto —admitió Estornudos, mirando a Oniko. La niña asintió.

—Y ninguno de vosotros parece sentir mucho interés hacia los deportes —añadió la mujer—. Puedo comprender eso en ti, Oniko, puesto que aún no estás lo bastante fuerte físicamente como para hacer mucho ejercicio. Pero tú, Estornudador, te hallas en una condición física excelente. Y ninguno de vosotros ve la PV, ¿verdad? Ni jugáis al fútbol, al béisbol, al jai alai, nada en absoluto.

—Creo que son más bien aburridos, sí —admitió Estornudos.

—Escúchate a ti mismo, Estornudado!"—dijo el automédico Heechee—. ¿Suenas como un niño de diez años?

—A mí me suena completamente normal —resopló Oniko. La mujer asintió.

—Según tus estándares, sí —dijo—. Pero los dos parecéis tener unos intereses extremadamente adultos. Hemos comprobado vuestros registros de recuperación de datos. Podemos comprobar que cada uno de vosotros ha pasado muchas horas aprendiendo todo lo posible sobre el Enemigo. Realmente, todo el mundo tendría que hacer lo mismo..., ¿es algo muy importante para todos nosotros!, aunque muy pocos de vuestros compañeros parecen tan motivados en esta área. ¿Pero por qué tienes tanto interés en el transporte hiperlumínico, Oniko?

La niña pareció desconcertada.

—Bueno, supongo que simplemente es *interesante*. ¿No está todo el mundo interesado en ello?

—No hasta tal punto, ni en razas tan alienígenas como los Perezosos, los Quanices y los Cerdos Vudú.

—Pero son divertidas —dijo defensivamente Oniko.

—Sí —admitió el automédico Heechee, tomando la palabra—. Y los temas que más te interesan a ti, Estornudador, son también divertidos y muy importantes, me atrevería a decir. La localización de los puestos de avanzada y depósitos Heechees; la historia de la exploración Heechee; los principios implicados en penetrar en los agujeros negros. Pero, ¿sabes, Estornudador?, incluso una curiosidad perfectamente normal, cuando es llevada hasta esos extremos, puede ser... Disculpad —dijo de pronto, mirando a la mujer que tenía a su lado. Y la mujer dijo, con un brusco cambio de tono en su voz:

—Chicos, está siendo transmitida una noticia muy importante. La directora desea que todos los estudiantes la vean, así que terminaremos esta entrevista para pasársela. —Y los dos se dieron la vuelta en sus sillas para mirar la pared que tenían detrás. Se iluminó con una brillante neblina plateada que se fue aclarando hasta mostrar el rostro de un hombre, muy ampliado, con expresión seria. Cuando apareció estaba hablando:

—...y ésta es otra parte del mensaje decodificado.

El rostro hizo una pausa, escuchando, mientras otra voz, incorpórea, hablaba rápidamente en un tono apresurado y mecánico. Decía:

—El número total de especies existentes en la actualidad en la galaxia que son ya técnicamente capaces o dan indicaciones de posible desarrollo futuro hacia tal estadio es de once. Sólo tres de ellas han dominado el vuelo interestelar, y una de las tres utiliza sólo sistemas de propulsión Einsteinlimitados. Dos de las restantes pueden alcanzar el vuelo espacial dentro de los próximos siglos. Las demás utilizan herramientas en distintos estadios de desarrollo.

La voz se apagó, y el rostro, con los ojos preocupadamente entrecerrados, dijo:

—Todo el mensaje, frenado a velocidad de habla normal, se estima que dura más de nueve horas. Sólo algunas porciones de él han sido regrabadas para estudio a tiempo real. Sin embargo, para aquellos que acaben de conectar con nosotros, el mensaje llegó en un estallido de transmisión que duró solamente uno coma cero cero ocho tres segundos. El origen de la transmisión aún no ha sido establecido, excepto que llegó al satélite de transmisión de la Tierra y fue radiado en dirección al kugelblitz, al parecer desde la Torre de Tokio. Todas las líneas de superficie que llegan a la Torre están siendo investigadas en estos momentos. —El rostro hizo una pausa, mirando con ojos acerados a su audiencia—. Por supuesto, no están permitidas las transmisiones a velocidad más rápida que la luz en dirección a la Rueda de Vigilancia o al kugelblitz, según las reglas de emergencia dictadas por la Junta de Vigilancia a los Asesinos hace más de diez semanas.

Un movimiento al lado de Estornudos lo arrancó del trance que le había causado la transmisión. Miró a su alrededor. Oniko se había levantado de su silla y cojeaba hacia la

puerta.

—Disculpen —murmuró Estornudos, y la siguió. Fuera, Oniko estaba apoyada contra la pared, sollozando.

—¿Qué ocurre? —preguntó, alarmado—. Esto..., bien, realmente es para preocuparse, pero puede que sólo se trate de un error técnico, o de una broma pesada, o...

—Oh, Estornudos —gimió la niña—. ¿Acaso no te das cuenta?

Él abrió la boca para responder, pero ella no le dejó:

—Ese mensaje, ¿sabes lo que era? ¡Era parte de mi *diario*!

10 - En lo profundo del tiempo

Cassata estaba bailando ensoñadamente, con los ojos cerrados y la cabeza de la bajita mujer oriental apoyada en su hombro. ¡Increíble! Ella parecía exactamente un ser humano normal con el sentido común de cualquier ser humano normal, ¡y sin embargo estaba acurrucada contra aquel hombre! Me eché a reír suavemente.

—Cassata, ¿qué demonios ocurre?

Me dirigió una mirada peculiar. No sé de qué otra forma describirla. No era de disculpa; no era arrogante. Parecía más bien, no sé, quizá la palabra adecuada fuese «condenada». Ciertamente, él lo estaba. Lo que le aguardaba cuando regresara a su original de carne era la destrucción, pero hacía tiempo que él sabía esto, y en ningún momento su expresión había sido aquélla. Parecía como si estuviera aguardando la caída del hacha.

Se separó cortésmente de su pareja, le dio un beso en la frente y se volvió hacia mí.

—Desea usted hablar conmigo —dijo.

—Por supuesto que...

Alzó una mano.

—Supongo que nosotros también queremos hablar con usted —suspiró—. Pero no aquí. Ni en su nave tampoco. En algún lugar más agradable. Donde pueda sentirme a gusto.

Abrí la boca para decirle lo poco que me importaba dónde pudiera sentirse él a gusto, pero Albert se me adelantó.

—¿La Rué de la Paix quizá, general Cassata? ¿Un pequeño café al aire libre junto a la *Rive Gauche*?

—Algo así sería espléndido —admitió Cassata..., y allí estábamos, sentados en torno a una mesita metálica en un soleado bulevar, bajo un parasol a rayas que anunciaba un aperitivo, mientras un camarero con un delantal blanco nos preguntaba qué deseábamos tomar.

—Una magnífica elección, Albert —dijo apreciativamente Cassata, aunque yo no compartía su opinión.

—Déjese de tonterías —ladré—. ¿Por qué han bloqueado todas las emisiones de radio procedentes de la Tierra?

Cassata recogió un Campari con soda de la bandeja del camarero y lo olió pensativamente.

—No lo sé —dijo. Y añadió—: Todavía.

—¡Pero usted sabe por qué han embargado mi nave!

—Oh, sí, Robín. Fue una orden.

—¿Y la nave embargada del núcleo? —intervino Essie, sin aguardar su turno..., tampoco se sentía demasiado bien dispuesta hacia Cassata. Él se encogió de hombros. Eso era todo lo que Essie necesitaba. Le lanzó una mirada asesina, luego se volvió hacia mí—. ¿Puedes creer esto? ¡Incluso los Antiguos Antepasados Heechees deben informar primero a la JVA! ¡Luego ellos verán si somos lo bastante mayorcitos como para merecer

que nos comuniquen los datos obtenidos!

—Órdenes —repitió Cassata. Luego miró más atentamente a Essie y dijo, apaciguadoramente—: Se trata sólo de un tecnicismo, señora Broadhead.

—¡Un tecnicismo *estúpido!* ¿Robin? Envía una orden al Instituto; esos payasos incultos no merecen ninguna cooperación.

—Hey, espere, aguarde un minuto —dijo Cassata apresuradamente, haciendo todo lo posible por mostrarse agradable—. Se trata sólo de una medida de emergencia. Más adelante, estoy seguro de que si usted y Robinette desean tener acceso a cualquier información, no habrá ninguna dificultad..., quiero decir, ninguna *auténtica* dificultad, en proporcionársela; pero primero tienen que ser interrogados por la Junta de Vigilancia a los Asesinos antes de que pueda ser del dominio público, por supuesto.

—¡*Nada* de «por supuesto»! ¡Aquí no hay ningún «por supuesto» que valga! —Se volvió hacia mí, con ojos llameantes—. Robin, dile a este soldado que no se trata de ningún favor personal hacia ti y hacia mí, sino de información que nos pertenece a todos.

—Esta información pertenece a todo el mundo, Cassata —dije.

Essie no estaba dispuesta a dejar así las cosas.

—¡*Díselo*, Robín! —restalló, tan ferozmente que los transeúntes de la Rué de la Paix nos miraron con curiosidad. No eran reales, por supuesto, sólo parte del entorno, pero cuando Essie programa un entorno, lo hace a fondo. Una mujer bajita y de piel oscura pareció fascinada por nosotros..., más de lo que cabría esperar de una simple figurante. La miré de nuevo, y descubrí que era la mujer con la que Cassata había estado bailando; evidentemente Cassata había dejado un rastro de migas de pan para que ella pudiera deslizarse hasta nuestro nuevo entorno.

Aumenté el voltaje. Le dije:

—No tiene usted elección. Mire, Cassata, no se trata de un asunto de material clasificado para que el enemigo no pueda echarle la mano encima. No hay enemigos en esto a excepción del Enemigo. ¿Cree usted que estamos espiando para él?

—No, por supuesto que no —dijo, reacio, intentando complacer—. Pero se trata de órdenes a alto nivel.

—¡Nosotros estamos a alto nivel!

Se encogió de hombros a la manera de mire-yo-sólo-trabajo-aquí.

—Claro que lo son. Sólo que... —Hizo una pausa al atisbar a la mujer entre la gente. Le hizo una inclinación de cabeza; ella sonrió, le envió un beso con la punta de los dedos y desapareció—. Lo siento —dijo—. Es una amiga mía; le dije que ésta era una reunión privada. ¿Qué estaba diciendo usted?

Me eché a reír.

—¡Sabe usted condenadamente bien lo que estaba diciendo! —Y hubiera podido seguir hablando, pero la expresión de Cassata cambió bruscamente.

Ya no me estaba escuchando. Su rostro se petrificó. Sus ojos quedaron vacíos, como si estuviera escuchando algo que ninguno de los demás podía oír.

Y de hecho así era, porque reconocí la expresión. Tenía el aspecto que tiene alguien almacenado en máquina cuando se le comunica algo por un canal privado. Incluso tuve una idea bastante aproximada de lo que iba a decir a continuación. Frunció el ceño, agitó la cabeza, miró a su alrededor por unos momentos, sin ver nada, y luego lo dijo.

—Oh, *mierda* —dijo el general Julio Cassata.

Noté que la mano de Essie se deslizaba en la mía. También se daba cuenta de que estaba ocurriendo algo malo.

—¡Cuéntelo! —exigí.

Suspiró profundamente.

—Tengo que volver a la JVA —dijo—. ¿Les importaría llevarme?

Esta vez me sorprendió. Lo primero que dije fue sólo un reflejo.

—¿Qué? —Y luego me organicé—. ¡Cambia usted muy rápidamente de opinión,

Cassata! Primero me dice que debo quedarme aquí, luego inmoviliza mi nave...

—Olvide eso —dijo, impaciente—. Estamos metidos en un nuevo juego. Tengo que regresar inmediatamente, y usted posee la nave más rápida. ¿Me lleva?

—Bueno... Bien, quizá, pero... ¿Pero qué...?

—Acaban de comunicármelo. La interrupción de las comunicaciones por radio no era un ejercicio. Se trata de algo real. Creo que el Enemigo tiene una base en la Tierra.

Llevar uno consigo a una inteligencia almacenada en máquina como el general Cassata (o yo mismo) hasta un lugar determinado no ocupa mucho espacio. Todo lo que tienes que hacer es tomar el chip, disco, cinta o cubo de almacenaje que la contiene y meterlo en la nave, y partir. Cassata tenía prisa. Ya tenía a una autocosa trabajando en ello mientras me lo pedía, y cuando llegó a la nave lo metimos dentro y partimos.

El tiempo necesario para la transferencia fue de menos de tres minutos.

Demasiado.

No malgasté esos tres minutos. Mientras aguardábamos a que la autocosa lo trajera de un hangar a otro presenté mis últimos respetos a un perdido amor.

No me tomó mucho tiempo. La noticia de la suspensión de comunicaciones radiofónicas había llegado ya incluso a la gente de carne, y las estatuas de piedra que eran las personas estaban dirigiéndose a las placas de PV, donde un programa de noticias estaba comunicando al asteroide que todas las comunicaciones por radio habían sido interrumpidas.

Mi dupli estaba muy rezagado con respecto a todos los demás, con aspecto infeliz. Vi inmediatamente por qué. Allí estaba Klara, y allí estaba también su... su *marido*, y permanecían más juntos y abrazados que nunca.

Deseé...

Deseé sobre todo (o al menos, a un nivel razonable) haber podido tener la oportunidad de conocer un poco mejor a Harbin Heskladar. ¡Era extraño que Klara se hubiera casado con un antiguo terrorista! Era extraño que se hubiera casado con alguien que no fuera yo, pensé...

Y luego pensé: Robin, viejo tonto, será mejor que te largues de aquí. Y volví rápidamente a la *Único Amor*, y partimos.

—¡Robín! ¡Ven a mirar! —exclamó Essie, y entré en la sala de control para hacer lo que me indicaba. Julio Cassata tenía un aspecto avergonzado y deprimido debajo de la pantalla visora, y Essie estaba señalando furiosa—. ¡Naves de guerra! —exclamó—. ¡Mira, Robin! ¡Los gatillos fáciles de la JVA se están preparando para barrer nuestro mundo!

Cassata me miró.

—Su mujer me está volviendo loco —dijo. No le miré. Estaba contemplando la pantalla. En aquel primer momento antes que conectáramos el impulsor hiperlumínico las pantallas habían captado el satélite de la JVA, a un centenar de miles de kilómetros de distancia; desde nuestra lejana órbita quedaba casi oculto por la masa de la Tierra, pero pude ver claramente que el satélite no estaba solo. Había un enjambre de moscardones a su alrededor.

Naves. Essie tenía razón. *Naves de guerra*.

Entonces entramos en velocidad hiperlumínica. La pantalla se oscureció, y Cassata protestó:

—No van a *atacar* nada. Se trata sólo de una *precaución*.

—¿Precaución enviar toda una flota con las armas a punto? —se burló Essie—. ¡De esas precauciones surgen las guerras!

—¿Preferiría usted que no hubiéramos hecho nada? —preguntó él—. De todos modos, estarán pronto allí. Podrán quejarse directamente a él si quieren... Quiero decir...

Se detuvo, de nuevo con gesto hosco; porque por supuesto «él» era él mismo, en su versión de carne.

Pero tenía razón.

—Por supuesto que nos quejaremos —le dije—. Empezando con por qué este «mensaje» nos ha sido mantenido en secreto.

Albert tosió educadamente.

—No lo fue, Robín —dijo.

Cassata se rió, beligerante.

—¿Lo ve? Siempre se está precipitando. El mensaje fue radiado en un estallido de transmisión, y así fue recibido. Apuesto a que Albert lo grabó.

Albert dijo, como disculpándose:

—No era más que una especie de informe sinóptico de todo lo referente a las razas Heechee y humana, Robin. No hay nada en él que no puedas hallar en la *Encyclopaedia Britannica* y en otros muchos lugares semejantes.

—Ja —exclamó Essie, malhumorada, pero no dijo más. Pensó durante unos instantes. Luego se encogió de hombros—. Amigos, podéis serviros unas copas y todo lo demás —dijo, recordando sus deberes de anfitriona—. Yo voy a escuchar por mí misma ese estallido.

Fui a seguirla, porque la compañía de Essie en el peor de sus días seguía siendo mucho mejor que la de Julio Cassata, pero él me detuvo.

—Robin —dijo—. No quería decir nada mientras ella aún estaba aquí...

Le miré, sorprendido. No podía creer que hubiera algo que él y yo pudiéramos compartir como confidencia. Entonces añadió:

—Es acerca de ese tipo con el que se ha casado su antigua amiga.

—Oh —dijo. Eso no pareció satisfacer a Cassata, así que continué—: No lo conozco de antes, pero su nombre es Harbin Eskladar, creo.

—Su nombre es Eskladar, sí —dijo vagamente Cassata—, y yo lo conozco. Odio sus retorcidas entrañas.

No puedo negar que aquello despertó mi atención inmediata. Saber quién era exactamente aquella persona asquerosa que se había casado con Klara me interesaba.

—Tome una copa —dije.

Me miró dubitativo, luego se encogió de hombros.

—Una rápida —aceptó—. ¿No lo recuerda usted? Bien, ¿no me recuerda a mí? Quiero decir, hace treinta o cuarenta años, cuando nos conocimos. Yo era general de brigada por aquel entonces.

—Lo recuerdo, por supuesto —dije, trayendo las copas.

Tomó la que le ofrecí sin mirar lo que era.

—¿No se le ocurrió preguntarse nunca por qué me tomó todos esos años ser promovido dos miserables grados?

En realidad, nunca se me había ocurrido. Jamás había pensado demasiado en Cassata, y mucho menos acerca de cómo hacía su trabajo, porque no había significado más que malas noticias incluso allá en el Alto Pentágono, cuando yo todavía era de carne y todas las fuerzas armadas tenían que preocuparse acerca de los terroristas humanos. Mi opinión sobre Cassata en aquel tiempo era que se trataba de una verruga en el rostro de la raza humana. Nada había cambiado desde entonces, pero dije educadamente:

—Supongo que nunca llegué a saber por qué.

—¡Eskladar! ¡Eskladar fue el porqué! ¡Era mi ayuda de campo, y estuve a punto de ser arrojado fuera del servicio por culpa suya! El hijo de puta tenía dos empleos, y cuando salía de trabajar se dedicaba al terrorismo. ¡Formaba parte de la antigua célula secreta terrorista del general Beaupre Heimat en el Alto Pentágono!

Al cabo de un momento dije de nuevo:

—Oh —y esta vez Cassata asintió irritadamente, como si con aquello yo lo hubiera dicho todo.

En un cierto sentido así había sido, porque cualquiera que haya vivido aquellos días de

miseria y terrorismo no necesita discutir sobre lo que habían sido. No era algo que nadie olvidara. Durante veinte años y más todo el planeta se había estremecido con las bombas, había sido violado, arrasado, extorsionado por una gente cuya furia había superado tanto su cordura que en lo único en que pensaban para expresar su descontento era en matar a alguien. Y no sólo había muerto *un* alguien; habían muerto centenares de miles, de una forma u otra, desde depósitos de agua potable contaminados con virus hasta edificios derrumbados y ciudades bombardeadas. Y no sólo un alguien en particular, porque los terroristas habían golpeado a todo el mundo, tanto inocentes como culpables..., o los que ellos consideraban culpables, al menos.

Y lo peor de todo era que gente de confianza, oficiales militares de alto rango e incluso cabezas de estado, habían sido miembros secretos de grupos terroristas. Todo un nido de ellos había sido descubierto en el propio Alto Pentágono.

—Pero Eskladar rompió la cadena —dije, recordando.

Cassata intentó reír. Sonó más como un ladrido.

—La rompió para salvar su propia piel —dijo..., y luego, reluctante—: Bien, quizá no sólo para salvarse. Supongo que era un idealista. Pero en lo que a mí respecta, eso no importa. Era mi ayudante de campo, y me costó la promoción durante veinte años.

Terminó su bebida. Sus ojos se iluminaron, y dijo:

—Bien, no deseo seguir haciéndola esperar... —y entonces se detuvo, pero un poco demasiado tarde.

—¿Hacer esperar *a quién*? —pregunté, y él retrocedió ante la forma en que lo dije.

—Bueno, Robín —dijo abyectamente—, no creí que a usted le importara si yo..., si a mi lado estaba..., bien...

—Una mujer —deduje astutamente—. Tenemos un polizón a bordo.

No pareció arrepentido.

—No se trata más que de un amor enlatado, como usted —dijo..., la diplomacia nunca había sido el plato fuerte de Cassata—. Lo único que hice fue ordenar que la almacenaran junto a mí. No va a ocupar mucho espacio, por el amor de Dios, y a mí sólo me queda...

Se detuvo allí, sin acabar de decir que a él sólo le quedaba muy escaso tiempo. Era un poco, sólo un poco, demasiado orgulloso para suplicar.

No tuvo que hacerlo.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

—Alicia Lo. Es la mujer con la que estaba bailando.

—Bien —dije—, sólo se trata de este vuelo. De acuerdo. Disfrute de su compañía.

No añadí: «Pero manténganse fuera de mi vista». No tuve que hacerlo. Eso era exactamente lo que debía pensar hacer, y si yo me hubiera hallado en su posición supongo que hubiera hecho exactamente lo mismo.

Y luego ya no quedó nada más excepto el interminable viaje en sí.

En la *Único Amor*, sólo se necesitan veintitrés minutos para el viaje hiperlumínico de Roca Rugosa al JVA. Es una auténtica eternidad. De hecho, ni siquiera es más rápido que la luz, porque once y medio de estos minutos se emplean en acelerar en un extremo y once y medio en decelerar en el otro; el viaje en sí emplea solamente, oh, un parpadeo y medio. De todos modos, veintitrés minutos no es mucho..., según los estándares de una persona de carne.

Una vez nos hubimos librado del asteroide, y Albert se ocupó de fijar el rumbo hacia el satélite, no quedó nada que hacer excepto morderme (metafóricamente) mis metafóricas uñas. Mantenemos a la *Único Amor* siempre que podemos dentro del sistema solar, sin alejarnos demasiado de la propia Tierra, de modo que siempre estoy en contacto con todos los muchos proyectos que estoy desarrollando en la Tierra para mantenerme distraído..., es lento, sí, pero sólo segundos lento, no eternidades. No esta vez. Esta vez había la interrupción radiofónica. Hubiera podido enviar mensajes, de acuerdo (aunque Cassata lo había prohibido furiosamente), pero no hubiera habido ninguna respuesta.

Todo lo que me quedaba para distraerme era Essie, y Albert, y mis recuerdos. Cassata no servía de gran cosa. Mis recuerdos son abundantes (al fin y al cabo, incluyen todo lo que podemos meter en los bancos de datos de la *Único Amor*, lo cual es mucho), pero los recuerdos superiores eran principalmente de Klara, y en su conjunto tristes.

Essie, por otra parte, resultaba siempre una recompensa..., o casi siempre. Las únicas veces que no es una recompensa es cuando me veo atrapado en una maraña de irritación o preocupación o miseria, y me temo que así es como me sentía en aquellos momentos. Ella arregló nuestro entorno de Johore, un lugar encantador que domina las calles de Singapur, y yo me sentí lúgubrementemente allí, ignorando la comida malaya que ella había encargado, y ella me lanzó una de sus miradas de Oh-Dios-ya-está-de-nuevo-con-eso.

—Algo te preocupa —afirmó. Me encogí de hombros—. No es hambre, supongo —ofreció, ensartando una bola de arroz con una especie de cosas negras en ella y masticando placenteramente. Fingí coger algo envuelto en una hoja y masticarlo—. Robin —dijo—, tienes dos elecciones. Habla conmigo. O habla con Albert-Sigfrid. Cualquiera de las dos cosas, maldita sea..., pero habla. No tiene sentido que te lo guardes todo para ti mismo.

—Sí, supongo que debo hacer eso —reconocí, porque era cierto. Estaba sintiéndome estúpido de nuevo.

Albert me encontró en Roca Rugosa, o al menos la simulación del asteroide que creé para que encajara con mi humor. Yo estaba en el Nivel Tango, donde están ancladas las naves, paseando sin rumbo fijo y contemplando los lugares de donde se había marchado la gente a la que conocía para no volver nunca.

—Pareces un poco deprimido —dijo, como disculpándose—. Pensé que valía la pena venir por si podía hacer algo.

—No puedes hacer nada —murmuré, pero no le dije que se fuera. Especialmente sabiendo, estaba seguro, que era Essie quien lo había enviado allí.

Sacó su pipa, la encendió, dio unas pensativas chupadas durante un rato, y luego dijo:

—¿Te importaría decirme lo que pasa por tu mente en estos momentos?

—Me importaría.

—¿Es porque crees que estoy cansado de oírte contar siempre las mismas cosas, Robin? —preguntó, y vi que había auténtico afecto en aquellos ojos simulados.

Dudé, luego decidí lanzarme de cabeza. Dije:

—Lo que pasa por mi mente es *todo*, Albert. No, espera, sé lo que vas a decir. Vas a preguntarme cuál de todas las cosas es la que está encima. De acuerdo. Es el Enemigo. Me *asusta*.

Dijo pacíficamente:

—Hay mucho de lo que asustarse en ese contexto, sí, Robin. Ciertamente, el Enemigo nos amenaza a todos.

—No, no —dije, impaciente—. No quiero decir con exactitud la amenaza. Quiero decir que resulta tan difícil de comprender.

—Ah —respondió, fumando su pipa y mirándome.

—Quiero decir, simplemente no tengo una idea muy clara de lo que está ocurriendo con el universo —expliqué.

—No, Robin —aceptó amablemente—. No la tienes. Sin embargo, podrías. Si me dejas explicarte el espacio de nueve dimensiones y algunos de los otros conceptos...

—Cállate ya con eso —ordené, sabiendo que estaba cometiendo un error. Tengo el derecho a ser humanamente caprichoso, todo el mundo está de acuerdo con ello, pero algunas veces creo que voy demasiado lejos.

Entiendan, hay una infinidad de conocimientos a mi alcance, porque estoy tan disperso.

No me gusta hablar de lo que me ocurre estando tan «disperso» cuando hablo con la gente de carne, porque eso hace que piensen que me siento superior a ellos. No quiero que piensen eso, especialmente porque, por supuesto, soy realmente superior. Ese

infinito recurso de datos es sólo una parte de la diferencia entre yo y la carne.

La cantidad de datos que se hallan disponibles para mí no es infinita, por supuesto. Albert no me permite que utilice palabras como «infinito» para nada que pueda ser contado, y en lo que respecta a ese conocimiento que existe almacenado en chips, discos o cintas en alguna parte, seguro que alguien ha contado los archivos. Alguien. No yo. No tenía intención de contar la cantidad de bits de datos, y no pensaba tampoco absorberlos todos, simplemente porque me asustaba demasiado.

¡Oh, Dios, estaba asustado! ¿De qué? No sólo del Enemigo, aunque constituía algo de lo que asustarse. Estaba asustado de mi propia dispersión, que no me atrevía a explorar enteramente.

Temía, temía *enormemente*, que si me dejaba expandir hasta absorber todo el conocimiento dejaría de ser por completo Robinette Broadhead. Temía que dejaría de ser humano. Temía que la pequeña parcela de datos que era yo se vería simplemente ahogada en toda aquella información acumulada.

Cuando sólo eres una memoria almacenada en máquina de un ser humano, haces todo lo posible por defender tu humanidad.

Albert se ponía a menudo impaciente conmigo acerca de eso. Decía que era un fallo nervioso. Incluso Essie me incordiaba de tanto en tanto. Me decía cosas como:

—Querido tonto Robín, ¿por qué no tomas lo que es tuyo? —Y luego me contaba pequeñas historias de su propia infancia para animarme—. Cuando era joven en la academia, rompiéndome la cabeza sobre algún estúpido volumen de referencia o quizá sobre el álgebra booleana o sobre la arquitectura de los chips en la Biblioteca Lenin, a menudo miraba horrorizada a mi alrededor. ¡Oh, auténticamente horrorizada, querido Robín! Veía todos los diez millones de volúmenes que me rodeaban, y me sentía enferma. De veras, Robín, *enferma*. Una enfermedad casi física. Casi hasta el punto de vomitar ante el pensamiento de engullir todos aquellos libros grises y verdes y amarillos, de saber todo lo que *podía* saber. ¡Resultaba imposible para mí!

—Eso es exactamente, Essie —decía yo, ansioso—. Yo...

—¡Pero eso no es imposible para ti, Robín! —me interrumpía severamente—. ¡Mastica, Robín! ¡Abre la boca! ¡Traga!

Pero yo no podía.

Al menos, no lo hacía. Me aferraba tenazmente a mi forma física humana (aunque imaginaria) y a mis limitaciones de carne humana, aunque autoimpuesta.

Naturalmente, buceaba de tanto en tanto en ese enorme almacenamiento. Sólo buceaba. Probaba algunos bocados escogidos del festín. Cuando deseaba, como dirían ustedes, algún volumen en particular, accedía a ese archivo. Mantenía mis ojos resueltamente fijos en ese solo «volumen», e ignoraba las interminables estanterías de «libros» que había alrededor.

O, mejor aún, recurría a mi corte de sabios.

Los reyes solían hacer eso. Yo tenía todas las prerrogativas de cualquier rey. Hacía lo que hacían los reyes. Cuando deseaban saber algo acerca del contrapunto, mandaban llamar a Haendel o a Salieri. Si sentían una momentánea curiosidad hacia el próximo eclipse, Tycho Brahe acudía corriendo. Mantenían a mano una amplia corte de filósofos, alquimistas, matemáticos y teólogos. La corte de Federico el Grande, por ejemplo, era casi una universidad puesta del revés. Había una facultad de todos los expertos en todas las disciplinas que podía permitirse alimentar, y en cada una de ellas un solo estudiante. Él.

Mejor que ningún rey que hubiera vivido nunca, yo podía permitirme todo esto y más. Podía permitirme *cualquier* autoridad en *cualquier* tema. Me resultaban bastante baratos, porque no tenía que darles de comer ni pagar a sus amantes, y ni siquiera eran «ellos». Estaban todos englobados en mi único programa general de recuperación de datos, Albert Einstein.

Así que, cuando, me quejaba a Essie:

—Me gustaría comprender que significa toda esa charla acerca de que el universo se encoge —ella se limitaba a mirarme por unos instantes.

Luego decía:

—Ja.

—No, de veras —respondía yo, y era de veras.

—Entonces pregúntale a Albert —decía, radiante.

—¡ Oh, demonios! Ya sabes lo que significa eso. Me contará todo lo que deseo saber, pero *seguirá* contándomelo hasta que me haya dicho *mucho* más de lo que quiero saber.

—Querido Robín —me decía ella—, ¿no crees que es posible que Albert sepa mucho mejor que tú cuando es suficiente?

—Oh, demonios —respondía yo.

Pero, de pie allí con Albert en el débilmente iluminado túnel de metal de los (simulados) hangares del asteroide, me pareció que había llegado el momento. Ya no podía seguir eludiéndolo.

De modo que dije:

—De acuerdo, Albert. Abre mi cabeza. Échalo todo dentro. Supongo que podré resistirlo, si tú puedes.

Me dirigió una sonrisa radiante.

—No será tan malo, Robin —prometió, y luego se corrigió—: No será *maravilloso*, sin embargo. Admito que va a ser un trabajo duro. Quizá... —Miró a su alrededor—. Quizá debiéramos empezar buscando un lugar algo más cómodo. ¿Con tu permiso?

No aguardó a mi permiso, por supuesto. Simplemente siguió adelante y nos rodeó con el estudio de nuestra casa en el mar de Tappan. Empecé a relajarme un poco. Di una palmada para que el autocamarero me trajera una bebida larga, y me senté cómodamente. Albert me estaba examinando con ojo crítico, pero no dijo una palabra hasta que le indiqué:

—Estoy preparado.

Se sentó, lanzando bocanadas de su pipa mientras me miraba.

—¿A qué, exactamente?

—A que me cuentes todas las cosas que has estado deseando contarme durante el último millón de años.

—Oh —sonrió—, pero Robin, ¡son demasiadas! ¿No puedes ser un poco más específico? ¿Qué cosa en particular estás dispuesto a dejar que te explique?

—Quiero saber qué tiene a ganar el Enemigo colapsando el universo.

Albert pensó unos momentos en aquello. Luego suspiró.

—Oh, Robin —dijo, tristemente.

—No —respondí yo—. Nada de «Oh, Robin», nada de decirme que hubiera tenido que hacer eso hace mucho tiempo, nada de explicarme que tengo que aprender mecánica cuántica o algo así antes de poder comprender. Quiero saberlo *ahora*.

—Eres un amo exigente, Robin —se quejó.

—¡Hazlo! Por favor.

Hizo una pausa para reflexionar, atacando el tabaco en su pipa.

—Supongo que simplemente podría contarte toda la enchilada —dijo—, como he intentado hacer antes y siempre te has negado a escuchar.

Me preparé para lo que iba a venir.

—Vas a empezar de nuevo con tu espacio de nueve dimensiones, ¿verdad?

—Eso y otras muchas cosas, Robin —dijo firmemente—. Todas están implicadas en el asunto. La respuesta a tu pregunta carece de significado sin ellas.

—Házmelo tan sencillo como te sea posible —supliqué.

Me miró con una cierta sorpresa.

—Esta vez estás hablando en serio, ¿verdad? Por supuesto que intentaré hacerlo,

querido muchacho. ¿Qué crees que pienso? Creo que la mejor forma de empezar es no decirte absolutamente nada. Simplemente te mostraré las imágenes.

Parpadeé.

—¿Imágenes?

—Te mostraré el nacimiento y la muerte del universo —dijo, complacido consigo mismo—. Eso es lo que me has pedido, ¿no?

—¿De veras?

—De veras. La dificultad es que tú simplemente te niegas a captar lo complicado de lo que estás pidiendo. Llevará un cierto tiempo, varios miles de milisegundos al menos, incluso aunque intentes no interrumpir...

—Interrumpiré siempre que lo desee, Albert.

Lo aceptó con un asentimiento de cabeza.

—Sí, lo harás. Ésa es una de las razones por las que tomará tanto tiempo. Pero si estás dispuesto a dedicarle todo el tiempo necesario...

—¡Oh, hazlo, por el amor de Dios!

—Pero *si* ya lo estoy haciendo, Robin. Sólo un momento. Requiere un cierto trabajo preparar el display..., ya está —terminó, radiante.

Y entonces desapareció. Todavía radiante.

Lo último que vi fue la sonrisa de Albert. Flotó durante un momento, y luego todo desapareció a mi alrededor.

—Estás jugando a Alicia en el País de las Maravillas conmigo —acusé..., acusé a nadie y a nada, porque no había nada que saborear, ver, sentir u oler.

Pero había algo que oír, porque la tranquilizadora voz de Albert dijo:

—Sólo un poco de diversión para empezar, Robin, porque la cosa va a ser muy seria a partir de ahora. ¿Qué es lo que ves?

—Nada —respondí.

—Correcto. Esto es lo que ves. Pero en realidad estás *mirando* a todo. Esto es el universo entero, Robin. Aquí hay toda la materia, energía, tiempo y espacio que hubo nunca o que habrá alguna vez. Es el átomo primordial, Robin, el monobloque, la cosa que estalló en el Big Bang.

—No veo malditamente nada.

—Por supuesto que no. No puedes ver sin luz, y la luz todavía no ha sido inventada.

—Albert —dije—, hazme un favor. Odio esta sensación de no estar en ninguna parte. ¿No puedes dejarme ver algo?

Hubo un momento de silencio. Luego el radiante rostro de Albert apareció sobre el fondo negro.

—Supongo que no te hará ningún daño si podemos vernos el uno al otro —admitió—.

¿Está mejor así?

—*Enormemente* mejor.

—Estupendo. Sólo recuerda, por favor, que todavía no hay ninguna luz real. No hay luz sin fotones, y todos los fotones se hallan aún en ese único punto invisible. No sólo eso —prosiguió, recreándose en sí mismo—, sino que, aunque *podieras* ver, no habría ningún lugar *desde donde* mirar, porque no existe ningún «lugar» donde situarte. El espacio tampoco ha sido inventado..., o, para decirlo un poco más exactamente, todo el espacio, y toda la luz, y todo lo demás, se halla todavía en este solo punto donde estamos ahora.

—En ese caso —dije, hoscamente—, ¿qué quieres dar a entender por «aquí»?

—¡Ah, Robín! —exclamó alegremente—. ¡No eres tan estúpido, después de todo! Ésa es una pregunta *realmente* buena..., desgraciadamente, como muchas de las mejores preguntas, carece de significado. La respuesta es que la pregunta está planteada equivocadamente. No hay ningún «aquí» aquí; sólo hay la apariencia de un «aquí», porque estoy intentando mostrarte algo que por definición no puede mostrarse.

Estaba empezando a sentirme desanimado.

—Albert —dije—, si ésta es la forma en que va a seguir todo el espectáculo...

—Oh, vamos —ordenó—. No abandones ahora. El espectáculo no ha empezado todavía, Robín; sólo estoy preparando el decorado. Para comprender el inicio del universo debes echar a un lado todas tus preconcepciones del «tiempo» y del «espacio» y del «ver». Nada de eso existe en este punto, hace unos dieciocho mil millones de años.

—Si el tiempo todavía no existe —dije astutamente—, ¿cómo sabes que fue hace dieciocho mil millones de años?

—¡Otra estupenda pregunta! Y la misma respuesta. Es cierto que antes del Big Ban no existía nada parecido al tiempo. Así que lo que estás mirando pudo ser hace dieciocho mil millones de años. También pudo ser hace dieciocho billones trillones cuatrillones quintillones o lo que tu quieras de años. La cuestión no tiene importancia. Pero este objeto existió, Robin, y luego estalló.

Retrocedí instintivamente. ¡Y estalló, delante mismo de mis ojos! La nada se convirtió repentinamente en algo, un punto de luz intolerablemente brillante, y el punto estalló.

Fue como una bomba H arrojada sobre mis rodillas. Casi pude sentir como me encogía, vaporizaba, convertía en plasma y dispersaba. Retumbantes truenos golpearon mis no existentes oídos y puñearon mi incorpóreo cuerpo.

—*Dios* mío —aullé.

Albert dijo pensativamente:

—Es posible que sí. —La idea pareció complacerle—. No en el sentido de una deidad personal, quiero decir..., me conoces demasiado bien para eso. Pero seguramente hubo una Creación, y fue esto.

—¿Qué ocurrió?

—Bueno, el Big Bang acaba de bigbanguear —dijo Albert, sorprendido—. Eso es lo que viste. Pensé que lo habías reconocido. El universo ha empezado.

—Y también se ha detenido —dije, empezando a recuperarme, porque el gran estallido se había congelado.

—Yo lo he detenido, sí, porque deseo que te fijes en este punto. El universo todavía no es muy viejo..., aproximadamente diez a la menos treinta segundos más tarde. No puedo decirte mucho acerca de tan pronto, porque no conozco mucho. Ni siquiera puedo decirte lo grande que era el universo, o como quieras llamar a lo que existía antes del universo. Más grande que un protón, probablemente. Más pequeño que una pelota de ping pong, quizá. Puedo decirte, creo, que la fuerza dominante ahí dentro fue probablemente la fuerza nuclear fuerte, o posiblemente la gravedad, quizá..., siendo tan compacto, la gravedad tenía que ser forzosamente alta. *Muy* alta. Lo mismo que la temperatura. Cuan alta, no lo sé exactamente. Probablemente tan alta como puede llegar a ser posible. Hay algunas razones teóricas para creer que la temperatura más alta posible es algo del orden de los diez grados Kelvin a la doceava potencia..., puedo proporcionarte el argumento, si quieres...

—¡Sólo si es absolutamente necesario, por favor!

—No creo que este punto en particular sea *absolutamente* necesario —dijo, reluciente—. De acuerdo. Déjame explicarte qué otra cosa no te puedo decir. No te puedo decir tampoco nada acerca del estadio que estás contemplando ahora, excepto señalarte unas cuantas cosas que *quizá* no te resulten evidentes. Por ejemplo, este estallido de fuego que estás contemplando lo contiene *todo*. Contiene los átomos y partículas que ahora te constituyen a ti, y a mí, y la *Único Amor*, y la Rueda de Vigilancia, y la Tierra, y el Sol, y el planeta Júpiter, y las Nubes de Magallanes, y todas las galaxias en el cúmulo de Virgo, y...

—Y todo, de acuerdo —dije, para frenarle—. He captado el cuadro. Es *grande*.

—Ah —dijo, satisfecho—. Pero, ¿sabes?, no lo has captado. No es *grande*. Me he tomado unas cuantas libertades. Lo he aumentado mucho, porque en realidad el Big Bang no fue en absoluto grande. ¿Qué tamaño dirías que tiene esa bola de fuego?

—No tengo ninguna forma de decirlo. ¿Un millar de años luz de diámetro?

Agitó la cabeza y dijo pensativamente:

—No creo. Más pequeña. Quizás antes del Bang no tenía ningún tamaño en absoluto, porque el espacio todavía no había sido inventado, y ahora no está muy lejos de eso. Pero es definitivamente *pequeña*. Y sin embargo lo contenía todo. ¿Lo captas bien hasta ahora?

Me limité a mirarle, y sacudió la cabeza.

—Sé que es pesado para ti, Robin, pero quiero asegurarme de que comprendes. Ahora, respecto a la explosión. No hubo ningún *sonido*, por supuesto. No había ningún medio para transmitir el sonido. Además, no había tampoco ningún lugar a donde transmitirlo; eso fue solamente otra libertad que me tomé. Más importante aún, el Big Bang no fue el tipo de explosión que empieza como la chispa de un petardo y se difunde en el aire a medida que se expanden los gases, porque...

—Porque no hay ningún aire, ¿correcto? ¿O ni siquiera espacio?

—¡Muy bien, Robin! Pero hay otro aspecto en el que esta explosión fue diferente de todas las demás explosiones. No se expandió como un globo o como una explosión química o nuclear. Fue algo completamente distinto. ¿Has visto esas flores japonesas de papel que echas en un acuario? ¿Esas que, a medida que se empapan con el agua, se expanden? Fue más bien como eso, Robin. Pero lo que se infiltraba entre las partes de la... *cosa* original, o como quieras llamarla, átomo primordial o lo que sea, no era agua. Era espacio. El universo no estalló. Se hinchó. Muy aprisa y hasta muy lejos, y todavía sigue haciéndolo.

—Oh —dije.

Albert me miró escrutadoramente por unos instantes. Luego suspiró, y el estallido siguió estallando.

Nos rodeó. Creí que iba a consumirnos. No lo hizo, pero quedamos empapados en un mar de terrible luz. De su mismo centro me llegó la voz de Albert.

—Voy a hacer que nos alejemos unos cuantos años luz —dijo—. No sé cuántos, sólo los suficientes para que podamos contemplar el espectáculo a una respetable distancia. —La gran bola de fuego se contrajo y se alejó de nosotros hasta que no fue más grande que la luna llena.

—Ahora, el universo *ya* es bastante viejo —dijo—. Quizás una centésima de segundo. Está muy caliente. La temperatura se halla en torno a los diez grados Kelvin a la onceava potencia, y es muy denso. No quiero, decir denso como la materia. No había ninguna materia. Era *demasiado* denso para eso. El universo era una masa de electrones, positrones, neutrones y fotones. Su densidad era aproximadamente cuatro veces diez a la novena potencia la del agua. ¿Sabes lo que significa eso?

—Creo que sé lo denso que es eso, pero, ¿y la temperatura?

—No hay ninguna forma de explicártelo —dijo Albert reflexivamente—, porque no hay nada tan ardiente a lo que poder compararlo. Ahora tengo que utilizar uno de esos términos que tanto odias. Todo el conjunto se hallaba en «equilibrio térmico».

—Bien, Albert... —empecé.

—No, *escúchame* —cortó—. Eso significa solamente que todas esas partículas estaban interactuando y cambiando. Piensa en ello como mil millones de billones de interruptores de luz, todos encendiéndose y apagándose al azar. Puesto que en cualquier momento hay tantos encendiéndose como apagándose, el equilibrio total se conserva siempre. No se trataba de interruptores de la luz, por supuesto. Eran electrones y positrones aniquilándose mutuamente para producir neutrinos y fotones, y así sucesivamente; pero tantos sucesos se producían en una dirección como en la otra. El resultado: equilibrio. Aunque dentro de ese estado de equilibrio todo estaba saltando constantemente de una forma alocada.

—Supongo que sí, Albert —dijo—. Pero estás tomándote mucho tiempo para la primera

centésima de segundo, si tenemos que recorrer dieciocho mil millones de años.

—Oh —dijo—, vamos a ir *mucho* más lejos que eso. No te anticipes, por favor, Robín. Ya llegaremos. —Y la distante bocanada de llama se expandió—. Una décima de segundo..., ahora la temperatura ha descendido a tres veces diez grados Kelvin a la décima potencia. Un segundo, y ha descendido otro factor de tres. Ahora..., déjame pararme aquí unos instantes. Esto es catorce segundos después del Big Bang. Se ha enfriado por otro factor de tres; es sólo diez veces diez grados Kelvin a la novena potencia. Esto significa que el equilibrio se ha visto alterado por un tiempo, porque los electrones y positrones pueden ahora aniquilarse mutuamente más rápido de lo que pueden recrearse en la reacción opuesta. Volveremos a este punto, Robín, porque aquí se halla la respuesta a tu pregunta.

—Bien —dije, con todo el tacto que me fue posible—; de hecho, si a ti no te importa, ¿por qué no me das simplemente la respuesta ahora y nos ahorramos el resto del espectáculo?

—Sí me importa —dijo severamente—, porque no la entenderías. De todos modos, iremos un poco más aprisa. Ahora estamos a unos cuantos minutos después del Bang. La temperatura ha descendido de nuevo en dos tercios; es sólo diez grados Kelvin a la novena potencia. De hecho, esto es tan frío que existen auténticos protones y neutrones..., incluso empiezan a combinarse en núcleos de hidrógeno y helio. ¡Auténtica materia! O casi; sólo son núcleos, no verdaderos átomos. Y toda esta denominada materia, puesta junta, forma sólo una pequeña fracción de la masa del universo. La mayor parte de ella es luz y neutrinos. Hay unos cuantos electrones, pero apenas positrones.

—¿Cómo es eso? —pregunté, sorprendido—. ¿Qué les ocurrió a todos los positrones?

—Había más electrones que positrones en la primera hornada. Así que cuando se aniquilaron mutuamente, sobraron electrones.

—¿Por qué?

—Ah, Robín —dijo seriamente—, ésa es la mejor de todas las preguntas. Te daré una respuesta que no espero que comprendas: puesto que electrones y positrones, y de hecho todas las demás partículas, son sólo armónicos de cuerdas cerradas, y el número de las que fueron creadas lo fue esencialmente al azar. ¿Quieres que entremos en la teoría de las supercuerdas? No lo creo. Sólo recuerda las palabras «al azar», y sigamos con ello.

—Espera un momento, Albert —dije—. ¿Dónde estamos ahora?

—A unos doscientos segundos después del Big Bang.

—Oho —dije—. ¿Albert? Todavía nos quedan miles y miles de millones de años por recorrer...

—Más que eso, Robin. *Mucho* más; —Oh, maravilloso. Y si nos ha tomado todo este tiempo recorrer un par de minutos, entonces...

—Robin —dijo—, puedes interrumpir esto en cualquier momento que quieras, pero entonces, ¿cómo podré responder a las preguntas que seguramente seguirás haciéndome? Podemos hacer una pausa si quieres tomarte un cierto tiempo para asimilar todo esto. O mejor aún, puedo acelerar un poco las cosas.

—Oh, sí —dije, contemplando sin el menor placer aquella imprecisa y cegadora masa de lo que fuera.

Realmente no deseaba hacer una pausa. Lo que deseaba era que terminara todo.

Admito que Albert siempre sabe lo que es bueno para mí. Lo que no comprende es que «bueno» es un concepto abstracto, y que hay montones de veces en las que lo que es bueno para mí es algo que realmente no deseo. Casi me arrepentí de haber suscitado el tema, porque no estaba disfrutando de él.

Así que sabía exactamente cuál de las tres alternativas de Albert deseaba. Hubiera preferido con mucho la primera, porque estaba empezando a sentirme realmente cansado de calor y de presión y, sobre todo, de permanecer sentado en la nada en medio de

ninguna parte. La segunda elección significaba tomarme un respiro y quizá relajarme un poco con Essie.

Así que elegí la tercera.

—Simplemente acelera un poco las cosas, ¿eh, Albert?

—Por supuesto, Robin. Ahí vamos. —La masa siguió hinchándose amenazadoramente. Todavía seguía siendo solamente una masa. No había estrellas, ni planetas, ni siquiera grumos en el pudín; era simplemente una masa informe de algo, muy brillante. Parecía, sin embargo, un poco menos cegadora a los ojos de lo que había sido.

—Ahora hemos dado un buen salto adelante —dijo alegremente Albert—. Ha transcurrido como medio millón de años. La temperatura ha *descendido*. En estos momentos es sólo de unos cuatro mil grados Kelvin..., hay gran número de estrellas más calientes que eso, pero por supuesto no estamos hablando aquí de puntos aislados de calor, sino que estamos hablando de la temperatura media de todo el conjunto. ¿Observas que ya no es tan brillante como antes? Hasta ahora, Robin, el universo estaba «dominado por la radiación». Los dominantes eran los protones. Ahora la materia domina a la radiación.

—Porque ya no hay tantos protones como antes, ¿correcto?

—Me temo que no —dijo Albert, como disculpándose—. Todavía hay muchos protones, pero la temperatura general es menor, lo cual significa que la energía media por protón es inferior. En consecuencia, su masa es inferior también. A partir de ahora, la materia supera a la radiación en el universo, y, ahí vamos... —El globo se hinchó y se oscureció—. Ahora estamos a un par de cientos de miles de años más tarde, y la temperatura ha descendido otros mil grados. Esto está de acuerdo con la ley de Weinberg: «El tiempo que necesita el universo para enfriarse de una temperatura determinada a otra es proporcional a la diferencia de la inversa del cuadrado de las temperaturas.» Supongo que no necesitas realmente comprender eso, Robin —añadió pensativamente—, aunque se trata de una demostración realmente elegante de la supersimetría en diez dimensiones...

—¡Corta ya eso, Albert! ¿Por qué es tan oscura esta maldita cosa?

—Ah —dijo, satisfecho—, éste es un punto interesante. Ahora hay *tantas* partículas nucleares y semejantes al electrón, que se interponen en el camino de la luz. Así que el universo es opaco. Pero eso cambiará. Hasta ahora teníamos electrones y teníamos protones, pero el universo estaba tan caliente que simplemente permanecían así. Como partículas libres. No podían combinarse. O, mejor dicho, seguían combinándose todo el tiempo para formar átomos, pero el calor simplemente las disociaba de nuevo. Ahora moveremos de nuevo las cámaras —y la masa se amplió otra vez, y repentinamente volvió a brillar—, y de repente, ¡mira, Robin! ¡La mezcla se ha aclarado! ¡La luz brilla a través de ella! ¡Los electrones y los protones se han combinado para formar átomos, y los protones pueden moverse de nuevo libremente!

Hizo una pausa. Su rostro irradiaba puro placer en las sombras.

Pensé intensamente por unos momentos, contemplando la masa. Estaba empezando a mostrar..., oh, no una auténtica estructura, pero al menos indicios de lo que quizá estuviera ocurriendo en alguna parte allí dentro, como el planeta Urano visto desde lejos.

—¿Albert? —dije—. Todo esto está muy bien, pero mira, todavía hay cantidades enormes de protones, ¿no? Así que, ¿por qué no colisionan entre sí y crean más partículas que lo hagan de nuevo todo opaco?

—Oh, Robin —dijo con afecto—. A veces pienso que no eres realmente estúpido después de todo. Te daré la respuesta. ¿Recuerdas mi famosa e igual a mc^2 al cuadrado? Los fotones poseen energía, e . Si dos de ellos colisionan y su energía combinada iguala la masa de cualquier partícula, m , multiplicada por el cuadrado de la velocidad de la luz, entonces pueden crear esa partícula en su colisión. Cuando el universo era joven, cuando el umbral de temperatura se hallaba en algún punto en torno a los diez grados Kelvin a la

novena potencia, disponía de grandes cantidades de energía y podían crearse partículas infernalmente grandes. Pero ahora se ha enfriado. Ahora simplemente no puede. Simplemente ya no dispone de la energía suficiente, Robin.

—Oh, vaya —dije—. ¿Sabes? ¡Tengo casi la ilusión de que lo comprendo!

—No te entusiasmes demasiado —ironizó..., supongo que queriendo dar a entender que debía dejar esas cosas para él. Guardó silencio durante unos instantes, luego siguió, agitado—: Todavía no te he hablado de la creación de quarks y hadrones. Todavía no te he dicho nada acerca de la aceleración, y eso es importante. ¿Sabes?, para que el modelo funcione, has de tener en cuenta el hecho de que en algún punto del Big Bang la expansión hacia fuera se *aceleró*. Puedo darte una analogía. Es como si tuviéramos una explosión que sigue *explosionando* durante un tiempo, de modo que en vez de frenarse se expande cada vez más aprisa. La verdadera explicación es más complicada, y...

—¡Albert! ¿Tengo que saber todo esto?

—No necesariamente, Robín —dijo al cabo de un momento. Su tono era pensativo, pero no insistente.

—Entonces, ¿por qué no aceleras la cámara un poco más?

—Oh, de acuerdo.

Supongo que a todos los chicos les gustan los trenes eléctricos. Contemplar crecer el modelo de Albert del universo era casi como jugar con el más infernalmente completo juego de trenes que nadie sea capaz de imaginar.

Yo no podía hacerlo funcionar, por supuesto. Pero sólo mirar ya era bastante divertido. La masa giraba y se estremecía y empezaba a desgarrarse. Nuestra «cámara» hizo un zoom hacia un punto en particular de la masa, y vi que también se estaba desgarrando en masas más pequeñas. Se formaron enjambres de metagalaxias, y auténticas galaxias empezaron a girar sobre sí mismas y a adoptar su familiar forma en espiral. Puntos individuales de luz resplandecieron y murieron; otros nuevos se formaron en el centro de nubes de gases.

—Ahora ya tenemos auténticas estrellas, Robín —anunció Albert a mi lado—. Ésta es la primera generación. Nubes de hidrógeno y helio se unen y se contraen e inician fusiones nucleares en su interior. Ahí es donde se cuecen todos los elementos más pesados, aquellos de los que estaba hecho tu cuerpo de carne: carbono, nitrógeno, oxígeno, hierro, todos los elementos superiores al helio. Luego, cuando estallan como supernovas —señaló a una estrella en particular, que estalló obedientemente en un pequeño torrente de luz—, todos esos elementos flotan en el espacio hasta que se contraen en otra estrella y sus planetas. Y luego forman otras cosas. Como tú, Robín.

—¿Quieres decir que todos los átomos que me formaron estaban en el núcleo de una estrella? —exclamé.

—Los que formaron tu cuerpo de carne —corrigió—. Sí, Robín. De hecho, nuestra propia galaxia está ahora ahí dentro. Ve si puedes detectarla.

Congeló la nube en expansión para que yo pudiera mirar.

—Todas parecen iguales —me quejé.

—La mayoría de ellas lo son, en gran parte —admitió—. Pero ahí está la M-31, y ahí las Nubes de Magallanes. Y esa espiral de ahí somos nosotros.

Señalaba un girante torbellino parpadeante de luz, rodeado por otras manchas también parpadeantes en una enorme y salpicada oscuridad.

—No nos veo a ninguno de los dos ahí dentro —dije, intentando hacer un chiste.

Se lo tomó en serio. Tosió.

—Me temo que he dejado correr un poco demasiado el tiempo —se disculpó—. Toda la historia humana, incluida la formación del sistema solar y la expansión del sol a una gigante roja, ha ocurrido ya. Te lo perdiste.

Me volví para mirar su sombrío rostro.

—No sé si deseo escuchar esto —murmuré, y lo decía realmente en serio.

Agitó la cabeza en una suave censura.

—Pero es la realidad, Robin —dijo—. Es cierto, lo quieras creer o no. Supongo que, en un cierto sentido, es posible que sacuda tus nociones de tu propia importancia personal en el universo...

—¡Por supuesto que lo hace!

—Bien —dijo—, eso no es malo. Pero no te sientas demasiado desanimado por ello. Recuerda, es esto, *todo* esto, lo que está intentando cambiar el Enemigo.

—¡Oh, estupendo! ¿Se supone que esto me hará sentir un poco mejor?

Me estudió por unos instantes.

—No, exactamente mejor, no. Pero sí más en contacto con la realidad. Después de todo, recuerda que tú, y yo, y todo el resto de la raza humana, y los Heechees, y las inteligencias almacenadas en máquina, sólo tienen dos elecciones. Podemos dejar que el Enemigo haga lo que está haciendo. O podemos intentar oponernos a él.

—¿Y cómo se supone que debemos hacerlo exactamente?

Contempló pensativo el congelado modelo.

—¿Debo *avanzar* un poco más? —preguntó.

—¡Estás cambiando de tema!

—Lo sé, Robin. Voy a poner de nuevo en marcha el modelo. Quizá, si comprendes lo que todo esto significa, puedas en alguna forma contribuir a la solución de este problema. Quizá no. Quizá no pueda solucionarse; pero en cualquier caso no veo que nosotros, o alguna otra persona, más pronto o más tarde, tenga ninguna posibilidad excepto de *intentarlo*; y ni siquiera puedes intentarlo con efectividad sin tener antes un cierto conocimiento de ello.

—¡Pero estoy *aterrorizado*! —Estarías loco si no lo estuvieras, Robin. Ahora, ¿quieres ver lo que ocurre a continuación o no?

—¡No lo sé!

Lo decía en serio. Estaba empezando a sentirme realmente nervioso. Contemplé el irregular resplandor que en un tiempo nos había contenido a mí y a Essie y a Klara y a todos los faraones y reyes y redentores y villanos y exploradores Heechees y cantantes Perezosos y dinosaurios y trilobites, todos ellos allí y ahora desaparecidos..., todos desaparecidos, desaparecidos *hacia mucho*, tan atrás con respecto a nosotros como el nacimiento del propio Sol.

Estaba aterrado, sí. Todo aquello era tan *grande*.

Me sentí más pequeño e impotente e irreal de lo que nunca me había sentido antes en mi vida. En ninguna de mis vidas. Era peor que morir, peor incluso que cuando fui dispersado. Aquello había sido ciertamente aterrador, pero había tenido un futuro.

Ahora el futuro era pasado. Era como contemplar mi propia tumba.

Albert dijo, impaciente:

—Quieres verlo. Seguiré adelante.

La galaxia giró como una peonza. Supe que empleaba doscientos cincuenta millones de años en efectuar aquel giro, pero ahora giró alocadamente, y estaba ocurriendo algo más. Las galaxias satélites que la rodeaban se alejaron arrastrándose.

—Se están dispersando —exclamé.

—Sí —admitió Albert—. El universo se está expandiendo. Ya no puede fabricar más materia o energía, pero sigue creando más espacio. Todo se aleja de todo lo demás.

—Pero las estrellas de la galaxia no lo hacen.

—Todavía no. No exactamente, al menos. Pero mira; nos encaminamos hacia cien mil millones de años en el futuro.

La galaxia giró más aprisa aún, tan aprisa que no pude captar su movimiento real, sólo un impreciso atisbo. De lo que sí me di cuenta fue de que incluso el Grupo Local estaba empezando a dirigirse hacia casi fuera de mi vista.

—Lo detendré un momento —dijo Albert—. Aquí. ¿Observas algo en nuestra propia

galaxia?

—Alguien apagó un montón de estrellas.

—Exacto. Es menos luminosa, sí. Algunas estrellas se han apagado. Se volvieron viejas. Murieron. Observarás que la galaxia tiene ahora un color rojizo, antes que blanco. Las grandes estrellas blancas son las que mueren primero; las viejas rojas mueren lentamente. Incluso las pequeñas estrellas F y G, las enanas amarillas, no mayores que nuestro propio Sol, han quemado ya todo su combustible nuclear. Las pálidas rojas lo harán pronto también. Observa.

Lenta, muy lentamente, la galaxia... se apagó.

No quedó nada visible en ninguna parte excepto las sombrías siluetas de nuestros cuerpos imaginarios, y el rostro imaginario de Albert. Mirando. Meditando.

Triste.

Para mí, la palabra «triste» es incapaz de describir eso. Todas las demás cosas que me habían ocurrido, incluso el informe miedo que me había mantenido despierto por las noches..., no eran nada.

Estaba contemplando *El Final*.

O así creí, y así lo sentí, y todas las preocupaciones humanas se empequeñecieron hasta la nada en comparación. Pero cuando dije:

—Entonces, ¿éste es el final del universo? —Albert pareció sorprendido.

—Oh, no, Robín —dijo—. ¿Qué te ha dado esta idea?

—¡Pero aquí ya no hay nada!

Su sombría cabeza se agitó.

—Estás equivocado. Todo está aquí todavía. Ha envejecido, y las estrellas han muerto, sí. Pero siguen ahí. Todavía poseen sus planetas a su alrededor, la mayor parte de ellas al menos. Los planetas también están muertos, por supuesto. No están muy por encima del cero absoluto; ya no hay *vida*, si es a eso a lo que te refieres.

—¡A eso es exactamente a lo que me refiero!

—Sí, Robín —dijo pacientemente—, pero eso es sólo tu visión antropomórfica. El universo ha seguido enfriándose y ha seguido creando espacio para expandirse. Pero está *muerto*. Y seguirá estando muerto para siempre..., a menos...

—¿A menos *qué*? —ladré.

Albert suspiró.

—Pongámonos cómodos de nuevo —sugirió.

Parpadeé cuando me hallé de nuevo en el mundo.

Aquella abrumadora oscuridad había desaparecido de nuestro alrededor. Estaba sentado en el lanai de mi casa en el mar de Tappan, con mi bebida aún fría y aún sin terminar en la mano, y Albert estaba atacando tranquilamente su pipa en el sillón de mimbre.

—Dios mío —dije débilmente.

Él se limitó a asentir, profundamente sumido en sus pensamientos. Terminé mi vaso de un solo trago y pedí otro.

Albert salió de su ensoñación y dijo:

—Así es como será si el universo sigue expandiéndose.

—¡Es terrible!

—Sí —admitió—, es terrible incluso para mí, Robín. —Rascó una cerilla de madera en la desgastada suela de su zapato y chupó para prender el tabaco—. Debo señalarte que esta demostración ha tomado un poco más de tiempo del que había planeado. Estamos ya a punto de abordar el muelle del satélite de la Junta de Vigilancia a los Asesinos. Si quieres echar una mirada desde cerca...

—¡Eso puede esperar! —restallé—. Me has llevado hasta aquí; ahora, ¿qué hay del resto? ¿qué tiene que ver todo lo que me has estado mostrando con el Enemigo?

—Ah, sí —dijo, reflexivamente—. El Enemigo.

Pareció perderse por un momento en sus pensamientos, lanzando bocanadas de su pipa, mirando hacia un punto indeterminado del espacio. Cuando habló, sonó como si estuviera refiriéndose a algo completamente distinto.

—¿Sabes? —dijo—, cuando yo estaba... vivo, había muchas discusiones entre los cosmólogos acerca de si el universo iba a seguir expandiéndose, como acabo de mostrarte, o sólo se expandiría hasta cierto punto y luego volvería a centrarse sobre sí mismo, como el agua en una fuente. Supongo que comprendes que, básicamente, eso depende de lo denso que sea el universo.

—Creo que sí —dije, intentando mantenerme a la altura de lo que me estaba diciendo.

—Por favor, asegúrate de ello —dijo con voz seca—. Ésa es la piedra angular de toda la argumentación. Si hay suficiente materia en el universo, su gravitación combinada detendrá la expansión, y entonces volverá a contraerse sobre sí mismo. Si no la hay, no lo hará. Entonces seguirá expandiéndose para siempre, como has visto.

—Por supuesto que lo he visto, Albert.

—Sí. Bien, la densidad crítica, es decir, la masa total de todo lo que existe en el universo, dividida por el volumen total del universo, resulta ser aproximadamente unas cinco veces diez gramos a la menos treinta potencia por centímetro cúbico. En términos más familiares, eso significa aproximadamente un átomo de hidrógeno en un espacio equivalente a nuestro cuerpo.

—Eso no es mucho, ¿verdad?

—Desgraciadamente —suspiró—, es terriblemente *mucho*. El universo no es tan denso. No hay tantos átomos como parece en un volumen determinado. La gente ha estado buscando masa desde hace mucho tiempo, pero nadie ha sido capaz de descubrir jamás las suficientes estrellas, polvo estelar, planetas, cuerpos físicos de todo tipo o fotones de energía que pudieran añadirle masa. Tendría que existir al menos diez veces la masa que podemos descubrir para cerrar el universo. Quizás incluso cien veces. Más que eso. Ni siquiera podemos hallar la masa suficiente que dé razón del comportamiento observado en las galaxias que giran sobre sus propios núcleos. Ésa es la famosa «masa perdida». Los Heechees se preocuparon sobremanera con ella, y lo mismo muchos de mis colegas... Pero ahora —dijo sombríamente—, creo que conocemos la respuesta a ese problema, Robín. Las medidas de los parámetros de deceleración son correctas. Las masas estimadas están equivocadas. Dejado a sus propios medios, el universo debería seguir expandiéndose gran cantidad de impulso. Le resulta imposible detenerlo y volverlo atrás en un parpadeo. Tiene que seguir expandiéndose durante un tiempo hasta que el tirón extra de la «masa perdida» que de algún modo, no sé cómo, le han añadido, empiece a tirar hacia atrás. Pero ahora observa. Nos hallamos en el límite de la expansión, y voy a mostrarte lo que ocurre a continuación. Veremos encogerse al universo, y lo aceleraré de modo que retrocedamos bastante rápido. Observa lo que ocurre.

Asentí, sentado confortablemente y bebiendo mi copa. Quizás el alcohol irreal estaba causando un efecto relajante en mi irreal metabolismo, o quizás era sólo que estaba sentado en una cómoda silla en un entorno agradable. De una u otra forma, esta vez no parecía tan terrible. Extendí mis pies desnudos y agité sus dedos frente a aquella enorme nebulosa que brotaba del mar, marcando la progresión de las galaxias a medida que empezaban a reptar hacia atrás y a reunirse. No parecían muy brillantes.

—¿Ya no hay más estrellas grandes? —pregunté, algo decepcionado.

—No. ¿Cómo podrían existir? Están muertas. Pero observa mientras acelero un poco las cosas.

El negro espectáculo empezó a grisear y a brillar, si bien las galaxias en sí no lo hicieron. Exclamé:

—¡Hay más luz! ¿Qué está ocurriendo? ¿Acaso hay algunas estrellas que no puedo ver?

—No, no. Es la *radiación*, Robin. Todo se hace más brillante debido al corrimiento al azul. ¿Comprendes eso? Durante todo el tiempo que el universo se estuvo expandiendo, la radiación de los objetos distantes sufría un corrimiento hacia el rojo..., el antiguo efecto Doppler, ¿recuerdas? Porque estaban alejándose de nosotros. Pero ahora están regresando a nosotros a medida que el universo se contrae. Así que, ¿qué es lo que ocurre?

—¿La luz se corre hacia el extremo azul del espectro? —aventuré.

—¡Maravilloso, Robin! La luz se corre en dirección al azul..., toda ella, hasta más allá del campo de visibilidad. Eso significa que los fotones se vuelven más energéticos. La temperatura del espacio, la temperatura media del universo, se halla ya unos cuantos grados por encima del cero absoluto, y se está —¡Y ahora todo renace, Robín! El universo vuelve a estallar y todo empieza otra vez..., nuevo y diferente. —Miró a su alrededor, a la agradable escena, como interrogándose. Luego se volvió hacia mí—. ¿Sabes? —dijo—, creo que me gustaría tomar algo. Quizás una cerveza negra, suiza o alemana.

—Nunca dejas de sorprenderme, Albert —dije muy serio. Di una palmada, por supuesto completamente innecesaria, y al cabo de un momento la autocasa apareció con una alta jarra de cerámica derramando dorada espuma por un lado del borde.

—¿Y eso es lo que pretende hacer el Enemigo, iniciar un nuevo universo?

—Un universo *distinto* —corrigió Albert, secándose la espuma de los labios. Me miró, contrito—. ¿Robin? Estoy olvidando mis demás deberes por ti. Nos estamos acercando al satélite de la JVA. ¿Quizá quieras unirme a tus amigos en las pantallas visoras?

—Lo que quiero —dije— es terminar con esto de una vez. ¡Acaba ya! ¿Qué quieres decir con un universo «distinto»?

Inclinó la cabeza.

—Aquí es donde entra en escena mi viejo amigo Ernst Mach —explicó—. ¿Recuerdas lo que te dije acerca de los positrones y electrones aniquilándose mutuamente? ¿Que sólo quedaban electrones, porque desde un principio había más de ellos? Bien, supón que el universo empezara con un número igual de ambos elementos, de modo que, al final del proceso, no *quedaran* electrones. Ni tampoco protones o neutrinos. ¿Qué tendríamos entonces? —Agité la cabeza—. ¡Un universo sin materia, Robin! ¡Pura radiación! ¡Nada que perturbara ni molestara el libre flujo de la energía..., o de los seres de energía!

—¿Y es eso lo que desea el Enemigo? —pregunté.

—No lo sé —respondió—. Es una posibilidad, quizá. Pero si Mach tenía razón, hay otras posibilidades más serias. En ese mismo punto de la historia del universo, cuando el equilibrio de electrones y positrones fue determinado por los acontecimientos al azar...

—¿Qué *tipo* de acontecimientos al azar? —quise saber.

—Tampoco lo sé. En realidad, todas las partículas son sólo armónicos de cuerdas cerradas. Supongo que las propiedades de las cuerdas pueden producir cualquier tipo de armónicos que desees. Por favor, sé paciente conmigo en esto, Robin, por un universo distinto la aritmética fuese no conmutativa y no existiera la ley del inverso del cuadrado. No puedo creer que esto sea probable..., pero bueno, nada de eso suena probable tampoco, ¿no crees?

—¿Y piensas que el Enemigo está intentando rehacer el universo hasta que quede al gusto de ellos?

—No lo sé —dijo—. Quizá tengan algunas esperanzas de estar todavía aquí para *hacer* que quede al gusto de ellos... ¡Cambiar las leyes del universo! ¡Crear nuevas leyes! Construir un universo que sea más acorde a un tipo de vida como la suya...

Guardé silencio durante largo rato, intentando captar todo aquello. Y fracasando.

Dije:

—Bien, ¿cómo sería ese universo?

Albert dio un largo sorbo de su jarra y volvió a depositarla cuidadosamente. Tenía los

ojos clavados en el infinito. En la mano izquierda sostenía la pipa; se rascaba lentamente su fruncida frente con la boquilla.

Parpadeé y cambié de postura.

—¿Sería un espacio de nueve dimensiones?

No respondió. Nada excepto aquella mirada vacía dirigida a la nada.

Empecé a alarmarme. Dije:

—¡Albert! ¡Te hice una pregunta! ¿Qué tipo de universo desearía crear el Enemigo?

Me miró como sin reconocermelo. Luego suspiró. Bajó reflexivamente una mano para rascarse su desnudo tobillo y dijo, muy seriamente:

—Robin, no tengo la menor idea.

11 - Heimat

Les he hablado acerca de algunas buenas personas y de algunas otras no tan buenas, y ahora es el momento de hablarles de una persona realmente mala. No va a gustarles, pero tienen que conocerle. Lo mencioné brevemente al hablar de los terroristas, pero no le hice justicia. Me hubiera gustado hacerle auténtica justicia —toda la justicia posible, preferiblemente al extremo de una cuerda—, pero eso no llegó a ocurrir. Por desgracia.

Se llamaba Beaupre Heimat, y en su tiempo fue un general de dos estrellas en el Alto Pentágono.

Fue Heimat quien persuadió al nuevo marido de Klara de que la única forma de conseguir la paz y la justicia era hacer volar a un montón de gente. Ése fue uno de sus crímenes menores.

Entre otras cosas malas, una vez intentó matarme personalmente.

Hubieran podido ser dos veces, porque no todo salió a la luz en el juicio. Conmigo fracasó. Con varios cientos de otros, sin embargo —al menos varios cientos— fue más eficiente. Heimat se negó a declararse culpable de los asesinatos en este juicio. Él no los llamaba asesinatos. Los llamaba justicia revolucionaria, porque era un terrorista. El tribunal, por otra parte, no tuvo ningún problema en llamarlos asesinatos —cada uno de los casos individuales—, y le condenaron a cadena perpetua por cada una de las muertes. Y aunque Heimat no era un hombre corriente sino un alto general de las fuerzas espaciales menudas que tenían el aspecto y el tacto y el olor y el sabor de seres humanos, pero, ¿por qué no podían ser tan considerados como hacer que también *sintieran*?

A Heimat no se le había ocurrido pensar que no se había ganado mucha consideración de las autoridades ni, de hecho, de nadie.

Al otro lado de la puerta, su autoguardia parpadeaba y susurraba:

—¿Qué dice usted, Heimat? ¿Está bien ella?

—No mucho. —Heimat seguía andando y terminaba la conversación sin volver la cabeza—. Te dije que me gustan las rubias. Pequeñitas y jóvenes. Frágiles.

—Veré lo que puedo hacer esta noche —decía el guardia a sus espaldas, pero Heimat no respondía. Estaba pensando en la palabra que acababa de utilizar: «frágil»..., y lo que le hacía sentir. Frágil. Una rubia pequeña y frágil. ¡Y viva! Una auténtica mujer humana, con sus pequeños miembros frágiles retorcidos y rotos y su boca chillando y su rostro contorsionado por el dolor...

Detenía sus pensamientos en aquel punto. No porque lo que estaba pensando le avergonzara, porque Heimat había superado hacía mucho la vergüenza. Se detenía porque disfrutaba tanto con ello, con aquel desesperado anhelo, que temía que su rostro pudiera reflejar algo de lo que sentía; y la única victoria que podía conseguir ya Heimat era guardar para sí mismo algunos de sus secretos.

La isla prisión de Heimat estaba muy lejos de cualquier continente o ciudad importante. Había sido construida para albergar a tres mil ochocientos convictos desesperados y

mantenerlos en ella no importaba lo que planearan o hicieran.

Ahora toda aquella construcción era superflua, porque el único superviviente activo de la prisión era el propio Heimat. No quedaban tres mil ochocientos prisioneros desesperados en aquella prisión. No quedaban tantos ni siquiera en todo el mundo. El reclutamiento había descendido mucho desde los viejos y malos días del terrorismo y el hambre. Oh, aparecían algunos sociópatas de tanto en tanto, por supuesto, pero lo que Albert (cuando él y yo hablábamos de esos asuntos) llamaba «las precondiciones para el crimen oportunista» eran escasas.

El asunto era que las condiciones habían mejorado enormemente. En ninguna parte de la galaxia humana existían ya esos lugares donde generaciones enteras habían crecido para robar o matar o destruir porque no tenían ninguna otra forma mejor de aliviar sus miserias. La mayor parte de los peores prisioneros que aún seguían encarcelados eran veteranos de los días del terrorismo y los crímenes en masa, y ya no quedaban muchos de éstos. La mayor parte de los descontentos habían conseguido hacía mucho tiempo redimirse sirviendo en régimen de reclusión en algunas de las colonias difíciles. La mayoría de los demás habían conseguido finalmente rehabilitarse lo suficiente o morir lo suficiente. El propio Heimat era un hombre viejo..., más que yo, ciento treinta años al menos. Por supuesto, había conseguido el Certificado Médico Total. Podía seguir durante otros cincuenta años siendo carne, puesto que los prisioneros eran reparados y reacondicionados tan a menudo como era necesario; no era normalmente la edad, la enfermedad o el accidente lo que hacía que murieran cuando morían. Casi siempre se trataba del simple aburrimiento terminal. Una mañana exactamente igual que cualquier otra mañana despertaban y miraban a su alrededor, y decidían que ya era suficiente, y que el almacenamiento en máquina no podía ser peor que eso. Entonces descubrían cuál era la auténtica posibilidad, y se mataban.

Pero no Heimat.

El único otro inquilino de carne de la prisión era un antiguo mariscal soviético llamado Pernetzky. Como Heimat, había sido un topo para los terroristas, utilizando su posición militar para ayudarles a matar y destruir. Ambos habían sido colegas en el submundo secreto, luego compañeros de prisión durante todos aquellos años. No amigos, exactamente. Ninguno de los dos tenía auténticos amigos. Pero estaban lo bastante cerca el uno del otro como compañeros de reclusión como para que Heimat se sintiera realmente sorprendido cuando un día oyó que Pernetzky había logrado disolver todo su sistema digestivo a base de engullir productos de limpieza.

No fue un intento de suicidio eficiente. Los autoguardias lo habían descubierto al instante, y ahora Pernetzky estaba en cuidados intensivos en el hospital de la prisión. Un destino es tan bueno como cualquier otro para un hombre que no tiene ninguno, y Heimat decidió ir a visitar a Pernetzky.

El hospital de la prisión había sido construido a la misma escala que el gran complejo penitenciario. El hospital disponía de ciento treinta camas, cada una de ellas capaz de ser aislada con particiones de cristal irrompible y acero. Pernetzky era el único paciente.

Heimat cruzó el cálido y amplio césped con sus hibiscus y palmeras hasta el hospital, ignorando a las autocosas que recogían las flores para su mesa y limpiaban las hojas caídas. Sin embargo, no pudo ignorar a la enfermera en la sala de recepción. Cuando entró, ella alzó la vista hacia él y dijo, con una sonrisa de bienvenida profesional:

—¡Buenos días, general Heimat! Parece un poco enrojecido. ¿Quiere que compruebe su tensión?

—Ni lo intente —zumbó Heimat, pero se detuvo junto a ella. Siempre se mostraba más cortés con las enfermeras que con el resto del personal de la prisión: su teoría, que nunca había decidido comprobar, era que algunas de ellas, a veces, eran seres humanos vivos. También era una costumbre, porque en presencia del personal médico podía pensar que era un paciente de un hospital en vez de un recluso. El representar un papel era

importante para Heimat. Había actuado muy bien en una serie de papeles consecutivos como cadete en West Point, teniente, comandante a cargo de una compañía, general de división, general de dos estrellas, ¡soldado secreto en las fuerzas de liberación!..., convicto—. No quiero que me tome la presión sanguínea —dijo—, porque ya sabe usted perfectamente cuál es, y lo único que desea es administrarme alguna medicación que yo no deseo. Pero le diré una cosa. Si fuera usted unos seis centímetros más baja y diez años más joven, permitiría que me la elevara un poco. Especialmente si fuera usted rubia. (*Y frágil.*) La sonrisa profesional de la enfermera siguió siendo profesional.

—Pide usted demasiado de mí —murmuró.

—Se supone que está usted aquí para proporcionarme todo lo que necesito —respondió él. La conversación empezaba a mariscal soviético se movió ligeramente, y uno de sus ojos parpadeó en un imperceptible guiño.

—¡Ah, Pyotr! —exclamó Heimat—. ¡Has estado engañándoles!

Los labios del mariscal se entreabrieron.

—La otra noche —susurró—. Los aerocamiones. Descubre por qué.

Y luego cerró labios y ojos, y no volvió a abrirlos.

Naturalmente, ninguna de las autocosas de la prisión respondería a las preguntas de Heimat. Así que tendría que descubrir por sí mismo de qué estaba hablando Pernetzky.

Vagó por el complejo de la prisión, todos sus tres kilómetros cuadrados en la ladera de la montaña, con su descorazonadora vista al mar que ningún prisionero podría alcanzar jamás. La mayor parte de los bloques de celdas estaban vacíos y cerrados. Los edificios auxiliares, las centrales de energía y las unidades de limpieza y las lavanderías no estaban vacías porque tenían que seguir cumpliendo con sus tareas. Pero estaban cerradas de todos modos para Heimat.

Todo lo demás estaba abierto, pero no había mucho más. La prisión tenía una granja; los reclusos habían trabajado en ella cuando había los suficientes reclusos como para que valiera la pena, y ahora seguía siendo atendida por las autocosas porque producía un cierto número de valiosas, aunque a veces peculiares, cosechas. Pero no había nada allí que no hubiera estado allí siempre. Ni tampoco alrededor de la piscina, ni en el gimnasio, ni en la enorme y vacía sala de descanso, con sus juegos y sus libros y sus pantallas.

¿Qué había querido decir Pernetzky con los camiones?

Heimat se preguntó si valía la pena molestarse en mirar en el Archivo de Muertos. Era un fastidio, porque el edificio estaba aislado de los demás, en la parte de arriba de la ladera, cerca de las barreras exteriores de la prisión, y era una buena subida. Había pasado bastante tiempo desde la última vez que Heimat se había tomado la molestia.

Cuando se dio cuenta de aquello, decidió inmediatamente hacerlo ahora. Siempre era una buena idea comprobar los perímetros de la prisión. Algún día, sólo por un momento, alguien hermosa a los ojos pero esta vez llena con circuitos paralizantes..., y, sólo para asegurarse, una tercera hilera detrás de ellas, y esa última era letal. El difunto mayor Adrián Winterkoop lo había probado en su propia carne, porque ésa era la forma que había elegido para suicidarse. El experimento había funcionado bien. (O tan bien como funcionaba siempre el morir, cuando todo lo que había ocurrido había sido que lo almacenaron en máquina con los demás en el Archivo de Muertos.) Y, en cualquier caso, esos industriosos autojardineros que nunca estaban lejos de la vista en algún lugar de la zona podían convertirse rápidamente en autoguardias. Porque nunca estabas fuera de su vista tampoco.

Heimat suspiró y tomó la bifurcación de la izquierda, hacia el Archivo de Muertos.

Heimat no iba muy a menudo allí. No era un lugar que ningún prisionero vivo gozara visitando, porque un prisionero vivo sabía que más pronto o más tarde sería un prisionero muerto, y entonces iría a parar allí. Ninguna persona disfrutaba contemplando su propia tumba.

Por supuesto, los cinco o seis mil auténticamente incorregibles almacenados en el

Archivo de Muertos no estaban realmente *muertos*, sólo estaban «muertos». El mayor Winterkoop estaba todavía allí, por ejemplo, o al menos el análogo almacenado en máquina de él estaba allí, porque los autoguardias habían recuperado su cuerpo a tiempo. No a tiempo de revivirle, no. Pero sí antes de que el rápido proceso de descomposición hiciera irrecuperable el contenido de aquel furioso cerebro. Estar muerto no había cambiado a Winterkoop; seguía siendo la misma persona temeraria, imprudente, que había sido el ayudante de Heimat en sus días de gloria, cuando habían utilizado su posición para poner bombas y matar y destruir en beneficio del glorioso nuevo mundo que tenía que llegar.

Y éste, pensó hoscamente Heimat, era el nuevo mundo, y ni él ni el mayor Winterkoop habían tenido ninguna parte en él.

Mientras caminaba hacia el bajo edificio de color pastel que contenía el Archivo de Muertos, pensó brevemente en acceder a Winterkoop, o a alguno de los otros Muertos, sólo para charlar un poco. ¡Pero todos eran tan malditamente aburridos! El encarcelamiento no terminaba con la muerte. Ninguno de ellos abandonaría nunca el Archivo de Muertos, y ninguno toke salió en libertad bajo palabra hace un año —dijo—. Lo comunicaron en las noticias.

—Es cierto, general Heimat —asintió el autojardinero—. Pero es un reincidente. Mientras estaba en libertad bajo palabra mató a treinta y cinco personas.

Comprender, me dicen, es perdonar, pero yo no lo creo.

Creo comprender bastante bien a la gente como Heimat y Basingstoke. Como cualquier otro terrorista desde la Edad de Piedra en adelante, matan y destruyen por principio, y se convencen a sí mismos de que ese principio por el que matan justifica el derramamiento de sangre y el dolor que causan.

Pero nunca me han convencido. Vi algunas de sus víctimas. Essie y yo escapamos por los pelos de ser dos de ellas, cuando las escuadras de choque de Heimat hicieron volar un bucle Lofstrom donde creían que íbamos nosotros. Y, puesto que fuimos testigos de ello, participamos como tales en el juicio contra Heimat, y lo oímos todo de los demás. Sobre todo oímos a Heimat, y le vimos, militarmente erguido en la jaula de los prisioneros, con el aspecto de un auténtico general modelo en su uniforme blanco y sus recios rasgos. Escuché con educada atención mientras los testigos detallaban cómo, en su calidad de general de división de las Fuerzas de la Defensa de los Estados Unidos, había organizado secretamente las bandas que habían hecho saltar por los aires tropas de desembarco, destruido satélites, envenenado depósitos de agua potable, e incluso conseguido robar un Sillón de Sueños para enfermar a todo el mundo con locas fantasías. Por supuesto, al final había sido atrapado. Pero los había engañado a todos durante casi diez años, sentado allá con rostro circunspecto en las reuniones del Estado Mayor discutiendo medidas antiterroristas, antes de que gente como Eskladar recobrar su buen sentido y a través de ella las fuerzas mundiales de policía consiguieran finalmente relacionar a Heimat con las masacres y las bombas. Nada de eso eran crímenes para él. Era simple estrategia.

El juicio de Heimat fue una experiencia peculiar para mí. Yo había muerto no hacía mucho, y aquella era la primera vez que aparecía en público en un cuerpo holográfico, con mi yo esencial almacenado en el espacio gigabit. La situación todavía tensa y amistosa. Basingstoke no tenía acento..., bueno, quizás un toque que sonaba como alemán y era probablemente holandés, heredado de los buenos monjes frisonos que le habían enseñado inglés en la escuela católica. Basingstoke era nacido en las islas, pero no tenía ningún rastro de acento en su voz. Si no le veías, ni siquiera sospechabas que quien hablaba era un negro, aunque pronunciaba cada palabra de un modo un poco más alargado de lo que haría cualquier americano..., con las vocales más resonantes y redondeadas, la entonación más acentuada.

Basingstoke alzó la vista hacia la ventana, hacia la distante laguna.

—No es un mal lugar, Beupre —dijo—. Cuando me dijeron que iba a ser transferido, pensé que iba a ser a un sitio mucho peor. A ese planeta Afrodita, quizás..., ése que gira en torno a una estrella llameante, de modo que uno sólo puede vivir en él en túneles debajo de la superficie.

Heimat asintió, aunque de hecho ya no le importaba demasiado el lugar donde se encontraba. Recordando que, en un cierto sentido, él era el anfitrión, ordenó bebidas al autocamarero.

—Desgraciadamente —sonrió—, no está permitido el alcohol.

—Tampoco en Pensacola —respondió Basingstoke—. Por eso me alegró tanto que me concedieran la libertad bajo palabra, aunque, si recuerdas bien, nunca fui un gran bebedor.

Heimat asintió, mientras le estudiaba.

—¿Cyril? —aventuró.

—¿Sí, Beau?

—*Saliste*. Luego violaste tu palabra. ¿Por qué mataste a esa gente?

—Oh, bueno —dijo Basingstoke, aceptando cortésmente su ginger ale del autocamarero—. Me irritaron, ¿sabes?

—Supuse que era eso —dijo secamente Heimat—. Pero sabías que simplemente iban a devolverte aquí.

—Sí, pero tengo mi orgullo. ¿O hábito? Creo que es más bien un asunto de hábito.

—Ése es el tipo de cosa que diría un fiscal —apuntó Heimat severamente.

—Quizás en un cierto sentido un fiscal tenga siempre razón con gente como tú y yo, Beau. No necesitaba matar a esa gente. No estaba acostumbrado a las multitudes, ¿entiendes? Estábamos empujándonos para subir al autobús. Me caí. Todos se rieron. Había un policía con una metralleta, y él se estaba riendo también. Me levanté y se la arrebaté...

—Y te cargaste a treinta y cinco personas.

—Oh, no, Beau. Les di a casi noventa, pero sólo treinta y cinco murieron. O eso me dijeron. —Sonrió—. No conté los cadáveres.

Asintió cortésmente a Heimat, que permaneció sentado en silencio por unos momentos, bebiendo lentamente mientras Basingstoke pasaba ociosamente fotos de Martinica y Curasao y las islas Vírgenes.

—Son unos lugares encantadores —suspiró—. Casi lamento haber matado a toda esa gente.

Heimat rió estentóreamente, agitando la cabeza.

—¡Oh, Cyril! ¿Es cierto que tenemos el hábito de matar?

—Por un asunto de orgullo o principios, quizá sí —respondió educadamente Basingstoke.

—Entonces, ¿nunca nos soltarán?

—Oh, Beau —dijo Basingstoke, cariñosamente—, ya sabes que nunca saldremos de aquí.

Heimat apartó a un lado la observación con un gesto de la mano.

—¿Pero crees que es cierto que somos incorregibles?

Basingstoke dijo reflexivamente:

—Creo... que no. Déjame mostrarte algo. —Susurró algo al control, y las vistas de la PV parpadearon y regresaron a una escena de Curasao—. ¿Ves esto, Beau? —dijo, instalándose confortablemente en su silla para una larga charla—. En mi caso es orgullo. Éramos muy pobres cuando yo era niño, pero siempre tuvimos orgullo. No teníamos nada más. A veces ni siquiera algo para comer. Pusimos un puesto de bocadillos para los turistas, pero todos los vecinos tenían puestos de bocadillos también, así que nunca hicimos nada de dinero con él. Sólo disponíamos de las cosas que eran gratuitas: el hermoso sol, la arena, los maravillosos colibríes, las palmeras. Pero no teníamos zapatos.

¿Sabes lo que es no tener zapatos?

—Bueno, en realidad...

—No, no lo sabes —sonrió Basingstoke—, porque tú eras americano y rico. ¿Ves ese puente?

Señaló hacia la vista de la PV, una bahía cruzada por dos puentes.

—No el feo, el otro. El flotante, sobre pontones. Con los fuera borda que lo cierran a ambos lados.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Heimat, empezando a preguntarse si tener un compañero iba a aliviar su aburrimiento o a empeorarlo.

—Es un asunto de orgullo, sin zapatos, Beau. Esto lo aprendí de mi abuelo.

—Mira, Basil —dijo Heimat—, me alegra verte y todo eso, pero lo que realmente tienes que...

—¡Paciencia, Beau! Si tienes orgullo también tienes que tener paciencia; eso es lo que mi abuelo me enseñó. Él también era un *descamisado*..., tampoco tenía zapatos. Así que en este puente, cuando era nuevo, había un peaje. Dos centavos para cruzarlo..., pero sólo para los ricos, es decir, la gente que llevaba zapatos. La gente que iba descalza lo cruzaba gratis. Pero la gente rica que llevaba zapatos no era estúpida; se los quitaban y los escondían, y cruzaban, y volvían a ponérselos al otro lado.

Heimat estaba empezando a irritarse.

—¡Pero tu abuelo no tenía zapatos!

—No, pero tenía orgullo. Como tú. Como yo. Así que aguardaba en el puente hasta que llegaba alguien con zapatos. Entonces le pedía prestados sus zapatos para poder pagar los dos centavos y cruzar el puente con su orgullo a salvo. ¿Entiendes lo que quiero decir, Beau? El orgullo es caro. Nos ha costado mucho a los dos.

No deseaba dejar de hablar de los niños porque me atraían; me resulta difícil también dejar de hablar de Heimat y Basingstoke, pero por otras razones completamente distintas. Si alguna vez ha habido dos personas que me resulten odiosas, son éstas. Es la atracción de lo horrible.

Cuando Cyril Basingstoke se reunió con Beaupre Heimat, los niños en la Rueda acababan de recibir el aviso de que iban a ser evacuados. Los medios de comunicación difundieron la noticia. Tanto Basingstoke como Heimat sintieron interés; probablemente se sentían inclinados hacia el Enemigo, si se sentían inclinados hacia algún bando, aunque debió constituir un conflicto para ambos. (¿Orgullo por la raza humana? ¿Resentimiento contra la facción dominante de ella que los había encarcelado?) Pero tenían otros conflictos mutuos de los que preocuparse. Ni a Heimat ni a Basingstoke les importaba demasiado la sociedad de sus semejantes.

De hecho, no tardaron en sentirse hastiados el uno con el otro. Cuando Heimat descubrió a Basingstoke dormitando frente a las vistas de la PV de Curasao o Sint Maarten o la costa de Venezuela, exclamó:

—¿Por qué permites que se te oxide la mente? ¡Yo he sabido utilizar mi tiempo de cárcel! Aprende algo. Un idioma, como he hecho yo.

De hecho, había aprendido un nuevo idioma, a la perfección, cada pocos años; con todo el tiempo del que había dispuesto, ahora hablaba fluentemente el mandarín, el Heechee, el ruso, el tamil, el griego clásico y otros ocho idiomas.

—¿Y con quién vas a hablarlo? —preguntó Basingstoke, sin apartar los ojos de la escena tropical que tenía delante.

—¡No es ése el asunto! ¡El asunto es mantenerse despierto!

Y Basingstoke alzó finalmente la vista y dijo:

—¿Para qué?

Si Basingstoke estaba cansado del incordio constante de Heimat, Heimat estaba cansado de las interminables reminiscencias de Basingstoke. Cada vez que el negro empezaba una historia, el general sabía cómo terminarla.

—Cuando yo era un muchacho —empezaba Basingstoke, y Heimat se burlaba:

—Eras muy pobre.

—Sí, Heimat, muy pobre. Vendíamos bocadillos a los turistas...

—Pero no ganabais dinero con ello, porque todos vuestros vecinos tenían también puestos de bocadillos.

—Exactamente. Nada de dinero. Así que a veces los chicos íbamos a atrapar una iguana y buscábamos un turista que quisiera comprarla. Ninguno de ellos quería una iguana, por supuesto.

—Pero de tanto en tanto alguno la compraba, porque sentía lástima de vosotros.

—Lo hacía, así que entonces seguíamos al turista para ver dónde la tiraba, y entonces la cogíamos de nuevo y volvíamos a venderla.

—Y al cabo de un tiempo os la comáis.

—Oh, sí, Beau. La iguana es muy buena, como el pollo. ¿Te he contado ya esta historia?

No era sólo el aburrimiento. Era, descubrieron cada uno, que algo del otro raspaba realmente sus nervios. Basingstoke encontraba repugnantes las costumbres sexuales de Heimat.

—¿Por qué tienes que intentar siempre *hacer daño* a esas cosas, Beau? ¡Ni siquiera están vivas!

—Porque me proporciona placer. Los celadores tienen que velar por mis necesidades; esa cosa es uno de ellos. Y aparte, no es asunto tuyo, Basil. No te afecta, mientras que esa mierda que comes hace que toda la prisión apeste.

—Pero ésa es una de *mis* necesidades, Beau —decía Basingstoke. Había dado a los cocineros instrucciones precisas, y por supuesto las habían cumplido. Heimat tenía que admitir que algunas de las cosas no eran del todo malas. Había una fruta de aspecto feo que tenía un sabor espléndido, y algunas especies de marisco que eran divinas. Pero algunas otras eran horribles. La peor era una especie de guiso de pimientos verdes y cebolla hecho con bacalao seco y salado que sabía y olía exactamente como los bidones de basura del exterior de una marisquería tras toda una noche a la intemperie. Lo llamaba *chiki*, y cuando no estaba hecho con pescado podrido estaba hecho con algo sólo marginalmente menos repulsivo, como carne de cabra.

Heimat intentó diluir la presencia de Basingstoke presentándole a Pernetzky, pero el mariscal soviético nunca abrió los ojos, y mucho menos le habló al recién llegado. Fuera del hospital de la prisión, Basingstoke dijo:

—¿Pero por qué hace esto, Beaupre? Después de todo, seguro que está consciente.

—Creo que tiene alguna idea acerca de escapar. Quizá piensa que si sigue fingiendo que está dormido, lo llevarán a un hospital a alguna otra parte, fuera de la prisión, y allí podrá intentarlo.

—No lo harán.

—Lo sé —dijo Heimat, mirando a su alrededor—. ¿Y bien, Cyril? ¿No deseas explorar un poco más el terreno hoy?

Basingstoke miró colina abajo, hacia la resplandeciente y distante laguna y el amplio Pacífico más allá de ella, luego de nuevo pensativamente a la sala de descanso. Pero Heimat se había negado definitivamente a ver más imágenes con él, y Heimat al menos era una audiencia.

—Oh, supongo que sí —dijo—. ¿Qué son esos edificios de ahí abajo, junto a la playa?

—Una escuela, creo. Y aquí hay un pequeño puerto, donde han dragado la laguna para que puedan entrar las embarcaciones pequeñas.

—Sí, veo el puerto —dijo Basingstoke—. Teníamos un puerto así en Curasao, aparte el grande. Era para los esclavos, Beau. En los viejos días, cuando llegaba una nave cargada de esclavos, no los exhibían a través de toda la ciudad; los llevaban a unos cuantos kilómetros de distancia...

—Al puerto de los esclavos —terminó Heimat por él—, donde estaban las dependencias de las subastas. Sí. Vayamos a la granja de bebés.

—¡No me gustan esas cosas! —protestó Basingstoke. Pero cuando vio que Heimat echaba a andar sendero abajo sin él, añadió—: Pero iré contigo.

La granja de bebés se hallaba dentro del perímetro exterior de la prisión, pero sólo apenas; era un enclave separado y cercado, una pradera verdeante con unas cuantas y hermosas vacas pastando, y a los prisioneros no se les permitía entrar en él.

A Heimat le divirtió mucho descubrir lo que aquello irritaba a Cyril.

—Es decadente, Beau —murmuró el viejo—. ¡Oh, cómo desearía no haber fracasado en nuestra causa! Les hubiéramos obligado a olvidar todas estas cosas. Les hubiéramos hecho *gritar*.

—Lo hicimos —dijo Heimat.

—Hubiéramos debido hacerlo más. Me siento asqueado de pensar que un niño humano pueda hallarse en el seno de una vaca. Cuando yo era pequeño...

—Quizás —interrumpió Heimat, para cortar las reminiscencias—, si fueras una mujer, la idea del embarazo extrauterino no te pareciera tan asqueante, Cyril. El embarazo no está exento de sufrimientos.

—¡Sufrimientos, por supuesto! ¿Por qué no deben sufrir? *Nosotros* sufrimos. Cuando yo era pequeño...

—Sí, ya sé cómo eran las cosas cuando tú eras pequeño —dijo Heimat, pero aquello no contuvo a Cyril de volver a contárselo todo de nuevo.

Heimat desintonizó su voz. Hacía un confortable calor en la isla, pero soplaba una ligera brisa colina arriba procedente del mar. Podía oler el débil aroma del ganado de la pradera, donde los autovaqueros iban de un lado para otro, comprobando las temperaturas y condiciones de los animales a su cargo.

En realidad, pensó Heimat, los embarazos subrogados eran una buena cosa. Suponiendo que el embarazo empezara siendo una buena cosa. Sus placeres sexuales iban por caminos completamente distintos, pero, para una pareja que realmente deseara formar una familia, tenía sentido. Concebían el bebé de la forma habitual, con mucho mete-y-saca y alegría y regocijo por ambas partes; la mente de Heimat era lo bastante amplia como para aceptar que dos personas pudieran gozar la una de la otra sin necesidad de que una de ellas debiera sufrir dolor. Luego, era fácil retirar el óvulo fertilizado. Ya había recibido todo lo que necesitaba de sus progenitores. Las espirales de ADN ya se habían unido y recombinado; la herencia había quedado establecida. El chef, podríamos decir, había preparado la masa del soufflé que iba a ser su plato principal. Ahora todo lo que necesitaba era un horno caliente para que subiera, y el horno no tenía por qué ser humano. Cualquier cosa que fuera vertebrada y mamífera, de un tamaño humano o mayor, serviría. Las vacas eran perfectas para ello.

No había muchas vacas en la granja de bebés, porque no quedaban muchas familias humanas en la isla que requirieran sus servicios. Pero Heimat contó diez, doce, quince..., en total dieciocho madres subrogadas, pastando tranquilamente la hierba mientras los autovaqueros les metían termómetros y miraban dentro de sus orejas.

—Es de lo más *asqueroso* —jadeó Cyril Basingstoke.

—No, ¿por qué? —argumentó Heimat—. No reciben su cuota de drogas, ni de humo, ni de cualquiera de todas las demás cosas que las mujeres humanas pueden hacer para perjudicar a sus bebés. No. Si hubiéramos ganado, yo mismo hubiera instituido este sistema.

—Yo no —dijo suavemente Basingstoke.

Se sonrieron el uno al otro, dos viejos gladiadores divertidos ante el pensamiento del conflicto final que nunca llegaría a producirse. Viejo estúpido, pensó cómodamente Heimat; hubiera sido necesario librarse también de él..., si la revolución hubiera tenido éxito.

—¿Beau? —dijo de pronto Basingstoke—. Mira.

Una de las madres se estaba agitando, ligeramente incómoda. Le estaban tomando la temperatura, pero el autovaquero estaba al parecer sosteniendo el termómetro de una forma no demasiado confortable. La vaca agitó sus cuartos traseros y se liberó, se alejó trotando unos pasos, y siguió pastando.

—No se mueve —dijo Heimat perplejo, refiriéndose a la autocosa.

Basingstoke miró a su alrededor, a los otros cuatro o cinco autovaqueros de la granja de niños, luego alzó la vista colina arriba, hacia los autojardineros y los distantes autoguardias en los senderos. Todos ellos permanecían completamente inmóviles. Incluso el sonido de las aspas de las aerocarretillas se había detenido.

—Ninguno se mueve, Beau —dijo Basingstoke—. Están todos muertos.

El pasto que constituía la granja de niños se hallaba en el extremo inferior del recinto de la prisión. La pendiente se hacía más pronunciada allí, y Heimat la contempló con disgusto. Cuando eres viejo eres viejo, pese a todos los reemplazos de tejido y recalificación de huesos posibles.

—Si bajamos —dijo—, luego tendremos que volver a subir.

—¿Tendremos que hacerlo, hombre? —dijo Basingstoke suavemente—. Echa una mirada.

—Oh, algún momentáneo fallo de la corriente —murmuró Heimat—. Estará de vuelta en un momento.

—Sí. Y entonces el momento ya habrá pasado para nosotros.

—Pero Basil —dijo razonablemente Heimat—. De acuerdo, supongamos que las unidades móviles han quedado fuera de servicio por un momento. Las barreras siguen ahí.

Basingstoke le miró atentamente. No dijo nada. Se limitó a dar la vuelta, alzó una tira del alambre de la cerca que mantenía al ganado en su pradera, y pasó por debajo de ella.

Heimat miró irritado hacia atrás. Los guardias podían volver en sí en cualquier momento, por supuesto. Y aunque ese momento se retrasara lo suficiente para que los dos prisioneros pudieran, por ejemplo, cruzar el amplio pasto de las vacas, lo que había dicho acerca de las barreras seguía siendo cierto, quizá. No eran los guardias los que mantenían a los prisioneros dentro de la prisión, sino la sofisticada e infranqueable barrera electrónica. Se presentaba en tres etapas: dolor, aturdimiento, muerte. Era difícil cruzar la primera y casi imposible cruzar la segunda..., y completamente inútil, puesto que estaba la tercera. Se dijo a sí mismo que Basingstoke simplemente no lo sabía, no tenía experiencia en ello; pero Heimat sí lo sabía, porque lo había intentado. Una sola vez había cruzado la terrible y angustiosa línea del dolor, y sólo para ser derribado a plomo por la segunda y despertar en su propia cama, con un autoguardia sonriéndole burlonamente.

El simple hecho de que las autocosas se hubieran quedado temporalmente sin energía no significaba nada respecto a las barreras, se dijo. ¡Basingstoke era un completo estúpido!

Y, mientras pensaba en todo esto, Beaupre Heimat alzó el alambre para pasar él también y apresurarse tras el otro hombre, esquivando las numerosas bostas que poblaban la hierba, deteniéndose solamente para darle una patada a una autocosa y asegurarse de que no obtenía ninguna respuesta.

No la obtuvo.

Alcanzó a Basingstoke, jadeante, en el borde mismo del complejo. Los alambres del dolor eran bien visibles allí —para el ganado, no para los prisioneros—, contra un seto de hermosos hibiscus y encendidas flores.

Un autojardinero estaba inclinado inmóvil sobre un macizo de flores. Tenía una mano alzada, inmóvil, hacia una azadilla. Heimat escupió pensativamente.

—No hay *energía*, hombre —dijo suavemente Basingstoke.

—Pasa tú primero, Cyril —respondió Heimat, tragando saliva—, Yo te arrastraré de vuelta si resultas atrapado.
Basingstoke se echó a reír.
—¡Oh, Beau, vaya héroe estás hecho! ¡Vamos, iremos juntos!

12 - La JVA

Lo que uno debe recordar siempre es que todas las cosas tienen un fin..., o al menos eso es lo que Albert me dice constantemente. Creo que él piensa que es una especie de consuelo.

Es cierto, sin embargo. Incluso el interminable viaje desde Roca Rugosa hasta la JVA terminó por fin.

La JVA reside en un satélite geoestacionario, aunque en realidad son cinco satélites dando tumbos el uno alrededor del otro en órbitas parasitarias, a unas cuantas decenas de miles de kilómetros encima de Conakry, en África. Antes estaba en un lugar diferente —justo encima de las islas Galápagos—, pero entonces su finalidad era distinta. Entonces se le llamaba el Alto Pentágono.

Cuando salimos de la órbita yo no estaba mirándolo. Estaba mirando a la Tierra, grande y ancha debajo de nosotros. El amanecer había pasado ya el golfo de Guinea, pero la hinchazón occidental de África todavía estaba a oscuras. Gocé con la vista. Aún sigo creyendo que la Tierra es el más hermoso planeta que existe. Contemplaba la luz del sol rozar las cumbres de las montañas al oeste, y ese maravilloso Atlántico azul justo debajo, sintiendo un auténtico afecto hacia aquel viejo y fastidioso lugar, cuando oí a Essie exclamar:

—¡Lo han *arruinado!*

Necesité un momento para darme cuenta de que no se refería al planeta.

—Lo siento —dije—, no estaba mirando a la pantalla. —De hecho, ella tampoco lo había estado haciendo. Generalmente, utilizamos la pantalla sólo por costumbre. Cuando realmente deseamos echar una buena mirada a algo, nos resulta mucho más fácil utilizar directamente los propios sensores externos de la *Único Amor*. Así que cambié, y vi lo que veía Essie.

Había muchos más que cinco objetos en órbita común ahora, sin contar la flotilla de cruceros de la JVA que se movían incansablemente en formación, de un lado para otro. La gente había estado acudiendo a la JVA como moscas a un pastel, y sus espacionaves se hallaban en órbitas de anclaje. Debía haber como una docena de esas naves lanzadera, pero de lo que estaba hablando Essie era de una enorme y arrugada masa de película. Necesité unos instantes para reconocerla.

En su tiempo había sido el dispositivo propulsor de un velero fotónico interestelar. Lo había visto antes en una ocasión, cuando se hallaba en toda su gloria, y luego había transportado a un grupo de Perezosos en un viaje de exploración a alguna otra estrella.

—¿Qué significa todo este lío? —pregunté a Julio Cassata.

Me miró irritadamente. Estaba ocupado con los canales de comunicación, y la persona con la que estaba irritado no era yo. Era el Oficial de Guardia de la JVA, y no servía de mucho irritarse con él, o con ello, porque no era un él. Dijo:

—Lo repetiré de nuevo, aquí el dupli del general de división Julio Cassata, y solicito permiso de anclaje inmediato. Malditas máquinas —bufó, mirando a Albert antes de mirarme a mí. Luego—: ¿Se refiere al velero? Pero si fue su maldito Instituto quien lo trajo aquí para estudio. ¿Qué cree que podíamos hacer con la vela? ¿Tirar constantemente de ella hacia atrás mientras el sol tiraba de ella hacia delante para sacarla de su órbita?... Sí, *gracias* —dijo al intercom, y asintió con la cabeza a Alicia Lo para que nos entrara.

No fue tan fácil.

La sección particular de la JVA hacia la que nos encaminábamos era la Delta, una especie de lata de sopa que pesaba cuarenta mil toneladas. Podía decirse que era el satélite de mando. Para conveniencia de los peces gordos, o al menos de las porciones de carne de ellos, giraba sobre sí misma más rápidamente que las otras. Eso les proporcionaba una mejor orientación del arriba y el abajo para su comodidad, pero no hacía las cosas más fáciles para Alicia Lo.

De todos modos, nos llevó limpiamente en una maniobra de sacacorchos hasta el muelle. Fue una actuación de virtuosos y se hubiera merecido una audiencia mejor que Essie y yo. M la estábamos contemplando. Estábamos contemplando la flotilla de atiburonados cruceros de la JVA, evidentemente preparada para la acción..., cualquier tipo de acción. Murmuré

—Espero que no cometan ninguna tontería.

—Hagan lo que hagan —dijo Essie sobriamente—, ser una tontería. No hay nada que puedan hacer que no sea tonto.

Y luego estuvimos a bordo del satélite de la JVA.

La forma en que las personas como Essie y yo abórdame una espacionave o satélite es utilizar los sistemas internos de comunicación; una vez hecho esto, podemos ir a cualquier parte donde lleguen los cables, y quizá un poco más allá. El JVA-Delta fuimos hasta tan lejos como la escotilla de entrada y allí nos detuvimos. No *había* sistemas internos de comunicaciones, o al menos ninguno al que se nos permitiera acceder. El Oficial de Guardia, un programa máquina con la forma de *u¿* joven teniente bisoño, dijo con una cortesía tan inflexible como militar:

—El general Cassata puede seguir, señores y señoras, pero el resto de ustedes deberá permanecer aquí.

Por supuesto, no deseábamos hacer aquello, en absoluto. No era para eso para lo que habíamos venido a la JVA.

Si Cassata se hubiera demorado el tiempo suficiente, le hubiera pedido que explicara todo el malentendido. Como no lo hizo, me expliqué por mí mismo. El teniente escuchó educadamente, y luego hizo lo que se esperaba de él: nos pasó a una autoridad superior.

Esa autoridad superior era una mujer bajita y fornida llamada Mohandan Dar Havandhi. Cuando apareció, nos miró en silencio durante tanto tiempo que tuve la repentina convicción de que era una persona de carne, pero sólo era su forma de actuar. Cuando abrió la boca se reveló como tan almacenada en máquina como el resto de nosotros, pero todo lo que hizo fue abrir la boca para decir:

—No.

—Pero, comandante Havandhi —ronroneó apaciguadoramente Essie—, se trata del señor Robinette *Broadhead*.

—Lo sé —dijo la comandante.

—Entonces debe saber también que el señor Robinette Broadhead es un miembro ejecutivo del Instituto Broadhead, con autorización absoluta para ocuparse de todos los asuntos extrasolares.

—Eso es cierto —dijo la comandante—, pero nos hallamos en Condición Roja. Las autorizaciones de tiempo de paz han sido suspendidas. Por supuesto —añadió, con una sonrisa que mostró algunos dientes de oro (¡cuán fieles somos algunos de nosotros a nuestros originales de carne!)— no es necesario que permanezcan confinados aquí, si prefieren otra cosa.

—Bien —dije, sonriendo discretamente—, en ese caso, será mejor que...

—Pueden regresar a su nave si lo creen más conveniente —dijo, y no pudo ser movida de ahí.

¡Mentes militares! No podías razonar con ellas. Lo intentamos, por supuesto. Señalarnos que «seguridad» era un anacronismo digno de risa, Condición Roja o no Condición Roja, porque el único enemigo que podía exigir mantenerla estaba a cincuenta

mil años luz de distancia, en el kugelblitz. No se molestó en decirnos que eso no era cierto, puesto que el mensaje había llegado desde más cerca. Se limitó a agitar la cabeza. Intentamos amenazar con llamar a los mariscales y jefes de estado. Dijo simplemente que podíamos hacerlo, por supuesto, si queríamos, tan pronto como se levantara la prohibición sobre los mensajes radiofónicos civiles. No nos ofreció ningún indicio de cuándo podía ser eso. Intentamos ser amistosos con ella. Le preguntamos qué estaban haciendo todas aquellas espacionaves en la JVA. No respondió; no, no íbamos a poder *sacarle* ningún secreto militar.

Realmente la cosa no fue tan interminable como pareció —unos pocos miles de milisegundos como máximo—, porque Julio Cassata, o al menos su dupli, regresó al cabo de poco. Sorprendentemente, Cassata parecía ligeramente complacido.

—Mi colega de carne está de conferencia —nos dijo—, así que pasará un tiempo antes de que pueda, esto, verle. —Nos dedicó una sonrisa... selectiva; la joven llamada Alicia Lo fue quien recibió la mayor parte—. Así que, ¿qué les gustaría hacer mientras aguardamos? ¿Dar una vuelta por la JVA?

—No podemos —dije, señalando a la comandante.

—Por supuesto que pueden —respondió, seguro en su rango. Se dirigió a ella—. Comandante Havandhi, la relevo de la responsabilidad sobre nuestros huéspedes. Me encargaré yo personalmente de escoltarles por la base.

Los cinco satélites de la JVA suman aproximadamente doscientas mil toneladas de masa y se hallan habitados por algo así como treinta mil personas, de carne y almacenadas en máquina. Dos de los satélites no son más que centros de comunicaciones y proceso de datos. No hay nada que ver allí. Gamma es todo equipamiento, equipamiento *militar*; está lleno de enormes bombas y de máquinas perforadoras Heechees, adaptadas para abrir agujeros en naves o fortalezas antes que en rocas. No esperábamos que se nos permitiera entrar allí tampoco, aparte el hecho de que Albert lo sabía ya todo acerca de su contenido, hasta la última pieza. Alfa alberga al personal y todos sus servicios y esparcimientos, y no había ninguna razón tampoco para que fuéramos allí..., no necesitábamos ninguna de sus diversiones.

De todos modos, cuando las barreras electrónicas que mantenían a las inteligencias en máquina no autorizadas fuera de la JVA fueron bajadas para nosotros, el hecho de hallarnos confinados en Delta me irritó. Cassata intentó apaciguarme.

—Olvide a la vieja dama —dijo, sonriendo—. Era un oficial agregado aquí cuando esto era el Alto Pentágono, y cree que todo ha ido pendiente abajo desde entonces. —Miró su reloj..., tan inexistente como el mío—. Tenemos al menos diez mil milisegundos y hay un montón de cosas interesantes que ver aquí..., Perezosos, Quancies, Cerdos Vudú, aparte todo lo demás..., quiero decir la parte de lo demás a lo que pueden tener acceso. ¿Qué quieren ver?

—No quiero *ver* nada —respondí—. No vine aquí para una gira turística de dos dólares. ¡Quiero hablar con gente! Quiero descubrir qué está ocurriendo...

—Y luego —dijo Cassata— quiere emprender una acción propia, ¿no?

Me encogí furioso de hombros. Ya había tenido suficiente de «antesala» como para echar humo por las orejas, y Julio Cassata no estaba haciendo nada por aliviarlo. Había un montón de cosas que deseaba decir, pero me contenté con una palabra:

—Sí.

Cassata también estaba un poco excitado. Había conseguido un aplazamiento a su condena de su original de carne, pero eso era todo. Dijo:

—Está causando problemas, Broadhead.

—Se me dio el poder de causar muchos de ellos —admití.

Me miró con los ojos entrecerrados, luego se encogió de hombros.

—Eso no tiene nada que ver conmigo —dijo—. No tiene absolutamente nada que ver *conmigo*. La Junta de Jefes es la que dicta las reglas aquí. Así que, ¿qué prefiere? ¿La

gira turística de dos dólares? ¿O volvemos a la entrada?

Essie y yo habíamos visto la JVA antes, cuando la Junta de Jefes era un poco más respetuosa hacia el tipo que controlaba la Fundación Broadhead. También Albert. Alicia Lo estaba mucho más interesada. Para ella era uno de esos lugares secretos de los que oyes hablar mucho pero nunca esperas llegar a ver, como el interior de Fort Knox o el Templo Mormón en Salt Lake City.

Supongo que ya se dan cuenta de que realmente no «fuimos» a ninguna parte. No era necesario. Cassata nos introdujo en el sistema de comunicaciones de JVA-Delta, y vimos lo que él quiso que viéramos. Era un educado anfitrión, así que hizo más que eso; creó una especie de club de oficiales para que pudiéramos sentarnos en él, con un fuego llameando y una mesa con bebidas y cosas para picar en un extremo de la habitación. El otro extremo de la habitación era... lo que se nos quiso mostrar.

Cuando Cassata propuso descuidadamente echar un vistazo a un nido de Perezoso, Alicia se sintió excitada..., como, por supuesto, había pretendido él.

Los Perezosos eran una «primera» raza histórica para los seres humanos, porque eran la primera inteligencia alienígena que ningún miembro de la raza humana hubiera visto nunca. O no «visto», para ser más exactos. *Sentido*. Audee Walthers, vagabundeando ociosamente en su Sillón de Sueños, había detectado su patético, enorme, pesado-velero en el espacio interestelar hacía unas décadas.

Fue un acontecimiento importante, pero lo que trajo consigo fue más importante aún, porque los Perezosos detectaron también a Audee. Y así fue como los Heechees supieron que había gente como nosotros en la galaxia, y eso fue lo que hizo salir a los Heechees, chillando y pateando, fuera de su escondite en el núcleo.

—Creía que los Heechees habían secuestrado esta nave de los Perezosos y la habían obligado a volver a su planeta de origen —ofreció Alicia.

—Lo hicieron —admitió Cassata—, pero el viejo Broadhead, aquí presente, la secuestró de vuelta y la trajo aquí para su estudio. O su Instituto lo hizo. A los Perezosos no les importó. Esperaban pasar otros mil años o así en su viaje. Su velero se halla todavía en órbita justo fuera de la JVA...

—Lo vi. Parece curiosamente arrugado —dijo severamente Essie.

—Bueno, ¿qué otra cosa podíamos hacer? Abierta en toda su extensión, esa maldita cosa tiene cuarenta mil kilómetros de largo. Además, no van a necesitarla de nuevo. ¿Quieren verlos o no?

—Oh, sí —dijo Alicia Lo, cortando la discusión. Cassata agitó una mano, y allí estaban.

Los Perezosos no son hermosos. Algunas personas dicen que parecen una especie de flores tropicales. Otros piensan más bien que su aspecto es como una de esas cosas de aguas profundas llenas de tentáculos; es difícil decir a qué se parecen, porque no se parecen demasiado a nada que conozcamos aquí en la Tierra. Los machos son considerablemente más grandes que las hembras, pero ése no es el único problema de las hembras. Las hembras no tienen nada excepto problemas, porque no hay nada parecido a los derechos de la mujer entre los Perezosos. Puede que una hembra Perezosa no se preocupe mucho por ello, sin embargo, porque no son del tipo intelectual. Sus vidas están enteramente ocupadas por la reproducción. Tienen un hijo cada ciclo..., y un ciclo corresponde aproximadamente a algo menos de cuatro meses. Si la dama afortunada ha sido visitada por un macho en el momento correcto, el hijo es macho. Si no, es hembra. Los machos Perezosos no parecen ser particularmente lujuriosos (si consideramos a las hembras Perezosas, ¿quién puede culparles?), así que normalmente las hembras no suelen ser muy favorecidas por ellos.

Así que hay un número considerable de hembras Perezosas naciendo a cada instante.

Sin embargo, no son desaprovechadas. De tanto en tanto, uno de los machos descubre a una hembra particularmente gorda y apetitosa. Entonces se la come.

Uno supone que a las hembras no debe gustarles eso. Sin embargo, ninguna hembra

Perezosa se ha quejado nunca. No pueden. Son incapaces de hablar.

Los machos, en cambio, hablan incesantemente, o cantan, o al menos emiten constantemente alguna especie de sonidos a lo largo de todas sus vidas. Puede que ustedes no se den cuenta de ello, sin embargo, ni aunque permanezcan sentados directamente al lado de un Perezoso en pleno éxtasis de gritos..., suponiendo que pudieran, puesto que el lugar donde viven es a la vez frío y pesado y venenoso para la gente de carne. Puede que sean conscientes de un débil pulsar, como un camión pesado pasando por delante de su casa. Los Perezosos son *lentos*. También lo son sus voces; los más estridentes floreos de una soprano entre los Perezosos pueden alcanzar los veinte o veinticinco hertz. Así que uno no puede oír lo que están cantando.

Había varias docenas de aquellas criaturas, machos y hembras, flotando en el lodo de su espacionave. Un macho permanecía aislado en un compartimiento. El resto se hallaba en un tanque común, rodeados por todo tipo de curiosos dispositivos Perezosos que flotaban con ellos: los muebles y demás artículos domésticos, supuse, que hacían confortable un hogar Perezoso, y la única forma en que pude distinguir la gente del mobiliario fue que había visto fotos de Perezosos antes. No podía ver nada que se moviera. También parecían curiosos en otro aspecto. No recordaba exactamente cuáles eran los tonos naturales de un Perezoso, pero éstos parecían como si hubieran sido coloreados por alguien que tuviera el mismo problema que yo en recordar.

—¡Hay uno que se mueve! —exclamó de pronto Essie.

Resultaba más bien difícil asegurarlo. Al parecer el que permanecía en la cámara separada había extendido, apenas, un tentáculo. Era terriblemente lento incluso según los estándares de la gente de carne (¡sin mencionar los míos!). En términos de

Grandes brutos cegados y ampollados castigados y dañados con mucha cavitación y muchas muertes y muy dolorosas heridas...

—Son las últimas estrofas —explicó Cassata—. Esta vez sólo dura aproximadamente una hora. Tenemos que dejar que descansen durante las sesiones. No pueden resistir el estar en modo acelerado durante mucho tiempo, y no podemos entrar en contacto con ellos cuando se hallan en modo normal. ¿Quieren seguir observándolos un rato?

—Lo que quiero, general Cassata —dije— es hablar con alguien de aquí que tenga autoridad. ¿Durante cuánto tiempo más vamos a tener que seguir haciendo el idiota?

Pero Essie puso su suave y dulce mano sobre mis labios —El general nos lo hará saber tan pronto como sea posible, ¿no es así, Julio? De modo que no tenemos nada mejor que hacer.

...también a las mujeres.

...terminó la traducción perezosa, y empecé a pensar en causar alguna muerte y muy dolorosas heridas yo mismo.

Bien, ahí estamos de nuevo, atrapados en la disparidad entre el tiempo gigabit y el de carne.

No creo ser básicamente un hombre muy paciente, pero oh, ¡cuánta paciencia ha tenido que aprender este análogo mío almacenado en máquina! Especialmente al tener que tratar con gente de carne. Sin mencionar con esa particularmente irritante y excepcionalmente inamovible sección de la población de carne, los militares.

Expresé mis puntos de vista sobre este asunto en beneficio de Julio Cassata. Se limitó a sonreír un poco más. Estaba disfrutando con ello. Por supuesto, desde su punto de vista, cuanto más tiempo aguardáramos allí, más tiempo le quedaba de «vida»..., es decir, más tiempo tenía su dupli, y su dupli se sentía a todas luces reluciente de dejar que acabaran con él. Me sentí un poco sorprendido de que no sugiriera llevar a la hermosa Alicia Lo a otro pequeño viaje privado de exploración —podía muy bien imaginar las exploraciones que pasaban por su mente—, y quizá lo hubiera hecho si Albert no hubiera

salido con una idea.

Tosió educadamente y dijo:

—Creo, general Cassata, que los Perezosos no son los únicos alienígenas de los que tenemos especímenes aquí.

Cassata alzó las cejas.

—No se referirá usted a los Cerdos Vudú.

—Los Cerdos Vudú, sí. Y también los Quancies. El Instituto ha proporcionado colonias de ambos para su estudio. ¿Podríamos verlos también?

Si hay algo menos interesante que contemplar a los Quancies es contemplar a los Cerdos Vudú, pero por supuesto uno no lo sabe hasta que lo intenta.

—Oh, Julio —exclamó Alicia Lo—, ¿podemos? —Y así, por supuesto, quedó garantizado que podíamos.

Cassata se encogió de hombros y cambió de escena. Ahora estábamos contemplando un rocoso estanque de agua verdegrisácea, donde media docena de criaturas con aspecto de pez estaban tostándose bajo una pálida luz anaranjada. También conseguimos el sonido, los graznidos de la cháchara Quancie entre ellos.

Puesto que ya había visto de los Quancies todo lo que jamás deseara ver, me volví hacia la mesa con las cosas de picar. No era que tuviera hambre..., ni siquiera «hambre». Simplemente deseaba acabar con aquello.

Estaba poniendo terriblemente a prueba mi largo entrenamiento en paciencia. No me gustaba, pero no veía ninguna otra alternativa. El Cassata-real seguía con su reunión, y el Cassata-dupli estaba simplemente haciendo los oficios del buen anfitrión con nosotros..., especialmente con su chica. ¡Pero el cielo se nos estaba cayendo encima, y no había tiempo para viajes al zoo!

Mientras el autocamarero con la chaqueta blanca me tendía un bocadillo de higadillos de pollo picados con cebolla —por supuesto, tan simulado como el propio camarero—, Albert se me acercó.

—Una buena jarra de cerveza alemana, por favor —pidió al camarero, y me sonrió—. Supongo que no tienes interés en escuchar lo que se están diciendo los Quancies, ¿verdad, Rob?

—Los Quancies nunca tienen nada que decir. —Di un hosco mordisco a mi bocadillo. Estaba delicioso, pero no era lo que había deseado.

—Probablemente resulte fútil interrogarles —admitió Albert, aceptando la jarra de oscura cerveza. Uno tiene que admitir que los Quancies son inteligentes, más o menos, porque al menos poseen un idioma. Lo que no poseen son manos. Viven en el mar, y sus pequeñas aletas no sirven más que como eso, como aletas. Si no respiraran aire probablemente nunca hubiéramos conocido su existencia, porque no poseen ciudades, ni herramientas, ni, lo que es más importante, escritura. En consecuencia, no disponen de una historia escrita. Tampoco la tienen los Perezosos; pero sus expectativas de vida son tan largas (aunque tan lentas), que sus bardos recuerdan eddas en las que puede confiarse, al menos, tanto como en las canciones de Hornero.

—Tengo algunas noticias que tal vez te interesen —dijo Albert cuando terminó de dar su primer largo sorbo de cerveza.

—¡Buen viejo Albert! Termínate ésta y te invito a otra —exclamé—. ¡Y cuéntame!

—No es mucho —dijo—, pero por supuesto sigo teniendo acceso a los bancos de datos de la *Único Amor*. Había un cierto número de archivos que pensé que tal vez tuvieran algún significado en la situación actual. Así que accedí hace un rato a todos ellos, y había muy pocos datos útiles en los primeros miles. Luego comprobé los registros de inmigración de los últimos meses.

—Y descubriste algo —dije, para ayudarle un poco. No es sólo la gente de carne la que me ha enseñado paciencia.

—Lo hice, sí —admitió—. Recordarás que la mayor parte de los niños que fueron

evacuados de la Rueda de Vigilancia fueron realojados en la Tierra. Según los registros de inmigración, al menos siete de ellos se hallan actualmente en la zona servida por la red de comunicaciones del Pacífico occidental. Por supuesto, es de esta red de donde se originó la comunicación al kugelblitz.

Le dirigí una mirada sorprendida e incrédula.

—¿Por qué querría un niño humano trabajar para los Asesinos? —pregunté.

—No creo que ninguno lo haya hecho —dijo Albert, aceptando pensativo su segunda jarra—, aunque la posibilidad no puede ser descartada. Pero sabemos que estaban presentes en la Rueda cuando los Vigilantes sospecharon haber detectado algo, y ahora están en la Tierra; al menos es posible que los Asesinos hayan viajado con ellos.

Me di cuenta de mi estremecimiento.

—¡Tenemos que decírselo a la JVA!

—Sí, por supuesto —asintió Albert—. Ya lo he hecho. Me temo, sin embargo, que esto va a traer como resultado una prolongación de la reunión en la que se encuentra ahora el general Cassata original.

—Mierda —dije.

—Sin embargo —sonrió Albert—, no creo que se prolongue mucho, puesto que ya he resumido los datos y se los he presentado a la comandante Havandhi para ser transmitidos a la reunión.

—Entonces, ¿qué se supone que debemos hacer ahora? ¿Seguir mirando a los Quancies con la boca abierta?

—Creo —dijo Albert— que los otros están perdiendo también su interés hacia los Quancies y están preparados para pasar a los Cerdos Vudú.

—¡Ya han visto a los Cerdos Vudú!

—Pero no tienen nada mejor que hacer, ¿no? —Dudó, y luego añadió—: Además, me gustaría que observaras un poco con atención las tallas de los Cerdos Vudú. Creo que poseen un interés especial.

Contemplando a los Cerdos Vudú, fui incapaz de decir que era exactamente lo que Albert creía que podía ser de interés. Todo lo que sentía era disgusto..., quiero decir, sin contar la impaciencia que a duras penas intentaba refrenar. Los Cerdos Vudú vivían en la inmundicia. Nunca había comprendido por qué no se ahogaban en su propia porquería, pero a ellos *me* parecía importarles.

Ésa era la cualidad porcina de los Cerdos Vudú. En realidad su aspecto no era porcino. Más que a otra cosa, se parecían a osos hormigueros de piel azul; sus cuerpos se afilaban en los dos extremos, cabeza y cola. Sin embargo, eran realmente porcinos. Donde vivían ahora no podía denominarse una jaula. Era una pocilga.

Vivían encima de sus propios excrementos. El lodo que tenían bajo sus pies no era exactamente lodo, sino más bien mierda de cerdo. Estaba lleno de pequeños adornos, como uva; pasas en un pudín de frutas podridas y excrementos, y los adornos eran las tallas que Albert había mencionado.

Puesto que Albert las había señalado, dediqué una atenta mirada a las tallas de los Cerdos Vudú. No pude ver qué podía interesarle de ellas. Las tallas no eran nada nuevo. Todos los museos estaban llenos de ellas. Incluso una vez había tenido una en mi mano..., a disgusto, porque su apestoso olor había sobrevivido pese a los hervidos, esterilizados y pulidos. Eran simplemente trocitos tallados de materia vegetal leñosa, o de diente, o de hueso. Tenían entre los diez y los doce centímetros de largo, y cuando estaban talladas en diente, el diente no era de ningún Cerdo Vudú. Los Cerdos no tenían dientes. Todo lo que tenían eran unas superficies duras, rasposas y muy abrasivas en la terminación carnosa de sus narices..., o trompas, o bocas, según como quieran describirlo. Los dientes procedían de los animales de los que se alimentaban, varias docenas de los cuales habían sido importados junto con los Cerdos cuando se estableció

la colonia. El hecho que utilizaran los dientes de otros animales para sus tallas no demostraba ninguna delicada sensibilidad por parte de los Cerdos, porque cuando utilizaban huesos, esos huesos era muy probable que hubieran pertenecido a sus antepasados más cercanos y queridos, una vez fallecidos y devorados por los supervivientes. «Tallas» no es exactamente la palabra correcta, tampoco. Los Cerdos *mordisqueaban* las piezas hasta darles su forma, porque no disponían de herramientas con las que tallar nada. Tampoco tenían ningún lenguaje.

De hecho, considerados en su conjunto, tenían aproximadamente el CI de una tortuga...

Sólo que creaban, y seguían creando obsesivamente, aquellas obras de arte.

«Arte» era también una palabra excesiva, porque sólo tenían un tema. Las tallas eran como muñecas. Se parecían, tan aproximadamente como puede describirse, a unas criaturas de seis patas con el cuerpo de un león y la cabeza y el torso de un gorila, y no había nada que se pareciera ni remotamente a ello en el planeta del que procedían.

—¿Qué hay de especial en todo eso? —pregunté a Albert.

—¿Por qué crees que los Cerdos tallan todo esto? —contraatacó.

El resto del grupo entró en el juego de las suposiciones.

—Objetos religiosos —dijo Cassata.

—Muñecas —dijo Alicia Lo—. Necesitan algo a lo que acunar.

Y:

—Visitantes —dijo mi querida Essie-Portátil.

Y Albert irradió aprobadoramente hacia ella.

Como es a menudo el caso entre Albert y yo, no tenía ni idea de lo que pasaba por su mente. Hubiera sido interesante seguir sus procesos mentales a partir de aquel punto, pero Cassata se envaró de pronto.

—Mensaje —dijo—. Discúlpenme. —Y se esfumó.

No regresó exactamente. Lo que ocurrió fue que perdimos la visión y el sonido de aquel pequeño espacio que él había creado para nosotros. Simplemente oímos una voz. No la suya, al principio. Lo que captamos al principio fue lo que reconocí como el desgranar del traductor Perezoso:

*Enormes eran y ¿olorosamente ardientes
y la gente se agitaba la una contra la otra aterrada.*

Y luego la voz de Cassata, llena de excitación: —¡Vengan! ¡Pueden acudir a la reunión de estado mayor! —Y luego apareció el propio Cassata, radiante con la felicidad de un soldado que ve la posibilidad de luchar un poco—. ¡Lo han conseguido, amigos! —exclamó—. Han rastreado el origen del mensaje hasta los Asesinos. ¡Van a enviar todo este sector hacia abajo, y nosotros vamos a ir con él!

13 - Niños en cautividad

La directora de la escuela no sólo era humana, sino que era buena en tratar a los niños. Poseía cuatro títulos y diecinueve años de experiencia. A lo largo de este tiempo se había enfrentado a casi todos los problemas que la infancia podía proporcionar, que era aproximadamente un problema por niño y semestre para todos los miles de niños que había supervisado con los años.

Nada de eso ayudó ahora. Se hallaba en aguas demasiado profundas.

Cuando llegó a la sala de espera de la sección de asesoramiento se mostró sin aliento e incrédula.

—Pero eso es fantástico, querida —le dijo a la sollozante Oniko—. ¿Cómo es posible...

Ser capaces de leer tu diario... Pero qué...? —Se dejó caer en una silla, frunciendo el ceño a lo increíble de todo el asunto.

—¿Señora? —dijo Estornudos, y cuando consiguió que la directora le mirara prosiguió—: No se trata sólo de Oniko. Yo también llevaba un diario, y forma igualmente parte de la transmisión.

La directora agitó impotente la cabeza. Hizo un gesto con la mano hacia la pantalla en la pared, que mostró de inmediato la playa privada de la escuela; un grupo de autocosas estaban atendiendo los fuegos para las barbacoas, y los estudiantes empezaban a congregarse. Miró a los niños, luego a la pantalla, luego a los niños de nuevo.

—Yo tendría que estar allí —dijo, preocupada—. Esta noche es la noche del luau, ya lo sabéis.

—Sí, señora —dijo Estornudos, y Harold asintió vigorosamente a su lado.

—Cochinillo asado —dijo Harold—. ¡Baile!

La directora tenía un aspecto lúgubre. Pensó durante unos instantes, luego tomó una decisión.

—Tendréis que contárselo todo a los consejeros —dijo—. Los tres.

—¡Yo no llevé ningún diario! —se quejó Harold.

—Pero, ¿sabes?, nosotros no estamos seguros de ello. No —dijo la directora firmemente—, así es como tenemos que hacerlo. Los tres tendréis que contar vuestras historias. Las máquinas os harán preguntas, estoy segura de ello. Simplemente decid la verdad, no ocultéis nada..., me temo que vais a perderos el luau, pero daré instrucciones a los cocineros para que os guarden algo. —Se puso en pie, se dirigió hacia la puerta, desapareció al otro lado.

Harold miró duramente a sus amigos.

—¡Vosotros dos! —bufó, con tono de condena.

—Lo siento —dijo educadamente Estornudos.

—¡Lo siento! ¡Hacerme perder el luau! Escucha —dijo Harold, pensando rápido—. Os diré lo que haremos. Yo iré el primero. Así quizá pueda salirme de todo eso a tiempo y llegar a la playa al menos antes de que empiece el baile. Quiero decir, eso es lo *menos* que podéis hacer por mí, ¿no creéis?, después de todos los problemas que me habéis buscado.

Por supuesto, en aquellos momentos ninguno de los niños sabía exactamente los terribles problemas suscitados. Eran niños. No estaban acostumbrados a ser el centro de acontecimientos que habían agitado todo el universo.

Estornudos supuso que había algo de justicia en lo que Harold decía, aunque había un segundo nivel de injusticia que no encajaba. ¡Ni él ni Oniko habían *hecho* nada! Nadie les había dicho que no debían pasar su tiempo investigando las condiciones de la Tierra en todos sus aspectos posibles. Nadie les había apuntado siquiera que había algo malo en resumir y organizar los datos en sus diarios..., que por supuesto no eran realmente «diarios», en el sentido de pequeños cuadernos de bordes dorados en los que escribías tus más recientes problemas y enemistades. Simplemente habían puesto en ellos toda la información que podían almacenar en sus vainas, como cualquier Heechee bienpensante (o cualquier humano influenciado por los Heechees) habría hecho.

No habían hecho nada en absoluto por lo que pudieran ser reprendidos..., pero oh, qué terrible resultaba que sus inocentes actividades se hubieran convertido de algún modo en la más prohibida de todas las acciones posibles, ¡una transmisión al Enemigo! Era un pensamiento demasiado aterrador para que Estornudos pudiera asimilarlo. Oniko estaba mejor preparada para ello. Sus temores eran más fáciles de manejar. Estornudos dijo:

—Hay otra cabina, Oniko. ¿Quieres entrar ahora?

Ella negó con la cabeza. Sus oscuros ojos eran aún más oscuros con las recientes lágrimas, pero había dejado de sollozar.

—Ve tú, Estornudador.

Éste dudó, luego dijo:

—De acuerdo, pero luego aguardaré hasta que tú hayas terminado. Así podremos bajar juntos a la playa.

—No, por favor, Estornudador. Ve cuando hayas terminado. De todos modos, no tengo hambre.

Estornudos se limitó a sisear. No le gustaba la idea de Oniko perdiéndose la fiesta en la playa, y le gustaba menos todavía el pensamiento de ella cojeando, andador incluido, por la arena, sin nadie que la ayudara. Ya le resultaba bastante difícil a Oniko ir de un lado para otro en una superficie firme y regular, con sus músculos aún no lo bastante duros para el aplastante peso de la Tierra.

Luego se le ocurrió que no necesitaba prometer nada; podía esperarla, se lo hubiera pedido ella o no.

—Está bien, Oniko —empezó a decir.

Y entonces las palabras mismas perdieron todo su sentido.

Las luces se apagaron.

La sala quedó en penumbra, con la única iluminación procedente de la amplia cristalera que miraba a la montaña; pero la montaña estaba ocultando ya el sol poniente.

De la cabina del consejero les llegó el furioso rugido de Harold.

—¡Y ahora eso! —La puerta del cubículo se estremeció, luego se deslizó lo suficiente a un lado como para permitir que un muchacho se deslizara por la abertura cuando Harold la abrió manualmente—. ¿Qué demonios ocurre? —preguntó, mirando furioso a Estornudos y Oniko—. ¡El estúpido programa se quedó callado de repente en medio de una pregunta!

Estornudos dijo, intentando ayudar:

—Supongo que ha habido un corte de corriente.

—¡Oh, Torpe, qué tonto eres! ¡La corriente *nunca* se corta!

Estornudos miró hacia la pantalla de la pared, ahora a oscuras; a las luces de la sala, ahora apagadas; a la puerta que no se abriría cuando alguien se acercara a ella.

—Pues lo ha hecho, Harold —dijo razonablemente—. De modo que, ¿qué vamos a hacer ahora?

Cuando se cortó la energía las luces se apagaron, y los pasillos de los edificios de la escuela eran ahora oscuros e inquietantes. Cuando las luces se apagaron los ascensores dejaron de funcionar, y con ellos su única forma de bajar a la parte principal del edificio y a la playa era ahora descender por las nunca usadas escaleras.

No era una elección práctica para Oniko y sus flojas piernas.

—Tendremos que *andar* —dijo Harold acusadoramente, y Estornudos estuvo de acuerdo en ello.

—Pero será mejor salir fuera y usar la carretera —señaló. Harold frunció el ceño hacia la cristalera que daba a la montaña, luego a la ventana más pequeña que les permitía ver la playa. Aunque la escuela estaba inmóvil y silenciosa, los estudiantes no. Casi todos ellos estaban ya ahí abajo, empequeñecidos por la distancia, agrupados en la playa. La escena en la playa no producía ningún temor, antes al contrario, parecía divertida, y Harold suspiró.

—Oh, buen Dios, supongo que vamos a tener que bajar a la carretera y ocuparnos de Oniko. Bien, adelante con ello. —No mencionó que con la escuela fuera de servicio, la alternativa era dejarse deslizar colina abajo, lo cual no sería tan sencillo para él como para la niña. Echó a andar hacia la puerta. Con su escasa experiencia con puertas que no se abrían cuando uno lo deseaba, casi se dio de narices contra ella antes de detenerse en seco y tirar furiosamente para abrirla manualmente.

Ya casi era de noche ahora, y por supuesto las luces de la calle también estaban apagadas. Eso no importaba mucho. Antes de mucho tendrían la luna en cuarto creciente en el cielo, y en el Pacífico incluso la luz de las estrellas era suficiente para que uno

podiera ver su camino. Lo que preocupaba a Estornudos más que el apagón era Oniko. Raras veces había llorado en la Rueda, incluso cuando los chicos mayores se habían metido con ella. Ahora parecía incapaz de dejar de hacerlo. Las lágrimas habían vuelto a brotar, formando lentas gotas en las comisuras de sus ojos; cuando una rodaba mejilla abajo, ya había otra preparada para ocupar su lugar.

—Por favor, Oniko —suplicó Estornudos—. Sólo se trata de un problema con la electricidad. No es nada serio.

—No es la electricidad —sollozó ella—. Es mi diario.

—No seas tonta —dijo Estornudos desanimadamente, deseando poder convencerse al menos a sí mismo, si no a Oniko—. Tiene que tratarse de una coincidencia. ¿Crees que el Enemigo iba a molestarse con las composiciones de un par de niños?

Ella se agitó en sus andadores para mirarle.

—¡Pero lo hicieron! —gimió—. Fueron mis palabras exactas. Y las tuyas también.

—Sí, Torpe —cortó ásperamente Harold—. ¡No intentes eludirlo! Todo es culpa tuya..., y de ella.

—¿Incluido el fallo de la electricidad? —preguntó Estornudos. Pero no halló ninguna satisfacción en sus palabras. En cierto modo, se admitía a sí mismo, era culpa suya. Las posibilidades en contra de una coincidencia eran aterradoras. Los Heechees no disponían de la analogía de los cuarenta millones de monos copiando a máquina las obras completas de William Shakespeare, pero no hacía falta eso para convencer a Estornudos. La coincidencia, desde todos los puntos de vista, era imposible...

Casi tan imposible como la única otra alternativa que podía ver, la de que de alguna manera el Enemigo había estado vigilando por encima de sus hombros mientras ellos completaban sus notas.

Enfrentado a dos alternativas igualmente ridículas, Estornudos hizo lo que haría cualquier niño sensible, Heechee o humano: Lo apartó de su mente.

Señaló la serpenteante carretera que utilizaban los aerocamiones.

—Bajemos a la playa por aquí —sugirió.

—Pero eso son *kilómetros* —gruñó Harold.

—Muy bien —dijo Estornudos—, tú toma el atajo si quieres. Oniko y yo usaremos la carretera.

—Oh, Señor —suspiró Harold, añadiendo una nueva acusación a su juicio contra Estornudos y Oniko—. Creo que será mejor que permanezcamos juntos. Pero eso va a tomarnos toda la *noche*.

Se volvió y abrió la marcha. Estornudos y Oniko le siguieron. La niña permanecía silenciosa y con el rostro tenso, cojeando y rechazando la ayuda de Estornudos. Tras una docena de metros, Harold miró a su alrededor y frunció el ceño. Iba ya muy por delante de ellos.

—¿No podéis ir un poco más aprisa? —exclamó.

—Puedes seguir sin nosotros —dijo Estornudos, deseando que no lo hiciera. Por razones que no podía identificar, se sentía intranquilo. Cuando el irritado Harold volvió sobre sus pasos y echó a andar con exagerada paciencia a su lado, se alegró de su compañía.

¿Había realmente algo de lo que sentir miedo?

Estornudos no podía pensar en nada real. Era cierto que era oscuro y que podían ser fácilmente atropellados por algún vehículo a toda velocidad..., pero también era cierto que no había ningún vehículo en la carretera; todos se habían quedado también sin energía.

De todos modos, seguía teniendo miedo.

Estornudos nunca había sentido miedo de aquella isla antes. Por supuesto, era humana y remota y en consecuencia completamente extraña para un niño Heechee, pero nunca se le había ocurrido que hubiera nada en ella de lo que debiera sentir miedo. Evidentemente no de los pocos nativos polinesios que aún quedaban. Casi todos ellos

eran viejos que se mantenían aferrados a sus casas y costumbres mientras la mayor parte de los jóvenes se habían marchado a lugares más excitantes que Moorea. Ni siquiera había sentido miedo de los edificios de la prisión, porque les habían explicado a todos los niños que casi no quedaban convictos vivos allí. En cualquier caso, aunque el par que aún quedaba habían hecho cosas terribles, no sólo estaban seguramente confinados dentro del recinto, sino que eran muy viejos. No había absolutamente nada, se aseguró Estornudos con convicción, que temer más allá de la posibilidad de llegar tarde al luau.

Como un Heechee racional, dejó que la lógica le convenciera.

Y así sólo se sobresaltó, sin llegar a sentir miedo, cuando oyó un repentino chillido de Harold y vio a los dos viejos surgir del sendero que conducía colina arriba y enfrentarse a los tres chiquillos.

—Tú eres un Heechee —dijo el más bajo de los dos hombres, con una complacida sonrisa de reconocimiento.

—Por supuesto que es un Heechee —alardeó Harold—. ¿Y quiénes demonios son ustedes?

El viejo le sonrió ampliamente y tendió una mano hacia su brazo. Pareció como una palmada tranquilizadora, pero no le soltó.

Dijo:

—Soy el general Beaupre Heimat, y éste es mi colega Cyril Basingstoke. Qué agradable sorpresa encontraros aquí. Supongo que estáis estudiando en la escuela.

—Sí —dijo Estornudos—. Me llamo Estornudador, pero en general me llaman Estornudos. —Mientras presentaba a sus compañeros de acuerdo con el diligentemente aprendido protocolo terrestre, intentó identificar las expresiones en los rostros de los hombres. El general era alto, aunque no tan alto como su compañero, y poseía un rostro ancho que exhibía una sonrisa no muy tranquilizadora. Estornudos no estaba particularmente versado en las sutiles diferencias étnicas que distinguían un tipo de humanos de otro, pero era evidente que el segundo viejo tenía una piel mucho más oscura. No parecían particularmente amenazadores, aunque la expresión del rostro del hombre negro era preocupada. Cuando el general se dirigió hacia Oniko, Basingstoke dijo rápidamente:

—Hombre, tenemos *tanta* suerte de estar fuera, que no me gustaría que hicieras algo que nos trajera problemas.

Heimat se encogió de hombros.

—¿Qué tipo de problemas? Sólo deseaba decirle a esta hermosa jovencita que me alegra mucho verla.

—¡Más pronto o más tarde volverán a conectar la energía!

—Cyril —dijo Heimat suavemente—, ve a que te jodan. —No había ninguna amenaza palpable en la mirada que lanzó a su compañero, pero los ojos del hombre negro se entrecerraron.

Luego se volvió hacia Estornudos y lo sujetó por el brazo. La presa de Basingstoke era fuerte; bajo aquellas capas de grasa humana y la reseca y correosa piel de la edad había una buena cantidad de fuerza.

—Tú también eres el primer Heechee al que veo en persona —anunció, cambiando de tema—. ¿Tienes a tus padres aquí?

Harold eligió aquel momento para interrumpir.

—Sus padres son importantes Vigilantes en la Rueda —alardeó—. Lo mismo que los míos y los de Oniko, y además los de ella son muy ricos. ¡Será mejor que no intenten nada contra ninguno de nosotros!

—Por supuesto que no —dijo Heimat virtuosamente, pero no soltó el brazo de Harold. Por un momento pareció pensativo—. No necesitas unos padres ricos para ser atractiva a mis ojos, querida —dijo a Oniko—. Pero no negaré que eso es una ventaja adicional. Me

alegra conocerte. Nosotros nos dirigimos a la playa. ¿Por qué no vamos todos juntos?

—¡Ni lo sueñen! —restalló Harold—. No necesitamos..., ¡ay! —Sin soltar su presa, el viejo le cruzó la cara con un revés de su mano.

—Lo que nosotros necesitamos es lo que importa —dijo con tono conversacional, y aquello pareció dejar resuelto el asunto. Heimat miró a su alrededor, orientándose—. Hacia la punta, ¿no crees, Cyril? —preguntó—. Recuerdo que había una carretera allí, que se dirigía hacia la plantación de árboles del pan. Vayamos para allá..., y mientras caminamos, mi querida Oniko, ¿por qué no nos cuentas lo ricos que son tus padres?

Estornudos tuvo la impresión de que, pese a lo fuerte que era el viejo, no era imposible librarse de un tirón y escapar echando a correr.

Estornudos sopesó cuidadosamente la perspectiva mientras Oniko respondía de mala gana a las joviales y sondeantes preguntas del viejo general. Decidió que era mejor no intentarlo. Aunque Basingstoke era viejo, parecía bastante rápido, y Estornudos pensó que probablemente reaccionaría desagradablemente ante cualquier intento de escapar.

Y de todos modos, aun suponiendo que pudiera liberarse, ¿cómo podría liberar a Oniko?

Aunque el grupo caminaba lentamente por la oscura carretera, la niña tenía problemas en mantener el paso de los demás. Para ella, escapar era simplemente imposible. Como tampoco era probable que Harold pudiera conseguirlo, porque el niño humano parecía aplastado por el peso del bofetón que había cruzado su cara. Avanzaba con paso firme, sin volver en ningún momento la cabeza, pero por la forma como se agitaban sus hombros Estornudos sospechó que estaba llorando.

Mientras salían de la carretera de circunvalación hacia el sendero que descendía hacia la orilla, Estornudos pudo ver el luau en la playa. Los estudiantes habían improvisado antorchas que habían clavado en la arena y, aunque ahora se hallaban a casi un kilómetro de distancia, Estornudos podía oír el sonido de sus canciones. Los envidió enormemente. Deseó que pararan de cantar, para que así, si él o uno de los otros gritaba pidiendo ayuda, pudieran oírles, pero, siendo realista, no creía que ninguno de ellos se atreviera de todos modos a gritar.

Tras ellos, la gran montaña central de la isla bloqueaba las estrellas, aunque sobre sus cabezas las constelaciones eran brillantes. Pese a ello, el avance era dificultoso. De pronto Oniko tropezó en el sendero, se enredó con su propio andador, y estuvo a punto de caer de bruces. Lo que la salvó fue la mano de Cyril Basingstoke, que se adelantó tan rápida como el ataque de una serpiente. La depositó de nuevo en pie, y el general Heimat se volvió para mirar.

—Ah, la joven dama tiene problemas —dijo con simpatía—. ¿Sabes, Cyril?, creo que si tú te hicieras cargo de Harold, yo podría llevar en brazos a Oniko.

Basingstoke *no* respondió directamente. Alzó con un rápido movimiento a Oniko hasta instalarla sobre su hombro, sin soltar para ello en ningún momento a Estornudos.

—Tú hazte cargo de sus muletas, chico —ordenó.

El general se volvió y le miró sin decir nada. Estornudos siseó suavemente para sí mismo, presa de un presentimiento. Había algo humanamente desagradable flotando en torno a ellos en el cálido aire tropical. Evidentemente Oniko también lo percibió, porque dijo, en un tembloroso intento de iniciar una conversación neutral:

—¡Oh, mirad al agua! ¡Las luces de Papeete están encendidas!

Era cierto: al otro lado del estrecho las extendidas luces de la ciudad principal de Tahití brillaban doradas. Aquello hizo que lo que pudiera haber entre los dos hombres quedara momentáneamente pospuesto.

—Ellos tienen energía —dijo pensativo Basingstoke. Y Heimat se apresuró a añadir:

—¡Podemos ir hasta allí!

—Sí, podríamos hacerlo, si tuviéramos un avión o un bote. Pero, ¿qué haríamos luego?

—Allí hay un aeropuerto, Cyril. Con aviones que van a Auckland, Honolulu, Los

Ángeles...

—Por supuesto —dijo Basingstoke—. Para gente que tiene el dinero suficiente para pagar los billetes. ¿Llevas contigo tu tarjeta de crédito?

—Oh, vamos, Cyril —dijo Heimat reprobadoramente—, no has estado escuchando. Esos chicos tienen crédito. Especialmente —sonrió—, la joven Oniko es muy rica. Estoy seguro de que está dispuesta a hacer algo para ayudar a un pobre viejo, de una u otra manera.

Basingstoke guardó silencio por unos instantes. Estornudos podía sentir la tensión en la presa del hombre, y se preguntó cuáles eran exactamente los matices humano-terrestres que se estaba perdiendo. Luego el hombre dijo:

—Beaupre, lo que tú hagas para tu propio placer no es asunto mío. Pero si interfiere con el que yo pueda salir de estas islas, entonces se convierte en un asunto personal. Si eso ocurre, hombre, te mataré. —Hizo una pausa, dejando que las palabras colgaran ahí. Luego dijo—: Ahora, veamos si podemos conseguir un bote.

Había botes, por supuesto. Había al menos una docena de ellos varados a lo largo de la playa, donde la escuela mantenía su pequeña flotilla, pero cuatro de ellos eran kayaks y seis planchas de windsurf, y el único realmente grande era un balandro, que ninguno de ellos sabía manejar.

—No pueden hacerlo —dijo Harold, sintiendo que regresaba su valor—. ¡Así que déjennos ir! No diremos nada...

Heimat le miró sin hablar. Luego se volvió a Cyril Basingstoke.

—Tienen que tener algo que podamos utilizar —murmuró. La expresión de cada uno de los niños eran tan vacía e ignorante como resultaba posible, porque por supuesto la escuela sí tenía algo.

—Hay un muelle —indicó Basingstoke suavemente, señalando hacia el promontorio de tierra, y los tres niños suspiraron resignadamente al unísono. Mientras avanzaban sobre la crujiente arena llena de conchas hacia el embarcadero de la escuela, Estornudos deseó contra toda esperanza que la totalidad de la pequeña flotilla hubiera sido retirada para reparar, o hubiera salido a mar abierto, o se hubiera hundido. Y luego, cuando alcanzaron el muelle y Heimat dejó escapar un rugido de rabia, sus esperanzas renacieron.

—¡No hay energía! —exclamó el viejo—. ¡No sirven!

Pero Basingstoke alzó la barbilla como si estuviera oliendo el viento.

—Escucha, hombre —ordenó. Por encima del sonido de la brisa que descendía de la montaña se captaba un suave e insistente zumbido. Avanzó hasta el extremo del embarcadero, donde el bote de fondo de cristal de la escuela permanecía amarrado a la toma de fuerza—. Motor accionado por acumuladores —croó— Debe haberse cargado durante la noche. ¡Subamos!

No podían hacer nada. Los viejos terroristas hicieron subir primero a los niños a la embarcación, luego Basingstoke tendió Oniko a Heimat, que acarició prometedoramente su cabeza antes de depositarla en la cubierta. Con Basingstoke al timón, Heimat soltó las amarras, y el pequeño bote avanzó ronroneante por la laguna inmóvil como un espejo.

Estornudos y Oniko, cogidos de la mano en el banco sobre el oscuro cristal, miraron tristemente hacia atrás, a la alta montaña y los oscuros edificios de la escuela. No, no enteramente oscuros, vio Estornudos con un rápido destello de esperanza; un destello que murió rápidamente cuando vio que sólo unas pocas ventanas mostraban tras ellas un tenue resplandor. Alguien había redescubierto las velas. La mayoría de los estudiantes estaban aún en la playa; Estornudos pudo ver sus siluetas agitándose a la luz de las antorchas. Pero cuando el bote con fondo de cristal torció hacia el paso entre los arrecifes, mantuvieron su distancia de la playa.

Luego, justo en el momento en que necesitaban estar todo lo alertas y dispuestos que pudieran, Estornudos sintió que sus ojos se volvían más y más pesados. Qué extraño, pensó, agitando la cabeza para mantenerse despierto. Aquél no era el momento para

quedarse dormido..., ¡y tampoco había ninguna razón para ello! Hizo un gran esfuerzo por mantenerse despierto y puso en orden sus pensamientos.

La primera pregunta era: ¿Qué opciones tenían?

Para empezar, calculó, el bote estaba todavía a sólo unos pocos cientos de metros de la playa. Nadar aquella distancia, en la poco profunda laguna de cálidas aguas, era un juego de niños para casi cualquier niño..., para casi cualquier *otro* niño, pensó tristemente, que no fuera Oniko o él. Ella carecía de las fuerzas necesarias, él de la flotabilidad. Una lástima. Probablemente, si hubieran sido capaces de nadar aquella distancia, los dos viejos ni siquiera les hubieran seguido, pensó melancólicamente Estornudos, puesto que lo único que deseaban era escapar...

Siseó suavemente para sí mismo cuando se enfrentó al hecho de que uno de ellos parecía desear algo más, al menos de Oniko.

No era un pensamiento que Estornudos pudiera asimilar por completo. El concepto de violación era totalmente extraño a cualquier Heechee, especialmente la violación de una hembra no madura. ¡Por los Antepasados, aquello era totalmente imposible! Sin mencionar el hecho de que era absolutamente repugnante. Había oído discusiones teóricas sobre esos asuntos..., relacionados con la conducta humana, por supuesto. No lo había creído en absoluto. Incluso entre los humanos, aquellas perversiones eran seguramente irreales.

Pero nunca hasta entonces se había hallado en una situación como aquélla.

No, se dijo a sí mismo, el riesgo era demasiado grande. ¡Después de todo, tales cosas podían ser ciertas! De alguna forma, tenían que escapar. ¿Era posible que Harold pudiera librarse de ellos y acudir de alguna forma en busca de ayuda? Él, al menos, no tendría ninguna dificultad en nadar hasta la orilla...

Pero Harold estaba firmemente sujeto por el enorme negro al timón. Estornudos no creía probable que Basingstoke se dejara sorprender en algún momento con la guardia baja. La debilidad y la depresión se apoderaron de nuevo de él, y una vez más los ojos de Estornudos empezaron a cerrarse.

El viejo negro estaba canturreando para sí mismo mientras dirigía diestramente el bote hacia el canal de salida.

—¿Sabes, Beaupre? —dijo al otro hombre—. ¡Creo que casi podemos llegar a tener éxito en esta aventura! Desgraciadamente, no tengo ninguna forma de decir cuánta energía hay almacenada en los acumuladores de este bote. Es posible que se nos agote antes de llegar a Tahití.

—En este caso —dijo Heimat—, bastará con que atemos a esos chicos a la parte de atrás del bote para que actúen con sus piernas como motores fuera borda..., dos de ellos, al menos —añadió, palmeando de nuevo la inclinada cabeza de Oniko.

Basingstoke dejó escapar una risita. La posibilidad de quedarse sin energía no parecía preocuparle, como tampoco, observó Estornudos, parecía tan preocupado como antes por los planes de Heimat hacia Oniko. Estornudos notó que sus músculos abdominales se estremecían aprensivamente. ¡Si sólo no se sintiera tan inexplicablemente cansado! Era casi como si estuviera respirando un aire pobre en oxígeno o hubiera tomado alguna droga debilitante. De hecho, era casi como esa privación que ningún Heechee permitiría voluntariamente, como si se hubiera dejado estúpidamente su vaina en alguna parte y no estuviera recibiendo las vivificantes radiaciones que proporcionaba...

Estornudos siseó audiblemente, alarmado.

Heimat dejó de mirar apreciativamente a Oniko y restalló:

—¿Qué te ocurre?

Pero Estornudos fue incapaz de responder. Estaba demasiado aterrado para hablar.

Su vaina no emitía nada.

Un Heechee podía sobrevivir durante varios días, incluso semanas, sin el constante flujo de radiaciones microondas de su vaina. Esto nunca era un problema en sus mundos

natales, puesto que por supuesto existía siempre un constante flujo de microondas en el entorno donde habían evolucionado: así era como habían llegado a necesitarlas constantemente, del mismo modo que los seres humanos necesitaban la luz del sol y los peces necesitaban el agua. Pero la supervivencia en otros lugares dependía de llevar esas microondas consigo. Al cabo de una o dos horas sin ellas su ausencia empezaba a dejarse sentir. Ahora había transcurrido más tiempo que ése desde que se había cortado la energía y la vaina había dejado de irradiar. Estornudos estaba empezando a sentir los efectos. Era una sensación como..., ¿había alguna forma de compararlas en términos humanos? ¿Sed? ¿Agotamiento? Al menos, una sensación de *necesidad*, del mismo modo que un ser humano en medio del desierto puede sentir al cabo del mismo tiempo la presión de las necesidades no satisfechas. Sabe que puede seguir durante un tiempo sin dar ningún sorbo de agua...

Pero sabe que no puede seguir eternamente sin ella.

Cuando el bote de poco calado cruzó la abertura entre los arrecifes, fue golpeado inmediatamente por las olas del estrecho.

No eran unas olas grandes, pero el bote se hallaba ahora en el océano Pacífico. Aunque no había ninguna tormenta, las olas que alzaban el bote y lo volvían a dejar caer se habían originado como meras ondulaciones a cinco mil kilómetros de distancia, y habían ido creciendo a medida que viajaban.

Oniko jadeó y se agitó junto a la borda, y empezó a vomitar violentamente al mar. Tras luchar breve e intensamente consigo mismo, Estornudos se le unió. Él no se veía sometido al mareo de la misma forma que un ser humano —la constitución del oído interno de un Heechee era totalmente distinta en su diseño—, pero el movimiento, la tensión, y por encima de todo el drenaje de sus energías por la pérdida de la radiación de su vaina, se combinaban para hacer que se sintiera físicamente enfermo.

Desde la parte de atrás del balanceante bote Heimat rió tolerante.

—¡Pobres chicos! Os prometo que cuando lleguemos a la orilla os proporcionaré algo para que dejéis de pensar en esto.

—La niña sólo está asustada, Beau —gruñó Basingstoke—. Échalo todo fuera, Oniko; no te hará ningún mal. —El viejo negro parecía muy alegre mientras mantenía el rumbo del bote por entre las olas—. Cuando yo era niño —dijo, dispuesto a contar una historia para dejar pasar el tiempo—, teníamos tormentas en torno a nuestra isla que ninguno de vosotros creeríais, chicos. Sin embargo, teníamos que salir a pescar, porque éramos muy pobres. Mi padre era viejo..., no en años, sino por haber respirado los hidrocarburos en el aire. Productos petroquímicos. Nos ponían enfermos a todos, y luego, cuando salíamos con los botes de pesca...

Estornudos, que había agotado todo lo que había en su sistema digestivo *capaz* de salir por la boca, se dejó caer al fondo del bote, sin escuchar apenas. Apretó su rostro contra la superficie plana de cristal, enfriada por el agua del otro lado, y sintió a Oniko dejarse caer a su lado. Sujetó apáticamente su mano. Sabía que tenía que pensar en un plan, ¡pero era tan difícil!

—...y en el agua —seguía Basingstoke— había enormes tiburones, casi tan grandes y feroces, sí, como los que hay aquí en el Pacífico...

Incluso en medio de su agotamiento, la mano de Estornudos se apretó convulsivamente en torno a la de Oniko. ¿*Tiburones*? Eran otro horrible fenómeno del planeta humano del que había oído hablar sólo en teoría. Enfocó sus grandes ojos para contemplar las negras aguas, pero por supuesto no se podía ver nada. Había mirado muchas veces a través de aquel cristal a los resplandecientes bancos de pequeños peces, girando al unísono hacia uno u otro lado, y a los crustáceos que se arrastraban en la poco profunda arena. Esas cosas también le asustaban un poco, es cierto, pero le asustaban de una forma agradable, como cuando un niño salta bruscamente de su escondite para sobresaltar a otro.

¡Pero *tiburones*! Estornudos dejó firmemente de pensar en tiburones. En su lugar escuchó al viejo negro seguir con sus interminables reminiscencias:

—...durante cincuenta años bombearon el petróleo hasta dejar los pozos secos, apestando el fresco y dulce aire de nuestra isla. Decían que lo necesitaban para desarrollar proteínas a fin de que nadie muriera de hambre. Pero seguíamos muñéndonos de hambre, ¿sabéis? Y eso es lo que hizo que me lanzara a la lucha, porque no había ninguna otra forma de conseguir que la justicia...

Justicia, pensó atontadamente Estornudos. Qué extraño resultaba que aquel terrorista, asesino, secuestrador, hablara de *justicia*. Qué *humano*.

Cuando vio que se acercaban al lado de Tahití del estrecho, Estornudos se obligó a sentarse y mirar a su alrededor.

Había una gran forma negra en el agua frente a ellos, anclada e iluminada, del tamaño de un campo de fútbol. Aunque Estornudos sabía que estaba allí, necesitó un momento para reconocer que era la factoría flotante de alimentos CHON. Noche y día aspiraba el oxígeno y el nitrógeno del aire, el hidrógeno del agua del mar, y el carbono de los infortunados habitantes del estrecho, para alimentar a la gente de Tahití y las islas vecinas. Se preguntó cómo el viejo Basingstoke se atrevía a pasar tan cerca de ella, y luego se dio cuenta de que, por supuesto, la factoría estaba totalmente automatizada; no debía haber en ella ningún ser humano, y las autocosas que realizaban todas las tareas no prestarían la menor atención a un bote pequeño que pasara cerca.

Y luego Estornudos se dio cuenta de otras dos cosas.

La primera fue que la iluminada Factoría Alimentaria estaba *iluminada*. ¡Había energía allí! Y la segunda fue que, extendiéndose a partir de sus ingles, una cálida y suave oleada de bienestar se estaba esparciendo por todo su cuerpo.

Habían salido de la zona de interrupción de energía, y su vaina estaba funcionando de nuevo.

Mientras orillaban la costa, las olas se hicieron más bruscas. Allí no había ninguna laguna, ningún arrecife para protegerles del Pacífico, y el bote de fondo de cristal bailoteaba intensamente.

—No vayas a ahogarnos ahora, viejo estúpido —gruñó Heimat a su socio, y Harold lanzó un estrangulado chillido de miedo cuando el agua pasó por encima de la borda y le mojó.

Estornudos comprendió el temor de los humanos. Mientras su cabeza se aclaraba, empezó a compartirlo. El pequeño bote avanzaba de costado con respecto a las olas, y el riesgo de volcar era auténtico. Pero esa preocupación no empañó su sensación de bienestar. Las radiaciones de la vaina eran tan refrescantes como una bebida fría en un día caluroso..., ¡no, mejor que eso! Tan refrescante como un ponche de ron tras salir de un banco de niebla; un cálido y agradable entumecimiento robaba toda su volición. La soñadora lasitud duraría solamente un rato, hasta que su cuerpo se hubiera empapado lo suficiente de microondas para sentirse de nuevo satisfecho. Pero mientras ocurría, se notaba demasiado relajado como para preocuparse por ello.

Así que permaneció dócilmente sentado mientras Cyril Basingstoke escrutaba la orilla en busca de algún refugio. Escuchó sin demasiada atención mientras los dos viejos discutían acerca de cuál elegir. Intentó ayudar obedientemente achicando agua del fondo del bote con el cuenco de sus flacas y desnudas manos Heechees —tan mal adaptadas para esa tarea— mientras se decidían por una casa en la playa con su propio muelle flotante, y Basingstoke hacía avanzar el bote hasta el amarradero.

Salieron del bote, subieron la playa hasta la casa, se reunieron delante del porche cerrado... Hubo al menos una docena de veces en las que Estornudos hubiera podido liberarse y echar a correr. Los viejos estaban cansados ahora, porque la noche ya estaba bien avanzada y el viaje había sido agotador para ellos. Pero no se arriesgó. Tampoco lo hizo Harold, aunque quizá porque las posibilidades del niño humano eran peores; el

general Heimat no había soltado su brazo ni un solo momento. Y por supuesto Oniko no tenía ninguna posibilidad de escapar por sí misma. Así que Estornudos ayudó dócilmente a Oniko y aguardó con paciencia mientras los dos viejos discutían.

—Habrá algún sistema de alarma, hombre —advirtió Basingstoke.

Heimat sonrió. Todo lo que dijo fue:

—Sujeta al chico del brazo —y se puso a trabajar. Las habilidades que una docena de veces habían sido abortadas por los multirredundantes programas de guardia de la prisión no iban a ser derrotadas ahora por una vulgar alarma contra ladrones de una casa.

En dos minutos estaban dentro. La puerta fue cerrada a sus espaldas. Las posibilidades de escapar habían desaparecido; y, tardíamente, Estornudos se dio cuenta de las oportunidades que había dejado pasar sin aprovecharlas.

—Al suelo boca abajo, queridos —ordenó alegremente Heimat—, y colocad vuestras manos en la nuca. Si os movéis estáis muertos..., excepto tú, por supuesto, mi dulce Oniko.

Los niños se echaron obedientes al suelo, y Estornudos oyó los sonidos de los dos hombres registrando la casa y murmurándose cosas. La lasitud estaba desapareciendo, ahora que ya era demasiado tarde, pero estaba empezando a darse cuenta de otra cosa. Apenas oía lo que los secuestradores estaban diciendo o haciendo. Deseaba algo... Necesitaba hacer algo...

Sin pretenderlo en absoluto, se levantó y avanzó hacia el sistema de comunicaciones PV de la casa.

Fue Basingstoke quien lo vio primero, lo cual quizá salvó la vida a Estornudos. El viejo estaba a su lado en menos de un segundo, apartándole de un empujón. Estornudos aterrizó en medio de la estancia y se le quedó mirando con ojos parpadeantes.

—Chico, chico —gruñó reprobador el viejo—. ¿Qué demonios piensas que estás haciendo?

—Tengo que hacer una llamada —explicó Estornudos, poniéndose de nuevo en pie. No tenía nada roto. Avanzó de nuevo hacia el sistema de comunicaciones.

Basingstoke lo sujetó con fuerza. El viejo era más fuerte de lo que Estornudos había creído; el niño se debatió por unos instantes, luego cesó en su empeño.

—Lo que tienes que hacer —riñó Basingstoke— es exactamente lo que te he dicho que hicieras, chico, y nada más. Te quedarás sentado tranquilamente, o... ¡Heimat! ¡Vigila a la chica!

Porque también Oniko se había puesto trabajosamente en pie y avanzaba torpemente hacia el sistema de comunicaciones, con una expresión decidida en su rostro.

Heimat la había rodeado con uno de sus brazos antes de que consiguiera dar el primer paso.

—¿Qué demonios os ocurre a vosotros dos? —bufó—. ¿Creéis que no hablamos en serio? ¿Quieres que matemos al cachorro Heechee para convencerte?

—Será mejor que los atemos, Beaupre —corrigió Basingstoke. Luego, observando la expresión en el rostro de Heimat y la forma en que sujetaba a la niña, suspiró—. ¡Oh, deja eso, hombre! ¡Tendrás todo el tiempo que quieras luego!

La casa de la playa resultó ser la cueva del tesoro para los viejos terroristas. Había comida, había energía, e incluso encontraron algo que podían considerar como armas..., un fusil de pesca submarina de resorte con una cierta provisión de arpones, y una plana y pesada pistola aturdidora concebida al parecer para las ocasiones en que un pescador subía a bordo un pez grande que aún tenía vida suficiente como para agitarse y dar peligrosos coletazos en el bote. La lasitud de Estornudos desapareció, y contempló las armas con sorpresa y algo más que un poco de terror. ¡Eran *armas!* ¡Podían *matar* a alguien! ¡Eran unos artilugios típicamente *humanos!* Cuando hubieron localizado la comida, lo primero que hicieron los dos hombres fue comer, murmurando entre sí por encima de la mesa, pero cuando terminaron desataron a Oniko y le permitieron que diera

de comer a los otros. Tuvo que darles la sopa a cucharadas como si fueran bebés. En una ocasión se puso torpemente en pie y se dirigió de nuevo hacia el sistema de comunicaciones PV, pero Heimat se le adelantó. No lo intentó de nuevo. La primera ansia incontrolable de Estornudos de hacer lo mismo se esfumó, dejándole desconcertado acerca de qué era lo que estaba tan ansioso por hacer. Llamar a alguien, por supuesto. Pero, ¿a quién? ¿A la policía? Sí, seguro, eso sería lo lógico; pero no creía que fuera eso lo que tenía en mente. Cuando todos hubieron comido y a los niños se les permitió incluso, uno a uno, efectuar visitas escoltadas al cuarto de baño, Heimat pasó cariñosamente un brazo por los hombros de Oniko. La niña se estremeció, sin mirarle.

—Heimat, hombre —dijo Cyril Basingstoke, con un tono de advertencia.

El general pareció sorprendido.

—¿Qué he hecho? —preguntó, jugueteando descuidadamente con el negro pelo de la niña—. Hemos comido. Nos hallamos en un lugar tranquilo y cómodo. Creo que nos hemos merecido el derecho a descansar unos momentos y a disfrutar un poco.

—Seguimos todavía en una isla en medio del océano Pacífico, hombre —dijo pacientemente Basingstoke—. No estaremos a salvo hasta que hayamos salido de ella. Más pronto o más tarde los propietarios de esta casa volverán, o algún vecino verá las luces y les llamará, ¿y qué haremos entonces?

Heimat suspiró, tolerante, y se puso en pie, yendo de un lado a otro de la habitación.

—Pero nos queda todavía una larga noche, y no habrá ningún vuelo hasta mañana —señaló.

—«Mañana» no está muy lejos —contraatacó Basingstoke—. Y además está el bote. Si lo dejamos donde está, conducirá a la gente hasta nosotros. Creo que tú y yo, Beau, deberíamos bajar y enviarlo de vuelta a mar abierto antes de que se haga de día.

—¿Oh? —dijo Heimat—. ¿Pero por qué nosotros dos, Cyril? —Se sentó en la esquina de un mueble, observando al otro hombre, y como fuera que ninguna de las expresiones de los dos hombres cambió, Estornudos fue consciente de pronto de la nueva tensión que dominaba ahora la estancia.

Heimat prosiguió, pensativo:

—Déjame ver si puedo leer tu mente, viejo camarada. Estás pensando que será mucho más difícil conseguir pasaje para dos que para uno. También estás pensando que si yo, y esos agradables chicos, estuviéramos muertos, nuestros cuerpos podrían ser abandonados aquí en esta casa sin que nadie los descubriera durante un tiempo prudencial.

—Oh, Beaupre, tienes mucha imaginación —dijo Basingstoke con voz tolerante.

—Sí —admitió Heimat—. Imagino que estás haciendo cálculos, Cyril, acerca de qué te resultará más útil, si mi ayuda o mi cuerpo muerto. Incluso creo que estás tomando en consideración en qué forma sería más ventajoso para ti que fueran hallados nuestros cuatro cuerpos. Quizás en el bote a la deriva, para que la gente pensara que lo más probable era que tú te hubieras ahogado mientras cruzabas el estrecho. ¿Me acerco mucho a lo que estás pensando?

Basingstoke dirigió a su socio una sonrisa tolerante.

—Oh, quizá sí, en términos generales —admitió—. Uno tiene ese tipo de pensamientos ociosos de tanto en tanto. Pero sólo era un pensamiento, hombre.

—Entonces piensa también en esto —sonrió Heimat, alzando su mano del mueble para revelar la plana pistola aturdidora.

Oniko chilló y se derrumbó contra Estornudos. Éste deseó haber podido palmeear tranquilizadamente su hombro, pero las cuerdas que lo sujetaban no se lo permitían; se conformó con frotar su correosa mejilla contra el cráneo de ella. Basingstoke miró por un momento a los niños, luego se volvió a Heimat.

—Beaupre —dijo—, lo que yo pienso es sólo seguramente lo que tú has estado pensando también; de modo que lo más sensato es que nos paremos a considerar las

alternativas. Pero no deseo que tu cuerpo sea hallado fuera de la isla. Por todo lo que saben hasta ahora, seguimos todavía en Moorea. Espero que nadie piense de otro modo hasta que sea demasiado tarde. Así que no seas estúpido, hombre. Librémonos del bote. Luego arreglemos alguna forma de irnos lejos de aquí.

Heimat lo estudió, rascándose la barbilla con la uña del pulgar. No dijo nada.

—Además —indicó Basingstoke—, hay algo más en lo que pensar. Ninguna persona sensata deja una pistola cargada en un cajón cuando se marcha. ¿Crees que el propietario de esta casa fue tan descuidado? ¿Estás muy seguro de ello? Ni siquiera has comprobado si estaba realmente cargada, o al menos no te he visto hacerlo.

Heimat asintió respetuosamente con la cabeza. Apoyó las manos en sus rodillas por un momento, contemplando el arma. Lo que vio quedó oculto a los ojos de los demás por el mueble; hubo como un suspiro de metal abriéndose y luego un chasquido al volver a cerrarse. La expresión de Heimat no cambió cuando alzó de nuevo la vista.

—Ahora sé si está cargada o no —observó—. Pero tú sigues sin saberlo.

—¿Lo está, entonces? —inquirió educadamente Basingstoke. No aguardó la respuesta—. En cualquier caso, dejemos esta discusión; no tiene sentido. Iremos los dos a librarnos del bote; los chicos estarán seguros aquí. Luego volveremos y veremos la forma de abandonar esta isla. Luego, Beaupre, mientras aguardamos hasta que llegue la hora de tomar el avión, puedes divertirte de la mejor manera que creas oportuno.

Había sido el general Beaupre Heimat quien los había atado, y Estornudos tuvo que reconocer que el viejo sabía lo que estaba haciendo. Pocos minutos después de que salieran de la casa empezó a forcejear inútilmente con sus cuerdas. No le ayudó en nada el quejoso gemido de Harold:

—¿Qué demonios pasa contigo, Torpe? ¡Con lo pellejudo que eres, tendrías que poder librarte sin problemas de esas cosas! Luego podrías desatarnos y entonces...

Harold se interrumpió, porque ni siquiera él podía visualizar un buen «y entonces». En cualquier caso, los dos hombres estuvieron de vuelta casi inmediatamente, y se atarearon en el sistema de comunicaciones PV.

Contactaron con reservas del aeropuerto de Faa-Faa-Faa. La empleada era —o parecía ser— una hermosa joven polinesia vestida con un sarong y flores en el pelo. Su aspecto era tan amistoso como real cuando les miró desde el tanque PV. Por un momento Estornudos pensó en gritar pidiendo ayuda, pero las esperanzas no justificaban el riesgo. Indudablemente se trataba sólo de una simulación, y probablemente una más bien rudimentaria.

—Muestre todos los vuelos sin escalas a más de dos mil kilómetros que partan desde ahora hasta el mediodía —ordenó Heimat.

—*Oui, m'sieur.* —La muchacha sonrió y desapareció. La PV mostró una lista:

UA 495	Honolulu	06:40
JA 350	Tokio	08:00
AF 781	Los Ángeles	09:30
NZ 263	Auckland	11:10
QU 819	Sydney	11:40
UT 311	San Francisco	12:00

Heimat dijo inmediatamente: —Quiero el vuelo a Los Ángeles. Basingstoke suspiró.

—De acuerdo, Beaupre. Supongo que lo quieres. Yo también.

Heimat pareció disgustado.

—Tú puedes tomar el de San Francisco —argumentó—. Es sólo un par de horas más tarde, y es mejor que no tomamos el mismo vuelo, ¿no? O puedes ir a Honolulu, o a Tokio...

—No quiero ir a otra isla, o a un lugar donde no pueda hablar el idioma, y no deseo

aguardar un par de horas más. Tomaré ese avión a Los Ángeles.

Heimat suspiró y lo dejó correr.

—Muy bien. Podemos separarnos cuando lleguemos allí. ¡Reservas!

La muchacha volvió a aparecer e inquirió educadamente:

—¿M'sieur?

—Quiero plazas para dos en el 781 de la Air France de esta mañana. El señor J. Smith y el señor R. Jones —improvisó.

—¿Primera clase o turista, señor?

—Oh, primera clase, por supuesto —sonrió Heimat—. Nuestra querida sobrina ha sido lo bastante amable como para traernos hasta aquí a pasar unas pequeñas vacaciones con ella, y es muy generosa. Un momento —dijo, haciendo señas a Basingstoke de que trajera a la niña. Fuera del campo de visión de la PV, el negro desató rápidamente las manos de Oniko. Luego hizo una seña a Heimat y alzó a la niña hasta el aparato.

—Oniko, querida —siguió Heimat—, ¿serás tan amable de proporcionarle a este joven y amable programa de ordenador la identificación de tu tarjeta de crédito?

Estornudos contuvo el aliento. ¿Intentaría Oniko pedir ayuda? No lo hizo. Dio con voz clara al programa los datos de su tarjeta de crédito y sometió su pulgar para verificación. Estornudos se sintió momentáneamente decepcionado. ¿Dónde estaba ese valor humano del que tanto se vanagloriaban los hombres cuando era necesario? Y luego se sintió avergonzado de sí mismo; si Oniko hubiera dicho alguna palabra equivocada, las consecuencias para ella hubieran sido muy desagradables tan pronto como el viejo terrorista la hubiera sacado del ángulo de visión de la PV.

Y eso fue todo. No hubo más preguntas. El programa con aspecto de polinesia verificó la cuenta en un segundo y anunció:

—Confirmadas dos plazas para el señor J. Smith y el señor R. Jones en el vuelo sin escalas que sale del aeropuerto de Faa-Faa-Faa a las nueve y media en dirección al Intercontinental de Los Ángeles. ¿Desean continuar el vuelo o regresar desde allí?

—No por el momento —dijo Basingstoke, y cortó la comunicación.

—Espera un momento —protestó Heimat—. ¿A qué viene tanta prisa? ¡Sabes que una vez estemos en Los Ángeles querremos seguir!

—Pero no con su crédito, hombre. Es demasiado arriesgado. Tendrás que hallar tu propio camino desde allí.

Los ojos de Heimat se entrecerraron peligrosamente.

—Estás tomando demasiadas decisiones, Cyril —dijo suavemente—. ¿Has olvidado que sigo teniendo la pistola? —Y luego, de pronto, aulló—: ¿Qué está haciendo la condenada? ¡Detenía, Cyril! —Porque Oniko, con la mano de Basingstoke aún sujetándola, se había dirigido de nuevo hacia el sistema de comunicaciones.

Basingstoke la apartó de un tirón.

—Vamos, vamos —regañó—. ¡Esto puede llegar a hacerse pesado, chiquilla! —Oniko no respondió. Se limitó a mirar fijamente al sistema de comunicaciones, ahora fuera de su alcance.

—Átala —ordenó Heimat. Estornudos observó ansiosamente mientras Basingstoke hacía lo indicado, volviendo a depositarla junto a la hilera de cautivos al lado de la pared. Tan pronto como estuvo atada Oniko se relajó de nuevo, apoyando su cuerpo contra el de Estornudos en busca de consuelo.

—Tenía que hacerlo —le susurró, y él siseó su conformidad. Había tenido que hacerlo, del mismo modo que él también había tenido que intentar alcanzar el sistema de comunicaciones apenas entraron en la casa. Estornudos pensó desconcertado en aquel compulsivo intento; no podía recordar por qué había parecido tan importante, sólo que había tenido que hacerlo. Del mismo modo, pensó, que había deseado descubrir y registrar todos los datos que pudiera encontrar sobre la historia y actividades Heechees para su diario. Tenía la sensación de que ambos impulsos estaban relacionados, pero no

podía comprenderlos.

—Pronto se irán —le susurró a Oniko, ofreciéndole el único consuelo que pudo encontrar.

Ella le miró sin decir nada. No necesitaba hablar; lo que hubiera dicho hubiera sido solamente:

—No lo bastante pronto.

Los dos viejos estaban haciendo lo que hacían siempre. Discutían.

Qué extraños eran los humanos, decidir incluso las cuestiones más sencillas discutiendo. Esta vez la disputa era acerca si debían dormir o no, y quién debía hacerlo primero. Heimat estaba diciendo:

—Será mejor que descansemos, Cyril. Una o dos horas cada uno, para estar alertas cuando lleguemos al aeropuerto. ¿Por qué no lo haces tú primero? Yo permaneceré despierto para ocuparme de nuestros jóvenes invitados.

—Si te ocupas de la pequeña como deseas —restalló Basingstoke—, probablemente morirá a causa de ello.

Heimat agitó tristemente la *cabeza*.

—La vejez te ha debilitado. ¿Qué te importa lo que pueda ocurrirle a la pequeña?

—¡La vejez te ha vuelto estúpido! Hay todo un mundo de niñas pequeñas ahí fuera. Una vez estemos lejos de esta isla, puedes hacer lo que quieras con todas ellas, por lo que a mí respecta, pero ésta posee una cuenta de crédito que podemos utilizar. ¿Podrá pagar nuestras facturas cuando esté muerta?

—¿Qué facturas? Ya tenemos los billetes de avión.

—¿Y cómo vamos a llegar al aeropuerto? —inquirió Basingstoke—. ¿Andando?

Heimat pareció pensativo, luego hosco.

—Esta vez quizá tengas razón —admitió a regañadientes. Luego su rostro se iluminó—. ¡Alquilemos un coche ahora, y luego tendremos tiempo para otras cosas mientras esperamos a que llegue!

Estornudos fue incapaz de decir cuánto de aquello comprendía Oniko. Su cuerpo estaba flácido, allí apoyado contra el suyo. Permanecía con los ojos cerrados, pero aquellas lentas lágrimas aún seguían resbalando por sus mejillas, una tras otra, de su al parecer inagotable provisión.

Estornudos cerró también los ojos. No era tanto debilidad, aunque ésta era intensa también, como un esfuerzo por concentrarse. ¿Había alguna posibilidad de escapar? Supongamos que le decía a los viejos que tenía que ir de nuevo al lavabo. Supongamos que lo desataban para ello; ¿podría entonces liberarse, cargar a Oniko en sus brazos, y correr fuera del edificio con ella? ¿Podría ayudar Harold? ¿Había alguna posibilidad de que un plan así, o cualquier otro plan, tuviera éxito?

¿O simplemente resolverían para ellos el problema de Estornudos y Harold, que no tenían ninguna victimización sexual que ofrecer, terminando con sus vidas a la primera inconveniencia?

Por primera vez en su joven vida, Estornudos contempló la posibilidad real de que su vida pudiera terminar como máximo dentro de las próximas horas. Era un pensamiento aterrador para un joven Heechee. No se trataba solamente de la cuestión de la muerte..., la muerte le llegaba a todo el mundo, más pronto o más tarde. Pero la muerte bajo esas circunstancias podía ser muy bien la muerte *total*, puesto que no había nadie cerca para hacer lo necesario para tomar el cerebro muerto de Estornudos y vaciarlo en almacenamiento; no era la muerte lo que más temía, sino la perspectiva de su cerebro descomponiéndose irremediabilmente antes de poder ser transformado en un Antepasado...

Se dio cuenta de que los viejos estaban discutiendo de nuevo, esta vez más violentamente.

—¿Qué ocurre con esa maldita cosa? —exclamó exasperado Basingstoke, y Heimat

censuró:

—Debes haber hecho algo mal, viejo estúpido. ¡Espera! ¡Déjame a mí!

—Prueba todo lo que quieras —gruñó Basingstoke—. Simplemente no funcionará. —Retrocedió, con los ojos llameantes, mientras el otro hombre más pálido se inclinaba sobre el sistema de comunicaciones. Luego Heimat se echó hacia atrás, con expresión cejijunta.

—¿Qué fue lo que hiciste? —preguntó.

—¡No hice nada! Simplemente lo apagué. ¡Luego intenté conectarlo de nuevo, y no funcionó!

Por un rápido momento Estornudos sintió una oleada de esperanza. Si el sistema de comunicaciones se había averiado de alguna forma, entonces quizá los planes de los dos viejos tuvieran que cambiar. ¡Quizá tuvieran que ir andando hasta el aeropuerto! Estornudos no tenía la menor idea de lo lejos que podía estar, o siquiera en qué dirección, pero probablemente ellos tampoco. Así que quizá no se atrevieran a perder más tiempo. Necesitarían irse de inmediato, porque el sol, allá fuera, estaba ya saliendo, el cielo era cada vez más claro al otro lado de las ventanas.

Y si se marchaban inmediatamente..., y si, por alguna razón, abandonaban su idea de matar a los posibles testigos que dejaran atrás..., y si decidían no llevarse a los niños con ellos..., y sí...

Había demasiados «y si».

Pero entonces nada de aquello importó. Estornudos vio que el tanque PV empezaba a iluminarse lentamente. Lo mismo vio Basingstoke, y exclamó:

—¡No necesitamos seguir acusándonos mutuamente, Beau! ¡Mira, ya funciona!

Era cierto.

Funcionó; pero el rostro que les miró desde la PV no era la sonriente muchacha polinesia con el hibisco en el pelo. Era el rostro de un hombre. Un hombre de edad indefinida, bastante apuesto (o eso pensaba yo), que les sonreía de una forma amistosa. Estornudos no lo reconoció. Un humano se parecía demasiado a cualquier otro humano para un Heechee, excepto los pocos que habían permanecido mucho tiempo a su lado.

Cyril Basingstoke y Beaupre Heimat, sin embargo, reconocieron de inmediato el rostro.

—¡Robinette Broadhead! —exclamó Basingstoke. Y Heimat gruñó:

—¿Qué demonios está *haciendo* ese hijo de puta aquí?

Contemplando todo aquello desde el espacio gigabit, Essie rió nerviosamente.

—Eres muy famoso, Robín —dijo—. Incluso los viejos y retorcidos terroristas te reconocen de inmediato.

—Eso no es sorprendente, señora Broadhead —dijo Albert—. Al menos en dos ocasiones el general Heimat intentó asesinar a Robinette. Y probablemente cualquier otro terrorista de la Tierra hubiera hecho lo mismo si hubiera tenido la oportunidad.

—No les des la oportunidad de hacer nada malo ahora, Robin —suplicó Essie—. Adelante. Haz lo que tengas que hacer. Y, querido Robin, ¡ve con cuidado! ¡Los viejos y retorcidos terroristas no son nada comparados con otros peligros con los que insistes en enfrentarte ahora!

14 - Polizones

Creo que en este punto debería hacer una pequeña revisión.

Cuando la noticia de la transmisión al kugelblitz alcanzó la JVA, entraron inmediatamente en acción. Programas y gente en tiempo gigabit fueron puestos en busca de la fuente del mensaje, y la localizaron en una isla llamada Moorea, en el océano Pacífico, y eso ocurrió lo bastante rápido como para encajar incluso conmigo.

Luego aplicaron los frenos, porque la gente de carne era quien tenía que tomar la

siguiente decisión.

Lo hicieron tan rápido como podía hacerlo la gente de carne, les aceptaré eso, pero la gente de carne no se halla en la carrera cuando tú deseas auténtica velocidad. Pasaron muchos, muchos milisegundos antes de que dieran el siguiente paso, y se necesitó mucho más tiempo que ése antes de que pudieran ponerlo en práctica. Aislaron Moorea de la red de energía. Cortaron todo tipo de energía electromagnética en cualquier parte de la isla. Moorea fue declarada en cuarentena. No podían emitirse más mensajes desde ella.

Eso era lo correcto, y estuve de acuerdo con ellos. ¡Pero les tomó tanto tiempo! Y luego tomó más, más y más tiempo el dar el siguiente paso. No el saber lo que había que hacer, porque Albert y Essie y yo se lo explicamos en menos de un instante, sino que se necesitó un tiempo *interminablemente* largo para convencer a la gente de carne de que estábamos en lo cierto, y conseguir que hicieran lo que se debía hacer.

Resultó claro desde un principio que había Enemigos sueltos en la Tierra. Albert y yo dimos vueltas y vueltas al asunto durante miles de milisegundos, y simplemente no había ninguna otra explicación. Esas «falsas alarmas» en la Rueda de Vigilancia no habían sido en absoluto falsas. Conseguimos descifrar esto, milisegundo a milisegundo, para la gente de carne. Malditas fueran sus almas, lo discutieron.

—Ustedes no lo *saben* —objetó el general Halverssen, y yo chillé (tanto como me es posible chillar en el tiempo de la gente de carne):

—¡Por supuesto que lo sabemos! —Y Albert añadió razonablemente (y, ¡oh!, cuan lentamente):

—Es cierto, general Halverssen, que no tenemos la seguridad absoluta. Pero la ciencia no está hecha de seguridades absolutas; sólo es cuestión de probabilidades, y la probabilidad es que la afirmación exacta de su realidad es abrumadora. Bien mirado, no hay ninguna otra hipótesis convincente que pueda competir con ella.

¿Pueden imaginar ustedes cuánto tiempo tomó este tipo de cosa?

Y luego tuvimos que convencerles de la siguiente afirmación: que el Enemigo tenía seres humanos trabajando para él. Aquí la discusión se hizo más violenta, porque los generales de la JVA objetaron que ningún ser humano, por vil o loco que fuera, cooperaría con el enemigo de cualquier vida orgánica en el universo. Fue necesaria toda una eternidad para explicarles que no estábamos hablando de una cooperación *voluntaria*. Bien, ¿qué queríamos decir, entonces? Bien, no *sabíamos* qué queríamos decir, sólo señalábamos que el hecho de que la transmisión había sido efectuada en inglés, aunque muy acelerada, era una prueba indiscutible de que algún ser humano, en alguna parte, había actuado como interfase entre el Enemigo y la transmisión. Y, por supuesto, el contenido de la transmisión apoyaba aún más la teoría de que había sido generada por el Enemigo e iba dirigida al Enemigo.

—Si fueran ustedes un explorador del Enemigo en la Tierra —preguntó educadamente Albert—, ¿qué harían? Su primera misión sería averiguar todo lo posible acerca de cómo eran los seres humanos y los Heechees; acerca de qué tipo de tecnología poseían y cómo se desplegaba; acerca de todo lo que pudiera ser útil en caso de conflicto. Eso es precisamente lo que contenían las transmisiones, señores. No puede haber ninguna duda.

La discusión no sólo tomó milisegundos. Tomó *minutos*, y los minutos se prolongaron a horas, porque los generales no pasaban todo su tiempo hablando con nosotros. Estaban *actuando*. Moorea estaba aislada, de modo que ningún tráfico de mensajes podía ir en ninguna de las dos direcciones; así que la única forma de establecer algún tipo de control era insertar nuevos cuerpos calientes con instrucciones de hacerse cargo. ¿Hacerse cargo de qué?, preguntamos en vano. Hacerse cargo de la isla, por supuesto, fue la respuesta que obtuvimos.

Así que los aviones de largo alcance en Nandú y Oahu fueron cargados de paracaidistas y enviados a Moorea. Había hombres y mujeres valientes en aquellos

aviones..., mucho más valientes de lo que yo hubiera sido, puesto que su status de «soldados» había sido puramente honorario durante al menos tanto tiempo como la mayoría de ellos llevaban vivos. Pero volaron encima de la isla y se dejaron caer en la oscuridad..., sobre las laderas de la gran montaña central algunos de ellos, en las aguas de la laguna otros, unos pocos afortunados en los campos de taros o en las playas. Su misión era arrestar a todo el mundo que pudieran encontrar y, una vez hecho esto, indicar con espejos a los satélites de vigilancia que había sobre sus cabezas el fin de la operación para que Moorea pudiera ser conectada de nuevo a la red de energía y los investigadores responsables pudieran aterrizar allí.

¿Pueden imaginar cuánto tiempo tomó *todo eso*?

¿Pueden imaginar los *problemas*? Doscientos soldados cayeron sobre Moorea, y casi setenta de ellos se rompieron brazos, piernas o cabezas en su descenso. Fue un milagro que ninguno de ellos muriera, y todo para nada.

Porque mientras se estaba desarrollando todo esto, los más rápidos de nosotros, como Albert y yo, estábamos haciendo el trabajo doméstico que hubiera ahorrado todos esos esfuerzos. Tomó un poco más de tiempo del necesario, porque no podíamos acceder a los registros de la isla de Moorea debido a la desconexión. Tuvimos que reconstruir la información a partir de otras fuentes. Y eso hicimos. Accedimos a todos los datos que pudimos hallar sobre el tráfico a y de la isla de Moorea. Estudiamos los informes del censo de todo el mundo que vivía allí. Buscamos algún indicio, algún lazo de unión que relacionara algo con el Enemigo...

Y los nombres de Oniko, Estornudos y Harold brotaron de los archivos.

Tan pronto como vimos quiénes eran y dónde habían estado, supimos que allí estaba la respuesta. ¿Quién otro había estado en la Rueda de Vigilancia durante la última «falsa alarma»?

Cuando hubimos explicado todo esto a los altos jerifaltes de carne, admitieron que era importante. También era totalmente inútil, puesto que no había ninguna forma de comunicarse con las tropas paracaidistas que por aquel entonces estaban descendiendo todavía sobre la isla, para decirles dónde debían concentrar sus esfuerzos. Pero hicieron lo mejor que podían hacer a partir de ahí. Pusieron los registros de vigilancia del satélite a nuestra disposición, y cuando revisamos aquellas cintas vimos el pequeño bote con fondo de cristal deslizarse fuera de la laguna en su camino a través del estrecho.

Desgraciadamente, cuando lo vimos, ya era historia. Pero allí estaban. Los tres niños, trepando al muelle flotante de la casa en la playa propiedad del señor y la señora Henri Becquerel, que en aquellos momentos se hallaban de visita con sus nietos en el mundo de Peggy. Y cuando dimos el siguiente paso, monitorizando todas las comunicaciones que habían entrado o salido de la casa en la playa, no tuvimos ningún problema en identificar a los dos viejos conocidos que habían estado con los niños en el bote.

Entonces almacenamos las imágenes y meditamos en el asunto.

—Aja —dijo juiciosamente Albert, chupando enérgicamente su pipa—. Mira a los niños.

—Dos de ellos llevan vainas —anunció Julio Cassata, un momento antes de que pudiera hacerlo yo.

—Exacto —radió Albert—. ¿Y qué mejor lugar para ocultarse para un ser de energía como el Enemigo que en una vaina?

—¿Pero pueden hacerlo?—pregunté—. Quiero decir, ¿cómo pueden hacerlo?

Puf, puf.

—Puede que les resulte difícil, sí, Robín —admitió Albert pensativamente—, porque con toda seguridad los sistemas de almacenaje no son nada parecido a lo que ellos estaban acostumbrados. Pero tampoco eran compatibles, al principio, el sistema de almacenaje de los Antepasados Heechees y nuestra red gigabit. Simplemente tuvimos que imaginar una forma de transcribir el uno al otro. ¿Crees que el Enemigo es más estúpido que nosotros, Robín? —Y, antes de que yo pudiera responder—: En cualquier

caso, no hay ninguna otra hipótesis mejor. Será mejor que no supongamos ninguna otra cosa. El Enemigo está en las vainas.

—Y las vainas están en los niños —dijo Essie—, y los niños se hallan cautivos de dos conocidos asesinos. ¡Robin! ¡Hagas lo que hagas, tienes que asegurarte absolutamente de que los niños no van a sufrir ningún daño!

—Por supuesto, querida —respondí, preguntándome cómo conseguir exactamente aquello. Los archivos de datos de Basingstoke y Heimat no eran en absoluto alentadores, ni aunque prescindieramos de la conocida obsesión de Heimat hacia las chicas muy jóvenes e indefensas. Hice un esfuerzo—. Lo primero que debemos hacer —dije—, es persuadir a la JVA de que aisle la casa. No queremos que el Enemigo se meta en el espacio gigabit y empiece a vagar por él.

—Ya han tenido todo el tiempo que han querido para hacerlo —observó Albert.

—Pero quizá no lo hayan hecho. Quizá no puedan abandonar las vainas..., o no crean que sea necesario. —Agité la cabeza—. Tu problema, Albert, es que eres una construcción mecánica. No sabes cómo se comportan los seres naturales. Si yo fuera un miembro del Enemigo, en lo que seguramente es un lugar extraño y sorprendente, buscaría un hermoso lugar donde ocultarme y permanecer hasta que estuviera seguro de que sabía que estaba a salvo.

Albert suspiró e hizo rodar sus ojos hacia arriba.

—Tú nunca has sido una criatura natural de energía, así que no sabes nada acerca de su comportamiento —me recordó.

—Pero si estoy equivocado, no hemos perdido nada, ¿verdad? Así que aislémoslos.

—Oh —dijo—. Ya he sugerido esto a los líderes orgánicos de la JVA hace unos momentos. La casa quedará totalmente aislada dentro de unos pocos miles de milisegundos. ¿Y luego qué?

—Bien —dije tranquilamente—, luego les haré una visita.

En realidad, tomó un montón de milisegundos hacerlo. No sólo tuve que persuadir a los jerifaltes de carne de la JVA de que era la persona más adecuada para negociar, sino que tuve que demostrarles, y a Albert también, que podía negociar de alguna forma que no les diera ni a los dos viejos ni al Enemigo ninguna posibilidad de escapar.

—Estupendo —dijo enérgicamente el dupli de Cassata—. Estoy de acuerdo. —Me preparé para lo que sabía que iba a venir a continuación. Vino—. Alguien tiene que hacerlo, pero no usted, Broadhead. Usted es un civil.

—Ahora escuche, cabeza de chorlito... —chillé, pero Albert alzó una mano.

—General Cassata —dijo pacientemente—, la situación en esa casa es inestable. No podemos aguardar a que una persona de carne llegue hasta allí y negocie.

—Por supuesto que no —dijo tensamente—, ¡pero eso no significa que tenga que ser Broadhead!

—¿Oh? —dijo Albert—. ¿Quién entonces? Tiene que ser alguien como nosotros, ¿no? Alguien que esté al corriente de lo que ocurre. En realidad, uno de los que estamos aquí, ¿no está de acuerdo?

—No necesariamente —dijo Cassata, firme en su idea, pero Albert no le dejó continuar.

—Creo que sí —dijo suavemente—, porque el tiempo es esencial, y la única cuestión es quién. No creo que deba ser yo; después de todo, sólo soy un tosco mecanismo.

—¡Y por supuesto no yo! —interrumpió Essie.

—Y en cuanto a usted, general —dijo educadamente Albert—, simplemente no es lo bastante bueno para el trabajo. Lo cual me temo que sólo deja a Robinette.

¡Se *temía!* Cassata cedió.

—Pero no en su propia persona —ordenó—. Algo de lo que podamos prescindir, y eso es *definitivo*.

Así que no era exactamente «yo» quien sonrió por el sistema de comunicaciones a los dos viejos monstruos y sus niños cautivos. Sólo era un dupli mío, porque eso era todo lo

que Albert y la JVA estaban dispuestos a permitir, pero también tuvieron que permitirme un tremendamente estrecho canal de comunicación con mi dupli. No tenían ninguna elección al respecto, porque de otro modo ninguno de nosotros podría saber o tener ningún control de lo que ocurría en aquella pequeña casa en la playa de la isla de Tahití.

Así que miré a través de la PV a los viejos monstruos. Dije inmediatamente..., o mi duplicado dijo:

—General Heimat, señor Basingstoke, están atrapados de nuevo. No hagan nada ridículo. Les dejaremos en libertad, bajo ciertas condiciones, siempre que ustedes cooperen. Empiecen desatando a los niños. —Y al mismo tiempo mi otro yo, a salvo a cien mil kilómetros de distancia en la *Único Amor*, se quejaba amargamente—: ¡Pero eso toma *tanto tiempo!* —No podemos evitarlo, querido Robín —dijo Essie; y Albert carraspeó y ofreció:

—Ve con cuidado. Sin duda el general Heimat intentará alguna acción violenta, pero Basingstoke es más sutil. Mantenlo estrechamente vigilado, por favor.

—¿Tengo alguna otra elección? —gruñí. No la tenía. Ellos eran gente de carne, y yo era yo. Mientras mi dupli estaba pronunciando aquella interminablemente larga primera frase, ¡nada menos que seis mil milisegundos!, yo estaba observando y registrando hasta la última molécula cada persona, mueble, cortina, ventana, partícula de arena y mota de polvo en aquella pequeña y agradable habitación. Me tomó toda una eternidad activar mi imagen y pronunciar mis palabras de saludo, y luego se necesitó otra *eternidad* para que Heimat respondiera.

Entiendan, no disponía de los rápidos perceptores y actuadores que formaban parte de mi yo auténtico allá en la *Único Amor*. Disponía sólo de un simple equipo de piezovisión, del tipo que tiene la gente en su sala de estar. Están diseñados para ser utilizados por la gente de carne. En consecuencia, son tan lentos como la gente de carne. No tienen por qué ser rápidos, puesto que la gente de carne no lo es. El sistema de barrido del sistema echa una mirada a lo que tiene delante, punto por punto. Examina uno tras otro cada uno de esos puntos y registra sus propiedades: tanta luminosidad, tal y tal longitud de onda..., y luego, uno tras otro, los archiva en su memoria para la transmisión.

No íbamos a permitir que el sistema transmitiera, por supuesto. La única transmisión desde aquella habitación iba de mi yo-dupli a mi yo-real a 100.000 kilómetros en el espacio.

Los scanners del sistema eran lo bastante rápidos para eso, según los estándares de la gente de carne. Contemplaban cada punto veinticuatro veces por segundo, y la persistencia de la visión de la carne llenaba los huecos. Lo que veía la gente de carne era la ilusión de mi presencia a tiempo real.

Yo no tenía esa ilusión. Lo que veíamos tanto mi yo-dupli como mi yo-real era aquel doloroso construir de imágenes, punto a punto. Estábamos en tiempo gigabit, a muchas órdenes de magnitud más rápidos. Podíamos ver la entrada de cada dato individual. Parecía como si alguien estuviera llenando una tela subdividida en multitud de cuadraditos cada veinticuatroava parte de un segundo, un punto rojo aquí, otro escarlata más oscuro a su lado, otro escarlata más claro, y así sucesivamente, dolorosamente, punto a punto, veíamos desplegarse una sola línea de la falda roja de Oniko. Luego venían otro millar de puntos para la siguiente línea, y luego la siguiente, y la siguiente, mientras yo y mi yo-dupli permanecíamos metafóricamente sentados y metafóricamente mordiéndonos nuestras metafóricas uñas, aguardando a que apareciera toda la imagen.

El sonido no era mejor. La frecuencia media del habla humana, digamos la vocal A, es de 440 hertz. De modo que lo que yo «oía» (percibido en realidad como pulsos de presión) era un *putt... putt... putt* de sonido, cada *putt* individual un par de milisegundos después del último. En consecuencia tenía que tomar nota de la amplitud de cada pulso y luego del tiempo transcurrido entre ellos, más o menos a medida que el tono ascendía o descendía, e identificarlos como secuencias, y construirlos como espectrogramas de

sonido, y traducirlos en sílabas y finalmente en palabras. Oh, podía interpretarlos, de acuerdo. Pero, Dios mío, era *tedioso*.

Era frustrante en todos los sentidos en que podía ser frustrante, porque era urgente.

La urgencia era el Enemigo, por supuesto, pero tenía algunas urgencias particulares propias. La curiosidad, por ejemplo. Aquel viejo loco llamado Heimat, lo conocía bien, había intentado con todas sus fuerzas asesinarme tanto a mí como a mi esposa. Realmente deseaba hablar con él de ello. Luego estaban los niños. Eran una urgencia muy especial, porque tenía un cuadro muy claro de lo que estaban pasando y de lo aterrados, cansados y desmoralizados que debían hallarse. Deseaba rescatarlos de aquella prueba dentro del siguiente milisegundo, sin tener que regatear ni hacer tratos con los viejos asesinos; y no podía.

Tampoco podía esperar, así que mientras Heimat y Basingstoke estaban todavía abriendo la boca, sus expresiones congeladas por la sorpresa, corté para decirles directamente a los niños:

—Oniko, Estornudos, Harold: estáis a salvo. Esos hombres no pueden haceros ningún daño.

Y allí estábamos todos, sentados en la sala de control de la *Único Amor*. Albert dio una meditativa chupada a su pipa y dijo:

—No te culpo por ello, Robin, pero por favor, no olvides que el Enemigo es nuestra principal preocupación.

No tuve ninguna oportunidad de contestar. Essie me pasó delante, gritando indignada:

—¡Albert! ¿Eres sólo una máquina después de todo? ¡Esos pobres niños no pueden estar más asustados!

—Pero tiene razón —argumentó Cassata—. Los niños estarán bien. La policía de Papeete está en camino...

—¿Y llegarán cuándo? —preguntó Essie. Era una pregunta retórica; todos conocíamos la respuesta. Ella misma la proporcionó—: Aproximadamente dentro de un millón de milisegundos, ¿no? ¿Cuántas cosas pueden pasar, incluso en tiempo de gente de carne?

Mi dupli estaba acabando de decir: «...t-á-i-s-a-s-a-l-v-o», de modo que teníamos todo el tiempo que quisiéramos para el debate. Le pregunté a Albert:

—¿Qué crees que hará Heimat?

—Tiene esa pistola —dijo Albert juiciosamente—. Quizá piense en utilizar a Oniko como rehén.

—Podemos ocuparnos de eso —dijo hoscamente Cassata.

—¡Ni lo sueñe, Julio! —exclamé—. ¿Está usted loco? Si entra usted con armas de rayos en esta pequeña habitación, alguien resultará herido.

—¡Sólo el alguien a quien apuntemos!

Albert tosió desdeñosamente.

—Nadie duda de la puntería de sus armas, general. De todos modos, también está la cuestión de la integridad de la caja de Faraday. Tenemos ese espacio completamente aislado, excepto ese único canal entre el señor Broadhead y su dupli. Si ustedes lo perforan, ¿qué ocurrirá con los polizones?

Cassata dudó. Todos dudamos, porque allí era realmente donde residía la preocupación definitiva. Los polizones. ¡El Enemigo!

Viendo a aquellos tres decentes niños mantenidos como rehenes por dos viejos malhechores, uno llegaba a olvidar dónde residía el auténtico terror. ¡Heimat y Basingstoke eran simples aficionados! Entre los dos habían asesinado a unos pocos centenares de miles, quizá, de hombres, mujeres y niños inocentes, destruido varios miles de millones de dólares en propiedades, alterado las vidas de decenas de millones de personas..., oh, qué *triviales* resultaban cuando los comparábamos con la raza que movía de sitio estrellas, aniquilaba plantas enteras, ¡se atrevía a alterar el propio e inmenso universo! ¿Terror? Ningún terrorista humano era más que un despreciable mequetrefe

comparado con el Enemigo..., no esos dos, no, no Hitler, no Gengis Khan, no Asurbanipal.

Y el Enemigo estaba en aquella habitación, y yo estaba proponiendo intentar enfrentarme a él...

Finalmente mi dupli terminó sus palabras de aliento para los niños. Cyril Basingstoke abrió la boca para decir algo. Pude ver su expresión a través de mi dupli. Sus ojos estaban clavados en mí, con curiosidad y una especie de respeto. Era el tipo de respeto que puede llegar a sentir un gladiador hacia otro cuando se encuentran en la arena..., un gladiador que reconocía la diferencia de armas entre su oponente y él, pero que pese a todo pensaba que había posibilidades de que su tridente pudiera prevalecer sobre la red del otro.

No era en absoluto el tipo de mirada que esperas de alguien dispuesto a admitir su derrota.

Medido por el lento tictaquear de los relojes de la gente de carne, todo lo que ocurrió a continuación debió parecer que ocurría muy aprisa. Los dos viejos fuera de la ley habían dejado atrás hacía mucho su juventud, pero en sus órganos y musculatura había un buen número de partes nuevas, y los viejos y retorcidos cerebros estaban constantemente alertas.

—¡Beaupre! —restalló Basingstoke—. ¡Cubre a la chiquilla! —Y dio un salto hacia la mesa donde había estado todo el tiempo el fusil de pesca submarina, cargado con su arpón.

Grité ansiosamente desde la pantalla:

—¡Quietos todos! ¡Podemos hacer un trato con ustedes!

Heimat, sujetando ya con una mano el pelo de Oniko y apretando con la otra la pistola aturdidora contra su sien, gruñó triunfante:

—¡Y una mierda hará! ¿Quiere oír nuestras condiciones? ¡*Libertad!* Completa libertad, transporte a un planeta elegido por nosotros y..., y..., ¡un millón de dólares para cada uno!

—Y más armas, hombre —añadió Basingstoke con su sentido práctico. Siempre había sido el más listo de los dos, pensé con una cierta admiración. Y admiré realmente la rapidez de pensamiento y las precisas acciones de los dos viejos monstruos. Quiero decir: ténganlo todo en cuenta. Debieron sobresaltarse considerablemente con mi repentina aparición en la pantalla del equipo de comunicaciones; habían necesitado menos de diez segundos para responder, trazar un plan de acción y llevarlo a cabo, de modo que ahora tenían a los niños cubiertos y sus demandas hechas.

Diez segundos, sin embargo, son diez mil milisegundos.

Dije desde la pantalla:

—Pueden contar con la libertad, para los dos. Es decir, pueden salir de la prisión, y pueden ser libres en otro planeta..., no la Tierra, no Peggy, pero sí uno agradable. Lo único es que ustedes serán las únicas dos personas allí. —Era una oferta en firme y creía que justa. Incluso tenía en mente un planeta en particular, porque Albert había encontrado uno ideal. Ciertamente, estaba dentro del núcleo, uno de los planetas extra que los Heechees habían incluido prudentemente con propósitos de expansión, pero era a todas luces un lugar donde se podía perfectamente vivir. Podrían hacer allí todo lo que quisieran..., especialmente teniendo en cuenta que, por el hecho de hallarse en el núcleo, lo estarían haciendo cuarenta mil veces más lentamente que en la Tierra.

—¡Espero que lo diga en serio! —restalló Heimat—. ¡Tomaremos el planeta, y no olvide el dinero!

—Les daré el dinero —dije educadamente—. Un millón para cada uno; podrán utilizarlo para comprar programas que les hagan compañía. Piensen en ello, muchachos. Saben que realmente no podemos dejar que sigan destruyendo más ciudades. —Y entonces vi que Heimat entrecerraba los ojos al oír ruidos en la otra habitación, así que añadí rápidamente—: No tienen otra elección, porque de otro modo ambos pueden considerarse muertos. Miren lo que tenemos para ustedes —invité, y exhibí en la pantalla las armas de

haces de partículas en órbita de Nash.

Miraron. Les tomó sólo uno o dos segundos (¿pero más de mil milisegundos!) captar lo que había en la pantalla, pero por entonces ya era demasiado tarde para ellos. Porque Albert había encontrado algo más para mí en el contenido de la casa. La autocosa que había localizado y de la que me hice cargo cruzó la puerta, con sus mangueras aspiradoras alzadas. Una autocosa no es un arma. Cuando la diseñamos como una autodoncella puede barrer y limpiar e incluso lavar las ventanas y sacar la basura, pero no mata. Sin embargo, posee chorros que pueden arrojar detergente a presión dentro de las más angostas rendijas, y bombas que les confieren una musculatura extra tras los chorros; y cuando se ha llenado al máximo sus depósitos y se han deslizado cuchillos de cocina en las boquillas de las mangueras, como yo ordené a ésta que hiciera mientras estaba hablando, entonces puede proyectar cuchillos con gran fuerza y considerable puntería.

No maté a los viejos, o al menos no permanentemente. Pero antes de que pudieran mirar a su alrededor Heimat tenía un cuchillo clavado en su garganta y Basingstoke en su corazón, y ya no eran un problema para los niños, sólo para los técnicos que tendrían que bombear lo que quedaba de sus mentes al almacén del Archivo de Muertos.

—Me pregunto —dije, contemplando cómo el segundo cuchillo se enterraba lenta y gradualmente en el pecho de Basingstoke— si no hubiéramos debido hacer esto desde un principio, Albert. Hubieran sido un problema mucho más pequeño como inteligencias almacenadas en máquina, ¿no crees?

—¿Por qué deberían serlo? —sonrió Albert—. Tú no lo eres, ¿sabes? Pero ahora ocúpate de los niños, por favor.

—¡Los niños! —exclamó Cassata—. ¡Tiene usted ahí al Enemigo! ¡Es a ellos a quienes tiene que dedicar su atención!

—Pero en este caso —dijo educadamente Albert— es lo mismo, ¿sabe?

No necesitaba que me lo recordaran. Ya me sentía bastante aterrorizado.

Una autocosa no es mejor desatando nudos que eliminando criminales, pero posee cortadores y raspadores; simplemente segó las cuerdas. Liberó primero a Oniko, luego a Estornudos y a Harold, y hablé con ellos mientras aún lo estaba haciendo.

Dije tranquilizadamente:

—Ahora estáis bien, muchachos, excepto por una cosa muy importante. Quiero que os quitéis vuestras vainas, sin ninguna protesta ni discusión, porque es muy importante. Y quiero que lo hagáis *ahora mismo*.

Eran buenos chicos. No les resultó fácil. Nada debía ser fácil para ellos después de lo que habían pasado..., especialmente para Oniko, agotada como estaba y aterrorizada como había estado..., y más duro aún para Estornudos, supongo, porque un Heechee casi nunca se desprende de su vaina desde la edad de tres años. Lo hicieron de todos modos, y lo hicieron sin protestar ni discutir. Pero, oh, cuántos milisegundos necesitaron para hacerlo, mientras yo aguardaba en ascuas el siguiente paso. ¡Aquél era el que más temía!

Pero no había otra elección.

Dije:

—Ahora, quiero que los dos llevéis las vainas junto al sistema de comunicaciones y las conectéis al receptor de datos.

No era tan fácil; los terminales de las vainas no estaban previstos para ese uso, pero Albert había estado imaginando ya modos y maneras. Así que Estornudos vio cómo podía encajar un adaptador, y Harold trasteó con algo que parecía extraído de los cajones de trastos del garaje de la casa en la playa, y con ayuda de la autocosa consiguieron adaptarlo, pisando cuidadosamente en torno a las dos ominosas cosas en el suelo...

Y durante todo aquel tiempo, milisegundo tras milisegundo, les contemplé hacer lo que haría posible que yo pudiera realizar lo que más temía, y deseaba, en el mundo:

Encontrarme cara a cara —aunque fuera metafóricamente, puesto que yo no tenía una auténtica cara y no suponía tampoco que el Enemigo tuviera ninguna— con las criaturas que habían alterado la tranquilidad del nunca muy tranquilo universo donde vivía.

Y entonces Oniko conectó los terminales de su vaina a los terminales del sistema de comunicaciones, y llegó el momento.

No puedo decirles cuál era realmente el aspecto del Enemigo. ¿Pueden describir ustedes en términos de atributos físicos lo que no tiene ninguno?

No puedo decirles tampoco lo grande que era el Enemigo, ni qué color tenían, ni qué forma; no tenían ninguna de estas cosas. Si poseían género, o alguna cosa que les distinguiera unos de otros, no fui capaz de descubrirla. Ni siquiera estaba seguro de que fueran dos. Más de uno, sí. Menos que muchos, supongo. Mi suposición era que se trataba de dos, porque durante el lapso (un lapso enormemente largo, según mis estándares y los de ellos) entre el momento en que Oniko conectó su vaina a los terminales del sistema de comunicaciones y el momento en que Estornudos la siguió con el suyo, tuve la impresión de que sólo había un ser compartiendo el espacio gigabit conmigo, y después de eso pensé que había más.

Intenté hablarles.

No fue fácil. No sabía cómo hacerlo.

Primero intenté una pregunta:

¿Quiénes son ustedes?

No fue eso precisamente lo que dije, porque no dije nada con palabras. Fue más bien un enorme y silencioso *¿Hummm?*

No hubo ninguna respuesta.

Lo intenté de nuevo, esta vez con imágenes. Apelé a una imagen del kugelblitz, la docena de manchas color excremento que giraban incesantemente sobre sí mismas en el espacio intergaláctico.

No llegó nada de vuelta.

Creé una imagen de la Rueda y la puse en el marco con el kugelblitz. Barrí todo aquello, y mostré a Estornudos y Oniko, y luego sus vainas.

Luego intenté otro *¿Hummm?*

Ninguna respuesta. Nada. Sólo el conocimiento de que alguien, de algún modo, estaba compartiendo aquel espacio conmigo...

¡No! ¡Había una respuesta! Porque había mostrado las vainas tal como eran, unas cosas metálicas opacas, mates, en forma de trompo; y en mi propia imagen eran luminosas. Estaban radiando.

Aunque toda mi atención estaba tensamente enfocada en mi dupli, estaba también mi otro yo, a medio segundo de distancia, en la *Único Amor*, con Essie y Albert y el general Cassata. Era consciente de las agitaciones allí, incluso de las preguntas, incluso de los comentarios; pero el yo «real» estaba siempre a un par de segundos detrás del dupli, y cuando Albert exclamó secamente:

—¡Te están diciendo que estaban en las vainas! —yo ya lo había recibido.

Al menos, era algo parecido a una respuesta. La comunicación se había iniciado.

Intenté una imagen más difícil. Intenté mostrar todo el universo..., desde el exterior; desde el lugar que nunca había existido, porque no había «exterior» a lo que era, por definición, todo. La única imagen que podía transmitir algo de eso era, para mí, simplemente una gran masa informe y resplandeciente; no podía decir si aquello significaría algo para el Enemigo, pero era la mejor aproximación que podía hacer de las cosas que Albert me había mostrado en la Profundidad del Tiempo. Luego, tal como había hecho Albert, me sumergí en ello. La masa se aproximó y se amplió y desplegó una sección del universo, unos cuantos miles de galaxias, elípticas y espirales y extrañas parejas chocando entre sí y otras simples extendiendo sus brazos de estrellas y gases.

¿Era eso correcto? Me remordía la sensación de que estaba haciendo algo

equivocado.

Exacto, pensé; lo estaba haciendo. Había supuesto algo que no tenía derecho a suponer. Estaba mostrando el universo tal como aparecía a los ojos humanos, en las frecuencias ópticas de la luz. ¡Una mala suposición! No tenía ninguna razón para suponer que el Enemigo tenía ojos. Aunque los tuvieran, en algún sentido, ¿qué derecho tenía a suponer que veían solamente el familiar arco iris de frecuencias humano del violeta al rojo?

Así que añadí a la imagen los halos y las nubes de gas que se mostraban sólo en los infrarrojos o en las microondas, e incluso las nubes de partículas que, suponíamos, eran la contribución del propio Enemigo al universo en que vivíamos.

En realidad, por decirlo así, le mostré a mi invisible (y quizá, tenía que temer, quizá totalmente indiferente) audiencia las imágenes que Albert me había mostrado en lo profundo del tiempo. La dejé colgar allí unos instantes, y luego hice que se moviera.

A la inversa. Tal como Albert había hecho para mí.

Contraje la imagen. Las galaxias se fueron reuniendo. A medida que se aproximaban entre sí se hacían más amplias, y así mostraban menos estructura y cada vez se compactaban más unas con otras.

Las encogí aún más. Catastróficamente. Aplasté el universo hasta convertirlo en un único y terrible punto de luz.

Y entonces reactivé el Big Bang, y congelé toda la escena en aquel momento del tiempo en que todas las opciones estaban abiertas. Y entonces intenté otro de aquellos murmullos interrogativos inarticulados: ¿*Hummm*?

Y entonces obtuve mi respuesta.

Por supuesto, la respuesta no llegó en palabras.

Por supuesto, la respuesta no se pareció en nada a ninguna otra respuesta. No había esperado que se pareciera. En realidad no había esperado nada, o al menos no había tenido la menor idea de qué esperar.

Lo que obtuve fue una imagen, y de todas las posibles respuestas en las que podía haber pensado, aquélla fue la menos probable. La imagen era yo. Sonriendo a mi otro yo. Mi propio rostro, anguloso, feo, pero reconocible, quizá tal como le había parecido a Oniko o a Estornudos cuando me asomé al sistema de transmisiones.

No parecía una respuesta apropiada a la ardiente pregunta que había intentado formular.

Probablemente la razón de ello, me dije a mí mismo, era que no había conseguido formular una pregunta adecuada. Quizá mi imagen de lo que el Enemigo estaba intentando hacer —al menos, lo que nosotros *creíamos* que estaba intentando hacer— carecía de algún rasgo esencial a sus ojos. (¡«Ojos»!) No sabía cómo remediar aquello. Todas nuestras suposiciones acerca del Enemigo se basaban en la conjetura de que, como seres de energía pura, hallaban nuestro universo actual menos hospitalario de lo que les gustaría, y que por lo tanto habían decidido crear la suficiente «masa perdida» para hacer que se concentrara de nuevo en el átomo primordial..., a partir del cual podría estallar en un segundo o tercero o *enésimo* Big Bang, para crear un nuevo universo más de su gusto. «Enemigoformarlo», podríamos decir, de la misma forma que tanto los Heechees como nosotros habíamos terraformado los planetas.

Eso era lo que había deseado transmitir, pero no sabía cómo imaginarlo en sus términos.

Sólo que, al parecer, acababa de hacerlo.

No puedo imaginar cuánto tiempo permanecí allí, contemplando la caricatura de mi propio rostro y preguntándome qué hacer a continuación.

Fue largo rato. Incluso según los estándares de carne fue lo suficientemente largo como para que importara, puesto que fui consciente de que los glaciales movimientos de la gente en la habitación estaban produciendo auténticos cambios. Ahora había más

gente allí. Había otros seres humanos en la habitación, y un montón de máquinas. Cuanto me tomé el tiempo de lanzar una pregunta a Albert y Essie, a través del otro yo a bordo de la *Único Amor*, Albert dijo tranquilizadamente:

—Es la policía, Robín, y los físicos que deben asegurar que el confinamiento siga siendo efectivo, y los equipos inversores de la muerte para Basingstoke y el general Heimat; no te preocupes; lo estás haciendo bien.

¿Bien?

Y sí, quizá fuera cierto. Porque las imágenes cambiaron.

Al principio no supe lo que estaba viendo, una extraña bola de fuego de aspecto desagradable que se abría para mostrar estrellas y planetas atestadamente juntos, y luego la imagen se acercó a uno de los planetas para mostrar unas figuras como hechas de palos que iban de un lado para otro y que reconociblemente querían representar a los Heechees. ¿Su escondite en el núcleo? Por supuesto.

Y tan pronto como hube reconocido esto, hubo otra imagen. Fue casi como un documental, o la película de un viaje: *La vida entre los Heechees*. Vi las naves-mundo Heechees flotando cerca de la barrera Schwarzschild, y las ciudades Heechees bajo sus domos transparentes; vi las fábricas Heechees produciendo artículos de consumo Heechees, y personas Heechees trabajando y uniéndose en parejas y pariendo y criando a los hijos; vi más acerca de los Heechees en aquella larga exhibición en tiempo gigabit de lo que había llegado a aprender de ellos en toda mi larga vida.

Lo diré suavemente: me sentí asombrado, y me sentí horriblemente, impotentemente confuso. No tenía ni idea de por qué estaba viendo lo que estaba viendo; y entonces las imágenes cambiaron de nuevo.

Era otra película de viajes. Ya no se trataba de los Heechees. Ahora éramos nosotros.

No sé, quizá viera a todos los seres humanos que hayan existido nunca en aquel despliegue eternamente breve. Reconocí a algunos de ellos. Vi a Oniko nacer en el artefacto Heechee, y la muerte de sus abuelos. La vi siendo rescatada con toda su pequeña colonia, y la vi ser llevada a la Rueda de Vigilancia. Vi la raza humana, quizá todos los centenares de miles de millones de sus miembros que se hallaban en todos los veinte planetas habitados y en las naves que iban de unos a otros. Incluso vi nuestra historia. Vi ejércitos, y flotas espaciales, y ejercicios tácticos, y el despegue de naves armadas como para destruir un mundo si era necesario. Vi ciudades bombardeadas y arrasadas. Vi un prospector de Pórtico en una Cinco, degollando furtivamente a sus cuatro compañeros. Vi a mi querida esposa, Essie, con los tubos en su garganta y nariz y las máquinas de apoyo vital zumbando a su alrededor..., una imagen que recordaba, porque en una ocasión había sido exactamente así.

Vi a Basingstoke con su traje hermético y su mascarilla de aire, nadando por unas claras aguas tropicales para fijar una bomba lapa al casco de un crucero. Vi al general Beaupre Heimat pulsar un botón que destruyó una espacionave, y le vi de nuevo haciendo..., oh, naciendo cosas viles y terribles a una niña pequeña..., y el único alivio a mi retorcido estómago fue cuando me di cuenta de que la «niña» sólo era un robot.

Y el fluir de imágenes siguió y siguió.

Y luego todo terminó.

No vi nada. Ni siquiera vi la habitación, ni a Oniko y los demás niños, ni a los recién llegados que se estaban ocupando de sus cosas en ella. No vi absolutamente nada; mis sentidos habían quedado cegados.

Y entonces me di cuenta de que estaba obteniendo realmente respuestas a mis preguntas, sólo que no eran las preguntas que había formulado. No me estaban diciendo «qué». Me estaban diciendo sólo «por qué».

El otro «yo», allá en la *Único Amor*, lo estaba contemplando todo, pero yo no podía verle (verme). No podía ver absolutamente nada.

Y entonces lo vi todo, todo a la vez. Todas las imágenes que había visto antes, flotando

ante mí a la vez como una lluvia de confeti. Danzaban a mi alrededor y se mezclaban; los Heechees se volvían medio humanos, los humanos empezaban a parecer Heechees, y se mezclaban en construcciones de ordenador y Perezosos y Cerdos Vudú y en cosas que no tenían ningún parecido a nada que el universo hubiera conocido nunca..., y luego todo empezó a disolverse en un torrente de chispas multicolores, todo ello.

Incluso yo.

Me *sentí* disolver. Sentí que mi persona se fundía y resplandecía y se convertía en nada.

Necesité largo tiempo para comprender lo que estaba ocurriendo.

—¡Me estoy *muriendo*, por el amor de Dios! —le grité al vacío espacio gigabit...

Mientras moría.

—¡He muerto! —exclamé, aterrado, a Albert y a mi querida Essie-Portátil y a los oficiales de la JVA, reunidos solícitamente a mi alrededor en el *Único Amor*.

Sentí los cálidos (aunque sólo virtuales) brazos de Essie a mi alrededor.

—Oh, tranquilo, tranquilo, querido Robin —me calmó—. Todo está bien. Ya no estás muerto, no aquí.

Cassata exclamó, exultante:

—¡Pero hizo usted *el* trabajo, Robín! ¡*Habló* con ellos! Ahora podemos ir a la Rueda de Vigilancia y...

—General Cassata —dijo educadamente Albert—, cálese, por favor. ¿Cómo te sientes, Robin? Es cierto que, en un sentido, sí, moriste. Al menos esa copia tuya ha desaparecido para siempre, y quizás el Enemigo con ella; creo que te neutralizaron, Robin, aunque eso les costó sus propias vidas. Lamento que te resultara tan traumático.

—¡Lo sientes! —chillé—. ¿Sabes a qué se parece *morir*? ¿Saber que estás desapareciendo, y que no volverás a ser nunca más?

Essie me abrazó más fuerte que antes, murmurando en mi oído palabras de consuelo.

—Pero todavía estás aquí, Robin. Estás aquí conmigo. Fue sólo el duplicado que entró en el aislamiento gigabit con el Enemigo, ¿sabes?

Me liberé (metafóricamente) y miré a las dos personas que tenía más cerca y me eran más queridas; ni siquiera me di cuenta de la presencia de los oficiales de la JVA.

—A vosotros no os cuesta nada decirlo —dije amargamente—. No tuvisteis que sentirlo. Yo *morí*. Y os recordaré que no fue la primera vez. Tuve que experimentarlo antes, y me siento tan *terriblemente* cansado de morir. ¡Si hay alguna cosa que deseo en todo el mundo, es volver a hacerlo!

Me detuve, porque me estaban mirando de una forma peculiar.

—Oh —dije, consiguiendo esbozar una sonrisa—. Quiero decir que *no* deseo volver a hacerlo. —Pero lo que quería decir realmente no estaba claro ni siquiera para mí.

15 - Ratas asustadas corriendo

Cuando una personalidad almacenada en el espacio gigabit ha sufrido un terrible shock, no le das una bebida fuerte y lo mandas a la cama, pero a veces ayuda fingir que lo haces.

—Tendrías que descansar un poco, Robin —dijo Albert.

—Deja que te ponga cómodo, corazón —murmuró Essie, y un momento más tarde estaba de hecho comodísimo. Essie lo consiguió. Estaba tendido en una hamaca (metafórica) en el (irreal) lanai fuera de mi casa (almacenada en datos) que dominaba el mar de Tappan, con mi querida Essie-Portátil junto a mí poniendo una (inexistente) bebida en mi mano. Era un margarita helado con sólo la sal necesaria en el borde del vaso, y sabía tan bien como si fuera real.

Era el centro de toda atención.

Essie estaba sentada al lado de la hamaca, acariciándome amorosamente el pelo y con aspecto preocupado. Albert estaba sentado al borde de una tumbona, rascándose meditativamente una oreja con la boquilla de su pipa mientras estudiaba mi rostro. Todo era bastante hogareño y familiar, pero había otras personas allí. No me sorprendió ver a Julio Cassata, que paseaba arriba y abajo por la hierba justo al lado de los escalones, deteniéndose al final de cada vuelta para mirar escrutadoramente en mi dirección. Ni siquiera Alicia Lo, sentada inmóvil en una mecedora al borde del lanai, fue una sorpresa; pero había alguien más.

Ese alguien más era un Heechee.

No estaba preparado para las sorpresas. Me senté y dije:

—¿Qué demonios? —No lo dije con fuerza. Creo que lo dije más bien en tono suplicante.

Essie lo interpretó correctamente.

—No sé si recordarás a Doblelazo —dijo. Estaba en lo cierto. No lo recordaba—. Fue uno de los representantes de los Heechees en la JVA —añadió, y entonces recordé vagamente. Había habido uno o dos Heechees allí, y sí, uno de ellos había sido un Antiguo Antepasado, como éste, y tenía la escasa mata de vello sobre su cabeza y los ojos profundamente hundidos de la edad, como éste.

—Me alegra verle de nuevo —dije. Bebí el resto del tequila y miré a mi alrededor. Y luego dije de nuevo—: ¿Qué *demonios*? —Sólo que esta vez el tono fue completamente distinto, porque había mirado más allá del simulado y amistoso entorno del mar de Tappan. Esperaba descubrir que nos hallábamos en la *Único Amor*, y allí estábamos.

Pero la pantalla sólo mostraba un moteado grisor. Cuando miré a través de los sensores del casco de la *Único Amor*, vi que estábamos en viaje hiperlumínico. Cuando contemplé el retro, vi los satélites de la JVA haciéndose rápidamente pequeños a nuestra popa. La JVA me pareció de alguna forma distinta. No estaba seguro de cómo, y no me tomé el tiempo de averiguarlo. Lo más importante era saber qué estaba haciendo la *Único Amor*, íbamos camino de alguna parte, y no había esperado nada de aquello.

—¿Adonde vamos? —exclamé.

Albert tosió.

—Han ocurrido algunas cosas mientras tú estabas trabajando a través de tu dupli —dijo.

—No nos atrevimos a interferir con tu concentración —dijo preocupada Essie—. Lo siento. Pero todo está bien, honesto y querido Robin, y puedes ver que estás de nuevo sano y salvo en la *Único Amor*.

—¡No habéis respondido a mi pregunta!

Ella hizo resbalar la mano que había estado acariciando mi pelo a lo largo de mi mejilla. La sentí cálida y cariñosa.

—Vamos a la fuente —dijo con sobriedad—. Al kugelblitz. Al hogar del Enemigo, tan rápido como podamos.

Regresé por mí mismo al agradable entorno del mar de Tappan, sintiéndome tremendamente desorientado. Essie teñí; preparó otro margarita, y lo cogí automáticamente. Lo mantuve en mi mano, intentando imaginar qué estaba ocurriendo. Habíamos abandonado la JVA...

Entonces recordé qué había de diferente en el aspecto que presentaban los satélites de la JVA a nuestra partida.

—¡La flota se ha ido! —exclamé.

—Exacto —dijo Albert—. La estamos siguiendo.

—Contra las órdenes —añadió Julio Cassata.

—¡No puede darnos órdenes a nosotros! —restalló Essie —Ellos pueden darme órdenes a mí —dijo Cassata—, y m las estamos cumpliendo. El movimiento de la flota es una operación militar, después de todo.

—¡Militar! —Miré al hombre, preguntándome si realmente quería dar a entender lo que yo creía que quería dar a entender. Se encogió de hombros. Traduje fácilmente aquel encogimiento; sí, era lo que quería dar a entender.

—¡Esto es una *locura*! —exclamé.

Se encogió de nuevo de hombros.

—Pero... —dije—. Pero... ¡Pero yo no *estaba preparado* para emprender un viaje en estos momentos!

Essie se inclinó sobre mí y me besó.

—Querido Robín —dijo—, después de todo no hay otra elección, ¿no crees? No puede confiarse en la flota de la JVA ¿Quién sabe qué idiotez pueden intentar?

—Pero... En Roca Rugosa...

—Ya no hay nada en Roca Rugosa para nosotros, querido Robín. Todo el mundo se ha dicho adiós. Después de todo, la fiesta ya ha terminado.

16 - El largo viaje

Todo el tiempo que estuve con los niños y sus captores en la isla de Tahití fue tiempo de carne. Había habido tiempo suficiente para que la gente de carne hiciera cosas. La gente de carne las había hecho.

La gente de carne que dirigía la JVA había decidido que la amenaza sobre la Tierra no era nada que necesitara una flota allí, así que habían enviado los cruceros a la Rueda de Vigilancia. El Cassata de carne no se había preocupado de acabar con el Cassata dupli, cuyo banco de datos estaba todavía en el *Único Amor* con el de Alicia Lo. Albert era el que había insistido en llevar consigo el «molinete de oraciones» que era el lugar donde estaba almacenado el Antiguo Antepasado Heechee, Doblelazo. No era el único almacenamiento que situó a bordo, y había tenido sus razones; cuando me di cuenta de cuáles eran, no pude hacer otra cosa más que aprobarlas.

Y, por supuesto, el Cassata dupli las aprobó también. ¡No había sido acabado! No sólo eso, sino que no podría ser *acabado* mientras permaneciera a bordo de la *Único Amor* en tránsito, porque allí no había nadie que pudiera acabarle. Para Cassata no sólo era un nuevo plazo de vida, era prácticamente una eternidad —semanas y semanas de viaje—, ¡el equivalente, para él, a décadas y décadas de vida añadida!

Así eran las cosas para Julio Cassata.

Para mí eran algo completamente distinto.

Lo primero que tuve que hacer fue superar los terribles shocks que me había producido el mezclar mi mente con el Enemigo y dejar que el Enemigo entrara en mi mente, así como el otro shock de sentirme morir otra vez.

Una de las (muchas) ventajas de ser una inteligencia almacenada es que puedes editar los archivos si lo deseas. Si algo te duele, simplemente puedes eliminarlo, sellarlo, ponerlo en un estante etiquetado: «Advertencia. No abrir a menos que sea absolutamente necesario», y seguir con tus cosas libre del dolor.

Como otras de esas muchas ventajas, lleva consigo su penalización.

Lo sé, porque lo he probado. Hace mucho, mucho tiempo —oh, algo así como hace diez milisegundos a la onceava potencia—, me hallé realmente, realmente jodido. Entonces también acababa de morir, sólo que esa vez era mi auténtico cuerpo de carne el que había muerto, y Albert y Essie acababan de almacenarme en máquina. Eso fue un auténtico shock. Pero había más. Acababa de encontrar a Klara, la mujer a la que había amado antes de amar a la mujer que era mi esposa, Essie, y estaban las dos en mi vida; no sólo eso, sino que realmente creía que yo había asesinado a esa otra mujer, Gelle-Klara Moynlin; y, oh, sí, acababa de tropezarme por primera vez con un Heechee vivo.

Puesto todo junto, era algo malditamente *aniquilador*.

Así que para permitirme superar lo peor de todo ello, Albert y Essie habían reestructurado el programa que era todo lo que quedaba de mí. Habían aislado los bancos de datos que tenían que ver con Klara y el terrible peso de la culpabilidad que me había costado años de psicoanálisis aliviar, y los habían encapsulado en un archivo de sólo lectura y me los habían devuelto, con un sello que sólo podría abrir cuando estuviera preparado para ello.

No creo que nunca estuviera preparado para ello, pero al cabo de un tiempo los abrí de todos modos.

Comprendan, la forma en que uno recuerda las cosas es asociativa. Yo había perdido algunas asociaciones. Podía recordar que había habido algo más en mi mente, pero no podía recordar qué. Podía decir: «Oh, sí, seguro, en aquel momento estaba realmente alterado porque...» Pero no podía recordar cuál era ese «por qué».

Y eso, decidí finalmente, era peor que tenerlo todo directamente ante mis ojos todo el tiempo, porque si tenía que sufrir y preocuparme, al menos quería saber por qué me estaba preocupando.

Para darles una idea de cómo me sentí después de mi pequeña aventura con el Enemigo en Moorea, sepan que pensé seriamente en pedirle a Essie que me encapsulara todo aquello también.

No pude hacerlo.

Tenía que enfrentarme a ello y vivir con ello, y, oh, Dios mío, era *aterrador*.

No dejaba de pensar una y otra vez en aquel largo encuentro sin palabras de nuestras mentes, y cuanto más pensaba en ello, más enorme y más aterrador era. Yo, el pequeño Robinette Broadhead, me había hallado en presencia de las cosas —las criaturas, los monstruos, quizá uno podría decir incluso la gente— que se ocupaba en poner el universo patas arriba por su propia conveniencia.

¿Qué podía hacer un incompetente y frágil niño pequeño como yo en la misma liga con unas superestrellas como ellos?

Necesitaba intentar poner algo en su perspectiva adecuada.

No iba a ser fácil. Ni siquiera iba a ser posible, en ningún sentido real, porque la perspectiva era demasiado inmensa..., Albert diría probablemente «inconmensurable», dando a entender que no puedes medir las cosas implicadas a esa escala. Era como..., como..., bien, supongan que estuvieran hablando ustedes con uno de esos primitivos australopitecos de hace medio millón de años o así. Probablemente encontrarían ustedes una forma de explicarle que el lugar de donde venían ustedes (digamos, de algún lugar de Europa) estaba a una distancia infernalmente larga de donde él había nacido..., digamos, en algún lugar de África. Quizás incluso fueran capaces de decirle que Alaska y Australia estaban mucho más lejos aún. Todo eso es algo que podría llegar a comprender.

¿Pero hay alguna forma concebible de decirle lo mucho más *lejos* que estaba, por ejemplo, el centro de la galaxia de las Nubes de Magallanes? ¡Imposible! A partir de un cierto punto —tanto para el australopiteco como para el ser humano de hoy o incluso una inteligencia almacenada en máquina como yo—, grande es, simple e indistinguiblemente, *grande*.

Por esa razón, no sé cómo describir exactamente el tiempo que me tomó experimentar ese largo y tedioso viaje hiperlumínico de la JVA a la Rueda de Vigilancia.

Fue *eterno*. Puedo ponerle cifras. Medido en tiempo gigabit, fue bastante más de diez milisegundos a la novena potencia, lo cual es casi tanto tiempo, según los estándares de carne, como toda mi vida carnal antes de ser dispersado.

Pero eso no refleja realmente la forma lenta y arrastrante en que pasó el tiempo. En el «largo» viaje de Roca Rugosa a la JVA hice que Albert me mostrara toda la historia del universo.

Ahora había iniciado un viaje que era sus buenas mil veces más largo, ¿y qué podía hacer él ahora por mí?

Necesitaba muchas cosas para mantenerme ocupado. No tuve ningún problema en encontrar la primera.

Albert había convencido al general Cassata de que persuadiera a la JVA de que nos permitiera el acceso a todos los datos que tenía sobre el Enemigo. Había gran cantidad de ellos. El problema era que, en lo que al *ahora* se refería, todos eran negativos. No respondían a las preguntas que realmente deseaba responder, y que en su mayor parte eran preguntas para formular las cuales ni siquiera disponía de los antecedentes necesarios.

El viejo optimista de Albert negó eso.

—Hemos aprendido mucho, Robín —dictaminó, tiza en mano, delante de su pizarra—. Por ejemplo, ahora sabemos que la galaxia es un caballo, el perro no ladró, y el gato está entre los palomos.

—Albert —dijo llanamente Essie. Se dirigía a él, pero me estaba mirando a mí. Supongo que mostré mi confusión ante la no deseada travesura de Albert, pero eso no era extraño. Me *sentía* confuso, sin hablar de tenso, preocupado, y generalmente infeliz.

Albert adoptó su mirada testaruda.

—¿Sí, señora Broadhead?

—Durante un tiempo pensé que tu programa necesitaba alguna revisión de rutina, Albert. ¿Crees que es necesario ahora?

—No lo creo —respondió él, con aspecto incómodo.

—La extravagancia —dijo ella—, es útil y a veces deseable en el programa de Albert Einstein, porque Robín lo desea así. Sin embargo...

—Entiendo lo que quiere decir, señora Broadhead —dijo él, incómodo—. Lo que desean es un simple y lúcido informe sinóptico. Muy bien. Los datos son como siguen. Primero, no tenemos ninguna prueba de que otros trozos, piezas, seudópodos o extrusiones del Enemigo, aparte los que Robín encontró en Tahití, existan en ningún otro lugar de la galaxia. Segundo, no tenemos ninguna prueba de que éstos sigan existiendo. Tercero, en cuanto a esas unidades, no tenemos ninguna prueba de que sean de alguna forma significativa distintas de nosotros mismos, lo cual es lo mismo que decir cargas esquematizadas, organizadas y almacenadas electrónicamente en algún sustrato adecuado, específicamente en este caso las vainas de Oniko y Estornudos. —Me miró directamente—. ¿Me sigues, Robin?

—No demasiado —respondí, haciendo un esfuerzo—. ¿Quieres decir que sólo son electrones, como tú y yo? ¿Sólo otro tipo de Hombres Muertos? ¿Nada parecido a partículas subnucleares?

Albert frunció el ceño.

—Robin —se quejó—. Sé que puedes hacerlo mejor que eso. No sólo en lo relativo a la física de partículas, sino gramaticalmente.

—Entiendo lo que quieres decir —ardí, intentando no excitarme y excitándome más con el esfuerzo.

Albert suspiró.

—Yo también. Muy bien, te lo deletrearé. Con todos los instrumentos que pudimos emplear, que probablemente fueron todos los que se hallaban en uso, no fuimos capaces de detectar ningún campo, rayo, emisión de energía u otro efecto físico asociado con el Enemigo que no fuera compatible con la suposición de que se hallan compuestos, sí, por energía electromagnética idéntica a la nuestra.

—¿Ni siquiera rayos gamma?

—Definitivamente nada de rayos gamma —dijo, con aspecto irritado—. Tampoco rayos X, rayos cósmicos, flujo de quarks o neutrinos; también, en otra categoría, nada de poltergismo, rayos N, auras psíquicas, hadas al fondo del jardín, o indicaciones de fuerzas adeledicnander.

—¡Albert! —exclamó Essie.

—Te estás burlando de mí, Albert —me quejé.

Me miró durante un largo momento.

Luego se puso en pie. Su pelo se había vuelto lanudo, y su complexión se oscureció. Con el sombrero de paja en la mano (no pude recordar haberle visto con el sombrero antes), dio unos torpes pasos de danza africana y canturreó:

—Amito no me quiere, a-ya-hú, a-ya-hú, a-ya-hú, a-hú, a-hú, a-hú.

—¡Maldita sea, Albert! —grité.

Reasumió su apariencia normal.

—Ya no te queda sentido del humor en el corazón, Robín —se quejó.

Essie abrió la boca para decir algo. Luego volvió a cerrarla y me miró de forma inquisitiva. Luego agitó la cabeza y, ante mi sorpresa, dijo solamente:

—Sigue adelante, Albert.

—Gracias —dijo, como si no hubiera sido más que lo que había esperado, pese a sus anteriores amenazas—. Para decirlo de una forma más prosaica, puesto que estás decidido a echarme constantemente jarros de agua fría, déjame volver a mis anteriores puntos que, si recuerdas bien, planteé de una manera semihumorística para hacerlos más apetecibles y como un truco mnemónico. «La galaxia es un caballo.» Sí. Un caballo de Troya. Cada apariencia externa indica que es exactamente igual a como ha sido durante todas nuestras vidas, pero infiero que está llena de tropas enemigas. O, para decirlo de una forma más simple, hay montones de esos emisarios del Enemigo a nuestro alrededor, Robin, y no podemos detectarlos.

—¡Pero no hay ninguna prueba de ello! —exclamé, y luego, cuando me miró fijamente—: Está bien, de acuerdo, ya veo lo que quieres decir. Si no los vemos, es porque se ocultan. De acuerdo. Sigo eso. ¿Pero cómo sabes que se ocultan? Sólo ha habido una transmisión de la que podemos culpar al Enemigo..., ¿y qué?

Estaba agitando la cabeza.

—No, Robin. Hemos *detectado* una. La única razón de que lo consiguiéramos fue porque el Enemigo utilizó los sistemas estándar de comunicación de la Tierra, y así ese estallido de transmisión en particular, originado por los niños de Moorea, entró en la categoría de lo anormal. Pero no lo monitorizamos todo, Robín. Si tuviéramos al Enemigo en, digamos, el mundo de Peggy, donde las cosas son mucho más relajadas, ¿se hubiera dado cuenta nadie de la existencia de una transmisión más? ¿O en una nave en el espacio? ¿O, incidentalmente, en la propia Rueda de Vigilancia, digamos hace unos meses, antes de que lo pasáramos todo por una criba mucho más fina? No lo creo, Robin. Creo que tenemos que suponer que todas las «falsas alarmas» en la Rueda no fueron falsas; que el Enemigo penetró en nuestras filas hace ya algún tiempo; que ha ido hasta donde ha querido en nuestro espacio y visto todo lo que ha deseado ver, y sin duda ha informado de ello al kugelblitz. Eso —dijo, sonriendo alegremente— es lo que quiero dar a entender con «El gato está entre los palomos». Porque —terminó, mirando a su alrededor con suave curiosidad—, no me sorprendería en absoluto que hubiera unos cuantos de ellos aquí con nosotros en la *Único Amor*.

Di un salto.

No pude evitarlo. Todavía estaba dolorido y estremecido por aquella terrible experiencia. Miré alocadamente a mi alrededor, y Albert se burló:

—Oh, no puedes verles, Robin.

—No espero verles —rezongué—. ¿Pero dónde pueden ocultarse?

Se encogió de hombros.

—Si me viera obligado a especular —dijo—, bien, intentaría ponerme en su lugar. ¿Dónde podría ocultarme si deseara permanecer en la *Único Amor* sin ser visto? No sería difícil. Disponemos de gran cantidad de datos almacenados aquí. Hay miles de archivos que no hemos abierto. Cualquiera de ellos podría contener un par de polizones..., o un millar de ellos. Quiero decir, suponiendo que el concepto de «número» de individuos

tenga algún significado para lo que tal vez sea una inteligencia colectiva. Robin —dijo seriamente—, no creo que criaturas capaces de invertir la expansión del universo puedan ser desechadas a la ligera. Si yo puedo pensar en un lugar donde ocultarse, en los programas de penetración de los agujeros negros, por ejemplo, o en algunas subrutinas de traducción del, digamos, polaco al Heechee, créeme, ellos son capaces sin duda de pensar en miles. Ni siquiera me atrevería a suponer que fueron destruidos en Tahití simplemente porque tú... —Se detuvo y carraspeó, mirándome con aire de disculpa.

—Adelante, sigue —gruñí—. No tienes que preocuparte por recordarme que morí. No lo he olvidado.

Se encogió de hombros.

—En cualquier caso —terminó—, respecto a si algunos de ellos están observándonos en estos momentos, simplemente no tenemos ninguna prueba ni en pro ni en contra.

—¡Entonces registraremos la nave! —exclamó el general Cassata, que había estado escuchando sin hablar durante largo rato—. Señora Broadhead, la mayoría de esos programas son suyos, ¿no? ¡Espléndido! Díganos qué debemos hacer, y...

Ella estaba mirando a Albert mientras dijo:

—Un momento, por favor, general. El extraño programa tramposo aún no ha terminado su informe, creo.

—Gracias, señora Broadhead —radió Albert—. Quizás hayan olvidado ustedes la otra frase capital de mi breve informe sinóptico. «El perro no ladró.» No pude evitar el echarme a reír.

—Oh, demonios, Albert —dije—, me matarás con tus estúpidas referencias literarias. ¿Qué es eso, Sherlock Holmes? ¿Dando a entender que lo importante es que hubo algo que *no* ocurrió? ¿Y qué algo es eso?

—Bien, simplemente que aún estamos aquí, Robín —dijo, sonriéndome aprobadoramente por mi sagacidad.

Dejé de reír. No creo que le comprendiera exactamente, y temí que tal vez sí lo hubiera hecho.

—Es decir —amplió, chupando confortablemente su pipa—, aunque debemos suponer que el Enemigo ha sido capaz de merodear más o menos a voluntad por la galaxia durante algún tiempo, y aunque evidentemente posee la capacidad de eliminar a voluntad civilizaciones enteras, puesto que lo han hecho en el pasado, y aunque no tenemos ninguna forma efectiva que yo sepa de interferir con ello si decidieran hacerlo..., no hemos sido eliminados.

Por aquel entonces yo estaba sentado completamente envarado, y la risa ya no figuraba entre mis sentimientos.

—¡Sigue! —ladré.

Pareció ligeramente sorprendido.

Entiendan: aunque todo aquello era..., era..., supongo que ésa es la única forma de decirlo, como un gran grano en el culo, no era una situación única en la historia humana.

Los seres humanos habían perdido la costumbre de los viajes largos, eso era todo. Teníamos que volver a aprenderlos de nuevo.

Nuestros antepasados de hacía un par de siglos no hubieran tenido ese problema. Lo sabían todo acerca de la relación entre espacio y tiempo mucho antes de Albert Einstein. Un viaje largo toma un tiempo largo. Ésa era la regla. No fue hasta la llegada de los aviones a reacción que la gente empezó a olvidarlo. (Y tuvo que recordarlo de nuevo cuando salió al espacio.) Piensen en el almirante Nelson jugando una última partida de bolos antes de subir a su barco para acudir al encuentro de la armada española. Napoleón invadiendo Rusia como si fuera una gira turística, con cena, baile y diversiones cada noche a cada parada..., ¡oh, así es como se hacía una guerra! Las viejas tradiciones eran las mejores. Cuando Alejandro Magno salió de Macedonia para conquistar el mundo, no hizo una guerra relámpago. Se tomó su tiempo. Se detuvo aquí para pasar el invierno,

ahí para establecer un gobierno títere, en ese otro lugar para dejar embarazada a alguna encantadora dama local..., quedándose allí a menudo hasta que nacía el bebé. Si libras una batalla y luego haraganeas un poco por ahí hasta la siguiente, tienes que enfrentarte a un tiempo extraño, irreal, entre ellas.

Nosotros no estábamos librando exactamente una guerra. Al menos, esperábamos no estar haciéndolo. Pero íbamos de camino hacia algo tan decisivo y peligroso como ella y, oh, ¡teníamos tiempo! ¿Saben ustedes lo largos que pueden llegar a ser quince días? Son aproximadamente 4.000.000.000 milisegundos, y los pasamos igual que nuestros distinguidos predecesores. Comimos, bebimos y fornicamos durante todo nuestro camino a través de la galaxia.

También lo hicimos al estilo de un Napoleón o un Alejandro, porque Albert Einstein tiene grandes recursos. Nos proporcionó algunos de los entornos más agradables que jamás haya visto. Durante horas enteras Essie y yo permanecidos ocultos del resto de nuestros compañeros de viaje, tomando el sol y practicando el escafandrismo en la Gran Barrera de Arrecifes.

Salimos de las cálidas, saladas y poco profundas aguas al cuarto de hectárea de arena de una isla, donde hicimos el amor en una acogedora tienda de seda con los faldones alzados para dejar pasar la brisa. Había un bar y una mesa de picnic, y así es como pasamos el primer «día».

Luego pudimos enfrentarnos a nuestros compañeros de viaje y a la realidad..., por un tiempo. Y cuando eso empezó a deteriorarse, apareció Albert con un viñedo en un oasis de Big Sandy, en el mundo de Peggy. Se hallaba junto a un alto farallón rocoso. Helados riachuelos se deslizaban por la rocosa cara. Había uvas blancas, uvas negras y uvas rojas, ciruelos y moras, melones y melocotoneros, a todo nuestro alrededor. Permanecimos tendidos hablando y acariciándonos con la hojosa sombra de las parras sobre nuestras cabezas, Essie y yo, y así pasamos otro espléndido «día».

Apenas pensábamos en el lugar hacia donde nos dirigíamos..., no al menos muy a menudo.

La infinita variedad de Albert nos mantuvo inmersos en maravillosos entornos. Una casa arbórea en un bosque africano, con leones y elefantes deslizándose silenciosamente por entre los árboles abajo, en plena noche. Una casa flotante en un lago indio, con sirvientes con turbante trayéndonos sorbetes con aroma a flores y bocados de cordero adobado y pastas, entre los lirios de agua. Un ático a cien pisos por encima de Chicago, contemplando las nubes de tormenta que se arracimaban sobre el amplio lago golpeándolo con sus relámpagos. Una noche en Río en la época del Carnaval, y otra en Nueva Orleans durante el Mardi Gras. Una plataforma flotante vibrando incansable al borde del cráter del Monte del Infierno en el planeta Perséfone, con surtidores de lava hirviendo llegando casi hasta donde estábamos. Albert poseía un millón de aquellos entornos, y todos eran buenos.

Lo que no era tan bueno era yo.

Essie, jadeando y mirándome críticamente mientras se izaba el último medio metro para sentarse en una cornisa sobre el Gran Cañón, preguntó:

—¿Todo va bien, Robín?

—Todo va *estupendo* —dije, con una voz tan firme como falsa.

—Ah —dijo, asintiendo—. Ja —añadió, estudiándome de cerca—. Basta con verte, creo. Todo fachada, Robín, muchacho. ¡Albert! ¿Dónde estás?

—Estoy aquí, señora Broadhead —dijo Albert, inclinándose sobre el borde del cañón para mirarnos.

Essie frunció los ojos hacia su amistoso rostro, silueteado contra el brillante cielo simulado de Arizona.

—¿Crees —dijo— que puedes encontrarnos un lugar menos, esto, asexual y, hum, sibirítico para un querido esposo que es capaz de hacer cualquier cosa pero nada en

absoluto?

—Por supuesto que puedo —dijo Albert—. De hecho, iba a sugerir que abandonáramos los entornos simulados por un tiempo. Creo que podría ser interesante pasar un poco más de tiempo con nuestros invitados en la *Único Amor*. Después de todo, me temo que también están empezando a aburrirse un poco.

A lo largo de todos los millones de milisegundos que he experimentado, he pasado mi tiempo con un montón de personas, y algunas de ellas eran Heechees. Esta vez, con Doblelazo, fue especial.

Lo que fue especial esta vez fue que había *tanto*. Aplacado por todos aquellos largos días de playa (y de montañismo, y de escafandrismo, e incluso de carreras de coches viejos) con Essie, estaba preparado para tomarme las cosas en serio.

Lo mismo que Doblelazo.

—Espero —dijo cortésmente, ondulando los músculos del dorso de sus flacas manos como pidiendo disculpas— que me habrá disculpado por haberme metido en su nave, Robinette Broadhead. Fue sugerencia de Termoclina. Es muy sabio.

—Seguro que lo es —dije, devolviendo cortesía con cortesía—. ¿Pero quién es exactamente Termoclina?

—Es uno de los otros representantes Heechees en el consejo de la Junta de Vigilancia a los Asesinos —dijo Doblelazo, y Julio Cassata interrumpió:

—Y un auténtico grano en el culo también. —Sonreía al decir aquello, y le miré con curiosidad. Aquello que había dicho era muy propio de Cassata, pero no lo había dicho a la manera de Cassata. No sólo eso, sino que ni siquiera se estaba comportando como Cassata. Estaba sentado al lado de Alicia Lo, y tenían las manos enlazadas.

Doblelazo aceptó la observación con un espíritu amistoso —Hemos tenido diferencias, sí. Muy a menudo con usted general Cassata, o al menos con su original orgánico.

—El viejo Cassata Sangre-y-Fuego —dijo su copia, sonriendo—. A ustedes los Heechees no les gusta cuando hablamos de volar el kugelblitz.

Por supuesto que no les gustaba. Los tendones del cuello de Doblelazo se tensaron; era el equivalente de un estremecimiento humano. Albert carraspeó y dijo pacíficamente:

—Doblelazo, hay algo que hace tiempo que tengo en mente. Quizás usted pueda ayudarme a aclararlo.

—Con gran placer —dijo el Heechee.

—Cuando usted era todavía orgánico, era una de las mayores autoridades en el planeta de los Perezosos. Me pregunto: ¿k recuerda aún lo suficiente como para mostrarnos visualmente parte del material Perezoso?

—No, no lo recuerdo —dijo Doblelazo, sonriendo (era una sonrisa Heechee, con los músculos de las mejillas contrayendo se hacia arriba, hacia los enormes ojos rosados)—. De todos modos, hemos incorporado algunos de sus propios sistemas de almacenaje a nuestros bancos de datos, de modo que sí, tengo disponible una selección de ese material.

—Eso imaginé —dijo Albert, dando a entender, por supuesto, que lo sabía desde un principio—. Déjeme primero mostrarle algo. Cuando estábamos en el satélite de la JVA, visitamos a los Cerdos Vudú. Los señores Broadhead y yo tuvimos una idea similar. ¿La recuerdas? —preguntó, mirándome a mí.

—Por supuesto —dije, puesto que Albert acababa de desplegar a los lodosos Cerdos Vudú delante nuestro, todo menos el olor. Uno de los Cerdos estaba mordisqueando industriosa mente una de sus muñecas vudú, o lo que fueran, y en primer plano había otra de aquellas figurillas, limpia de barro y por quería—. Essie dijo algo curioso. Alicia Lo dijo que creía que eran muñecas, sólo para jugar, y entonces tú dijiste..., ¿qué fue lo que dijiste, Essie?

—Visitantes —dijo Essie.

Lo dijo con una voz medio argumentativa, como si pensara que iba a ser discutida, y sí,

medio..., bien..., *asustada*. Albert asintió.

—Exacto, señora Broadhead. Visitantes. Alienígenas al planeta. Ésta era una deducción lógica, puesto que todas las figuras eran idénticas, y completamente detalladas, y no había nada parecido en todo el planeta que hubiera podido ser usado como modelo.

—Probablemente se extinguieron —dije sin pensar—. Quizá los Cerdos Vudú se los comieron a todos.

Albert me lanzó una de sus tolerantes miradas paternales.

—Más bien es probable, a juzgar por su apariencia, que ellos se hubieran comido a los Cerdos Vudú. De hecho, sospecho que quizá lo hicieron, pero no era eso lo que quería decir. Créeme, Robin, esas criaturas nunca fueron indígenas del planeta de los Cerdos Vudú. Supongo que Doblelazo estará de acuerdo con ello.

—Es cierto —dijo educadamente Doblelazo—. Hicimos extensas investigaciones paleontológicas. No eran nativas.

—En consecuencia... —empezó Albert.

—¡En consecuencia yo tenía razón! —terminó Essie por él—. ¡Visitantes! Criaturas de otro planeta, que causaron una tal impresión en los Cerdos que éstos han estado tallando muñecas vudú para mantenerlas alejadas desde entonces.

—Exacto —dijo Albert, asintiendo—. Algo así, creo. Ahora, Doblelazo...

Pero el Heechee también se le adelantó:

—Creo que ahora desea ver usted a las criaturas que atacaron a los Perezosos. —Aguardó educadamente a que Albert disolviera su construcción, y la sustituyó por otra distinta. Era una arcología Perezosa, y estaba siendo destruida. Criaturas del tamaño de grandes ballenas azules, pero con tentáculos como de calamar que sostenían armas, estaban volándola sistemáticamente.

—La simulación —dijo Doblelazo tristemente— es sólo aproximada, pero es probablemente correcta en sus rasgos generales. Las armas están bien documentadas. La falta de miembros, aparte los tentáculos, es altamente probable; los Perezosos no hubieran dejado de notar brazos o piernas, puesto que su propia anatomía no posee esos miembros.

—¿Y el tamaño? —dijo Albert.

—Oh, sí —dijo Doblelazo, agitando afirmativamente los puños—, eso es completamente exacto. El tamaño relativo de los Asesinos y los Perezosos ha quedado bien establecido.

—Y son mucho más grandes que los Cerdos Vudú —dijo Albert—. Suponiendo que las muñecas que fabrican éstos sean de criaturas de más o menos su propio tamaño, no podrían ser las mismas criaturas.

Alicia Lo se agitó.

—Pero yo creía... —Dudó—. Creía que el Enemigo era la única otra raza que existía capaz de viajar por el espacio.

—Sí —asintió Albert.

Le miré, aguardando. Se detuvo allí. Dije:

—¡Oh, vamos, Albert! ¿Sí, lo eran, o sí, todo el mundo lo creía porque todo el mundo era tan estúpido como tú?

—Realmente no lo sé, Robin —dijo—. Sin embargo, te diré lo que pienso. Pienso que ni las criaturas que casi destruyeron a los Perezosos, ni las criaturas que han estado reflejando los Cerdos Vudú en sus muñecas, eran realmente viajeros espaciales. Creo que fueron traídos hasta allí.

—Yo también lo creo, Albert —dijo Doblelazo—. Creo que los Asesinos no son realmente Asesinos. Es decir, ellos no atacan físicamente a las otras razas, aunque quizá se encarguen de transportar a los seres que lo hagan por ellos. Por esta razón me gusta más el nombre con el que los designan ustedes: el Enemigo. Es más exacto, creo —

terminó, mirando a Albert.

Pero Albert no respondió.

Los huéspedes no constituyen ningún problema cuando no tienes que alimentarles ni cambiar sus sábanas. Descubrí, para mi sorpresa, que me gustaba realmente tener a Alicia Lo por allí, por muy pegada que pareciera a un hombre que tan poca utilidad tenía para mí. Lo que resultaba más sorprendente aún era que el propio Cassata parecía ser cada vez más tolerable. Por un lado, apenas llevaba ya su uniforme. Es decir, no creo que lo hiciera. La mayor parte de las veces no tenía ni la menor idea de lo que llevaba, en realidad dudaba incluso de que llevara algo, porque él y Alicia estaban aislados en algún entorno privado. Pero cuando estábamos todos juntos generalmente sólo llevaba algo casual, unos pantalones cortos y una camiseta, una chaqueta de safari, una vez incluso un elegante smoking blanco con pajarita. (Alicia llevaba un resplandeciente traje de noche de lentejuelas, por lo que supuse que se trataba de algún chiste privado entre ellos..., pero, ¿saben?, eso resultaba un tanto sorprendente también, porque nunca había creído que Cassata fuera el tipo de hombre que se moleste con los chistes privados.) Pero, como Albert hubiera podido decir, se mantenía el equilibrio térmico. Porque a medida que Julio Cassata se volvía más soportable yo me volvía más inquieto, más ansioso, más intranquilo..., sí, más estúpido.

Intenté ocultarlo. Fue una pérdida de tiempo; ¿quién puede ocultarle algo a mi querida Essie-Portátil? Finalmente se enfrentó a mí:

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó. Intenté ofrecerle una brillante sonrisa. Se convirtió en un moroso encogimiento de hombros—. No a mí, maldita sea. A Albert.

—Oh, amor —objeté—, ¿para qué?

—Yo no sé para qué. Quizás Albert lo sepa. De todos modos, no tienes nada que perder.

—Nada en absoluto —reconocí, dispuesto a aceptarlo..., dispuesto también a aceptarlo de una forma un tanto sardónica, quizá con un rictus de las cejas; pero la mirada que recibí como respuesta me descorazonó. Dije apresuradamente—: De acuerdo, lo haré. ¡Albert!

Y cuando Albert apareció, me limité a sentarme y a quedarme mirándole.

Me devolvió pacientemente la mirada, dando chupadas a su pipa, esperando a que yo dijera algo. Essie se había retirado por pura cortesía..., *deseaba* creer que era cortesía, y no desdén o aburrimiento. Así que permanecemos sentados allí por un tiempo, y luego se me ocurrió que, de hecho, había algo que deseaba decirle.

—Albert —dije, complacido de encontrar un tema de conversación—, ¿a qué se parece?

—¿A qué se parece qué, Robin?

—El estar donde estabas antes de estar aquí —expliqué—. ¿Es algo así como, ya sabes, disolverse? Cuando te digo que te marches por un rato. Cuando no estás haciendo algo. Cuando vuelves a formar parte del almacenamiento gigabit. Cuando dejas de ser, bueno, tu, y te conviertes simplemente en un puñado de bits distribuidos y piezas flotando en el gran cajón electrónico de componentes.

Albert no gruñó. Solamente pareció como si deseara hacerlo. Dijo, aferrándose fuertemente a su paciencia.

—Creo haberte dicho que cuando no estoy programado activamente para ser tu fuente de recuperación de datos, los distintos bits de memoria que emplea el programa «Albert Einstein» existen en el almacenamiento común. Por supuesto, el almacenamiento común en la *Único Amor* es mucho más pequeño que el existente en la red gigabit del mundo, aunque sigue siendo lo bastante grande como para realizar muchas funciones. ¿Es de eso de lo que estabas hablando?

—Es de eso, Albert. ¿Qué se siente?

Se quitó la pipa de la boca, lo cual es señal que está pensando en algo concreto.

—No sé si puedo decírtelo, Robin.

—¿Por qué no?

—Porque la pregunta está mal planteada. Tú presupones que existe un «yo» que puede «sentir» cómo es eso. No existe ningún «yo» cuando mis partes están distribuidas en otras tareas. Como tampoco existe un «yo» ahora.

—Pero yo te estoy viendo —señalé., —Oh, Robin —suspiró—. Hemos hablado de eso tantas veces ya antes. Simplemente estás intentando eludir lo que realmente te preocupa. Si yo fuera tu programa de psicoanálisis, te preguntaría...

—Pero no lo eres —dije rápidamente, sonriendo pero sintiendo que la sonrisa se tensaba en mis labios—, así que no lo hagas. Volvamos de nuevo a ello. Esta vez intentaré hacerlo bien. Volvamos a cuando dije: «Pero yo te estoy viendo», y luego tú volviste a hablarme de las cataratas del Niágara.

Me lanzó una mirada que era parte exasperación y parte preocupación. Comprendí muy claramente ambas cosas. Sé que Albert se exaspera a menudo conmigo, pero sé mejor aún que se preocupa mucho por mí. Dijo:

—Muy bien, jugaremos de nuevo a tu juego. Tú «me» ves del mismo modo que ves una catarata. Si contemplas las cataratas del Niágara hoy, y vuelves una semana más tarde y las miras de nuevo, creerás que estás viendo las mismas cataratas.

De hecho, ningún átomo de esas dos cataratas es el mismo. La catarata existe solamente porque se ve obligada a existir de esa forma por las leyes de la hidráulica, la tensión superficial y las leyes de Newton, y por el hecho de que un cuerpo de agua está a una elevación superior con respecto a otro. Yo aparezco ante ti sólo porque estoy obligado a hacerlo así por las reglas del programa «Albert Einstein» escrito para ti por tu esposa, S. Ya. Lavorovna-Broadhead. Las moléculas de agua no son las cataratas del Niágara. Sólo son lo que forma las cataratas del Niágara. Los bits y bytes que me permiten funcionar cuando mi programa es activado, no son yo. ¿Has comprendido eso? Porque, si lo has comprendido, entonces verás que es inútil que preguntes cómo me siento cuando no soy «yo», porque no hay ningún «yo» que pueda sentir nada. Ahora — se inclinó ansiosamente hacia mí—, supongamos que me dices qué es lo que sientes *tú* y que ha suscitado esta pregunta, Robin.

Pensé en ello. Escucharle hablar con aquel acento suave y dulce había tenido un efecto relajante sobre mí, de modo que me tomó un momento recordar cuál era la respuesta.

Entonces recordé, y la relajación desapareció. Dije:

—Estoy asustado.

Frunció los labios mientras me miraba.

—Asustado. Entiendo. Robin, ¿puedes decirme qué es lo que te asusta?

—Bien, ¿cuál de las cuatrocientas o quinientas...?

—No, no, Robin. Lo que hay *encima de todo*.

Dije:

—Yo también soy sólo un programa.

—Ah —murmuró—. Entiendo. —Vacío su pipa, mirándome—. Creo que entiendo —precisó—. Puesto que tú también estás almacenado en máquina, piensas que cualquier cosa que me ocurra a mí puede ocurrirte también a ti.

—O peor.

—Oh, Robin —dijo, agitando la cabeza—, te preocupas por tantas cosas. Creo que tienes miedo de que de alguna forma olvides y te desconectes. ¿Es eso? ¿Y que entonces no puedas volver a recomponerte? Pero Robin, eso no puede ocurrir.

—No te creo —dije.

Eso lo detuvo, al menos por un momento.

Metódica y lentamente, Albert volvió a llenar su pipa, rascó una cerilla en la suela de su zapato, la encendió y lanzó una pensativa bocanada de humo, sin apartar ni un momento

sus ojos de mí. No respondió.

Luego se encogió de hombros.

Albert casi nunca me abandona hasta que yo le hago saber que deseo que lo haga, pero me miró como si tuviera eso en mente.

—No te vayas —dije.

—De acuerdo, Robín —respondió, con aire sorprendido.

—Habla un poco más conmigo. Ha sido un largo viaje, y supongo que me siento un tanto irritable.

—Oh, ¿de veras? —preguntó, arqueando las cejas; estaba tan cerca de emitir un juicio como siempre suele estarlo. Luego dijo—: ¿Sabes, Robin?, no tienes que permanecer despierto durante todo este tiempo. ¿No te gustaría desconectarte hasta que llegemos allí?

—¡No!

—Pero, Robin, no hay nada de lo que preocuparse. Cuando estás en modo de espera es como si no transcurriera el tiempo. Pregúntalo a tu esposa.

—¡No! —dije de nuevo. Ni siquiera quería discutirlo; el modo de espera me sonaba muy parecido a ese otro modo que ellos llaman «muerte»—. No, sólo quiero hablar un poco. Creo..., realmente creo —añadí, lleno con la nueva idea que acababa de ocurrírseme—, que sería una buena ocasión para mí que dejara que me hablaras un poco del espacio de nueve dimensiones.

Por segunda vez en pocos milisegundos Albert me dirigió esa mirada..., no exactamente sorprendida, pero sí al menos escéptica.

—Quieres que te explique el espacio de nueve dimensiones —repitió.

—Seguro, Albert.

Me estudió atentamente a través del humo de su pipa.

—Bien —dijo—. Puedo ver que al menos la idea te anima algo. Probablemente imagines que puedes extraer un cierto placer burlándote un poco de mí...

—Oh, ¿yo, Albert? —sonreí.

—Oh, no me importa que lo hagas. Sólo estoy intentando comprender cuáles serán las normas de procedimiento.

—Las normas de procedimiento —dije— son que me hables de ello. Si me canso, te lo haré saber. Así que empieza, por favor. «El espacio de nueve dimensiones es...», y luego llena los blancos.

Pareció complacido, aunque todavía escéptico.

—Tendríamos que hacer esos viajes largos más a menudo —comentó—. De todos modos, ésa no es la forma de empezar. La forma de empezar es ésta: Primero consideraremos el espacio normal de tres dimensiones, ése al que estás acostumbrado, o al que crees que estabas acostumbrado cuando eras de carne..., ¿qué ocurre?

Yo había alzado la mano. Dije:

—Creí que el espacio normal era de cuatro dimensiones. ¿Qué hay de la dimensión tiempo?

—Eso es el espaciotiempo de cuatro dimensiones, Robin. Estoy intentando hacerlo sencillo para ti, así que limitémonos al principio a las tres dimensiones. Te daré una ilustración. Supongamos, por ejemplo, que cuando eras joven y estabas sentado junto a tu amiga viendo un programa de la PV se te ocurriera rodearla con un brazo. Lo primero que harías sería extender tu brazo por el respaldo del sofá..., ésa es la primera dimensión, llamémosla anchura. Luego doblarías el codo en ángulo recto, de modo que tu antebrazo apuntara hacia delante y descansara en su hombro..., ésa es la segunda dimensión, que podemos llamar longitud. Luego dejarías caer la mano sobre su pecho. Eso es profundidad. La tercera dimensión.

—Eso es profundidad, de acuerdo, porque por aquel entonces ya estaría muy metido —sonreí.

Suspiró e ignoró la observación.

—Comprendes la imagen. Hasta ahora has demostrado las tres dimensiones espaciales. También hay, como has señalado, la dimensión tiempo: hace cinco minutos tu mano no estaba allí, ahora está, en algún momento en el futuro volverá a estar en otro lado. Si deseas especificar las coordenadas de cualquier sistema familiar, tienes que añadirle también esa dimensión. El «dónde» de tres dimensiones y el «cuándo» de la cuarta dimensión; eso es el espaciotiempo.

Dije pacientemente:

—Estoy esperando a que llegues a la parte donde resulta que todo eso que ya sé está equivocado.

—Lo haré, Robín, pero para llegar a la parte difícil he de asegurarme antes de que la parte fácil está bajo control. Ahora llegamos a la parte difícil. Implica a la supersimetría.

—Oh, bien. ¿Están empezando a vidriarse mis ojos?

Miró inquisitivamente mi rostro, de una forma tan solemne como si yo tuviera realmente ojos y él tuviera algo con que verlos. Albert es un buen deportista.

—Todavía no —dijo, complacido—. Intentaré no vidriarlos. La palabra «supersimetría» suena terrible, lo sé, pero es exactamente el nombre dado a un modelo matemático que describe bastante satisfactoriamente los rasgos principales del universo. Incluye o está relacionado con cosas como «supergravedad», y «teoría de las cuerdas», y «arqueocología». —Me miró de nuevo—. ¿Todavía no están vidriados? Estupendo. Ahora empezamos a comprender las implicaciones de esas palabras. Las implicaciones son más sencillas que las palabras. Constituyen buenos campos de estudio. Tomadas en su conjunto, explican el comportamiento tanto de la materia como de la energía en todas sus manifestaciones. Más que eso. No sólo las *explican*. Las leyes de la supersimetría y las demás *conducen* en realidad el comportamiento de todas las cosas. Con eso quiero decir que, a partir de esas leyes, el comportamiento observado de cualquier cosa que forma el universo actúa lógicamente. Incluso inevitablemente.

—Pero...

Estaba lanzado; me hizo un gesto de que callara.

—Métete esto en la cabeza —ordenó—. Es *básico*. Si los primitivos griegos hubieran comprendido la supersimetría y sus temas relacionados, hubieran *deducido* las leyes de Newton del movimiento y la gravitación universal, y las reglas cuánticas de Planck y Heisenberg, e incluso —parpadeó— mi propia teoría de la relatividad, tanto la restringida como la general. No hubieran tenido que experimentar y observar. Hubieran podido saber que todas esas otras cosas *tenían* que ser ciertas, porque eran una *consecuencia* de ella, del mismo modo que Euclides sabía que su geometría tenía que ser cierta porque todo era una consecuencia de las leyes generales.

—¡Pero no era así —exclamé, sorprendido—. ¿Lo era? Quiero decir, me has hablado de la geometría no euclidiana...

Hizo una pausa, con aspecto pensativo.

—Ahí está la trampa —admitió. Contempló su pipa y descubrió que estaba apagada, así que empezó a golpearla para vaciarla de nuevo mientras hablaba—. La geometría euclidiana no es falsa, simplemente es cierta sólo en el caso de una superficie llana, bidimensional. No hay nada de eso en el mundo real. También hay una trampa en la supersimetría. La trampa ahí es que también resulta falsa en el mundo real..., o al menos en el mundo de espacio tridimensional que percibimos. Para que la supersimetría funcione, se necesitan nueve dimensiones, y nosotros solamente podemos observar tres. ¿Qué ha ocurrido con las otras seis?

Dije con placer:

—No tengo ni la más remota idea, pero lo estás haciendo mucho mejor que otras veces. Todavía no me he perdido.

—He adquirido mucha práctica —dijo secamente—. También tengo buenas noticias

para ti. Puedo demostrarte matemáticamente por qué son necesarias nueve dimensiones...

—Oh, *no*.

—No, por supuesto que no —aceptó—. La buena noticia es que no tengo que hacerlo para hacer que consigas comprender el resto.

—Te lo agradezco.

—Estoy seguro de ello. —Encendió de nuevo su pipa—. Ahora, respecto a las seis dimensiones perdidas... —Expelió varias bocanadas, pensativo—, si tenían que existir nueve dimensiones espaciales para que el universo pudiera formarse como es, ¿por qué ahora solamente podemos percibir tres?

—¿Tiene esto algo que ver con la entropía? —aventuré.

Albert pareció desconcertado.

—¿La entropía? Por supuesto que no. ¿Cómo podría?

—Bien, ¿con la Hipótesis de Mach, entonces? ¿O con algunas de las otras cosas de las que me hablaste en lo profundo del tiempo?

—No hagas suposiciones, Robin —dijo reprobadoramente—. Así sólo consigues hacerlo más difícil de lo que es. ¿Qué ocurrió con las demás dimensiones? Simplemente desaparecieron.

Albert me miró alegremente, dando chupadas a su pipa con tanta satisfacción como si hubiera explicado algo significativo.

Aguardé a que prosiguiera. Cuando no lo hizo, empecé a sentirme irritado.

—Albert, sé que te gusta darme pellizcos de tanto en tanto sólo para mantener despierto mi interés, pero, ¿qué demonios se supone que significa «simplemente desaparecieron»?

Rió. Se lo estaba pasando en grande. Podía verlo con claridad. Dijo:

—Desaparecieron de nuestra percepción, al menos. Eso no significa que se *extinguieran*. Probablemente significa sólo que se hicieron muy *pequeñas*. Se encogieron hasta que simplemente ya no fueron visibles a nuestros ojos.

Le miré ultrajado.

—¿Puedes explicar cómo puede encogerse una dimensión?

Me sonrió.

—Afortunadamente no —dijo—. Y digo «afortunadamente» porque, si pudiera, es muy probable que tuviera que ponerme muy matemático, y entonces tú simplemente me cortarías. De todos modos, sin embargo, puedo arrojar algo de luz sobre lo que probablemente ocurrió. Por «encogerse» quiero dar a entender que ya no pueden registrarse. Déjame ponerte una ilustración. Piensa en un punto..., digamos, la punta de tu nariz...

—¡Oh, vamos, Albert! ¡Ya hemos visto el espacio de tres dimensiones!

—La punta de tu *nariz* —repitió—. Relaciona este punto con cualquier otro punto, digamos tu nuez de Adán. Tu nariz está tantos milímetros *arriba*, y también tantos milímetros *hacia fuera*, y también tantos milímetros *a un lado*, es decir, especificas su localización con los ejes *x*, *y* y *z*. Cuando hablamos del espacio de nueve dimensiones en vez de tres, también puedes decir que se halla en un punto específico en los ejes *p*, *d*, *q*, *r*, *w* y *k*, o cualesquiera otras letras que quieras utilizar para señalarlos, *pero*. —Inspiró profundamente—. *Pero* no tienes que especificar esas coordenadas para ningún propósito normal, porque las distancias son tan pequeñas que no tienen ningún significado. ¡Así es, Robín! ¿Lo has captado todo hasta ahora?

—Casi creo que sí —dije alegremente.

—Estupendo, porque eso es casi así. Aunque no es tan sencillo como eso. Esas seis dimensiones que faltan..., no sólo son pequeñas, sino que están *curvadas*. Son como pequeños círculos. Como pequeñas espirales enrolladas sobre sí mismas. No van a *ninguna parte*. Simplemente *giran*.

Se detuvo allí, chupando su pipa y mirándome aprobadoramente.

Estaba parpadeando de nuevo. Había algo en el aspecto de aquellos sinceros ojos que me hizo interrogar:

—Albert, una pregunta. ¿Es cierto todo esto que me estás diciendo?

Dudó. Luego se encogió de hombros.

—La verdad —dijo sosegadamente— es una palabra muy pesada. No estoy preparado todavía para hablar acerca de la realidad, y eso es lo que tú quieres dar a entender por «cierto». Éste es un modelo que explica las cosas muy, muy bien. Puede ser tomado también como «cierto», al menos hasta que aparezca un modelo mejor. Pero, desgraciadamente, si recuerdas —señaló, irguiéndose de la forma que lo hace siempre cuando halla la manera de citarse a sí mismo— lo que dijo mi original de carne hace mucho tiempo, las matemáticas son más «ciertas» cuando menos «reales» son, y viceversa. Hay muchos elementos que no he caracterizado aquí. Todavía no hemos considerado las implicaciones de la teoría de las cuerdas, o del principio de incertidumbre de Heisenberg, o...

—Pido una pausa, por favor —supliqué.

—Con mucho gusto, Robin —dijo—, porque has sido muy bueno en todo esto hasta ahora. Aprecio el que hayas escuchado. Ahora hay algunas esperanzas de que puedas comprender al Enemigo y, más importante aún, la estructura básica del universo.

—¡Más importante aún! —repetí.

Sonrió.

—En un sentido objetivo, oh, sí, Robin. Es mucho más importante saber que hacer, y no importa mucho lo que haga el que sabe.

Me levanté y caminé de un lado para otro. Parecía que habíamos estado hablando durante largo rato, y entonces se me ocurrió que eso era bueno, porque era exactamente lo que deseaba. Dije:

—¿Albert? ¿Cuánto tiempo ha durado esta pequeña conferencia que me has dado?

—¿Quieres decir en tiempo galáctico? Déjame ver, sí, un poco menos de cuatro minutos. —Vio mi rostro y se apresuró a añadir—: ¡Pero ya estamos casi a un tercio del camino, Robin! ¡Sólo un par de semanas más, y estaremos en la Rueda de Vigilancia!

—Un par de *semanas*.

Me miró preocupado.

—Todavía hay la opción de desconectarte... No, por supuesto que no —se apresuró a añadir, observando mi rostro. Pareció irresoluto durante un momento, luego se decidió. Con un tono diferente, dijo—: ¿Robin? Cuando hablamos acerca de qué era para «mí» cuando no estoy encarnado como tu programa, dijiste que no me creías. Me temo que tu incredulidad era injustificada. No he sido enteramente sincero contigo.

Nada de lo que me había dicho nunca me impresionó más.

—¡Albert! —exclamé—. ¿Me has mentido? ¡No puedes!

Dijo, con tono de disculpa:

—Eso es correcto, Robin, nunca te he mentado. Pero hay algunas verdades que no te he dicho.

—¿Quieres decir que sientes algo cuando eres desconectado?

—No. Ya te lo dije. No hay ningún «yo» que pueda sentir.

—¿Entonces qué, por el amor de Dios?

—Hay cosas que yo... experimento, que tú no has experimentado nunca, Robin. Cuando me mezclo en otro programa, soy ese programa. O él. O ella. —Parpadeó—. O ellos.

—¿Pero ya no eres el mismo tú de antes?

—No, eso es cierto. No el mismo. Pero..., quizá..., algo mejor.

17 - En el trono

Y pasó el tiempo, y pasó el tiempo, y el interminable viaje continuó.

Hice todo lo que había que hacer.

Luego volví a hacerlo. Luego hice más cosas. Luego incluso empecé a pensar seriamente en la idea de Albert de algunas semanas en modo de espera, y eso me asustó lo suficiente como para hacer que Essie lo supiera.

Me prescribió una receta.

—Daré una fiesta —anunció, y cuando Essie dice que dará una fiesta, puedes relajarte y disfrutar de ella.

Esto no significa que fuera eso lo que hice. No inmediatamente, al menos. No estaba de humor para fiestas. Todavía no había superado el shock de mi «muerte» en la casa de Tahití. Ni siquiera había conseguido reponerme para enfrentarme a la perspectiva de hacer frente a más de esas criaturas Asesinas —*millones* de ellas—, y además en su propio terreno. Infiernos, ni siquiera había conseguido superar todo lo demás que me había ocurrido a lo largo de mi vida, desde mi horrible crisis mental cuando era un muchacho, pasando por la muerte de mi madre y la pérdida de Klara en el agujero negro hasta el momento presente. La vida de todo el mundo está llena de tragedias, desastres y terribles crisis. Sigues con vida porque de tanto en tanto hay buenos momentos que te compensan, o al menos esperas que lo hagan, ¡pero Dios mío, el número de miserias por las que tenemos que pasar! Y cuando vives mucho más tiempo, no sólo más tiempo sino en mi caso *más rápido*, simplemente multiplicas las cosas malas.

—Mi taciturno amigo —rió Essie, plantando un gran beso en mi boca—, alégrate, despierta, pásatelo bien, qué infiernos, porque mañana vamos a morir, ¿no? O quizá no, ¿sabes?

Mi Essie es una muñequita viviente. Toda ella. La de carne que fue su modelo y la portátil que comparte mi vida, y no entremos en arduos debates acerca de lo que entiendo yo por «vivir».

Hice todo lo que pude por sonreír y, ante mi sorpresa, lo conseguí. Y luego miré a mi alrededor.

Fuera lo que fuese lo que Essie había dicho a Albert acerca de los lujosos entornos que había estado proporcionándonos, no tenía intención de dejar que eso coaccionara su propio estilo. Sus ideas de una fiesta han cambiado mucho desde que estamos almacenados en máquina. En los viejos días podíamos hacer casi todo lo que nos gustara, porque éramos asquerosamente ricos. Ahora aún es mejor. Simplemente no hay *nada* que nos proporcione placer que no podamos hacer. Sin tener que tomar un avión o una espacionave para llegar al lugar deseado. Sin tener que invitar a un montón de gente para que se una a nosotros y aguardar a que llegue. Lo que deseamos hacer lo hacemos *ahora*, y ni siquiera tenemos que preocuparnos de las resacas, de hacerle daño a alguien o de ponernos gordos.

Así que, para empezar, Essie nos proporcionó un salón para la fiesta.

No era nada desmesurado. En realidad, si hubiéramos deseado uno así cuando aún éramos de carne, hubiéramos podido conseguirlo fácilmente. Probablemente no hubiera costado más de un millón de dólares o así. Ni Essie ni yo habíamos tenido nunca un refugio de esquí, pero habíamos estado en un par de ellos, en un momento o en otro, y nos había gustado la combinación de la enorme chimenea hasta el techo en un lado, y los trofeos de cabezas de oso y alce en la pared, y la docena de ventanas de doble cristal a lo largo de las paredes con las nevadas montañas nítidas a la luz del sol al otro lado, y los confortables sillones y divanes y mesas con flores recién cortadas y... Y, me di cuenta, un montón de cosas que ni ella ni yo habíamos visto nunca en ningún refugio de esquí. Había una fuente de vino sobre una mesa junto a las ventanas, y estaba burbujeando champán. (La única forma en que podías decir que no era «auténtico» champán era que

nunca perdía sus burbujas.) Al lado de la fuente de champán había una larga mesa de buffet con camareros con chaqueta blanca aguardando para llenar nuestros platos. Vi pavo relleno y jamón, y pinas con kiwi y cerezas. Miré todo aquello, y miré a Essie.

—¿Ostras ahumadas? —aventuré.

—Dios, Robin —dijo, disgustada—, *por supuesto* que hay ostras ahumadas. Sin mencionar caviar para mí y Albert, y costillitas para el viejo Julio, y dim sum para esa chica, y un enorme cubo lleno de esa cosa asquerosa que a ti te gusta tanto, es decir ensalada de atún. —Dio una palmada. El líder de la pequeña banda en el estrado al otro extremo de la habitación asintió con la cabeza, y empezaron a tocar aquella suave música nostálgica que volvía locos a nuestros abuelos—. ¿Prefieres comer o bailar primero? —preguntó.

Hice el esfuerzo. Le seguí la corriente.

—¿Qué crees tú? —pregunté con mi voz más sexy y vibrante de estrella de cine, mirando profundamente a sus ojos, con mi mano apoyada firme y fuerte sobre su hombro desnudo, porque por supuesto ella llevaba un escotado vestido de noche.

—Supongo que primero comer, Robin, querido —suspiró—. Pero no lo olvides: ¡a bailar pronto, y mucho!

Y, ¿saben?, resultó que no fue un esfuerzo tan terrible. Había allí toda la ensalada de atún que podía esperar llegar a comer nunca, y el camarero apiló un montón de rebanadas de pan de centeno y las aplastó para hacer un bocadillo, exactamente como a mí me gustaba. El champaña estaba a su temperatura correcta, y las burbujas (aunque inexistentes) cosquillearon agradablemente en mi (inexistente) nariz. Mientras estábamos comiendo, Albert hizo caballerosamente señas a la orquesta para que abandonara el estrado y tomó un violín y nos entretuvo con una pequeña sonata sin acompañamiento de Bach, un pequeño solo de Kreisler, y luego, mientras los miembros de la banda empezaban a subir de nuevo al estrado, enlazó con ellos un par de cuartetos de cuerda de Beethoven.

Bien, ¿saben?, ninguno de los otros ejecutantes que formaban aquel grupo de música de cámara era «real»..., quiero decir, no más reales que nosotros. Eran sólo programas bastante limitados tomados del stock de mobiliario de Albert, pero para lo que eran, lo hacían bastante bien. La buena comida y el estupendo champán tampoco eran reales. Pero sabían igual de bien mientras bajaban por tu garganta. Las cebollas de la ensalada de atún me recordaron satisfactoriamente su presencia de tanto en tanto, más tarde, y el alcohol irreal en el champán simulado activó lo suficiente mis centros del movimiento y mis sensores, y en el sentido correcto que lo hubieran hecho los elementos reales con las personas reales... Lo que estoy intentando decirles es que la bebida y la comida y el baile estaban haciendo su efecto, y estaba empezando a sentirme realmente excitado. Y mientras Essie y yo bailábamos ensoñadoramente en la pista (el irreal sol se había «puesto» y las «estrellas» brillaban sobre la oscura «montaña»), ella apoyó su cabeza en mi hombro, y mis dedos acariciaron suavemente su blanda y suave espalda, y pude sentir que ella se hallaba de un humor realmente receptivo.

Cuando la saqué de la pista y la conduje a la dirección donde, estaba seguro, ella había previsto un dormitorio, Albert alzó la vista para dedicarnos un cariñoso adiós con la mano. Él y el general Cassata estaban charlando junto al fuego, y oí a Albert decir:

—Ese pequeño espectáculo de música improvisada mía, General. Sólo estaba intentando animar un poco a Robín, ¿sabe? Espero no haberle ofendido.

El general Cassata pareció desconcertado. Se rascó su mandíbula color chocolate, justo al lado de su lanuda patilla nítidamente cortada, y dijo:

—No sé de qué me está usted hablando, Albert. ¿Por qué debería ofenderme?

No tengo que tener un auténtico cuerpo ni comida auténtica para comer, no necesito disponer de una auténtica silla para sentarme. No necesito tampoco ninguna de las cosas que uno requiere generalmente para hacer el amor, e hicimos lo que hicimos con finura,

devoción y una gran cantidad de alegría. ¿Simulado? Bien, claro que era simulado. Pero la sensación era exactamente tan buena como siempre había sido, lo cual quiere decir *estupenda*, y cuando terminamos mi corazón simulado latía un poco más aprisa y mi simulado aliento jadeaba ligeramente, y rodeé con mis brazos a mi amor y la apreté contra mí para empaparme en su simulado olor y sentir si simulado calor.

—Me alegra tanto —dijo soñoliento mi simulado amor— e haber hecho nuestros programas interactivos.

Cosquilleó mi oreja con su aliento. Volví la cabeza lo suficiente para cosquillear a mi vez la suya.

—Querida Essie —susurré—, escribiste un programa sensacional.

—No hubiera podido hacerlo sin ti —dijo, y bostezó soñó lienta en la almohada de satén. (A veces dormimos, ¿saben? Ni tenemos que hacerlo. No tenemos ni que comer ni que hacer e amor tampoco, pero hay un montón de pequeños placeres que no necesitamos pero de los que gozamos de todos modos, y uní que siempre me ha encantado son esos últimos minutos cuando tu cabeza reposa en la almohada y estás a punto de sumirte en el sueño, cálido, seguro y sin preocuparte en absoluto por añadir del universo.) Estaba algo adormilado, porque eso formaba parte de la subrutina. Pero sabía que podía desprenderme de aquello s quería, porque eso formaba parte también de la subrutina Y decidí hacer eso. Sólo por un momento al menos, pensé porque había, después de todo, unas cuantas cosas en mi mente. Dije:

—Reconozco la cama, amor.

Rió.

—Una hermosa cama —comentó. No negó lo que yo sabía que era una copia exacta, o más bien ligeramente mejorada, de la cama anisocinética que habíamos tenido en Róterdam hacía años y años.

Pero no era exactamente de eso de lo que quería hablar así que lo intenté de nuevo.

—¿Cariño? ¿Crees que solamente había dos Enemigos ahí dentro conmigo? ¿En la habitación en Tahití, quiero decir:

Essie guardó silencio unos instantes. Luego se liberó suavemente de mi brazo y se apoyó sobre un codo, mirándome Me estudió en silencio durante unos momentos antes de decir:

—No hay ninguna forma en que podamos decirlo, ¿no crees? Albert dice que tal vez sean una inteligencia colectiva; de ser así, lo que viste en Tahití tal vez sólo fue una pequeña porción desprendida de la materia que constituye el Enemigo, y en ese caso el número carece de significado.

—Oho.

Essie suspiró y rodó de costado. A través de la puerta cerrada podíamos oír la música de la otra habitación; ahora estaban tocando un viejo rock, probablemente en beneficio del general Cassata. Se sentó, desnuda como el día que hicimos por primera vez el amor, y dio una palmada con la yema de los dedos para iluminar la habitación. La habitación se iluminó, suavemente, luces ámbar procedentes de focos escondidos en el techo, porque Essie no había ahorrado nada en amueblar nuestro pequeño cielo.

—Todavía sigues alterado, Robín, querido —comentó con voz neutra.

Pensé en aquello.

—Supongo que sí —dije, como primera aproximación a lo que podía ser una descripción mucho más firme si hubiera decidido hacerla.

—¿Quieres hablar de ello?

—Quiero —dije, de pronto completamente despierto— ser *feliz*. ¿Por qué infiernos tiene que ser tan terriblemente difícil?

Essie se inclinó sobre mí y rozó mi frente con sus labios.

—Entiendo —murmuró. No dijo nada más.

—Bien, lo que quiero decir —proseguí al cabo de unos instantes—, es que no sé qué

va a ocurrir.

—Nunca lo hemos sabido, ¿verdad?

—Y quizá sea por eso —gemí, un poco más fuerte de lo que había pretendido, y quizá un poco demasiado amargamente— que nunca he sido *feliz*.

Sólo obtuve silencio a esto. Cuando estás hablando en la banda de los megabaudios, incluso una veintava parte de un milisegundo es una pausa significativa, y ésta fue mucho más larga que eso. Luego Essie se puso en pie, tomó una bata de al lado de la cama y se la puso.

—Querido Robín —dijo, sentándose en el borde de la cama y mirándome—, creo que quizás este largo viaje sea más bien malo para ti. Te da mucho tiempo para encerrarte en ti mismo.

—Pero no tenemos otra elección, ¿no? Y eso forma parte de todo el asunto: ¡nunca tenemos ninguna elección!

—Ah —dijo, asintiendo—. Llegamos al fondo de la cuestión. Espléndido. Ábrete. Cuéntame de qué se trata.

No le respondí. Le lancé el equivalente electrónico de un resoplido de exasperación. No se lo merecía, por supuesto. Había hecho todo lo posible por mostrarse amable y cariñosa, y no había ninguna razón para que yo me mostrara desagradable.

Pero así era como me sentía.

—¡Cuéntamelo, maldita sea! —ladró.

—¡Oh, demonios! —ladré de vuelta—. Haces algunas preguntas estúpidas, ¿sabes? Quiero decir, eres el más auténtico de todos los auténticos amores, y te adoro y todo lo demás, pero..., pero..., pero, *Jesús*, Essie, ¿cómo puedes hacer una pregunta como ésa? ¿De qué se trata? ¿Quieres decir, aparte el hecho de que todo el universo está en peligro, y que yo morí hace poco, ¡de nuevo!, y que es muy probable que muera otra vez, sólo que en esta ocasión para siempre, porque tengo que enfrentarme a una gente en la que ni siquiera deseo pensar, y que he tenido dos esposas, y que realmente no existo, y todo lo demás..., quieres decir, aparte eso, cómo te gustaría la obra, señora Lincoln?

—Oh, Robin —suspiró con desánimo—. ¡Ni siquiera sabes sumar como corresponde!

Me tornó por sorpresa.

—¿Qué?

—Punto uno —dijo, seca y eficiente—. No has tenido dos esposas..., a menos, por supuesto, que cuentas mi yo original de carne de una forma separada de mi yo que acaba de hacer de la manera más agradable el amor contigo.

—Quiero decir...

—Sé muy bien lo que quieres decir, Robin —dijo firmemente—. Quieres decir que me quieres y que también quieres a Gelle-Klara Moynlin, que sigue apareciéndose ante ti de tanto en tanto para que no la olvides. Ya hemos discutido eso antes. No es ningún problema. Tienes exactamente una esposa que importa, Robinette Broadhead, es decir yo, la Essie-Portátil, S. Ya. Lavorovna-Broadhead, que no se siente en absoluto celosa de tus sentimientos hacia la dama Moynlin.

—Ése no es el auténtico... —empecé a decir, pero ella me hizo callar con un gesto de su mano.

—Segundo —dijo firmemente—, yendo en orden inverso..., no, tomando el primer punto como el segundo en esta discusión...

—¡Essie! Estás haciendo que me pierda.

—No —dijo—, tú nunca te pierdes, o me pierdes; eso es un punto derivado del primer punto, que trataremos con el tercero. ¡Presta atención! En cuanto a la amenaza a todo el universo sideral, sí, de acuerdo, existe. Es un gran problema. Sin embargo, es un problema al que nos enfrentamos de la mejor manera que podemos. Ahora sólo queda un punto, quizá el quinto o el sexto en la presentación original, lo he olvidado...

Yo había empezado a cogerle el ritmo.

—Quieres decir el hecho de que realmente no existimos —dije, ayudando.

—Exacto. Me alegra que estés sobre tus pies, Robín. No estamos muertos, y tú lo sabes; tenlo siempre muy presente. De hecho, sólo estamos desencarnados, lo cual es algo completamente distinto. Ya no somos de carne, pero seguimos muy vivos. ¡Te lo acabo de demostrar, maldita sea!

—Y fue maravilloso —dije con tacto—, y sé que lo que dices es cierto...

—¡No! ¡No lo sabes!

—Bueno, lo sé lógicamente, al menos. *Cogito ergo sum*, ¿correcto?

—¡Exactamente correcto!

—La dificultad —dije con obstinación—, es que no parezco ser capaz de absorberlo.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Oh! ¡Entiendo! «Absorberlo», ¿es eso? Sí, tenía que ser, *absorberlo*. Primero tuvimos a Descartes, ahora charla de psicólogo. Todo esto es humo, Robín, una cortina de humo tras la cual ocultar tus auténticas preocupaciones.

—Pero tú no ves...

No terminó, porque ella apoyó una mano sobre mis labios y me hizo callar.

Entonces se levantó y fue hacia la puerta.

—Robin, querido, créeme, ahora lo entiendo. —Tomó otra bata de una silla junto a la puerta y la enrolló en sus manos—. Date cuenta de que no es conmigo con quien deberías estar hablando ahora, sino con él.

—¿Él? ¿Qué él?

—Ese él psicoanalista, Robin. Toma. Ponte eso.

Me arrojó la bata, y mientras yo hacía desconcertado lo que me había dicho, cruzó la puerta, dejándola abierta, y un momento más tarde entró por ella un amable viejo de aspecto triste.

—Hola, Robin. Ha pasado mucho tiempo —dijo mi viejo programa psicoanalista, Sigfrid von Shrink.

—Sigfrid —dije—. No te llamé.

Asintió, sonriendo, y empezó a ir de un lado para otro de la habitación. Corrió las cortinas, apagó las luces, convirtió el dormitorio menos en un pozo de pasión y más en una aproximación de su antigua sala de consulta.

—¡Ni siquiera te he llamado! —chillé—. Y además, me gustaba esta habitación tal como estaba.

Se sentó en una silla al lado de la cama, mirándome. Era casi como si no hubiera cambiado nada. La cama ya no era un lugar para retozar; era el diván de la agonía en el que me había tendido durante muchas y atormentadas horas. Sigfrid dijo cómodamente:

—Puesto que evidentemente necesitas de alguna forma aliviar tus tensiones, Robbie, pensé que era mejor reducir las distracciones externas. No es importante. Puedo volver a dejarlo todo de la forma en que estaba si lo prefieres..., pero realmente, Rob, sería más productivo si me contaras tus sentimientos de intranquilidad o preocupación en vez de discutir la forma en que está decorado el cuarto.

Así que me eché a reír.

No pude evitarlo. Solté una carcajada, una risa estruendosa cuyos ecos resonaron durante mucho tiempo —varios micro-segundos al menos—, y cuando dejé de reír me sequé mis chorreantes ojos (la risa carecía de sonido, las lágrimas no eran materiales, pero eso no importa), y dije:

—Me matas, Sigfrid. ¿Sabes? No has cambiado en absoluto.

Sonrió y dijo:

—Tú en cambio sí. Has cambiado mucho de aquel inseguro joven, apresado por la culpabilidad y dudando de sí mismo, que hizo todo lo posible por manipular nuestras sesiones como juegos de salón. Has recorrido un largo camino, Robin. Me siento muy complacido contigo.

—Oh, vaya —dije sonriendo... cautelosamente.

—Por otra parte —prosiguió—, en muchos aspectos no has cambiado en absoluto. ¿Sigues deseando pasar nuestro tiempo en conversaciones ociosas y juegos de salón? ¿O prefieres contarme lo que te preocupa?

—¡Y tú hablas de juegos! En estos momentos estás jugando a uno. Conoces ya todo lo que he dicho hasta ahora. ¡Probablemente incluso sabes lo que he pensado!

—Lo que yo sepa o no sepa no importa —dijo seriamente—. Tú lo sabes bien. Lo importante es lo que *tú* sabes, particularmente las cosas que sabes pero no deseas admitirte a ti mismo. Tienes que sacarlas al exterior. Empieza diciéndome por qué estás preocupado.

—Porque soy un cobarde —dije.

Me miró fijamente, y estaba sonriendo.

—Realmente no crees eso, ¿verdad?

—¡Bien, realmente no soy un héroe!

—¿Cómo lo sabes, Robin? —preguntó.

—¡No tires de mí! ¡Los héroes no se sientan a pensar! ¡Los héroes no se preocupan de si van a morir! Los héroes no se dejan devorar por la culpabilidad y las preocupaciones y todas esas mierdas, ¿no?

—Es cierto que los héroes no hacen ninguna de esas cosas —admitió Sigfrid—, pero has dejado un rasgo fuera. Hay otra cosa que no hacen los héroes. Los héroes no existen. ¿Crees realmente que toda esa gente a la que tú llamas «héroes» son mejores que tú?

—No sé si *creo* eso. Pero puedes estar seguro de que lo *espero*.

—Pero Robin —dijo razonablemente—, en realidad no lo has hecho tan mal, ¿sabes? Has hecho lo que nadie había hecho nunca, ni siquiera un Heechee. Has hablado con dos Enemigos.

—Lo jodí todo —dije amargamente.

—¿Eso es lo que crees? —Sigfrid suspiró—. Robbie, a menudo mantienes simultáneamente opiniones muy contradictorias sobre ti mismo. Pero, cuando se te presenta la oportunidad, a largo plazo adoptas siempre la menos halagadora. ¿Por qué eso? ¿No recuerdas que durante muchas sesiones, cuando nos conocimos, no dejaste de decirme lo cobarde que eras?

—¡Y lo era! Dios, Sigfrid, me pasé toda una vida dando vueltas por Pórtico antes de reunir e) valor necesario para embarcarme.

—Eso podría ser descrito como cobardía, sí —admitió Sigfrid—. Es cierto que ése fue tu comportamiento. Sin embargo, hubo otras ocasiones en las que te comportaste de una forma que sólo puede ser calificada como de extraordinariamente valiente. Cuando saltaste a una espacionave y te encaminaste hacia el Cielo Heechee, se enfrentaste a terribles riesgos. Pusiste en peligro tu vida..., de hecho, casi la perdiste.

—En esa ocasión había mucho dinero implicado. Me hizo rico.

—Ya eras rico, Rob. —Agitó la cabeza. Luego dijo, pensativo—: Es interesante el hecho de que, cuando haces algo digno de alabanza, lo atribuyes para ti mismo a motivos venales, pero cuando haces algo que parece malo, saltas a la aceptación de que las apariencias son correctas. ¿Cuándo ganas, Robin?

No respondí. No tenía ninguna respuesta. Quizá no deseaba buscar ninguna. Sigfrid suspiró y cambió de postura.

—De acuerdo —dijo—. Volvamos a lo básico. Cuéntame por qué estás preocupado.

—¿Por qué estoy preocupado? —exclamé—. ¿No crees que tengo motivos suficientes para preocuparme? ¡Si piensas que la situación de todo el universo no es algo para preocupar a cualquier persona cuerda, entonces quizá simplemente no has captado lo que está ocurriendo!

—Ciertamente el Enemigo es una causa suficiente para preocuparse, sí —dijo, con visible paciencia—; pero...

—¡Pero por si eso no fuera suficiente, considera mi situación personal! Estoy enamorado de dos mujeres..., en realidad de tres —me corregí, recordando la aritmética de Essie.

Frunció los labios.

—¿Es eso una preocupación, Robbie? En cualquier sentido práctico, quiero decir. Por ejemplo, ¿tienes algo que hacer al respecto..., elegir entre ellas, digamos por caso? Creo que no. En realidad no existe razón alguna para un conflicto.

—No, tienes malditamente razón, ¿y sabes *por qué* no existe razón alguna para un conflicto? —estallé—. ¡Porque *no* existo! Sólo soy un maldito banco de datos en el espacio gigabit. ¡No soy más real que tú!

—¿Crees realmente que yo no existo? —dijo con suavidad.

—¡Por supuesto que no! ¡Te hizo algún maldito programador de ordenadores!

Sigfrid estudió la uña de su pulgar. Hubo otra de aquellas largas pausas de muchos microsegundos, y luego dijo:

—Dime, Robinette, ¿qué entiendes tú por «existir»?

—¡Sabes malditamente bien lo que significa existir! ¡Significa ser real!

—Entiendo. ¿Es real el Enemigo?

—Por supuesto que es real —dije, con disgusto—. Nunca fue otra cosa. No son copias de algo que fue real en su tiempo.

—Ah. Correcto. ¿Es real la ley de la inversa del cuadrado, Robbie?

—¡Lámame Robinette, maldita sea! —llameé. Alzó las cejas, pero asintió. Y se limitó a quedarse sentado allí, aguardando una respuesta. Reuní mis pensamientos—. La ley de la inversa del cuadrado, sí, es real. No en un sentido material, sino en su capacidad de describir acontecimientos materiales. Puedes predecir su funcionamiento. Puedes ver sus efectos.

—Pero yo no puedo ver sus efectos, Robín..., Robinette —se corrigió apresuradamente.

—¡Una ilusión reconoce otra ilusión! —me burlé.

—Sí —admitió—, podríamos expresarlo así. Pero otros ven tus efectos también. ¿Era el general Beaupre Heimat una ilusión? Pero vosotros dos interactuasteis sin ninguna duda, y él no lo negaría nunca. ¿Son tus bancos una ilusión? Guardan tu dinero. La gente que trabaja en tus empresas, las compañías que te pagan dividendos..., todas ellas son completamente reales, ¿verdad?

Me había dado tiempo de centrar mis pensamientos. Sonreí.

—Creo que ahora eres tú quien está jugando, Sigfrid. O de otro modo no has comprendido nada. ¿Sabes?, el problema que hay contigo —dije condescendiente— es que tú nunca has *sido* real, así que no conoces la diferencia. La gente real tiene problemas reales. Problemas físicos. Pequeños, como mínimo; así es como saben que son reales. ¡Yo no! En todos los años que he estado... incorpóreo, ni una sola vez tuve que gruñir y esforzarme en el cuarto de baño porque estuviera estreñado. Nunca he tenido resaca, o me he resfriado, o he sufrido una insolación, o cualquier otra de las dolencias propias de la carne.

—¿No te has puesto enfermo? —dijo, exasperado—. ¿Es eso lo que estás meando y cagando a uno y otro lado?

Le miré, sorprendido.

—Sigfrid, nunca me habías hablado así en los viejos tiempos.

—¡Nunca estuviste tan sano como ahora en los viejos tiempos! Robinette, me pregunto realmente si esta conversación nos está haciendo algún bien a ninguno de los dos. Quizás yo no sea la mejor persona con la que debas hablar.

—Bien —dije, empezando casi a disfrutar de mí mismo—, al fin te he oído decir... Oh, Jesús, ¿y ahora qué? —terminé, porque ya no estaba hablando con Sigfrid von Shrink—. ¿Qué infiernos haces tú aquí ahora?

Albert Einstein trasteó con su pipa, se inclinó para rascarse su desnudo tobillo y dijo:

—¿Sabes, Robin?, quizá tu problema no sea psicoanalítico después de todo. Así que quizá yo sea la persona más adecuada para ocuparme de él.

Me recliné en la cama y cerré los ojos.

En aquellos viejos tiempos en que Sigfrid y yo nos reuníamos una y otra vez cada miércoles por la tarde a las cuatro, a veces me iba pensando que había ganado algunos puntos en el juego que creía que estábamos jugando, pero nunca, nunca había tenido la experiencia de verle simplemente abandonar. Eso era una auténtica victoria, de un tipo que nunca había esperado..., y de un tipo que me hacía sentir peor que nunca. Me sentía infernalmente mal. Si mi problema no era psicoanalítico, entonces era real; y «real», pensé, se traducía por «insoluble».

Abrí los ojos.

Albert había estado atareado. Ya no estábamos en el dormitorio especial para adulterios, sino en el viejo estudio de Albert en Princeton, con la botella de Skrip en el escritorio y la pizarra llena de matemáticas indescifrables a sus espaldas.

—Tienes un bonito lugar aquí —dije hoscamente—, si hemos de seguir jugando.

—Los juegos también son reales, Robin —dijo ansiosamente—. Espero que no te importe mi cambio. Si sólo tuvieras que hablar de lágrimas y traumas, el doctor von Shrink hubiera sido tu mejor programa, pero la metafísica entra más dentro de mi línea.

—¡La metafísica!

—Pero de eso es de lo que has estado hablando, Robin —dijo, sorprendido—. ¿No lo sabes? ¿La naturaleza de la realidad? ¿El significado de la vida? Tales cosas no están directamente dentro de mi línea, o al menos no son los temas gracias a los cuales mi nombre se hizo famoso, pero creo que puedo ayudarte, si no te importa.

—¿Y si me importa?

—Bien, entonces puedes echarme en cualquier momento que quieras —dijo con suavidad—. Pero al menos intentémoslo.

Me levanté de la cama —se había convertido en un desgastado sillón de cuero, con el relleno asomando de uno de los almohadones— y eché a andar arriba y abajo por el estudio, encogiéndome de hombros de una manera que significaba de acuerdo, qué diablos.

—¿Sabes? —dijo—, puedes ser tan real como tú desees ser, Robin.

Alcé un montón de periódicos de la silla junto a *su* escritorio y me senté para situarme frente a él.

—¿No quieres decir más bien que puedo ser una imitación tan buena como desee ser?

—¿Quieres que acudamos al test de Turing, quizá? Si eres una imitación tan buena que incluso puedes engañarte a ti mismo, ¿no es eso una especie de realidad? Por ejemplo, si deseas realmente sufrir cosas como estreñimiento y el resfriado común, eso es fácil. La doctora Lavorovna y yo podemos escribir fácilmente en tu programa todas las dolencias menores que desees, y montarlas de forma que aparezcan de tanto en tanto el azar..., hemorroides hoy, quizá, y tal vez mañana una verruga a un lado de tu nariz. No puedo creer que desees realmente eso.

—¡Seguirán siendo ilusiones!

Albert consideró el asunto, luego concedió:

—En un cierto sentido sí, supongo que lo serían. Pero recuerda el test de Turing. Perdona mi impertinencia, pero cuando tú y la doctora Lavorovna estáis juntos, ¿no hacéis algunas veces, esto, el amor?

—¡Sabes malditamente bien que sí! ¡Acabamos de hacerlo —¿Es en algún sentido menos agradable, porque eso tam bien, como tú dices, es una ilusión?

—Es *extremadamente* agradable. Quizá sea eso lo que tiene de malo. Porque, maldita sea, Essie *no puede quedarse embarazada*.

—Ah —dijo, exactamente como había hecho Essie—. Oh ¿Es eso realmente lo que

quieres?

Pensé unos momentos, para asegurarme.

—No lo sé con exactitud. Es algo que he pensado que deseaba, a veces.

—No es realmente imposible, ¿sabes, Robin? Ni siquiera sería muy difícil de programar. La doctora Laborovna, si le deseara, podría con toda seguridad escribir un programa en e que experimentara todos los aspectos físicos del embarazo, incluso llegar al parto. Con un niño auténtico, Robin..., es decir «auténtico» en el sentido que tú eres auténtico —añadió rápidamente—. Pero en ese sentido sería vuestro hijo, tuyo y de ella. Completo con todo el conjunto de tus rasgos hereditarios, con una personalidad que se desarrollaría a medida que la criaras y educaras..., el producto, como todos los seres humanos, de la naturaleza más la alimentación, con una pincelada de circunstancias fortuitas incluidas en él.

—¡Y cuando creciera hasta alcanzar nuestra edad, seguiría teniendo nuestra misma edad!

—Ah —asintió Albert, satisfecho—. Llegamos ahora al envejecer. ¿Es eso lo que deseas? Porque puedo decirte —siguió seriamente— que envejecerás, Robin. No porque nadie lo programe así, sino porque debes hacerlo. Habrá errores de transcripción. Cambiarás, y probablemente te deteriorarás. Oh, tienes una gran cantidad de redundancias en tu almacenaje, de modo que los errores no se acumularán muy rápidamente, a menos no en asuntos importantes. Pero en un tiempo infinito... Oh, sí, Robin. El Robinette Broadhead de dentro de diez mili segundos a la vigésima potencia no será el mismo que el Robinette Broadhead de hoy.

—Oh, *maravilloso* —exclamé—. ¡No puedo morir, pero puedo envejecer y volverme débil y estúpido!

—¿Deseas morir?

—¡Yo... no... *lo se!* —Entiendo —dijo pensativo Albert. Me cubrí el rostro con las manos, más cerca de echarme a llorar de lo que he estado durante mucho tiempo. Cada ápice de miedo y depresión y preocupación y dudas acerca de mí mismo estaba fluyendo en mí, ¡y aquellas estúpidas conversaciones no me estaban haciendo ningún bien!—. Entiendo —dijo la voz de nuevo, pero esta vez no era la voz de Albert Einstein. Era más profunda y fuerte, y antes incluso de alzar la vista supe de Quién se trataba.

—Oh, Dios —susurré.

—Sí, exacto —sonrió Dios.

Si a ustedes no les ha ocurrido nunca el aparecer delante del Trono del Juicio, es probable que no sepan realmente cómo es.

Yo tampoco lo sabía. Sólo tenía brumosas ideas de grandeza, pero la grandeza que me rodeaba ahora era mucho más grande que nada que hubiera soñado nunca. Había esperado, oh, no sé... ¿algo abrumador? ¿Espléndido? ¿Aterrador quizá?

No era aterrador, pero sí era ciertamente todas las demás cosas. El inmenso trono era de oro. No me refiero a nuestro vulgar oro común. Era luminoso, cálido, un oro casi transparente; no era simple metal, sino la esencia del oro hecha realidad. El inmenso trono se erguía imponente encima mío, rodeado por cortinajes de mármol perlino que parecían como si Fidias y Praxiteles hubieran unido sus esfuerzos para tallarlos. La silla donde estaba sentado yo era de cálido marfil tallado, y mi cuerpo estaba cubierto por una túnica de penitente blanca, y tenía la vista directamente alzada a los enormes ojos del Altísimo que todo lo veían.

Como he dicho, no era aterrador. Me puse en pie y me desperecé.

—Una magnífica ilusión —felicité—. Dime, Dios, ¿cuál de Ellos eres? ¿Jehová? ¿Alá? ¿Thor? ¿Qué Dios eres?

—El tuyo, Robin —retumbó la mayestática voz.

Le sonreí.

—Pero, en realidad, yo no tengo ninguno, ¿sabes? Siempre he sido ateo. La idea de un

dios personal es algo infantil, como señaló muy bien mi amigo, y sin duda amigo tuyo también, Albert Einstein.

—Eso no importa, Robin. Soy lo suficientemente dios incluso para un ateo. ¿Sabes?, yo juzgo, tengo todos los atributos divinos. Soy el Creador y el Redentor. No soy simplemente bueno. Soy el estándar por el que se mide la bondad.

—¿Estás juzgándome?

—¿No es para eso para lo que están los dioses?

Sin ninguna razón especial, estaba empezando a sentirme tenso.

—Bien, pero..., quiero decir, ¿qué se supone que hago yo aquí? ¿Debo confesar mis pecados, examinar todos los momentos de mi vida?

—Bien, no, Robin —dijo razonablemente Dios—. En realidad, has estado confesándote y examinándote durante los últimos mil años o así. No hay necesidad de que pases de nuevo por todo eso.

—Pero, ¿y si no deseo ser juzgado?

—Eso no importa tampoco, ¿sabes? Lo haré de todos modos. Éste es mi juicio.

Se inclinó hacia delante, mirándome con aquellos tristes, compasivos, mayestáticos, amantes ojos. No pude evitarlo. Retrocedí.

—Considero que tú, Robinette Broadhead —dijo— eres testarudo, dominado por la culpabilidad, te distraes fácilmente, eres vano, incompleto y a menudo estúpido, y me siento muy complacido contigo. No te querría de ningún otro modo. Puedes fracasar lamentablemente contra el Enemigo, porque a menudo lo haces. Pero sé que harás lo que siempre has hecho.

—Y... —tartamudeé—, ¿que significa eso?

—Bien, harás las cosas de la mejor manera que te sea posible, ¿y qué más puedo pedir? Así que sigue adelante, Robin, y contigo irá Mi bendición. —Alzó sus Manos en un gran gesto de gracia. Luego Su expresión cambió cuando me miró. Uno no puede decir que Dios se «irrite», pero al menos pareció disgustado.

—¿Y *ahora* qué ocurre? —preguntó.

—Todavía me siento descontento —dije, testarudo.

—Por supuesto que te sientes descontento —retumbó Dios—. Yo te hice descontento, porque si no fueras descontento, ¿para qué te molestarías en intentar ser mejor?

—¿Mejor que qué? —pregunté, temblando pese a mí mismo.

—Mejor que Yo —exclamó Dios.

18 - El final del viaje

Incluso el río más solitario desemboca en alguna parte en el mar, y al cabo del tiempo, al cabo de mucho tiempo, al cabo de mucho, *mucho* tiempo, Albert apareció en la cubierta de la simulación del yate donde Essie y yo estábamos jugando al tejo (y fallando incluso los tiros más fáciles, debido a que los farallones y las inesperadas cascadas de los glaciares y los témpanos de hielo en el agua eran tan espectaculares), y se sacó la pipa de la boca para decir:

—Falta un minuto para la llegada. Pensé que os gustaría saberlo.

Nos gustó saberlo.

—¡Vamos a echarle en seguida una mirada! —exclamó Essie, y desapareció, yo me tomé un poco más de tiempo, estudiando a Albert. Llevaba una chaqueta azul marino con botones dorados y una gorra de capitán de yate, y me sonrió.

—Todavía tengo un montón de preguntas, ¿sabes? —le dije.

—Y desgraciadamente yo no tengo tantas respuestas como eso, Robin —me dijo amablemente—. Sin embargo, eso es bueno.

—¿Qué es bueno?

—Tener muchas preguntas. Mientras sepas que quedan preguntas, hay alguna esperanza de responderlas. —Asintió aprobadoramente, de aquella forma que tenía que me haría subir por las paredes si no me hiciera sentir tan bien. Hizo una pausa por un momento para ver si íbamos a adentrarnos de nuevo en la metafísica, y luego añadió:

—¿Debemos reunimos con la señora Broadhead y el general y su dama y los demás?

—¡Todavía tenemos mucho tiempo!

—No hay la menor duda de ello, Robin. De hecho, tenemos mucho tiempo. —Sonrió; yo me encogí de hombros dándole mi permiso, y el fiordo de Alaska desapareció. Estábamos de vuelta en la cabina de control de la *Único Amor*. La gallarda gorra de Albert había desaparecido, junto con su espléndida chaqueta azul marino. Su aceitoso pelo iba de nuevo en todas direcciones, y volvía a llevar su suéter y sus pantalones bombachos, y estábamos solos.

—¿Dónde han ido todos los demás? —pregunté, y luego me respondí a mí mismo—: ¿No podían esperar? ¿Están escrutando a través de los instrumentos de la nave? Pero todavía no hay nada que ver.

Se encogió afirmativamente de hombros, observándome mientras daba enérgicas chupadas a su pipa.

Albert sabe que en realidad no me gusta mirar directamente a través de los sensores del casco de la nave. La buena y vieja pantalla visora sobre los controles es normalmente lo bastante buena para mí. Cuando te deslizas en el interior de los instrumentos de la *Único Amor* y miras en todas direcciones a la vez, la experiencia es desorientadora..., especialmente para los que aún se aferran a sus hábitos de persona de carne, como yo. Así que no lo hago a menudo. Albert dice que se trata sólo de uno de mis resabios carnales. Es cierto. Crecí como una persona de carne, y una persona de carne sólo puede mirar en una dirección a la vez, a menos que sea estrábico. Albert dice que tendría que superar esto, pero normalmente no lo deseo.

Esta vez lo hice, pero no todavía. Un minuto es, después de todo, mucho en tiempo gigabit..., y todavía había algo que deseaba preguntarle.

Albert me había contado en una ocasión la historia.

La historia era acerca de uno de sus viejos camaradas de los tiempos de carne, un matemático llamado Bertrand Russell, un ateo de toda la vida como el propio Albert.

Por supuesto, mi Albert no era realmente ese Albert, y así no eran colegas, pero Albert (mi Albert) hablaba a menudo como si lo fueran. Dijo que en una ocasión alguna persona religiosa había acorralado a Russell en una fiesta y había dicho:

—Profesor Russell, ¿no se da cuenta del grave riesgo que está corriendo usted con su alma inmortal? Supongamos que está equivocado. ¿Qué hará si, cuando muera, descubre que realmente existe Dios, y que Él le llama realmente ajuicio? ¿Y que, cuando usted llega ante el Trono del Juicio, Él le mira severamente y le pregunta: «Bertrand Russell, ¿por qué no crees en Mí?» con Su voz tronante? ¿Qué dirá usted entonces?

Según Albert, Russell no se alteró en lo más mínimo. Se limitó a responder:

—Le diría: «Dios, hubieras tenido que darme mejores pruebas de tu existencia.» Así que, cuando le dije a Albert:

—¿Crees realmente que me has dado pruebas suficientes? —él se limitó a asentir, comprendiendo la referencia, y se inclinó para rascarse el tobillo, y dijo:

—Sabía que volverías a eso, Robin. No. No te he dado ninguna prueba en absoluto. La única prueba, de una u otra forma, es el propio universo.

—Entonces, ¿tú no eres Dios? —estallé, atreviéndome al fin.

—Me preguntaba cuándo ibas a preguntarme eso —dijo gravemente.

—¡Y yo me pregunto cuándo vas a responder!

—Bien, ahora mismo, Robin —dijo con paciencia—. Si estás preguntándome si el display con el que interactuaste procedía de los mismos bancos de datos de la simulación que te ofrezco generalmente, bien, sí. En ese sentido limitado. Pero si estás formulando

preguntas más amplias, entonces ya es más difícil. ¿Qué es Dios? Más específicamente, ¿qué es tu Dios, Robin?

—No, no —me quejé—. Soy yo quien hace las preguntas aquí.

—Entonces debo intentar respondértelas, ¿no? Muy bien. —Apuntó la boquilla de la pipa hacia mí—. Podríamos decir que Dios, en tu sentido, es una especie de suma vectorial de todas las cualidades que crees que son «justas» y «morales» y «amantes». Y supongo que entre todos los seres sensibles, humanos y Heechees e inteligencias en máquina y todo lo demás, hay una especie de consenso respecto a lo que son esas cosas virtuosas, y que un «Dios» mutuamente compartido tendría que ser la suma de todos los vectores. ¿Responde eso a tu pregunta?

—¡En absoluto!

Sonrió de nuevo, contemplando la pantalla visora. Todo lo que mostraba era la habitual nada gris guijarrosa de una nave en viaje hiperlumínico.

—No creía que lo hiciera, Robin. Tampoco me satisface a mí, pero el universo no ha de hallarse necesariamente en condiciones de hacernos felices. Bien.

Abrí la boca para formularle la siguiente pregunta, pero me tomó un momento formularla, y entonces él ya iba por delante de mí.

—Con tu permiso, Robin —dijo—. Ya estamos casi de vuelta al espacio normal, y estoy seguro que a ambos nos gustará echar una mirada.

Y no aguardó mi permiso. Desapareció; pero primero me dirigió una de esas dulces, tristes y compasivas sonrisas que, como muchas otras cosas de mi muy querido amigo Albert Einstein, me vuelven loco.

Pero por supuesto tenía razón.

Le mostré quién era el jefe, sin embargo. No le seguí de inmediato. Me tomé, oh, quizá ocho o nueve milisegundos para..., bien, para hacer lo que Essie hubiera llamado «el estúpido», pero lo que hice realmente fue meditar en lo que él había dicho.

No había mucho que meditar. O, más exactamente, había un maldito montón de cosas que meditar, pero no los detalles suficientes como para hacer que el meditar sobre ellas fuera satisfactorio. ¡Enloquecedor viejo Albert! Si se le había ocurrido jugar a Dios —incluso una imitación admitida de Dios—, hubiera podido al menos ser *específico*. Quiero decir, ¡eso era lo que dictaban las reglas! Cuando Jehová habló a Moisés desde *la zarza ardiendo*, cuando el Ángel Moroni tendió las tablas grabadas..., *dijeron* lo que se esperaba de ellos.

Sentía la agraviada impresión de que tenía *derecho* a cosas más específicas de mi propia fuente de toda sabiduría.

Pero evidentemente no iba a obtener ninguna, así que le seguí hoscamente..., apenas a tiempo.

La guijarrosa nada gris estaba desapareciendo y coagulándose ya mientras me deslizaba a los sensores de la nave, y en sólo otro milisegundo o dos los coágulos se congelaron en nítidos detalles.

Pude sentir la mano de Essie deslizarse en la mía mientras mirábamos en todas direcciones a la vez. El viejo vértigo se apoderó de mí, pero lo rechacé.

Había demasiado que ver. Más espectacular que los fiordos de Alaska, más inspirador que cualquier otra cosa que jamás hubiera visto.

Estábamos mucho más allá de la buena vieja galaxia..., no sólo del disco galáctico en forma de huevo frito, con su perlina masa de yema en el centro, sino mucho más allá de su tenue halo. «Abajo» había una ligera dispersión de estrellas, corno burbujitas esparcidas brotando fuera del vino galáctico. «Arriba» había un enorme terciopelo negro en el que alguien había derramado pequeños y tenues rizos de pintura luminosa. Muy cerca de nosotros estaban las brillantes luces de la Rueda de Vigilancia, y a un lado la docena de masas de color amarillo sulfuroso del kugelblitz.

No parecían peligrosas. Sólo parecían feas, como un poco de suciedad que alguien

hubiera abandonado en el suelo de la sala de estar a la espera de que alguien la limpiara.

Deseé saber cómo hacerlo.

Essie exclamó, triunfante:

—¡Mira, Robín, querido! ¡No hay ninguna nave de la JVA junto a la Rueda! ¡Les hemos ganado!

Y cuando miré a la Rueda, pareció que tenía razón. La Rueda giraba silenciosamente en soledad, sin una sola nave en sus muelles, sin ningún crucero de la JVA en ninguna parte a su alrededor. Pero Albert suspiró.

—Me temo que no, señora Broadhead.

—¿De qué demonios está hablando? —preguntó Cassata. No podía verle, ninguno de nosotros se había molestado en crear simulaciones visuales, pero podía sentirle agitarse.

—Sólo de que, aunque quisiéramos, no podríamos ganarles y llegar antes aquí, general Cassata —dijo Albert—. De ninguna de las maneras, y usted lo sabe. La *Único Amor* es una espacionave admirable, pero no posee la velocidad de una nave de la JVA. Si no están aquí, no es porque todavía no hayan llegado; es porque ya han llegado y han vuelto a marcharse.

—¿Marcharse dónde? —ladré.

Guardó silencio por unos instantes. Luego la vista delante de nosotros empezó a crecer. Albert estaba reajustando los sensores de la nave. El «abajo» se hizo algo más sombrío. El «arriba» —la dirección hacia el kugelblitz— se acercó.

—Díganme —indicó pensativamente Albert—, ¿alguna vez se han formado una impresión visual de lo que podía ser cuando el Enemigo saliera? No quiero decir una conjetura racional. Quiero decir el tipo de fantasía medio soñada que puede tener cualquier persona al intentar imaginar ese momento.

—¡Albert!

No me hizo caso.

—Creo —dijo— que en algún lugar en todos nosotros acecha una especie de primitiva noción de que pueden brotar bruscamente en erupción del kugelblitz en una flota de inmensas, invulnerables naves de guerra espaciales, conquistándolo todo delante de ellas. Irresistibles. Los rayos llameando, los misiles brotando en todas direcciones...

—¡Maldito seas, Albert! —aullé.

Dijo, sombríamente:

—Pero Robín. Míralo por ti mismo.

Y mientras las imágenes seguían aumentando de tamaño..., miramos.

19 - La última lucha espacial

Incluso cuando lo ves por ti mismo, no siempre crees en lo que estás viendo. Yo no lo hice. Era una *locura*.

Pero allí estaba. Las naves de la JVA, en vuelo hiperlumínico, avanzando hacia el kugelblitz; y, del kugelblitz, avanzando hacia ellas, pequeños ápices de algo que brotaba a chorro de las torbellineantes masas color mostaza. Aquellas pequeñas cosas no eran en absoluto informes o imprecisas. Eran brillante metal.

Se parecían mucho a espacionaves.

Realmente no podía haber muchas dudas al respecto. Nos hallábamos al límite de alcance de aquellos pequeños objetos, pero la *Único Amor* poseía instrumentos de primer orden. Lo que veíamos lo veíamos a nivel óptico y de infrarrojos y de rayos X y de todas las demás frecuencias de fotones existentes, y lo «veíamos» también a través de los magnetómetros y detectores de gravedad; y todo ello confirmaba sin lugar a dudas el terrible hecho:

El kugelblitz había lanzado al exterior una armada.

Casi hubiera esperado cualquier otra cosa, pero no eso. Quiero decir, ¿de qué le servía al Enemigo tener *espacionaves*? No podía responder a aquella pregunta, pero las naves estaban allí. ¡Y eran grandes! ¡Y estaban armadas! Mil y más de ellas, al parecer, y cada una deslizándose a una inmensa formación en cono y avanzando directamente hacia los pequeños cruceros de la JVA irremediablemente abrumados en número.

—¡Lanzad vuestros malditos cohetes! —aulló el general Julio Cassata; y, ¿saben?, yo aullé con él.

No pude evitarlo. Era una lucha, y yo me ponía del lado de los míos. No había la menor duda de que la batalla ya había empezado. No puedes ver los rayos en el espacio, ni siquiera los rayos perforadores Heechees convertidos que eran el principal armamento de la flota de la JVA, pero sí pudieron verse los brillantes estallidos de las explosiones químicas, sorprendentemente visibles, cuando las naves de la JVA lanzaron sus misiles secundarios.

La miríada de naves del Enemigo los atravesaron. Incólumes.

Considerado puramente como un espectáculo, era algo, Dios mío, *tremendo*. Al mismo tiempo, era terrible. Aunque yo no supiera exactamente lo que estaba ocurriendo.

Era mi primera batalla espacial. Claro que también lo era para todos los demás, porque la última lucha entre naves en el espacio se había producido entre los brasileños y las naves de la República Popular China hacía casi un siglo, en aquel último, sangriento e inconclusivo forcejeo que había conducido a la fundación de la autoridad multinacional de Pórtico. Así que no era ningún experto en lo que debía ocurrir a continuación, pero lo que ocurrió fue mucho menos de lo que había esperado. Las naves hubieran tenido que estallar o algo así. Hubieran tenido que saltar hacia todos lados piezas y hierros retorcidos.

No ocurrió nada de eso.

Lo que ocurrió fue que el cono de naves del Enemigo se abrió y rodeó las naves de batalla de la JVA. Las englobó; y luego..., bien..., simplemente las naves se *desvanecieron*. Desaparecieron, dejando a los cruceros de la JVA apiñados en el espacio.

Y luego los cruceros desaparecieron también.

Y entonces, justo debajo de nosotros, la propia Rueda de Vigilancia parpadeó y desapareció.

El espacio quedó vacío a nuestro alrededor. No había nada que ver excepto la perlina espiral de la galaxia debajo de nosotros, el distante llamear de las otras galaxias, las humosas masas amarillas del kugelblitz.

Nos hicimos visibles los unos a los otros; de otro modo todo era demasiado solitario. Nos miramos mutuamente, sin comprender.

—Me preguntaba si podía llegar a ocurrir algo así —dijo Albert Einstein, chupando sobriamente su pipa.

Cassata rugió:

—¡Maldita sea! ¡Si sabe usted lo que ha ocurrido, díganoslo!

Albert se encogió de hombros.

—Creo que lo verán por ustedes mismos —dijo—, porque imagino que nuestro turno será el próximo.

Y lo fue. Nos miramos los unos a los otros, y luego ya no hubo nada que ver. Nada fuera de la nave, quiero decir. Nada excepto el guijarro gris del viaje hiperlumínico. Era como contemplar una densa niebla a través de la ventanilla de un avión.

Y luego ni eso hubo.

La niebla desapareció. Los sensores de la nave podían ver claramente de nuevo.

Y lo que vimos bruscamente, sin ninguna advertencia, fue el sólido y familiar espacio negro y las estrellas, e incluso un planeta y una luna..., y sí, supe dónde estábamos. El planeta y la luna eran los que los ojos humanos (o los casi ojos humanos) habían contemplado durante medio millón de años.

Estábamos en órbita en torno a la Tierra; y también lo estaban multitud de otros artefactos que reconocí como los cruceros de la JVA, e incluso la inmensa Rueda de Vigilancia.

Era más de lo que podía soportar.

Pensé que sabía qué hacer al respecto, sin embargo, porque cuando las cosas son demasiado para mí siempre hay una cosa que puedo hacer para acudir en busca de ayuda. Y la hice.

—¡Albert! —exclamé.

Pero Albert se limitó a seguir contemplando la Tierra y la Luna y los demás objetos fuera de la *Único Amor*, fumando su pipa, y no respondió.

20 - De vuelta a casa

Albert Einstein no era el único dispositivo que parecía haber dejado de funcionar. Las naves de la JVA también tenían problemas. Cada sistema de control de las armas de cualquier tipo simplemente se había cortocircuitado. No funcionaba.

Todo lo demás era completamente operativo. Las comunicaciones no tenían ningún problema..., y estaban atareadísimas, con todo el mundo preguntándole a todo el mundo qué demonios había ocurrido. Nada no destructivo había resultado dañado. Las luces de la Rueda funcionaban todavía, y lo mismo el sistema de renovación del aire. Las autocosas preparaban la comida y limpiaban. Las literas en la cabina del comodoro en la nave insignia de la JVA seguían haciéndose por sí mismas, y los receptáculos de la basura se vaciaban en los depósitos de reciclado.

La *Único Amor*, que nunca había llevado ningún arma, parecía en un estado tan perfecto como si fuera nueva. Hubiéramos podido emprender inmediatamente el vuelo a cualquier parte.

¿Pero adonde ir?

No fuimos a ninguna parte. Alicia Lo tomó los controles y nos mantuvo en una órbita segura, pero eso fue todo. No importaba. Yo estaba centrado en un cien por ciento en mi fiel sistema de recuperación de datos y mi muy querido amigo. Dije, desesperado:

—Albert, *por favor*.

Se sacó la pipa de la boca y me miró con aire ausente.

—Robin —dijo—, debo pedirte que seas paciente por un tiempo.

—¡Pero Albert! ¡Te lo *suplico!* ¿Qué va a ocurrir ahora?

Me lanzó lo que podría denominarse una mirada insondable..., al menos, yo no pude llegar hasta el fondo de ella.

—¡Por favor! ¿Estamos en peligro? ¿Va a caer sobre nosotros el Enemigo y matarnos a todos?

Pareció sorprendido.

—¿Matarnos? ¡Qué idea, Robin! ¿Después de que te conocieran a ti y a mí y a la señora Broadhead y a la señorita Lo y al general Cassata? No, por supuesto que no, Robin. Pero debes disculparme; ahora estoy muy atareado.

Y eso fue todo lo que dijo.

Y al cabo de un tiempo las lanzaderas empezaron a subir de los bucles de despegue, e hicimos que nuestros bancos de datos fueran llevados abajo a la buena vieja Tierra, e intentamos —oh, durante *cuánto* tiempo lo intentamos— aclarar un poco las cosas.

21 - Finales

No sabía cómo empezar esto, y ahora descubro que no sé tampoco cómo terminarlo.

¿Sabes?, eso fue el final. No hay ninguna otra cosa que decir, excepto que ocurrió.

Sé que para los lineales oídos de carne esto debe sonar extraño (por no decir repugnantemente *atractivo*), del mismo modo que muchas de las demás cosas que he dicho habrán sonado extrañas (o peor). No puedo evitarlo. Lo extraño no puede expresarse de una forma que no sea extraña, y he tenido que contarlo tal como fue. Lo que «ocurrió» a continuación no importa realmente, porque lo que *ocurrió* había ocurrido ya.

Por supuesto, incluso la gente dispersa como yo es en cierto modo lineal..., y así nos tomó un cierto tiempo descubrirlo.

Lo que Essie y yo deseábamos más que cualquier otra cosa, admitimos, era espacio para respirar..., para relajarnos; para intentar descubrir exactamente qué estaba pasando; por encima de todo para reunir nuestros dispersos pensamientos. Hicimos que llevaran nuestros bancos de datos físicos a la vieja casa en el mar de Tappan, la primera vez que lo hacíamos en un considerable número de años, y nos instalamos allí para centrarnos un poco.

El banco de datos de Albert vino con nosotros.

El propio Albert era otra cuestión. Albert ya no respondía a mi llamada. Si Albert estaba aún en el banco de datos, no se dejaba ver.

Essie no estaba dispuesta a admitir la derrota de uno de sus propios programas. Lo primero que hizo fue efectuar una comprobación exhaustiva de la programación y hacer correr todas las rutinas de búsqueda y eliminación de errores. Luego desistió.

—No puedo encontrar nada malo en el programa de Albert Einstein —dijo—, excepto que no funciona. —Miró furiosa la consola que había contenido a Albert Einstein—. ¡Es sólo un cadáver! —dijo, estremeciéndose—. ¿Sabes si sigue existiendo el cuerpo cuando la vida lo ha abandonado?

—¿Qué podemos hacer? —pregunté. Era una cuestión retórica. Simplemente, no estaba acostumbrado a que mis máquinas me fallaran.

Essie se encogió de hombros. Ofreció un premio de consolación:

—Puedo escribir un nuevo programa Albert para ti —dijo. Negué con la cabeza. No deseaba un nuevo programa. Deseaba a Albert—. Entonces —dijo, con su sentido práctico—, podemos descansar y cultivar nuestros jardines. ¿Qué te parece nadar un poco y luego hincharnos a comer?

—¿Qué podemos comer? ¡Essie, ayúdame! Quiero *saber* —me quejé—. Quiero saber de qué demonios estaba hablando cuando nos dijo que no nos preocupáramos..., ¿qué tenéis que ver tú y Cassata y Alicia Lo con ello? ¿Qué tenéis los tres en común?

Frunció los labios. Luego su rostro se iluminó.

—¿Qué te parece si se lo preguntamos a ellos?

—¿Preguntarles a ellos, qué?

—Preguntarles acerca de sí mismos. Invitarlos aquí..., ¡luego podremos organizar una deliciosa comida!

No ocurrió tan aprisa como eso.

En primer lugar, ninguno de ellos estaba físicamente (quiero decir, sus bases de datos estaban físicamente) en la Tierra. Los dos estaban en órbita. No deseaba recurrir a duplis, porque ni siquiera deseaba ese enfurecedor retraso de un cuarto de segundo en la conversación, de modo que tuvieron que ser embarcados al mar de Tappan, y eso tomó mucho tiempo. Tomó más tiempo que eso, porque por alguna razón Cassata no pudo acudir inmediatamente.

No perdí el tiempo.

Sin Albert, la vida era un poco más dura para mí. No la hacía realmente más difícil porque, después de todo, no era mucho lo que Albert podía hacer (aparte de responder al acertijo que él mismo proponía, quiero decir) que no pudiera hacer yo por mí mismo si era

necesario. Ahora era necesario. Así que fui yo, no Albert, el que recorrió el mundo para ver lo que estaba ocurriendo.

Estaban ocurriendo muchas cosas, aunque no muchas de ellas parecían serme de ninguna ayuda.

Al principio se había producido una oleada de pánico. La JVA emitió tensos y alarmantes boletines acerca de los daños sufridos por su flota, y luego urgentes demandas aún más alarmantes para construir una nueva flota, más grande y mejor que nunca, sobre el principio de que si has intentado algo que no ha funcionado, debes seguir intentándolo una y otra vez.

Pero eso, en sí mismo, era tranquilizador. La población en general, tras el primer shock de terror, se dio cuenta de que, después de todo, no había muerto nadie. Las espacionaves del Enemigo no aparecieron en el cielo sobre San Francisco y Beijing para reducir las a cenizas. Nuestro planeta no había sido arrojado contra el sol.

De hecho, no parecía estar ocurriendo nada, y lentamente el pánico fue retrocediendo. La gente reanudó sus vidas, como los campesinos en la ladera de un volcán. La montaña había entrado en erupción; nadie había resultado herido. Podía entrar en erupción de nuevo, por supuesto..., pero no en un cierto tiempo, reguemos al Señor.

El Instituto preparó un centenar de nuevos equipos de trabajo, para que investigaran los sucesos en la Rueda de Vigilancia. La mitad de ellos se pasaron todo su tiempo analizando y volviendo a analizar la «batalla» entre las naves del Enemigo y las de la JVA. No había mucho que analizar. Lo que habíamos visto era lo que sabíamos. No había nada más. No había nada en ninguno de los demás registros sensores que contradijera, o incluso embelleciera, lo que habíamos visto con nuestros ojos. Las naves del Enemigo habían surgido y habían neutralizado a nuestros cruceros; luego el Enemigo nos había cogido suavemente y nos había depositado de nuevo en el corralito para niños al que pertenecíamos. Eso era todo.

Los equipos de trabajo que se dedicaron a estudiar al Enemigo discutieron y argumentaron, pero no añadieron nada nuevo. Paneles de eminentes científicos admitieron que lo que habían creído durante todo el tiempo era probablemente lo mejor que podían seguir pensando: que el Enemigo había nacido poco después del Big Bang. Habían hallado el clima propicio. Cuando el clima empeoró —cuando la materia se entrometió en su acogedora sopa de espacio y energía— decidieron cambiarlo. Pusieron el cambio en movimiento, luego regresaron a sus kugelblitzes para aguardar pacientemente mejores días.

En cuanto a la breve confrontación en los alrededores de la Rueda de Vigilancia..., bien, si despiertas a un oso de su hibernación, es probable que te gruña irritado. Pero luego se volverá a hibernar; y el gruñido de este oso en particular había sido realmente muy gentil.

Oh, sí, había montones de especulaciones..., Dios, *siempre* habría especulaciones. Hechos, no. Ni siquiera había ninguna teoría plausible, o al menos no ninguna que ofreciera perspectivas útiles de experimentación para comprobarlas o que sugirieran que podían darse algunos pasos útiles. Todo el mundo (todo el mundo fuera de la JVA, al menos) estaba de acuerdo en que el plan de la JVA de formar una flota más grande y potente era probablemente una idea estúpida, pero, como nadie tenía ninguna otra idea mejor, parecía como si fuera probable que se siguiera adelante con ella.

Y, cuando estaba previsto que llegaran Cassata y Alicia Lo, acudí a los bancos de datos y puse mi mano (es decir, mi «mano») sobre el banco de datos de Albert y dije:

—Por favor, Albert, como un favor personal hacia mí, ¿no me dirás qué está pasando?

Albert no respondió.

Pero cuando acudí a la sala para recibir a nuestros huéspedes, había un trozo de papel en mi sillón favorito. Decía:

Robin, lamento realmente todo esto, pero no puedo interrumpir lo que estoy haciendo en estos momentos. Lo estás haciendo lo mejor que puedes, ¿no? Simplemente sigue adelante. Con cariño, Albert.

Julio Cassata iba de nuevo de uniforme —camisa, pantalones cortos, sandalias—, y pareció positivamente complacido de verme. Cuando le pregunté acerca de ello, respondió:

—Oh, no es *usted*, Broadhead. —No había cambiado del todo—. Es sólo que ese bastardo iba finalmente a terminarme. ¿Qué bastardo? Yo, por supuesto..., el yo de carne. No le gusta tener copias de sí mismo por ahí. Hubiera debido hacerlo hace ya tiempo, pero estaba atareado con el programa de reconstrucción. No quería dejarme venir, porque temía que usted consiguiera que el Instituto me declarara esencial o algo así.

Comprendo una alusión cuando la oigo, así que dije, con ciertas reservas:

—Evidentemente, el Instituto le considera así. —Después de todo, el Instituto podía cambiar más tarde de opinión si así lo deseaba..., pero después de decir aquello pareció hacerse más humano.

—Gracias —dijo.

—Salgamos al lanai —dijo Essie—; es muy hermoso.

Y yo añadí:

—¿Qué les gustaría beber?

Y, entre una y otra cosa, aquello se convirtió más en una fiesta que en un grupo de trabajo acerca de qué-demonios-está-ocurriendo-fundamentalmente.

Luego volví a ello.

—Según Albert Einstein, la razón de que el Enemigo no nos haya eliminado es porque los encontró a ustedes tres, aparte de Albert Einstein y yo. Ninguna otra persona almacenada en máquina, sólo ustedes tres. —Cassata y Lo parecieron sorprendidos, luego ligeramente halagados—. ¿Alguna idea de por qué? —pregunté. Pero sus expresiones fueron vacías.

Essie empezó a decir:

—He estado pensando en ello... La pregunta es: ¿qué tenemos en común? Para empezar, todos estamos almacenados en máquina, pero como señala Robín, hay incontables millones de otros en la misma situación. Segundo: personalmente, soy un duplicado en máquina de una persona de carne que aún vive. Y lo mismo Julio.

—Yo no —dijo Alicia Lo.

—Sí —dijo tristemente Essie—, ya lo sabía. Fue lo primero que comprobé. Su cuerpo de carne murió de peritonitis hace ocho años, así que no se trata de eso. Tercero: todos somos más bien brillantes según todos los estándares; todos tenemos ciertas habilidades: pilotaje, navegación, etcétera..., pero eso también lo tienen muchas otras personas. Desde hace mucho tiempo hemos eliminado todos los nexos de unión evidentes, así que debemos profundizar más. Por ejemplo: yo personalmente soy de ascendencia rusa.

—Yo soy negro hispanoamericano —dijo Cassata, agitando la cabeza—, y Alicia es china; no sirve. Y yo soy hombre, pero ustedes dos son mujeres.

—Julio y yo acostumbábamos a jugar mucho al balonmano —ofreció Alicia Lo, pero ahora fue el turno de Essie de negar con la cabeza.

—No se jugaban a esas cosas en Leningrado. Y tampoco creo que las proezas atléticas puedan ser de algún interés para el Enemigo.

—El problema —señalé— es que no sabemos qué les interesa.

—Tienes tan a menudo *razón*, Robin, querido —suspiró Essie—. Demonios. Espera. Podemos hacer esto de una forma mucho menos aburrida, ¿sabes?

—En realidad yo no tengo ninguna prisa —dijo rápidamente Cassata, pensando en lo que podía ser de él cuando ya no fuera esencial.

—No dije más rápido, sólo menos aburrido. ¿Quieren beber algo más, quizá practicar

un poco el windsurf? Pasaré un rápido programa cruzado sobre los tres bancos de datos, equiparando subrutinas. Es fácil y no interferirá con nuestras otras actividades. —Sonrió—. Puede que cosquillee un poco —añadió, y desapareció en su oficina de programación.

Y me dejó que yo hiciera de anfitrión.

Es una ocupación que encaja perfectamente conmigo. Preparé bebidas. Les ofrecí las facilidades de la casa en lo que a diversiones se refiere, que son considerables..., incluido un dormitorio privado, que era lo que había tenido en el fondo de mi mente, pero que no pareció interesarles por el momento. Se conformaron simplemente con sentarse y hablar. Era agradable estar allí y hacer aquello, fuera en el lanai, con el ancho mar y las colinas en la otra orilla frente a nosotros, y eso fue lo que hicimos.

Verifiqué el hecho de que Essie había hecho en una ocasión un hábil diagnóstico de carácter. El Cassata-dupli era mucho más tolerante que su original de carne, y eso hizo que me descubriera escuchando con interés sus anécdotas y riendo de sus chistes. Alicia Lo era una muñeca. No había dejado de apreciar que era hermosa, delgada, bajita y enérgica, ni que tenía una personalidad dulce por naturaleza. Descubrí que estaba muy bien informada también. Como una de las últimas prospectoras de Pórtico, había corrido sus riesgos en cuatro difíciles misiones científicas, y después de haber sido dispersada había vagabundado por toda la galaxia. Había visto lugares que yo sólo había explorado de segunda mano, y unos cuantos de los que ni siquiera había oído hablar. Estaba empezando tan sólo a tener una idea de lo que veía en Julio Cassata, pero podía ver fácilmente por qué Cassata se había enamorado de ella.

Estaba incluso empezando a ponerse celoso. Cuando ella habló de algunos de sus compañeros de expediciones de Pórtico, prestó una particular atención a su forma de referirse a los hombres.

—Apuesto a que les causaste una gran impresión —dijo hoscamente.

Alicia se echó a reír.

—¡Qué más hubiera querido!

Aquello me sorprendió.

—¿Acaso eran gays? ¿O quizá ciegos?

—Usted no sabe la apariencia que tenía yo entonces —dijo ella, dándome en silencio las gracias por el cumplido implícito—. Antes de que estallara mi apéndice era alta y desgarbada y..., bueno, todos me llamaban «la Heechee humana». Lo que ve usted ahora no es el cuerpo con el que nací, señor Broadhead. —Se dirigió a mí, pero sin apartar los ojos de Cassata para ver cómo se lo tomaba.

Se lo tomó bien.

—Tu aspecto ahora es espléndido —dijo—. ¿Cómo fue que murieras de apendicitis? ¿No había ningún médico por los alrededores?

—Había médicos de todas clases por los alrededores, y naturalmente deseaban dejarme como nueva. Incluso deseaban hacer conmigo un poco de labor cosmética..., sacar algo de los

huesos sobrantes de la espina dorsal y los miembros, hacer algunos cambios en mi rostro... Yo no quise, Julio. Deseaba tener realmente buen aspecto, no sólo ser la mejor aproximación que pudieran conseguir. Y para ello sólo había una forma. Tenían espacio máquina disponible. Así que elegí eso.

Y desde un ángulo del lanai, donde había estado inclinado para oler una de las flores de Essie, una figura se alzó y nos miró radiante.

—Ahora ya sabéis la *razón* —dijo.

—¡Essie! —grité—. ¡Ven, rápido! —Porque la figura era Albert Einstein.

—Dios mío, Albert —dije—, ¿dónde has estado?

—Oh, Robín —dijo agradablemente—, ¿tenemos que empezar con la metafísica de nuevo?

—No, de ninguna manera. —Me hundí en el sillón, mirándole fijamente. No había

cambiado. La pipa seguía apagada, los calcetines colgando bajos en sus tobillos, su mata de pelo apuntando en todas direcciones.

Y sus modales seguían siendo oblicuos. Avanzó tranquilamente para ocupar un sitio en la mecedora frente a nosotros.

—Pero, ¿sabes, Robín?, hay respuestas metafísicas a esa pregunta. No se trata de ningún «dónde». Y no soy simplemente «yo» quien está aquí.

—Creo que no entiendo —dije. Eso no era completamente cierto. Sólo *deseaba* no entender.

—He accedido al Enemigo, Robin —dijo pacientemente—. Para decirlo con más exactitud, ellos accedieron a mí. Más exactamente aún —dijo, como disculpándose—, el «yo» que ahora os está hablando no es tu programa de recuperación de datos, Albert Einstein.

—Entonces, ¿quién eres? —pregunté.

Sonrió, y por su sonrisa supe que, después de todo, le había comprendido muy bien.

22 - Y no finales

Cuando tenía tres años en Wyoming, no me sentía desanimado por creer en Santa Claus. Mi madre nunca me dijo que Santa Claus fuera real, pero tampoco me hubiera dicho que no lo era.

En toda mi larga vida desde entonces nunca ha habido ninguna pregunta que deseara más intensamente que me fuera respondida que aquella pregunta. Meditaba seriamente en ella, especialmente durante la segunda mitad del mes de diciembre. *Ardía* por saber. No podía esperar a crecer —al menos hasta, digamos, los diez años—, porque, cuando tuviera esa edad, creía, sería lo bastante listo como para saber sin lugar a dudas la respuesta.

Cuando era un adolescente enfermo en los pabellones psiquiátricos del hospital de las Minas de Alimentos, los doctores me dijeron que finalmente me pondría bien. Sería capaz de superar mis miedos y confusiones. Confiaría en mí mismo, me sentiría seguro de mí mismo..., al menos lo suficiente, prometieron, como para poder realizar un trabajo, o como mínimo cruzar la calle sin ayuda. Tampoco pude aguardar a eso.

Cuando era un prospector mortalmente asustado en Pórtico..., cuando era un horrorizado superviviente de la misión a un agujero negro..., cuando era una sollozante masa de gelatina en el diván de análisis de Sigfrid von Shrink..., cuando era todas esas cosas, me prometí a mí mismo que, más pronto o más tarde, llegaría un tiempo en que sería más listo y más seguro de mí mismo. Cuando tenía treinta años, pensé que eso llegaría a los cincuenta. Cuando tenía cincuenta, estaba seguro de que ocurriría a los sesenta y cinco o así. Cuando alcancé los setenta, pensé que, bueno, al menos cuando *muriera* habría de todas formas alguna especie de resolución final a todas las preocupaciones e incertidumbres y dudas.

Y luego, cuando ya era más viejo de lo que jamás hubiera creído posible (y más muerto que nunca), con todos los datos del mundo a mi alcance..., bien, ahí estaban todavía las dudas y las preocupaciones.

Luego Albert regresó del Enemigo, con todo el conocimiento que le habían proporcionado, y me ofreció compartirlo conmigo; y ahora lo que deseaba saber era cuánto más viejo podía llegar a ser sin sentirme finalmente adulto. Y cuánto más podía aprender sin sentirme realmente listo.

Al menos ahora sé por qué tengo problemas con los finales; es porque no hay ningún final a la infinitud. La gente como yo no tiene finales. No los necesitamos.

La galaxia es nuestra Roca Rugosa, y la fiesta de reencuentro dura siempre. Tenemos cambios. Tenemos interludios cuando hacemos algo distinto por un tiempo, quizás incluso

mucho tiempo. Tenemos finales a las conversaciones, pero cada final es un principio de otra nueva, y los principios nunca se detienen, porque eso es lo que significa «eternidad».

Puedo hablarles a ustedes de algunos de los finales (que eran también principios), como, por ejemplo, la conversación de Albert con Essie.

—Debo disculparme con usted, señora Broadhead —dijo—, porque sé que debió ser intranquilizador para usted descubrir que un programa que había escrito personalmente no respondía.

—Malditamente cierto —dijo ella, indignada.

—Pero, ¿sabe?, ya no soy sólo su programa. Parte de mí contiene ahora contribuciones de los Otros.

—¿Otros?

—Lo que ustedes han estado llamando el Enemigo —explicó—. Los que los Heechee llamaban los Asesinos. Realmente no son Asesinos, o al menos...

—¿Oh? —interrumpió Essie—. ¿Puedes convencer a los Perezosos de eso? Sin mencionar a todas las demás razas de criaturas benignas que ya no existen porque los Asesinos las eliminaron.

—Señora Broadhead —dijo Albert suavemente—, lo que iba a decir es que no fueron Asesinos *a propósito*. Los Perezosos estaban hechos de materia. No entraba en nuestra experiencia..., es decir, en la de los *Otros*, el sospechar que la unión de protones y electrones pudiera producir inteligencia. Considérelo, por favor. Suponga que su abuelo descubriera que uno de sus primitivos ordenadores hacía algo que podía, potencialmente, haber interferido con sus planes en algún momento de futuro. ¿Qué hubiera hecho?

—Hacerlo añicos —admitió Essie—. Mi abuelo tenía un temperamento más bien fuerte.

—Estoy seguro —sonrió Albert— que no hubiera tomado en consideración la posibilidad de que una inteligencia mecánica pudiera tener..., ¿cómo puedo decirlo? ¿Alma? En cualquier caso, lo que tenemos nosotros, las inteligencias almacenadas en máquina. Así que... los Otros «los hicieron añicos», como usted ha dicho. No fue ningún problema para ellos; observaron que la mayor parte de las criaturas de materia *gozaban* con la destrucción, así que simplemente les animaron a hacerlo las unas con las otras.

—¿Estas diciendo que ahora los Asesinos nos quieren? —interviene.

—Ése no es uno de sus términos —dijo educadamente Albert—. Y, en realidad, tú..., incluso yo, me temo..., somos criaturas más bien rudimentarias en comparación. Pero cuando descubrieron, en una comprobación de rutina, que había inteligencias almacenadas en máquina en la Rueda de Vigilancia, ordenaron una investigación. —Sonrió de nuevo—. Tú pasaste la prueba. Así que no desearon ser el Enemigo contigo, sólo deseaban que nadie hiciera nada para interferir con su plan..., y —añadió seriamente—, te encarezco, Robín, que hagas todo lo posible por procurar que nadie lo haga.

—¿Te refieres a su plan de hacer que el universo regrese allá donde empezó?

—El plan de construir uno mejor —corrigió Albert.

—Ja —dijo Essie, agitando la cabeza—. Mejor para *ellos*, querrás decir.

—Quiero decir mejor para todos nosotros —sonrió Albert—. Porque cuando llegue el momento en que se detenga la expansión y se inicie el retroceso, todos nosotros seremos como ellos. Ya casi estamos preparados, ¿sabe?... al menos los que permanecemos almacenados en máquina. Por eso fueron capaces de comunicarse con nosotros.

—Cielos —susurró mi querida esposa, Essie.

Y puedo hablarles de esa conversación con Julio Cassata:

—Usted sabe, por supuesto —le dijo Albert en tono conversacional— que las armas nunca podrán destruir a los Otros.

—¡El Enemigo! ¡Y eso es lo que vamos a tener que descubrir, Einstein!

Albert dio unas pensativas chupadas a su pipa. Agitó la cabeza.

—¿No se da cuenta todavía de por qué van a fracasar? Su mejor esperanza es hallar alguna forma de destruir el kugelblitz que la Rueda de Vigilancia estaba observando, justo fuera de nuestra galaxia. Dígame, general Cassata, ¿tiene usted alguna razón especial para creer que nuestra galaxia es especial en algún sentido?

—¡Nos tiene a nosotros! —ladró Cassata.

—Cierto —admitió Albert—, únicamente nos tiene a nosotros. ¿Pero qué le hace pensar que únicamente tiene al Enemigo? ¿Supone que nuestra galaxia es *especial*?

—Oh, Jesús, Albert —empezó a decir Cassata—, si está intentando decirme lo que creo que está intentando decirme...

—Eso es exactamente lo que le estoy diciendo, general Cassata. Los Otros no se preocupan por una simple galaxia. ¡Es todo el *universo* lo que están planeando reedificar! Un universo con centenares de miles de millones de galaxias, de las que no sabemos absolutamente nada.

—Sí, por supuesto —dijo Cassata desesperadamente—, pero sabemos que están aquí porque sabemos que han intervenido en esta galaxia.

—Por eso mismo —dijo sombríamente Albert— podemos estar seguros de que no sólo están aquí. Es imposible que usted crea que sólo nuestra galaxia es capaz de evolucionar vida inteligente. ¡Cualquier galaxia puede! ¡Quizás incluso las nubes de gases en el espacio intergaláctico pueden! Si los Otros estuvieran interesados en impedir que la inteligencia orgánica interfiriera en su proyecto, entonces seguro que serían lo bastante listos como para cubrir todas las bases.

—Así que, aunque pudiéramos eliminar el kugelblitz.

—No pueden —dijo Albert—. Pero si pudieran, sería como aplastar una mosca tsé-tsé y pensar que habíamos eliminado para siempre la encefalitis.

Fumó en silencio durante un rato, mirando a Julio Cassata. Luego sonrió.

—Ésas son las malas noticias —dijo—. Las buenas noticias son que está usted sin trabajo.

—¿Sin tra...?

—Desempleado, sí —asintió Albert—. Por supuesto, ya no hay ninguna necesidad de una Junta de Vigilancia a los Asesinos. Lo cual significa que ya no puede dar usted órdenes. Lo cual implica que no necesita volver para ser eliminado. Lo cual implica que es usted completamente libre de permanecer en su estado actual indefinidamente, como el resto de nosotros.

Cassata abrió mucho los ojos.

—Oh, *huau* —dijo, mirando a Alicia Lo.

Y puedo hablarles de la conversación de Albert con Alicia Lo:

—Lo lamento si fui críptico, señorita Lo —empezó—, pero cuando los Otros la estudiaron en nuestro vuelo a la Rueda de Vigilancia...

—¡Doctor Einstein! ¡No sabía que hubiera Ene..., que hubiera Otros en ese vuelo!

Albert sonrió.

—Tampoco lo sabía yo por aquel entonces, aunque por supuesto me doy cuenta de que hubiera debido suponerlo. Estaban allí. Están aquí ahora, en mi programa; están en cualquier parte donde deseen estar, señorita Lo, y supongo que lo estarán en un futuro indefinido, puesto que para ellos somos muy interesantes. Usted más que el resto de nosotros.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Porque usted fue una voluntaria —explicó Albert—. Yo no tuve elección: fui creado como un programa de ordenador, y eso es lo que fui siempre. Robinette murió. El almacenamiento en máquina fue la única opción que le quedaba. Tanto el general Cassata como la señora Broadhead eran duplis de personas que aún vivían. Pero usted... ¡Bien, usted *eligió* el almacenaje en máquina! Usted abandonó deliberadamente su

cuerpo material.

—Sólo porque mi cuerpo material estaba enfermo, y era feo, y...

—Porque usted se dio cuenta de que el almacenaje en máquina era mejor —dijo Albert con un asentimiento—. Y los Otros descubrieron que eso era tranquilizador, puesto que es mejor, y ellos tienen pocas dudas de que mucho antes de que la cuestión se vuelva crítica, todo el resto de las razas humana y Heechee seguirán su ejemplo.

Alicia Lo miró a Julio Cassata. Dijo lo mismo que había dicho él:

—¡Huau!

Y puedo hablarles de la conversación que tuvo Albert conmigo..., o al menos de una parte de ella. Fue un final que fue también un principio, porque él tenía algo para mí.

—Lamento que no pudiera atender a tus preguntas cuando deseabas que lo hiciera, Robin —dijo—, pero no era posible mientras estaba aprendiendo.

—Supongo que te tomó bastante tiempo aprender todo lo que ellos saben —dije comprensivamente.

—¡Todo! Oh, Robin, no aprendí casi *nada*. ¿Tienes alguna idea de lo viejos que son? ¿Y de lo mucho que han aprendido? No —dijo, agitando la cabeza—, no aprendí toda la historia de su raza, ni cómo llegaron a la conclusión de hacer que un universo volviera a hundirse en sí mismo. De hecho, no aprendí en absoluto ninguna de estas cosas prácticas.

—Demonios —dije—, ¿por qué no?

—No pregunté —respondió simplemente.

Pensé en aquello. Luego dije:

—Bueno, supongo que cuando llegue el momento adecuado, tendrán todo tipo de cosas que decirnos...

—Lo dudo mucho —indicó Albert—. ¿Por qué deberían? ¿Por qué tendrías que enseñarle a un gato la navegación espacial? Puede que quizás algún día, cuando todo el mundo haya progresado hasta el siguiente estadio en la evolución...

—¿Quieres decir como tú?

—Quiero decir como nosotros, Robin —respondió suavemente—. Cuando todos los humanos y Heechees que siguen vivos decidan estar *más* vivos, y *permanentemente* vivos, como nosotros, entonces quizás haya la posibilidad de iniciar un auténtico diálogo... Pero durante los próximos millones de años, creo que simplemente nos dejarán solos..., si nosotros les dejamos solos a ellos.

Me estremecí.

—Me alegrará —murmuré— hacer eso.

—Me complace oírte decirlo —respondió Albert.

Había algo en su voz que me hizo volverme y mirarle. Ya no era la voz de Albert. Era otra voz, una que había oído antes. Y ya no era Albert el que me estaba hablando.

Era Alguien completamente distinto.

—Después de todo —añadió, sonriendo—, los Otros son Mis hijos también.

Así que quizá nunca llegue a alcanzar ese tiempo maravilloso de sabiduría y madurez en el que conozca las respuestas a todas las preguntas que siguen atormentándome.

Pero quizá sólo seguir formulándomelas sea suficiente.

FIN